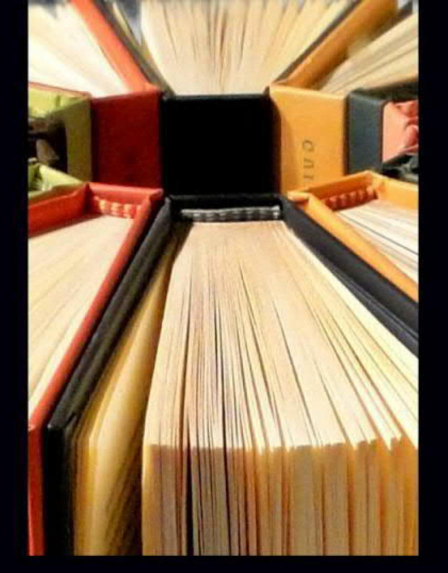
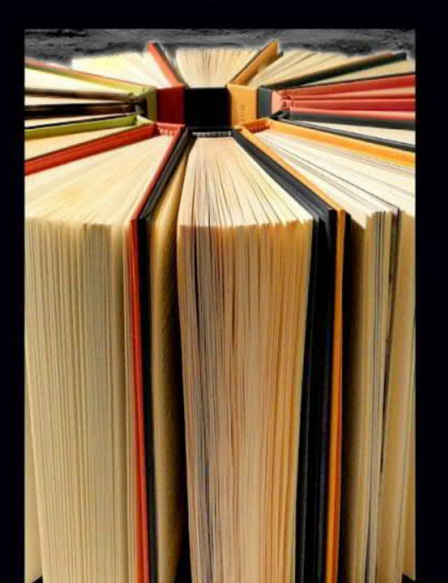


La historiografía del siglo XX

Desde la objetividad científica al desafío posmoderno

Georg G. Iggers

Traducción, edición y presentación de Iván Jaksić







HISTORIA

La historiografía del siglo XX

Desde la objetividad científica al desafío posmoderno

Georg G. Iggers

Traducción, edición y presentación de Iván Jaksić





FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Fondo de Cultura Económica
Santiago de Chile - 2012
ISBN: 9789562890991

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

La historiografía es un campo indispensable para la comprensión de la historia. Ella permite analizar las grandes corrientes del pensamiento histórico que han proliferado sobre todo durante el siglo XX a raíz de la profesionalización de la disciplina desde fines del siglo XIX. Además, permite examinar los supuestos en los que se basa el historiador, como por ejemplo, si sigue una determinada escuela o corriente historiográfica, o si se rige por criterios lógicos, o si fundamenta sus conclusiones a partir de un cúmulo o tipo determinado de evidencia. Los conceptos de evidencia, objetividad, causalidad y progreso con los que inevitablemente se maneja el historiador son susceptibles de examen historiográfico. El campo permite formarse una idea del quehacer del historiador, pero también permite aquilatar las innovaciones, analizar las cambiantes temáticas y comprender a quiénes se dirige y con qué objetivos. Permite también examinar los entrecruces con otras disciplinas, como la filosofía, las ciencias sociales y, más recientemente, la crítica literaria. La historiografía, necesariamente, es una tarea de síntesis, pero más que eso es un ejercicio lógico y metodológico que permite evaluar la consistencia y la coherencia de los resultados de la investigación histórica. Su importancia ha ido creciendo y hoy resulta imprescindible para la formación de los historiadores. Sin embargo, tratándose de un ejercicio relativamente reciente, no es fácil encontrar una obra, sobre

todo en castellano, que nos ayude a entender las grandes corrientes historiográficas del siglo XX, su significado, aportes y dirección. La obra de Georg Iggers, que aquí presentamos en una nueva traducción, representa la más apropiada síntesis para introducirse al campo.

Georg Iggers, hasta la fecha uno de los profesionales más destacados en historiografía a nivel mundial, nació en Hamburgo el 7 de diciembre de 1926 con el nombre de Georg Gerson Igersheimer. Como miembro de una familia judía, padeció la discriminación en su ciudad natal y luego hubo de abandonar el país en octubre de 1938, apenas un mes antes del infausto *Kristallnacht* que significó la muerte de tantos judíos y la diáspora de muchos otros. Iggers y su familia llegó primero a Nueva York, y luego a Richmond, Virginia, en un momento difícil para Estados Unidos, en donde la discriminación tenía facetas raciales muy duras, segregando a la población negra. Esta experiencia sensibilizaría a Iggers, quien desde joven asumió posturas libertarias que no abandonaría en toda su vida.

Iggers estudió en la Universidad de Richmond, institución que eventualmente le otorgaría un doctorado honoris causa por sus aportes a la investigación histórica y por sus compromisos cívicos. En la universidad estudió francés y español, además de filosofía. Inicialmente se interesó por las lenguas, pero poco a poco fue derivando hacia el estudio de la historia de las ideas, terreno en el que llegaría a ser uno de los especialistas más relevantes. En Richmond terminó su licenciatura (*Bachelor of Arts*) en apenas dos años, radicándose en 1944 en la Universidad de Chicago para realizar estudios de postgrado.

En Chicago cursó estudios en el departamento de alemán, en donde redactó una tesis sobre el poeta Heinrich Heine y el movimiento Saintsimoniano en París. Pensaba continuar sus estudios en lenguas, pero en Chicago descubrió su real vocación por la historia de las ideas. Allí cursó estudios de

filosofía y teoría sociológica, interesándose particularmente por el pensamiento de Max Weber. También estudió en el *New School for Social Research* en Nueva York, universidad que había acogido a varios académicos alemanes refugiados, y en donde se interesó particularmente por la metodología de las ciencias sociales. Ya decidido a combinar su preocupación por la doctrina anti-moderna de los seguidores de Saint Simon con un estudio más amplio de historia de las ideas, Iggers volvió a Chicago a terminar sus estudios doctorales. Los miembros de su comité fueron Louis Gottschalk, Arnold Bergstraesser y James Luther Adams, el último de los cuales fue su guía más cercano y a quien dedicó su libro *The German Conception of History*.

Fue en ese período que conoció a su esposa Wilma, de origen checo, quien también tenía intereses históricos y literarios. Al finalizar los estudios de Georg, la pareja se trasladó a enseñar por dos años en la Universidad de Akron, en el estado de Ohio. En 1950, ambos fueron contratados para enseñar en el Philander Smith College, una universidad fundada en 1877 en Little Rock, en el estado de Arkansas, cuya misión era proporcionar educación superior a la población afro-americana y cuyo énfasis era la justicia social. Permanecieron allí y en otras partes del sur estadounidense por la siguiente década, involucrándose fuertemente en la lucha por la integración racial y los derechos civiles. Aparte de Philander Smith, el matrimonio enseñó en otra universidad para afro-americanos, Dillard University, en Nueva Orleans, entre 1957 y 1960. Por su formación histórica y humanista, Iggers pudo comprender que en el sur existían versiones divergentes de la historia del país, lo que le permitió ahondar sus intereses cada vez más consolidados en historiografía y en teoría y métodos de la historia.

Una beca de la Fundación Guggenheim le permitió viajar a Francia en 1960 con su esposa para trabajar en su proyecto sobre Saint Simon y también en un proyecto sobre el declive

de la noción de progreso en el siglo XIX. En París conoció a Fernand Braudel y a Robert Mandrou, y en Inglaterra a Herbert Butterfield, autor de *The Whig Interpretation of History* y de *Man on His Past*. Se entrevistó con Karl Popper en el London School of Economics y con Isaiah Berlin, que había publicado por ese tiempo su *Two Concepts of Liberty*, en Oxford. También conoció a Geoffrey Barraclough, con quien mantendría contacto por largo tiempo.

Entre 1961 y 1962, gracias a una beca de la Fundación Rockefeller, Iggers y su esposa visitaron Alemania. Lo habían hecho por primera vez en 1952, en una época en la que el país se mostraba todavía muy golpeado por la guerra y aun no encontraba las formas apropiadas para evaluar el pasado nazi. Pero, a principios de la década de 1960, la situación era muy diferente. Konrad Adenauer había iniciado una política de compensación a las víctimas del régimen nazi, como también una discusión más franca en torno al pasado. Esto involucraba cercanamente al campo de la historia, la que revisaba entonces una serie de supuestos, como la idea de "progreso" y la idea de Droysen acerca de la existencia de "fuerzas morales" en la historia. Tanto para Iggers como para un segmento importante de la nueva historiografía alemana, el momento había llegado para intentar comprender no sólo lo ocurrido, sino también la medida en que el desarrollo de la disciplina podía haber sido parte responsable de los horrores vividos durante el siglo XX. A partir de entonces, Iggers participó activamente en las discusiones históricas en Alemania, relacionándose cercanamente con el Instituto Max Planck de Historia en Göttingen.

A Iggers le interesaba en particular investigar los fundamentos teóricos de la historiografía alemana a partir del siglo XIX. De la mano de sus investigaciones acerca de la idea de progreso, le llamaba la atención una dualidad en el historicismo alemán desde Ranke a Droysen y a Meinecke: por una parte, estos historiadores rechazaban la idea de progreso para enfatizar la

individualidad de cada época o segmento histórico, pero por otra demostraban un gran optimismo respecto de las "energías morales" (Ranke) o las "fuerzas morales" (Droysen) presentes en cada época de la historia. Además, veían a la Europa del siglo XIX como la culminación del desarrollo histórico. Los eventos del siglo XX llevaron a Iggers a cuestionar estas premisas, y en particular el imperativo de estudiar una época de acuerdo a estándares propios del momento. Para Iggers, existían valores y derechos humanos válidos en cualquier época y circunstancia. El historiador, en otras palabras, debía investigar empírica pero también éticamente el pasado.

A su regreso de Europa en 1962, Iggers y su esposa Wilma continuaron enseñando en Dillard, pero fueron contratados, él por la Universidad de Roosevelt en Chicago en 1963 y ella por la Universidad de Loyola, también de Chicago. Estuvieron allí hasta 1965, cuando Iggers aceptó una cátedra en la Universidad Estatal de Nueva York con sede en Buffalo. Durante el rectorado de Martin Meyerson, la universidad experimentó un gran crecimiento y atrajo a un profesorado de calibre internacional. Allí, Iggers pudo dedicarse a la formación de estudiantes de postgrado y a la enseñanza de la historiografía sin abandonar sus compromisos con el movimiento de derechos civiles y, además, sumarse a la oposición a la guerra de Vietnam. Fue parte de una protesta en 1970 en la que también participó un joven novelista de Sudáfrica, John Coetzee, quien perdió su visa a raíz del incidente. Con posterioridad, la universidad le otorgaría un doctorado honoris causa.

En Buffalo, los intereses de Iggers fueron ampliándose desde la historiografía alemana a la comparativa internacional. Estos intereses le vincularon con la historiografía de los países del entonces bloque soviético, como también de China, donde viajó en la década de 1980. Participó en varios encuentros con historiadores europeos que incluían representantes de la República Democrática Alemana, donde también viajó en

múltiples ocasiones antes y después de la unificación. El objetivo era comparar criterios y lograr un entendimiento mayor de lo ocurrido no sólo en el pasado sino también en la manera en que la disciplina se había visto afectada por diferentes sistemas políticos. El presidente Horst Köhler reconoció su activa labor en construir puentes entre los países separados por la cortina de hierro durante la Guerra Fría, cuando le otorgó Cruz Federal al Mérito (*Bundesverdienstkreuz*) en 2007.

Georg Iggers jubiló en enero de 1997, pero continuó enseñando por otros ocho años y mantuvo una activa agenda de presentaciones en Europa, Asia y Estados Unidos, dividiendo su tiempo entre Göttingen y Buffalo. Continuó además publicando obras como la compilación *Turning Points in Historiography* (editado con Q. Edward Wang) y *A Global History of Modern Historiography* (con Wang y Supriya Mukherjee) en las que incursionó en los puntos de contacto entre las diferentes tradiciones historiográficas en un plano internacional más amplio. Con su esposa Wilma publicó una autobiografía, *Two Lives in Uncertain Times: Facing the Challenges of the 20th Century as Scholars and Citizens* (2006), de la que también hay una traducción al español (Valencia, 2009).

La obra que aquí se presenta fue publicada originalmente en alemán en 1993 por la editorial Vandenhoeck & Ruprecht de Göttingen, y reeditada en ese idioma en 2007. Después de la primera edición alemana, publicó una edición en inglés (1997 y 2005) con revisiones, bajo el título *Historiography in the Twentieth Century. From Scientific Objectivity to the Postmodern Challenge.* Esta obra ha sido traducida a varios idiomas, incluyendo el chino, el coreano, el japonés, el polaco, el checo, el griego, el turco, el islandés y el castellano. La primera edición en castellano fue publicada en 1995 en Barcelona por la Editorial Labor, ya desaparecida. Desde entonces ha sido reimpresa en 1998 y 2001 por Idea Books, también de Barcelona y también inactiva. Por lo mismo, la edición y nueva traducción que se

publica ahora, con revisiones del autor, representa la última versión a nivel internacional.

De esta obra ha dicho Peter Burke que "tiene todas las virtudes que uno relaciona con Georg Iggers –lucidez, distancia, equilibrio y la capacidad de revelar la conexión entre las grandes tendencias historiográficas y su contexto político y cultural más amplio". Por su parte, Richard J. Evans, autor de *In Defence of History*, afirmó que "Georg Iggers escribe con la claridad y transparencia acostumbradas y demuestra una vez más su envidiable don para explicar ideas complejas de una forma que la gran mayoría de los lectores puede discernir. Nadie que busque una introducción bien informada de las perspectivas historiográficas principales de los historiadores profesionales del siglo XX podrá encontrar algo mejor que este libro". Hacía falta, en idioma castellano, una nueva versión que pusiera al día esta importante obra de uno de los más relevantes historiadores del siglo XX.

I.J.

PREFACIO Y AGRADECIMIENTOS

Una versión en alemán de este libro fue publicada en 1993. El texto alemán se basó en un ensayo que presenté en abril de 1990 ante el Consorcio Filosófico de Filadelfia (Estados Unidos) sobre Racionalidad e Historia y que versaba sobre el desafío posmoderno a los estudios históricos. La edición en alemán proporcionó la base a partir de la cual se realizó la primera traducción al español, que se publicó en dos ediciones en 1995 y 1998, y que ya se agotó. La versión en inglés de 1997 no era precisamente una traducción del alemán sino en muchos sentidos un libro nuevo, el resultado de discusiones y lecturas adicionales, así como también de la distancia crítica que pude desarrollar respecto del texto alemán en el lapso de cuatro años.

La publicación en inglés, titulada *Historiography in the Twentieth Century: from Historical Objectivity to the Postmodern Challenge*, pasó a ser la base de traducciones posteriores, de modo que el libro se encuentra hoy traducido a diez idiomas diferentes. En el intertanto, las versiones en alemán e inglés fueron completamente revisadas, la primera en 2007 y la segunda en 2005. El profesor Iván Jaksić, del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile y director del Programa de la Universidad de Stanford en América Latina, me sugirió que había llegado el momento de una nueva edición en castellano y procedió a traducir el texto. Esta nueva edición se basa en la inglesa de 2005, pero incorpora material nuevo

procedente de la literatura más reciente. De modo que esta es la versión más completa de las diez versiones ya publicadas.

Quiero expresar mi agradecimiento a los numerosos estudiantes y colegas en Europa, las Américas y Asia, incluyendo el subcontinente, quienes leyeron el texto en diferentes momentos e hicieron sugerencias críticas. Tengo un agradecimiento especial para el profesor Jaksić por su excelente traducción. Puedo leer en castellano, de modo que me fue posible seguir su versión cuidadosamente y comprobar su total exactitud. Estoy particularmente agradecido de mi esposa Wilma, que leyó cuidadosamente las versiones alemana e inglesa, vigilando la consistencia y el estilo.

Georg G. Iggers
Buffalo, Nueva York, Estados Unidos,
22 de enero de 2012.

Agradezco por mi parte a Georg Iggers, quien fuera mi profesor de historiografía e historia intelectual europea en la Universidad Estatal de Nueva York a fines de la década de 1970. No sólo aportó nuevo material durante la traducción del texto, sino que lo revisó cuidadosamente, poniendo las notas al día. Agradezco a mis estudiantes del seminario de Teoría y Métodos del programa de doctorado en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, con quienes tuve la oportunidad de discutir las ideas centrales de Iggers sobre historiografía, y en particular a Juan Luis Ossa por sus valiosos comentarios.

Iván Jaksić, Santiago, Chile, 22 de enero de 2012.

INTRODUCCIÓN

Hace más de tres décadas publiqué un pequeño libro sobre el estado de los estudios históricos en Europa. Allí quise demostrar que las formas tradicionales de investigación habían sido reemplazadas por los nuevos métodos de las ciencias sociales.[1] Los historiadores de varios países estaban generalmente de acuerdo en que la investigación, tal como se había practicado internacionalmente desde comienzos del siglo XIX, ya no tenía relación con las condiciones sociales y políticas de la segunda mitad del siglo XX, o con las exigencias de la ciencia moderna. Desde entonces, las ideas sobre la historia y la historiografía han experimentado un cambio profundo. Por lo mismo, este libro no debe leerse como una continuación que busca, por así decir, poner mi obra anterior al día. Más bien es un ensayo que se ocupa principalmente de algunos cambios importantes en la manera en que los historiadores piensan y practican su disciplina en la actualidad. Aunque hay bastante continuidad respecto de las formas más antiguas de investigar y escribir la historia, podemos decir que ha habido un cambio considerable de orientación.

En las últimas décadas, los supuestos en los que se basaba la investigación y la escritura de la historia a partir del surgimiento

[1] Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography* (Middletown, Conn., 1975, 1984).

del campo como una disciplina profesional en el siglo XIX, han estado sometidos a un creciente cuestionamiento. Varios de estos supuestos se remontan a los comienzos de una tradición historiográfica occidental que ha evolucionado continuamente desde la antigüedad clásica. Lo que resultó nuevo en el siglo XIX fue la profesionalización de los estudios históricos y su establecimiento en universidades y centros de investigación. Un aspecto central de esta profesionalización fue la firme convicción en el estatus científico de la historia. El concepto de ciencia, sin embargo, fue entendido por los historiadores de una manera distinta a la de los expertos en ciencias naturales, quienes buscaban el conocimiento a través de generalizaciones y leyes abstractas. Para los historiadores la historia difería de la naturaleza puesto que se preocupaba de los significados tal como fueron expresados a través de las intenciones de los hombres y mujeres que hicieron la historia, y de los valores y costumbres que dieron cohesión a las sociedades. La historia se encargaba de personas y culturas concretas del pasado. No obstante, los historiadores compartían el optimismo de las ciencias profesionalizadas en general, en el sentido de que la investigación organizada metodológicamente hacía posible el conocimiento objetivo. Tanto para ellos como para los demás científicos, la verdad consistía en la correspondencia entre el conocimiento y una realidad objetiva que, para el historiador, mostraba el pasado "tal como había ocurrido".[2] La autodefinición de la historia como una disciplina científica implicaba, para la labor del historiador, una clara división entre el discurso científico y el literario, y entre los historiadores profesionales y los aficionados. Pero estos historiadores no contemplaron la medida en que su investigación descansaba también en supuestos acerca

[2] Véase Leopold von Ranke, "Preface to the First Edition of *Histories of the Latin and Germanic Nations*", en Leopold von Ranke, *Theory and Practice of History*, editado por Georg G. Iggers (Londres, 2011), 86.

del curso de la historia y de la estructura de la sociedad que predeterminaban los resultados de sus estudios.

La transformación del campo en una disciplina institucional no debe, sin embargo, llevarnos a subestimar las continuidades respecto de formas anteriores de escribir la historia. La historiografía del siglo XIX era parte de una tradición que se iniciaba con los grandes historiadores de la antigüedad clásica griega. Compartían con Tucídides la distinción entre el mito y la verdad, y al mismo tiempo, a pesar de su énfasis en el carácter científico y por ende no retórico de la redacción histórica, procedían de la misma manera que en la tradición clásica al suponer que la historia siempre se escribía en forma narrativa. El problema con la narrativa histórica, sin embargo, tal como Hayden White[3] y otros teóricos de la historia han señalado, es que aun cuando procede a partir de hechos o eventos empíricamente validados, requiere necesariamente de la imaginación para enmarcarlos en un cuadro coherente. De este modo hay un elemento de ficción que pasa a ser parte de todo discurso histórico.

De aquí que el quiebre entre la historia "científica" del siglo XIX y las tradiciones histórico-literarias más antiguas no era tan fuerte como lo suponían varios historiadores decimonónicos. Tanto el discurso histórico "científico" involucraba una imaginación literaria, como la tradición literaria antigua buscaba también la verdad en la reconstrucción del pasado real. La orientación "científica" desde Leopoldo von Ranke compartía tres supuestos fundamentales con la tradición histórico-literaria desde Tucídides hasta Gibbon: 1) ambas aceptaban la teoría de la verdad como correspondencia al sostener que

[3] Véase Hayden White, *Metahistoria: La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (México D.F., 1992), obra originalmente publicada en inglés en 1982; *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos* (Barcelona, 2003), publicado originalmente en inglés en 1978; *El contenido de la forma narrativa, discurso y representación histórica* (Barcelona, 1992), originalmente publicado en inglés en 1987.

la historia se ocupa de gente que realmente existió y sobre hechos que realmente ocurrieron; 2) suponían que las acciones humanas reflejaban las intenciones de sus actores y que la tarea del historiador era comprender tales intenciones para elaborar un relato histórico coherente, y 3) operaban con un concepto de tiempo a la vez unidimensional y diacrónico, de modo que los eventos posteriores se derivaban de los anteriores en una secuencia coherente. Estos supuestos de realidad, intencionalidad y secuencia coherente determinaron la estructura de la historia escrita desde Hérodoto y Tucídides hasta Ranke, y desde Ranke hasta avanzado el siglo XX. Son precisamente estos supuestos los que han sido gradualmente cuestionados por parte del pensamiento histórico reciente.

Podemos distinguir dos orientaciones muy diferentes en el pensamiento histórico del siglo XX. La primera se ocupaba de la transición que va desde el tipo de historia narrativa y centrada en eventos que caracterizaban a la historiografía profesional del siglo XIX, hasta la investigación y escritura histórica científico-social propia del siglo XX. Algunos supuestos fundamentales de la historiografía tradicional fueron desafiados, pero las premisas básicas compartidas mencionadas anteriormente siguieron intactas. Los diferentes tipos de historia de orientación científico-social cubrían una gama metodológica e ideológica que incluía las aproximaciones sociológicas y económicas cuantitativas y el estructuralismo de la escuela de los *Annales*, hasta el análisis marxista de las clases sociales. De diferentes maneras, todos estos enfoques buscaban adecuar la investigación histórica al modelo de las ciencias naturales. En tanto que la historiografía tradicional se concentraba en la agencia individual y en los elementos de intencionalidad que se resistían a ser reducidos a generalizaciones abstractas, las nuevas formas de historia científico-social enfatizaban las estructuras sociales y los procesos de cambio social. Sin embargo, compartían dos nociones centrales con la historiografía anterior.

La primera era la afirmación de que la historia versaba sobre *temas reales que debían guardar una correspondencia con los* relatos de los historiadores. Obviamente, esta realidad no podía ser aprehendida directamente pero, como toda ciencia, debía estar mediada por los conceptos y las construcciones mentales de los historiadores que sin embargo intentarían alcanzar un conocimiento objetivo. Los nuevos enfoques científico-sociales criticaban varios aspectos de la historiografía anterior: argumentaban que se concentraban muy limitadamente en individuos, especialmente en "grandes hombres" y en eventos, como si ellos fueran el verdadero objeto de la historia, y descuidaban el contexto más amplio en el que ellos se desenvolvían. En este sentido, los enfoques de orientación científico-social, ya fueran marxistas, parsonianos o de los *Annales*, representaban una democratización de la historia, una inclusión de segmentos más amplios de la población y una extensión de la perspectiva histórica desde la política a la sociedad. Criticaban los enfoques anteriores no por ser científicos, sino por no serlo lo suficiente. Desafiaron una de las premisas básicas de la historiografía anterior, a saber, que la historia se preocupaba de lo particular, no de generalizaciones, y que su propósito era "comprender" y no "explicar", y afirmaron por su parte que todas las ciencias, incluyendo a la historia, debían basarse en la causalidad.

La segunda orientación también era compartida tanto por la tradición anterior como por los nuevos enfoques científico-sociales. Ambos operaban con una noción de tiempo de carácter unidireccional, es decir, un concepto sobre la existencia de una continuidad y sentido en la historia, y además que había una *historia* en contraste con una multiplicidad de historias. Pero esta concepción de la historia tenía una forma diferente en el caso de la historiografía convencional, que en la de los enfoques científico-sociales posteriores. Ranke había rechazado la noción de una filosofía de la historia que involucrara un esquema de historia universal, pero igual supuso que la

historia poseía una coherencia interna y un desarrollo,[4] y además le asignaba un puesto privilegiado a la historia de Occidente. Los historiadores de la línea científico-social tendían a creer que al menos en la historia de la era moderna había un claro sentido de dirección. Aunque eran pocos los que aceptaban una idea de progreso que confiriese algún carácter benéfico a esta dirección, la mayoría operaba con una noción de "modernización" o "racionalización" progresiva que le daba coherencia al desarrollo histórico. Aquí, también, la historia del mundo occidental moderno recibía un estatus privilegiado. La historia del mundo coincidía con la occidentalización.

Estos supuestos han sido crecientemente cuestionados por el pensamiento filosófico desde fines del siglo XIX. Es sólo en las últimas décadas, sin embargo, que las dudas a que dio lugar este desafío han producido un cambio serio en la labor de los historiadores. Esta reorientación del pensamiento histórico reflejó cambios fundamentales en la sociedad y en la cultura. En un sentido, el paradigma de la historiografía profesional iniciado por Ranke ya estaba fuera de sintonía con las realidades sociales y políticas de su tiempo cuando pasó a ser el estándar universal de los estudios históricos. Ranke era en gran medida un producto de la era de restauración que siguió a la Revolución Francesa y al período napoleónico. Su concepto de Estado descansaba en las realidades políticas de la Prusia anterior a 1848, es decir, el período anterior al establecimiento de las instituciones representativas y al de la industrialización y sus concomitantes sociales. De aquí su énfasis en la primacía de la política, relativamente aislada de las fuerzas económicas y sociales, y la dependencia casi exclusiva en los documentos oficiales del Estado. Para ese momento, a fines del siglo XIX, cuando su paradigma se transformó en el modelo de la

[4] Ranke, "On the Character of Historical Science", en *The Theory and Practice of History*, 8-16; y "The Great Powers", ibíd., 52.

historiografía profesional en Francia,[5] Estados Unidos[6] y otros países, las condiciones sociales y políticas en las que se basaba ya se habían alterado fundamentalmente.

En el umbral del siglo XX, los historiadores de Francia, Bélgica, Estados Unidos, Escandinavia e incluso Alemania comenzaron a criticar el paradigma de Ranke y a exigir una historia que diera cuenta de los factores sociales y económicos.[7] Tal historia debía necesariamente evitar una concentración en eventos o figuras destacadas para enfocarse más bien en las condiciones sociales de las que estos surgían. La democratización y el surgimiento de la sociedad de masas también clamaban por una historiografía que tomara en cuenta el papel de segmentos más amplios de la población y de las condiciones en que vivían. De modo que desde diferentes perspectivas, los "Nuevos Historiadores" en Estados Unidos, el círculo de Henri Berr en Francia, Henri Pirenne[8] en Bélgica, y los marxistas en general en la Europa continental, utilizaron sus conceptos particulares de las ciencias sociales como parte integral de la labor de los historiadores. Si bien las formas convencionales de la historia política y diplomática dominaron en la profesión mucho más allá de 1945, se le dio una creciente atención a la historia social. Especialmente después de esa fecha, las ciencias sociales sistemáticas empezaron a jugar un papel cada vez más importante en la obra de los historiadores. Esta es la transformación que describí en mi libro de 1975.

[5] Véase William Keylor, *Academy and Community: The Foundation of the French Historical Profession* (Cambridge, Mass., 1975)

[6] Véase John Higham, *History: Professional Scholarship in America* (Baltimore, 1983); Peter Novick, *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos (México D.F., 1997). Publicado originalmente en inglés en 1988.

[7] Véase, por ejemplo, la sección "Historical Science", en *Congress of the Arts and Sciences: Universal Exposition, St. Louis, 1904*, tomo 2 (Boston, 1906).

[8] Véase Bryce Lyon, *Henri Pirenne: A Biographical and Intellectual Study* (Gante, 1974).

Sin embargo, el optimismo en torno a la naturaleza y dirección del mundo moderno en la que se basaba la historia científico-social se vio profundamente alterado por los cambios en la estructura social propios del mundo industrial avanzado. Los historiadores de esta orientación concebían el mundo moderno de una manera más dinámica que la de la escuela de Ranke. Presagiaban que el crecimiento económico continuo y la aplicación de la racionalidad científica al ordenamiento de la sociedad constituirían valores positivos para la definición de la vida moderna.

Pero ya en la segunda mitad del siglo XIX tales expectativas habían sido sometidas a una crítica devastadora por parte de Jacob Burckhardt[9] y Friedrich Nietzsche.[10] Este pesimismo se vio también reflejado en las discusiones y reflexiones filosóficas sobre el estado de la cultura moderna a lo largo de la primera mitad del siglo XX, pero no llegó a impactar seriamente el pensamiento de los historiadores sino hasta la década de 1960. En muchos sentidos, esa década representó un punto de inflexión en el cual la conciencia respecto de una crisis en la sociedad y cultura modernas, de larga incubación, se manifestó con toda su fuerza. Fue sólo entonces que las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial resultaron obvias, como el fin de los imperios coloniales y una mayor conciencia de que los pueblos no occidentales también tenían historia.[11] Al interior de las sociedades occidentales, las antiguas concepciones sobre un consenso nacional, reiteradas en la década de 1950,[12] fueron reemplazadas por una mayor conciencia sobre la

[9] Véase, de Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia universal* (México D.F., 1961) y *Briefe*, 10 tomos (Basel, 1949-1986).

[10] Por ejemplo, Friedrich Nietzsche, "Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida" (Madrid, 2004). Véase también, Alan Megill, *Prophets of Extremity: Nietzsche, Heidegger, Foucault, Derrida* (Berkeley, 1985).

[11] Erik Wolf, *Europa y la gente sin historia* (México D.F., 1987).

[12] John Higham, "Beyond Consensus: The Historian as Moral Critic", *American Historical Review* 57 (1961-62), 609-625.

diversidad existente en los Estados nacionales establecidos. La obra de Michael Harrington, *La cultura de la pobreza en Estados Unidos*, de 1961[13] retrató a la sociedad estadounidense de una manera bastante menos optimista que la de historiadores como Daniel Boorstin[14] y sociólogos como Daniel Bell.[15] Pero las concepciones marxistas de clase parecían inadecuadas en un ambiente en el que había mayor conciencia de otras divisiones como las de género, raza, etnia y estilos de vida. El cambio de una sociedad industrial a una de informática también tuvo un efecto importante sobre la conciencia. Por primera vez hubo una aguda comprensión de los aspectos negativos del crecimiento económico, como asimismo de la amenaza que este representaba para un medio ambiente estable. El impacto completo del Holocausto penetró en la conciencia pública, si bien no inmediatamente después del término de la guerra, sí una vez que una nueva generación adquirió una distancia crítica. Los elementos destructivos del proceso civilizador pasaron a ser parte central de la conciencia colectiva.

Para el historiador estas transformaciones de la conciencia tuvieron varias consecuencias. Para muchos marcó el fin de la "gran narrativa".[16] Occidente aparecía cada vez más como meramente una de varias civilizaciones, sin que ninguna de ellas pudiera proclamar primacía sobre las otras. De la misma manera, la modernidad perdió su cualidad unívoca. Oswald Spengler se había referido relativamente temprano a una pluralidad de civilizaciones, cada una de las cuales, sin embargo, seguía un

[13] Michael Harrington, *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos* (México D.F., 1963).

[14] Véase Daniel Boorstin, *The Genius of American Politics* (Chicago, 1953).

[15] Daniel Bell, *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties* (Nueva York, 1960).

[16] Véase Alan Megill, "'Grand Narratives' and the Discipline of History", en Frank Ankersmit y Hans Kellner, eds., *A New Philosophy of History* (Chicago, 1995), 151-173.

mismo patrón de desarrollo.[17] Marc Bloch y Fernand Braudel, ya en las décadas de 1930 y 1940, se apartaron de la historia narrativa organizada en torno a una secuencia de eventos, para desarrollar una historia que examinaba las condiciones de un período específico.[18] Desde una perspectiva muy diferente, Burckhardt ya había intentado algo similar.[19] Pero como enfatizó Braudel al examinar el siglo XVI desde tres perspectivas temporales diferentes, incluso una época específica no llegaba a constituir una unidad integral.[20] El tiempo en el sentido newtoniano de una entidad objetiva, o kantiano en el sentido de una categoría universal de pensamiento, dejó de existir. El tiempo histórico variaba para Braudel según los temas de estudio, cada uno de los cuales se movía a un ritmo o velocidad diferentes, ya fuera que el historiador se ocupara de las grandes estructuras en las que la historia natural, social, económica o cultural experimentaban cambios graduales, o que se ocupara del rápido ritmo de la historia política. Además, incluso dentro de un marco social fijo, las diferentes concepciones del tiempo coexistían o competían, como puede observarse en la distinción que hace Jacques Le Goff entre la noción de tiempo del clero y aquella de los comerciantes en la Edad Media,[21] o en la perspectiva de Edward P. Thompson sobre el enfrentamiento entre el tiempo preindustrial y el industrial en la era

[17] Oswald Spengler, *La decadencia de occidente*, 2 tomos, traducido por Manuel García Morente (Madrid, 1966).

[18] Marc Bloch, *La sociedad feudal*, 2 tomos (México D.F., 1958), publicado originalmente como *La Société féodale*, 2 tomos (París, 1939-40); Fernand Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 tomos, segunda edición (México D.F., 1976). Originalmente, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Phillippe II* (París, 1949), segunda edición ampliada, 2 tomos (París, 1966).

[19] Por ejemplo, *La cultura del renacimiento en Italia* (Buenos Aires, 1962).

[20] Véase Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo.*

[21] Véase Jacques Le Goff, *Pour un autre moyen âge: temps, travail et culture en Occident* (París, 1970).

del capitalismo industrial emergente.[22] Las demandas de una población previamente excluida de las narrativas históricas, especialmente las mujeres y las minorías étnicas, condujeron a la creación de nuevas historias que a veces eran parte integral de una narrativa más amplia, pero con mayor frecuencia, no.

La fragmentación temática de la historia no significó por sí misma el repudio del interés histórico. En muchos sentidos el ámbito de la historiografía se expandió considerablemente en las últimas décadas. Las nuevas historias desafiaron a la historiografía tradicional, que se había concentrado primordialmente en las elites políticas y sociales, y exigieron la inclusión de aquellos segmentos de la población que habían sido ignorados. Ofrecieron una "historia desde abajo" que incluía no sólo a las mujeres, sino que también lo hacían desde una perspectiva feminista. También desafiaron los enfoques derivados de las ciencias sociales, que habían instalado a las grandes estructuras impersonales en el centro de la indagación histórica, sin cuestionar las relaciones existentes de poder, tal como en el caso de la antigua historia política. Si la historia científico-social había intentado reemplazar el estudio de la política por el de la sociedad, la nueva historia se concentraba en el estudio de la cultura entendida como las condiciones de vida y la experiencia cotidiana. Desde esta perspectiva, el énfasis marxista en el papel central de la política y la economía como ejes del poder y la explotación seguía siendo impermeable ante los intereses y preocupaciones reales de los seres humanos. Más que un declive en el interés por la historia, estas últimas décadas han visto un verdadero auge historiográfico, en la medida en que varios segmentos de la población han buscado establecer sus identidades fuera de las esferas totalizadoras nacionales tradicionales.

22 Edward P. Thompson, "Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism", *Past and Present* 38 (1967), 56-97.

El cuestionamiento de la posibilidad misma de llevar a cabo una investigación histórica objetiva ha constituido un desafío bastante más serio. La creciente desilusión respecto de la calidad de la civilización occidental moderna conllevó una reacción profunda en contra de la perspectiva científica moderna. Antropólogos como Claude Lévi-Strauss negaron que la racionalidad científica moderna tuviera alguna ventaja sobre el pensamiento mítico "salvaje" en lo que se refería a las maneras de concebir la vida.[23] Desde la sistematización de Ranke de la crítica de las fuentes en la década de 1820, hasta los intentos de Robert Fogel en la de 1970 por transformar la historia en una ciencia basada en modelos teóricos cuantificables,[24] los historiadores suponían la existencia de objetos de investigación histórica a los que se podía acceder mediante métodos de investigación claramente definidos. Esta confianza correspondía a la separación estricta entre el discurso histórico y el literario, y a la manera en que se diferenciaban el historiador que se concebía a sí mismo como científico, del escritor popular de temas históricos más sensible a las cualidades literarias de su obra. Desde sus primeros escritos, como *El nacimiento de la tragedia* (1872) y *Sobre la utilidad y las desventajas de la historia para la vida* (1874), Nietzsche ya había descartado tanto la utilidad como la posibilidad de la investigación histórica y de la historiografía académica. Pensaba que no sólo el objeto de la investigación estaba determinado por los intereses y prejuicios del historiador, sino además que la convicción, en el pensamiento occidental a partir de Sócrates y Platón, sobre la existencia de una verdad objetiva libre de la subjetividad del pensador, eran insostenibles. Para Nietzsche, como también anteriormente para Marx y para Foucault después, el

[23] Claude Lévi-Strauss, *El pensamiento salvaje* (México D.F., 1984).

[24] Véase Robert Fogel y Geoffrey Elton, *Two Ways to the Past? Two Views of History* (New Haven, 1983).

conocimiento era una forma de ejercicio del poder.[25] Pero Nietzsche no compartía la confianza de Marx en que el desenmascaramiento de los factores ideológicos presentes en el conocimiento pudiera lograr realmente un conocimiento objetivo. La historia de la razón filosófica desde Sócrates en adelante le parecía una forma contraria a la razón, es decir, una manera efectiva de ejercer la autoridad y el poder. De este modo, negaba la superioridad de la lógica, por ejemplo socrática, respecto del pensamiento mítico o poético.

Desde este punto de partida una cantidad cada vez mayor de historiadores ha llegado a la conclusión, en décadas recientes, de que la historia es más cercana a la literatura que a la ciencia. Esta noción ha desafiado los supuestos mismos en los que descansaba la investigación histórica moderna. La idea de que la objetividad en la investigación histórica no es posible porque no existe un objeto de la historia ha ganado creciente terreno. De acuerdo a esto, el historiador es siempre cautivo del mundo desde el que piensa, y sus pensamientos y percepciones están condicionados por las categorías del lenguaje con el que opera. En este sentido el lenguaje puede moldear la realidad, pero no referirse a ella.[26] Esta idea surgió a partir de las teorías lingüísticas y literarias de la década de 1960,[27] aunque el concepto en el que se basa había sido insinuado por Ferdinand de Saussure, cuyo *Curso de lingüística general*, de 1916,[28] concebía al lenguaje como un sistema autocontenido. Roland Barthes en la década de 1960[29] y Hayden White en la de 1970[30]

[25] Véase Megill, *Prophets of Extremity*.

[26] Véase el capítulo 10.

[27] Véase Art Berman, *From the New Criticism to Deconstruction: The Reception of Structuralism and Post-Structuralism* (Urbana, 1988).

[28] Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general* (Buenos Aires, 1971).

[29] Véase Roland Barthes, "The Discourse of History", traducido por Stephen Bann, en *Comparative Criticism: A Yearbook*, tomo 3 (1981), 3-28.

[30] Véase la nota número tres más arriba.

enfatizaron el carácter literario de los textos históricos y los elementos de ficción que inevitablemente contenían. A partir del concepto de De Saussure sobre el lenguaje como un sistema autocontenido de signos, los teóricos literarios en Francia y Estados Unidos, como Jacques Derrida y Paul de Man, fueron más allá al sostener que el lenguaje construía la realidad más que referirse a ella. El historiador trabajaba con textos, pero estos textos no hacían referencia a un mundo externo. Para decirlo con el conocido aforismo de Derrida, "no existe nada fuera del texto".[31] Tal texto no necesitaba tener una forma escrita o verbal. Las culturas, dirían los antropólogos como Clifford Geertz, son también textos.[32] Los textos no solamente carecen de un referente, sino que además sus significados son ambiguos. Cada texto puede leerse de innumerables maneras. La intención del autor deja de importar, no sólo por sus múltiples niveles y contradicciones, sino porque el texto existe independientemente del autor. Aplicado a la historia, esto significa que a final de cuentas cada obra histórica es una obra literaria, y debe por lo tanto ser juzgada mediante las categorías de la crítica literaria.

Esta es la línea de argumentación seguida consistentemente por la teoría literaria francesa y estadounidense desde que Barthes la formulara en la década de 1960. Barthes negaba que hubiera una distinción entre historia y literatura, como asimismo entre hecho y ficción, que había sido generalmente aceptada por el pensamiento occidental desde que Aristóteles la estableciera en su *Poética.* Esta crítica del realismo histórico se relaciona con una crítica de la sociedad y la cultura modernas. Por eso es que Barthes se quejaba de que "el realismo del discurso histórico es parte de un patrón cultural general que

[31] Jacques Derrida, *De la gramatología* (México D.F., 1998). La cita proviene de la edición en inglés, *Of Grammatology* (Baltimore, 1976), 158.

[32] Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas* (Barcelona, 1997). El título original inglés, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1973).



conduce a un enajenante fetichismo de lo 'real', con el que los hombres buscan escaparse de su libertad y de su papel como productores de significados".[33] En una línea similar, Hayden White notó "la renuencia a considerar las narrativas históricas como lo que tan manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son más *inventados* que *hallados*, y cuyas formas tienen más en común con sus contrapartes literarias que con las científicas".[34] Llevando más allá la crítica de la supuesta autoridad en la sociedad moderna, Hans Kellner sostuvo que "la 'verdad' y la 'realidad' son, por supuesto, las principales armas autoritarias de nuestro tiempo".[35] Todo esto redunda en la negación de la manera en que los historiadores han investigado la historia desde la antigüedad clásica y más específicamente desde la profesionalización de los estudios históricos. Como ha dicho Robert Berkhofer, "dado que los historiadores normalmente tratan de conciliar interpretaciones variadas mediante *referencia* a los hechos antes que mediante argumentos sobre la naturaleza de la narrativa como tal, deben en la práctica suponer que la factualidad posee algún tipo de realidad coercitiva". Al negar la factualidad, "la teoría literaria contemporánea desafía los fundamentos intelectuales mismos de la práctica histórica actual".[36]

Sin embargo, los críticos del realismo histórico que insistían en la autonomía de los textos raramente iban más allá de las declaraciones teóricas para enfrentar un tema histórico concreto,

33 Véase Lionel Gossman, "History and Literature: Reproduction or Signification", en Robert H. Canary y Henry Kozicki, eds., *The Writing of History: Literary Form and Historical Understanding* (Madison, 1978), 32-33.

34 Hayden White, "The Historical Text as Literary Artifact", en *The Tropics of Discourse*, 82.

35 Hans Kellner, "The Politics of Interpretation", en W. J. T. Mitchell, ed., *The Politics of Interpretation* (Chicago, 1982), 301.

36 Robert Berkhofer, "The Challenge of Poetics to (Normal) Historical Practice", *Poetics Today* 9 (1988), 435-452. Berkhofer, cabe mencionar, no es totalmente crítico del realismo histórico.

que para ellos no podía ser más que una construcción lingüística. Los defensores del movimiento que se autodefinía como el "Nuevo Historicismo"[37] se ocupaban más directamente de la literatura y la cultura en un contexto histórico, específicamente el de la Inglaterra Isabelina,[38] vista a través de sus producciones literarias, como también del encuentro entre Europa y las culturas nativas del Nuevo Mundo.[39] Ambos grupos compartían los supuestos fundamentales de la teoría literaria posmoderna acerca de la centralidad y opacidad del lenguaje, como también las concepciones antropológicas de las culturas como redes simbólicas de significado. No obstante, los "Nuevos Historicistas" rechazaron la noción de la autonomía de los textos, para verlos más bien como parte de complejas negociaciones simbólicas que reflejaban relaciones de poder entendidas en términos parcialmente foucaultianos y parcialmente marxistas. Los textos que formaban las bases de sus análisis contenían la misma dialéctica cultural de la sociedad en su conjunto, en la que operaban las fuerzas capitalistas de mercado a partir del período moderno temprano. Para ellos, como para el sociólogo Pierre Bourdieu, tales fuerzas adoptaban la forma de un capital simbólico culturalmente negociable, y no material. Enfatizando los significados múltiples de todos los textos literarios y culturales, continuaron criticando las prácticas de la "historia

[37] Véase el excelente ensayo de revisión bibliográfica de John H. Zammito, "Are We Being Theoretical Yet? The New Historicism, The New Philosophy of History, and 'Practicing Historians'", *The Journal of Modern History* 65 (1993), 783-814; y Jan R. Veenstra, "The New Historicism of Stephen Greenblatt: On Poetics of Culture and the Interpretation of Shakespeare", *History and Theory* 34 (1995), 174-198. Véase también H. Aram Veeser, ed., *The New Historicism* (Nueva York, 1989).

[38] Véase, como autor, Stephen Greenblatt, *Renaissance Self-Fashioning: From More to Shakespeare* (Chicago, 1980) y *Shakespearean Negotiations: The Circulation of Social Energy in Elizabethan England* (Oxford, 1988); y como editor, The Power of Forms in the English Renaissance (Norman, Okla., 1982).

[39] Véase Stephen Greenblatt, *Marvellous Possessions: The Wonder of the New World* (Chicago, 1991).

normal", como también lo hacían los propulsores de la teoría literaria posmoderna. Ellos intentaban aproximarse a lo que el iniciador del Nuevo Historicismo, Stephen Greenblatt, denominó una "Poética de la Cultura".[40]

Las críticas más radicales de los métodos aceptados de investigación histórica que han dominado las discusiones teóricas sobre la historia desde la década de 1970 hasta el presente, han tenido un impacto importante pero a la vez limitado en la forma en que se escribe la historia. Si se aceptaran las premisas de esta crítica, una producción histórica que posea significado sería imposible. Es obvio que la historia admite cualidades literarias. El historiador, como ha sostenido F. R. Ankersmit[41] siempre hace uso de metáforas para recrear imágenes históricas. La diferencia entre lo que él llama la historiografía moderna (tanto Rankeana como de orientación científico-social) y la postura posmoderna yace en la insistencia de esta última en el carácter metafórico y no referencial de todo texto histórico. Pero también en la convicción ilusoria de la primera en torno a la existencia de una substancia histórica aparte de la prosa o poética del historiador. En una línea similar, Hans Kellner ha considerado la totalidad de la tradición de investigación histórica moderna como una aberración respecto del concepto premoderno de la historia como parte de la retórica.[42]

[40] Stephen Greenblatt, "Towards a Poetics of Culture", en su *Learning to Curse: Essays in Early Modern Culture* (Nueva York, 1990).

[41] F. R. Ankersmit, "History and Postmodernism", *History and Theory* 28 (1989), 137-153, reimpreso en Ankersmit, *History and Tropology* (Berkeley, 1994). Véase la presentación de Kellner en la sesión sobre "Fictionality, Narrativity, Objectivity" en el International Congress of Historical Sciences en Montreal, agosto 27-septiembre 3, 1995; véase también Kellner, *Language and Historical Representation: Getting the Language Crooked* (Madison, 1989); y como coeditor con F. R. Ankersmit, *A New Philosophy of History* (Chicago, 1995). Más recientemente, Frank Ankersmit, Eva Domanska y Hans Kellner, eds., *Prefiguring Hayden White* (Stanford, 2009).

[42] Véanse las *Actes/Proceedings* del XVIII International Congress of Historical Sciences (Montreal, 1995), 159-182.

El asunto es obviamente más complejo. Incluso aquellos historiadores anteriores al período de la profesionalización se entendían a sí mismos como retóricos para quienes la historia debía contener ejemplos, lecciones de vida, y al mismo tiempo estar comprometida con la verdad. La tendencia de las discusiones recientes, como las del panel "Ficcionalidad, Narratividad, Objetividad" en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas celebrado en Montreal en 1995 ha sido la de ocupar una posición intermedia, para reconocer, como lo mencionó Roger Chartier, que aunque "sea una forma más de narración, la historia es, sin embargo, singular porque mantiene una relación especial con la verdad. Más precisamente, sus construcciones narrativas tienen el objetivo de reconstruir un pasado que realmente existió. Esta referencia a una realidad preexistente al texto histórico y situada fuera de él, en donde el texto cumple la función de producir una descripción inteligible es lo que constituye la historia y la hace diferente de la fábula o de la falsedad".[43]

La distinción entre la verdad y la falsedad continúa siendo fundamental para el trabajo del historiador. El concepto de verdad se ha complejizado enormemente con el desarrollo del pensamiento crítico reciente. Es cierto que el postulado de "la absoluta objetividad y cientificidad del conocimiento histórico ya no es aceptado sin reservas".[44] Sin embargo, el concepto de verdad y el deber que conlleva para el historiador de evitar e incluso desvelar la falsificación no ha sido de manera alguna abandonado. Como profesional con entrenamiento especializado, el historiador continúa trabajando críticamente con las fuentes para hacer posible el acceso al pasado real. La distinción entre racionalidad e irracionalidad en la investigación histórica descansa no en un concepto abstracto de verdad u

[43] Roger Chartier, ibíd., 174.
[44] Ibíd.

objetividad sino que en "la idea de la historia como una comunidad interpretativa, una disciplina que se practica de acuerdo a estándares profesionales.[45]

La fuga ante la realidad del pasado por parte del pensamiento literario, lingüístico e histórico refleja un profundo descontento con los aspectos enajenantes de la civilización moderna. En la medida en que la ciencia ocupaba un lugar central en esta civilización, los métodos científicos fueron atacados junto a la tradición moderna de investigación histórica. Esta crítica, por supuesto, también tenía ramificaciones políticas. Lo que comenzó en el siglo XIX y en la primera mitad del XX con Burckhardt, Nietzsche y después Heidegger, como un rechazo del legado humanista de la Ilustración desde una perspectiva elitista y antidemocrática fue continuado por pensadores como Jean Paul Sartre y la Escuela de Frankfurt –Theodor Adorno y Max Horkheimer– que tomaban posiciones generalmente más identificadas con la izquierda, pero que ya no veían en la fe de la Ilustración en la razón y la ciencia un medio para liberar a los seres humanos sino, al contrario, como un medio de controlarlos y manipularlos.[46] Si la Ilustración intentó liberar a los seres humanos de los mitos y las nociones ilusas, sus críticos intentaban liberar a los seres humanos de la falta de sentido ético que en su opinión

[45] Zammito, "Are We Being Theoretical Yet?", 804.

[46] Véase Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración: Fragmentos filosóficos* (Madrid, 1998). Sobre la Escuela de Frankfurt, véase Martin Jay, *La imaginación dialéctica: historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social, 1923-1950* (Madrid, 1974) y John Abromeit, *Max Horkheimer and the Foundations of the Frankfurt School* (Cambridge, 2011). Sobre una nueva temática de la Teoría Crítica, véase Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa* (Madrid, 1989) y *El discurso filosófico de la modernidad* (Madrid, 1989); Steven Seidman, ed., *Jürgen Habermas on Society and Politics: A Reader* (Boston, 1989); una publicación más reciente sobre Habermas es la de Dieter Freundlieb, Wayne Hudson y John Rundell, eds., *Critical Theory after Habermas* (Leiden, 2004) y David Ingram, *Habermas: Introduction and Analysis* (Ithaca, NY, 2010).

implicaba el enfoque racional –o racionalista– de la vida y la realidad. La razón científica se transformó repentinamente en un monstruo. Foucault y Derrida estaban de acuerdo en que, al ubicar a la razón abstracta en una situación tan central, la tradición filosófica occidental a partir de Sócrates había legitimado patrones de dominación[47] o, como sostuvo Joan Scott desde una perspectiva feminista, habían establecido una autoridad patriarcal en el lenguaje mismo del discurso común.[48]

Esta crítica posmoderna contenía puntos válidos e importantes. Demostró que la noción de una historia unívoca no era sostenible, ya que la historia se caracteriza no sólo por las continuidades sino que también por las rupturas. Los críticos apuntan acertadamente a los supuestos ideológicos que se hallan presentes en el discurso dominante de la investigación histórica profesional. También aciertan al desafiar su manera exagerada de hablar con la autoridad de expertos. Al mismo tiempo, tienden a actuar con exceso de celo cuando niegan la posibilidad de cualquier tipo de discurso histórico racional y cuestionan la noción de verdad histórica y con ella la de falsedad histórica. Así, eliminan no sólo la frontera reconocidamente porosa que existe entre el discurso histórico, que siempre tiene elementos ficticios, con la ficción, que busca más que nada interpretar la realidad, sino además la frontera entre la indagación honesta y la propaganda. Este modo de ofuscar las fronteras ha sido particularmente problemático en las discusiones sobre el Holocausto como evento histórico.[49] Las contradicciones del intento de reducir la historia a la literatura puramente imaginativa resultaron obvias en el reconocimiento,

[47] Véase Megill, *Prophets of Extremity.*

[48] Véase Joan Scott, *Género e historia* (México D.F., 2009); Bonnie Smith, *The Gender of History: Men, Women, and Historical Practice* (Cambridge, Mass., 1998).

[49] Véase Saul Friedlander, ed., *Probing the Limits of Representation: Nazism and the Final Solution* (Cambridge, Mass., 1992).

por parte de Hayden White, de que resulta inaceptable negar, desde una perspectiva moral, la realidad del Holocausto, pero que al mismo tiempo resulta imposible para la narrativa histórica establecer objetivamente el que haya ocurrido.[50]

El reto posmoderno ha tenido un impacto significativo en el pensamiento y la escritura histórica sin por ello destruir sus continuidades con las prácticas y conceptos anteriores. El posmodernismo refleja una sociedad y cultura en transformación, en la que las antiguas certezas en torno a crecimiento industrial, las mayores expectativas económicas y los valores de la clase media tradicional han sido fuertemente golpeadas. Esto se ve reflejado en la historiografía de las últimas décadas. La temática histórica ha cambiado de curso, desde las estructuras y procesos sociales, a la cultura en el sentido amplio de vida cotidiana. La historia ha asumido un aspecto más humano en la medida en que ha prestado mayor atención a los individuos, aunque en esta ocasión no a los influyentes y poderosos, sino a la gente común. Una escuela de historiadores ha buscado reemplazar los estudios de los procesos macrohistóricos y macrosociales por lo que llaman microhistoria, concentrándose en unidades sociales pequeñas que aglutinan a individuos concretos. El nuevo énfasis en la cultura de la vida cotidiana ha puesto a la historia en contacto estrecho con la antropología de Clifford Geertz. "Creyendo, con Max Weber, que el hombre es un animal suspendido en redes de significado que él mismo ha tejido", Geertz "entiende por cultura aquellas redes y para los efectos de análisis no recurre a las ciencias experimentales para buscar leyes, sino a una interpretación que busca el significado. Es una explicación que busca entender expresiones sociales que parecen enigmáticas en la superficie". Tal sería la búsqueda del estudioso de la cultura. Así, la nueva historia

[50] Hayden White, "Historical Emplotment and the Problem of Truth", en ibíd., 37-53.

cultural, como la "hermenéutica" del historicismo clásico, entiende la "explicación" como el intento de reconstruir el significado de las expresiones sociales que utiliza como textos.[51]

Sin embargo, la hermenéutica de la nueva historia difiere de la escuela rankeana. Esta última no sólo trataba de un tema diferente, en este caso las grandes personalidades operando en un contexto de grandes instituciones políticas, sino que también suponía que los textos contenían un significado claro que podía ser reconstruido mediante el análisis filológico. Ranke y su escuela todavía pensaban que la historia era una ciencia estricta, si bien diferente en su temática y métodos respecto de las ciencias explicativas. Para la nueva historia cultural, las instituciones consideradas centrales como el Estado, la Iglesia y el mercado mundial se han desintegrado, y además el significado de los textos dejó de ser transparente y quedó marcado por las contradicciones y rupturas.

Todo esto parecía validar los ataques posmodernos en contra de las nociones de objetividad y método científico, que esperaban abolir la distinción entre la narrativa histórica y la ficción. No obstante, un examen de la historiografía de las últimas décadas, sobre la que versa este libro, sugiere que si bien los historiadores son mucho más cautelosos en su fe en la autoridad de la ciencia, han trabajado con la convicción de que el historiador indaga sobre un pasado real y no imaginario, y que este pasado real, aunque accesible sólo mediante el raciocinio del

[51] Clifford Geertz, *La interpretacion de las culturas.* La cita proviene del original, "Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture", en *The Interpretation of Cultures: Selected Essays* (Nueva York, 1973), 5; véase también su definición de cultura en "Religion as a Cultural System", en ibíd., 89: "El concepto de cultura al cual adhiero no tiene ni múltiples referentes o, como puedo ver, ambigüedades inusuales: denota un patrón históricamente transmitido de significados inherentes en símbolos, un sistema de conceptos heredados expresados en las formas simbólicas por medio de las cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y sus actitudes sobre la vida".

historiador, exige métodos y enfoques que siguen una determinada lógica. Impresiona el que, a pesar del cuestionamiento creciente de la autoridad del estudioso profesional por parte del pensamiento posmoderno, el trabajo histórico sintió más bien las presiones de la creciente profesionalización. Aunque hubo algunos llamados por parte del movimiento "History Workshop"[52] a fines del siglo XX para que los ciudadanos no universitarios indagaran sobre sus raíces, la nueva historia cultural ha sido llevada a cabo casi exclusivamente en las instituciones de educación superior. Una buena parte del desafío al ethos científico del trabajo histórico provino desde fuera de la disciplina –teóricos y críticos literarios que buscaban fundir la historia con la literatura imaginativa. Sin embargo, la crítica literaria misma, que era anteriormente practicada por intelectuales independientes a través de diferentes tipos de revistas, ha estado crecientemente confinada tras los muros de la academia. A pesar de ciertas reorientaciones filosóficas, la cultura académica, que incluye los criterios para la adquisición de las credenciales necesarias para obtener un puesto universitario y llevar adelante una carrera exitosa, ha permanecido sorprendentemente constante desde los inicios de la historiografía profesional en las universidades alemanas de principios del siglo XIX hasta el presente. Así es que a pesar de los llamados a repudiarlo, el ethos científico ha perdurado en la práctica.

Esto resultaba fundamental para un trabajo histórico que tuviera sentido. La historia seguía siendo un campo de conocimiento. Los historiadores de las décadas de 1970 y 1980 aprendieron de los antropólogos la importancia de la cultura para la comprensión de la conducta social y política. De este modo, los estudios sobre la Revolución Francesa tomaron una nueva dirección. El énfasis en los factores económicos y de clase

[52] Sobre la historia del movimiento *History Workshop*, véase el capítulo 7.

que caracterizaba el análisis marxista de Georges Lefebvre[53] y Albert Soboul,[54] y el análisis antimarxista de Alfred Cobban[55] a mediados del siglo XX, fue reemplazado por un mayor énfasis en la cultura, el lenguaje, los símbolos y rituales en las obras de François Furet,[56] Lynn Hunt,[57] William Sewell[58] y Simon Schama[59] en las décadas de 1980 y 1990. Pero, en último término, la nueva historia cultural, como sus antecesores tradicionales, tenía que ir también a los archivos. Aunque podían ser muy críticos de los supuestos de la historia científico-social, igual utilizaban (muchas veces con la ayuda de las técnicas de computación) datos empíricos para proporcionar las bases de su reconstrucción interpretativa de la cultura local.

Aunque el trabajo histórico de las décadas de 1970 y 1980 enfatizaba con frecuencia la importancia de la cultura a expensas de la política y de los procesos sociales más amplios, los eventos ocurridos desde 1989 han demostrado que estos últimos no pueden ser ignorados. Si bien es difícil estar de acuerdo con la teoría de la modernización, especialmente después de las brutalidades del siglo XX, en cuanto a otorgar a la civilización occidental una dignidad especial, o ver la historia

[53] Georges Lefebvre, *La Revolución Francesa y el imperio* (México D.F., 1960) y también su *Quatre-vingt-neuf* (París, 1970).

[54] Albert Soboul, *Compendio de la historia de la Revolución Francesa* (Madrid, 1966) y también su *Los sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario* (Madrid, 1987).

[55] Alfred Cobban, *La interpretación social de la Revolución Francesa* (Madrid, 1971).

[56] François Furet, *Interpreting the French Revolution* (Cambridge, 1981); también Furet y Mona Ozouf, eds., *The Transformation of Political Culture*, 3 tomos (Oxford, 1989).

[57] Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution* (Berkeley, 1986).

[58] William Sewell, *Work and Revolution in France, The Language of Labor from the Old Regime to 1848* (Cambridge, 1980).

[59] Simon Schama, *Ciudadanos: crónica de la Revolución Francesa* (Buenos Aires, 1990). Publicado originalmente en inglés como *Citizens* (Nueva York, 1990).

como un proceso unívoco, es empero claro que las poderosas fuerzas descritas por esa teoría operan realmente en el mundo moderno. La teoría de la modernización puede haber sido excesivamente optimista al considerar el mundo moderno como "el fin de la historia"[60] o como el resultado de un proceso benigno. Además, el colapso del imperio soviético ha demostrado las desventajas de depender exclusivamente del análisis político, económico y cultural, cuando la persistencia de actitudes nacionalistas y religiosas antiguas, y sus transformaciones bajo las condiciones modernas, como se manifiesta en los conflictos étnicos y la irrupción del fundamentalismo religioso en años recientes, han expuesto los límites de la teoría de la modernización. Lo que se necesita más bien es un enfoque histórico más amplio que considere los aspectos tanto culturales como institucionales. La crítica posmoderna de la ciencia y la historiografía tradicional ha dado lugar a rectificaciones importantes en el pensamiento y la práctica histórica. No ha llegado a destruir el compromiso del historiador por reconstruir la realidad, o su fe en una lógica de la investigación, pero sí ha demostrado la complejidad de ambos. Quizás podamos ver en la historia de la historiografía un diálogo en curso que, aunque no llegue jamás a un punto final, aporta sin embargo perspectivas cada vez más amplias.

Nuestra historia comienza con la profesionalización de los estudios históricos en el siglo XIX. La historiografía es, por supuesto, mucho más antigua. Los seres humanos han estudiado su pasado en todas las culturas, pero la manera en que lo han hecho ha sido diferente en cada una de ellas. Por lo tanto, en el mundo occidental, incluyendo el islámico, como también el asiático del Este, la historia escrita ha jugado un

[60] Véase Francis Fukuyama, "The End of History?", *The National Interest* 16 (verano 1989), 3-18; véase también su *El fin de la historia y el último hombre* (Buenos Aires, 1992).

papel importante. Pero también lo han hecho las formas no escritas de la historia, como los monumentos, los símbolos y las tradiciones populares. Desde tiempos tan remotos como los de Heródoto y Tucídides en Occidente y Ssu'ma Chi'en en el Oriente, ha habido un esfuerzo consciente por distinguir a la historia del mito y por lograr una descripción verdadera de los hechos del pasado. Sin embargo, no hubo un intento por otorgar a la historia el estatus de una ciencia similar en su rigor al de las ciencias naturales. El cultivo de la historia como un género literario que busca recobrar la realidad del pasado genuina y honestamente, pero también de una manera estéticamente elegante, ha persistido desde la antigüedad clásica occidental y asiática hasta un período relativamente reciente. Fue sólo en el siglo XIX que la historia se transformó en una disciplina profesionalizada, que se veía a sí misma como una "ciencia" ejercida por historiadores entrenados profesionalmente.

El término "ciencia histórica" (*Geschichtswissenschaft*) se utiliza comúnmente en la Europa continental y también en los lenguajes del Este asiático para distinguir a la historia como disciplina de la historia como una actividad literaria. Este término no es común en inglés, en donde "ciencia" generalmente se refiere a las ciencias naturales sistemáticas o a una lógica de raciocinio y explicación modelada a partir de las ciencias naturales, como puede observarse en los enfoques y proclividades sistemáticas de abstracción que se encuentran en las "ciencias sociales". En los lenguajes del continente europeo, *Wissenschaft* (alemán), *science* (francés), *scienza* (italiano), *ciencia* (español) o *nauk* (ruso) denotan un enfoque sistemático respecto de cualquier esfera del conocimiento, incluyendo las humanidades, que se guíe por los métodos de investigación aceptados por la comunidad de estudiosos.

En este libro usaremos el término para referirnos a la disciplina histórica moderna. El surgimiento de la ciencia histórica

en este sentido coincide con el establecimiento del campo como una disciplina profesional que se enseña y estudia en las universidades. La disciplina nunca ha tenido el rigor conceptual de las ciencias naturales o el de las ciencias sociales analíticas porque los elementos de voluntad, intención y significado de la conducta humana rechazan el nivel de abstracción en que descansa el conocimiento de las ciencias duras. Mas, exige una adhesión a la lógica de la investigación compartida por los estudiosos, mediante la cual los resultados de la indagación histórica pueden ser sometidos a examen para verificar su validez, tal como es el caso de otras disciplinas. También espera que el investigador vaya más allá de los datos básicos proporcionados por sus fuentes para crear un relato coherente que, como todo discurso científico, proporcione explicaciones. La naturaleza de la explicación es obviamente diferente en la historiografía y en las ciencias duras porque debe tomar en cuenta no sólo la intención y la individualidad de sus objetos de estudio, sino que también el papel de la subjetividad del investigador, que es claramente mayor en los estudios históricos que en las ciencias duras. Thomas Kuhn ha sostenido que incluso en física las concepciones de lo que constituye el trabajo científico no son exclusivamente el resultado de desarrollos y discursos internos de la disciplina, sino que se encuentran estrechamente ligados a las corrientes intelectuales más amplias de la cultura dentro de la cual se realiza el trabajo científico.[61] Si esto se aplica a una disciplina como la física, que enfáticamente busca excluir los elementos de subjetividad en el juicio científico, se aplica con mayor razón a la historia, la que reconoce la subjetividad como un elemento inevitable de cualquier investigación.

[61] Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (México D.F., 2007). El original en inglés lleva el título de *The Structure of Scientific Revolutions*, publicado en 1962.

Lo recién señalado no es para sugerir que el trabajo del científico o el historiador pueda ser explicado primordialmente en términos de factores sociales, o que tenga una función principalmente ideológica. Pero sí quiere decir que la ciencia, y especialmente la "ciencia histórica", tan estrechamente relacionada con los valores y las intenciones humanas, deben ser vistas en el marco sociocultural y político en el que se practican. Una historia de la historiografía que toma en cuenta solamente los factores internos de la disciplina no es posible. Es concebible que un conjunto de hechos históricos pueda ser examinado con estándares consensuados dentro de la disciplina; pero difícilmente se puede obtener el mismo consenso cuando esos hechos se observan a la luz de un contexto más amplio de eventos. Como he señalado, la ciencia, y esto incluye la ciencia histórica, no puede ser reducida a un conjunto de procesos de pensamiento internos e incorpóreos de la disciplina. Ella siempre involucra a seres humanos vivos que operan dentro de un marco de instituciones académicas y científicas y proceden mediante supuestos acerca de la naturaleza de la realidad que comparten con un gran número de sus contemporáneos. La ciencia siempre supone una comunidad de estudiosos que comparten prácticas de investigación y formas de comunicación. Es, por lo tanto, imposible separar la historia de la historiografía tanto de las instituciones como del marco social e intelectual en el que se desarrolla la investigación.

Las tres partes de este libro examinan el establecimiento de la historia como una disciplina de estudio, el desafío de las ciencias sociales a la investigación tradicional, y finalmente la crítica del pensamiento posmoderno a los enfoques científico-sociales, y su impacto en el quehacer de los historiadores.

PARTE I

LA PRIMERA FASE: EL SURGIMIENTO DE LA HISTORIA COMO DISCIPLINA PROFESIONAL

CAPÍTULO 1
EL HISTORICISMO CLÁSICO COMO MODELO DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

A principios del siglo XIX, en el mundo occidental en general, la historia experimentó un cambio radical al transformarse en una disciplina profesional. Hasta entonces habían habido dos tradiciones dominantes en la manera de escribir la historia: una predominantemente erudita y anticuaria, y la otra esencialmente literaria. Sólo ocasionalmente estas dos tradiciones aparecían unidas, como ocurría en la obra de los grandes historiadores británicos del siglo XVIII, Gibbon, Hume y Robertson. La nueva disciplina histórica que surgió en las universidades alemanas enfatizó el aspecto erudito de la historia, pero al mismo tiempo liberó a la erudición del criterio anticuario más estrecho, y sus mejores representantes mantuvieron un sentido de estilo literario. Es importante tener en cuenta que la nueva profesión cumplía con ciertas necesidades públicas y ciertos objetivos políticos que hicieron importante comunicar los resultados de la investigación a un público cuya conciencia histórica trataba de moldear, y que recurría a los historiadores para la búsqueda de su propia identidad histórica. Es decir, desde temprano existió una tensión entre el ethos científico de la profesión, que exigía un compromiso por evitar los prejuicios y los juicios valóricos, y la función política de la profesión, que daba por sentado un cierto orden social.

Esta tensión se vio reflejada en la misión educacional que adoptó la universidad en el siglo XIX. El prototipo de esta

universidad fue la Universidad de Berlín, fundada en 1810 como parte de la reorganización de la enseñanza secundaria y superior llevada a cabo por Guillermo von Humboldt en la época de reforma que siguió a la desastrosa derrota de Prusia por parte de Napoleón en 1806 y 1807. Estas reformas, que algunas veces han sido descritas como "una revolución desde arriba", sentaron las bases para unas condiciones modernas en lo económico, legal y social, similares a las efectuadas por la Revolución Francesa, pero que eran implementadas en un marco que mantenía bastante de la antigua estructura monárquica, burocrática, militar y aristocrática. El servicio civil, reclutado principalmente de la clase media con educación universitaria, jugó un papel central en un orden político en el que las instituciones representativas funcionaban hasta ese momento sólo a nivel comunal. Humboldt buscó reformar los *Gymnasia* y la universidad con el propósito de proporcionar una formación intelectual y estética completa cuyo centro pasó a ser conocido como *Bildung*,[1] y a través del cual se proporcionarían las bases para una sociedad de ciudadanos informados y participativos. La intención de estas reformas no era de ninguna manera democrática. La educación humanística, con su fuerte apoyo en el latín y especialmente en los clásicos griegos, no sólo profundizó la brecha entre un *Bürgertum* educado y la población en general, sino que también creó una clase de altos

[1] El término *Bildung* no es fácil de traducir y debe ser entendido en el contexto de la cultura intelectual alemana. Las traducciones corrientes de "cultura"o "educación" son insuficientes. Fritz Ringer intenta definirlo como "la perspectiva del aprendizaje como la autorrealización personal a través de la interacción interpretativa con textos venerados". "El modelo esencialmente interpretativo de *Bildung* inspiró a la tradición hermenéutica dominante en la investigación filológica e histórica alemana, como también la concepción germana de *Geisteswissenschaften*... El objetivo del *Bildung* implicaba una perspectiva personal evaluativa (*Weltanschauung*), más que una intervención manipulativa de la naturaleza o de los procesos sociales". Ringer, *Fields of Knowledge: French Academic Culture in Comparative Perspective, 1890-1920* (Cambridge, 1992), 2.

funcionarios públicos que Fritz Ringer ha comparado con los mandarinos chinos.[2]

La nueva universidad encarnaba esta fusión del *Wissenschaft* y el *Bildung*. En contraste con las universidades del antiguo régimen, cuya principal función era la enseñanza, la Universidad de Berlín se transformaría en un centro en el cual la enseñanza estaría basada en la investigación. Con esto en mente, la Universidad de Berlín reclutó a Leopoldo Ranke en 1825. Ranke, quien era un joven profesor en el *Gymnasium* de Frankfurt/Oder, había publicado recientemente un libro en el que buscaba reconstruir, mediante el examen crítico de los documentos, una de las grandes transformaciones de la política europea: el surgimiento, como un factor primordial en la política internacional, del sistema de Estados modernos y del equilibrio de los grandes poderes que tuvo lugar durante el curso de las guerras italianas de fines del siglo XV y principios del XVI.[3] En un anexo metodológico del libro,[4] rechazó cualquier intento de escribir la historia a partir de nada que no fueran las fuentes primarias, llegando a acusar quizás injustamente a todos los relatos anteriores de las guerras italianas, incluyendo la obra clásica de Guicciardini, por haber a su juicio ignorado completamente todo examen crítico de la evidencia. El objetivo de Ranke era transformar la historia en una ciencia rigurosa practicada por historiadores entrenados profesionalmente. Como Tucídides, sobre quien redactó su tesis doctoral, quiso escribir una historia que combinara una reconstrucción fidedigna del pasado con la elegancia literaria. La historia debía ser escrita *por* especialistas, pero no sólo o primordialmente *para* ellos,

[2] Fritz Ringer, *The Decline of the German Mandarins: The German Academic Community, 1890-1933* (Cambridge, Mass., 1969).

[3] *Geschichten der romanischen und germanischen Völker von 1494 bis 1514* (Leipzig, 1824); en inglés, *History of the Latin and Teutonic Nations* (Londres, 1887).

[4] *Zur Kritik neuerer Geschichtschreiber*, que se publicó separadamente ese mismo año.

sino que para el público educado más amplio. La historia debía ser tanto una disciplina científica como una fuente de cultura.

El concepto rankeano de la historia como una ciencia rigurosa se caracteriza por la tensión entre la demanda explícita por una investigación objetiva, que rechaza estrictamente tanto los juicios de valor como las especulaciones metafísicas, y los supuestos filosóficos y políticos implícitos que en realidad determinaban su investigación. Para Ranke, la investigación avanzada estaba estrechamente ligada al método crítico. Un entrenamiento muy acabado en los métodos de la crítica filológica era una precondición necesaria para ello. Ranke introdujo el sistema de seminarios en que los futuros historiadores eran entrenados para el examen crítico de los documentos medievales. El seminario en sí no era algo enteramente nuevo. Johann Christoph Gatterer había introducido algo parecido en la Universidad de Göttingen en la década de 1770, pero sólo con Ranke se transformó en un componente integral del entrenamiento de los historiadores. Para 1848 casi todas las universidades alemanas lo habían adoptado. Aquello que Ranke concebía como un estudio riguroso suponía una abstinencia estricta de todo tipo de juicios de valor. Como afirmó en el famoso párrafo introductorio de su libro inicial sobre las guerras italianas, que le valió su contratación en Berlín, el historiador se debía abstener de "juzgar el pasado" y limitarse a "mostrar cómo ocurrieron las cosas en realidad".[5] Sin embargo, rechazaba al mismo tiempo cualquier tipo de positivismo que viera el establecimiento de los hechos como la tarea esencial del historiador. Mientras que para Max Weber, a comienzos del siglo XX, un enfoque histórico riguroso revelaba el sinsentido ético de la existencia, para Ranke este revelaba un mundo de significado y de valores. Por ello escribió que "mientras que el filósofo, que ve

[5] Cf. "Preface to the First Edition of *Histories of the Latin and Germanic Nations*", en Leopold von Ranke, *Theory and Practice of History*, 86.

la historia desde su punto de vista, busca la infinidad meramente a través de la progresión, el desarrollo y la totalidad, la historia reconoce algo infinito en toda existencia: en toda condición, en todo ser, algo eterno que proviene de Dios".[6] La historia, así, reemplazaba a la filosofía como ciencia que proporcionaba una comprensión del significado de la vida humana.

Lejos de enfatizar la relatividad y por tanto la falta de sentido de todos los valores, la manera "imparcial" (*unpartheyisch*)[7] de observar las cosas por la que abogaba Ranke revelaba, de hecho, el carácter ético de las instituciones sociales en su desarrollo histórico. Aunque Ranke reemplazaba el enfoque filosófico de Hegel por uno histórico, estaba de acuerdo con Hegel en que los estados políticos existentes, en la medida en que eran el resultado del desarrollo histórico, constituían "energías morales"[8] o "pensamientos divinos".[9] De esta manera, Ranke tomaba una posición cercana a la de Edmund Burke, al argumentar que cualquier desafío a las instituciones sociales y políticas establecidas por vías revolucionarias o reformas profundas constituían una violación del espíritu histórico.[10] El enfoque "imparcial" del pasado, que buscaba simplemente mostrar "lo que realmente ocurrió", revelaba para Ranke el orden existente tal como Dios lo había creado. Para Ranke, tal como para Hegel, la historia del mundo moderno demostraba la solidez de las instituciones políticas y sociales de la Prusia de la Restauración, en la que la libertad civil y la propiedad privada existían y prosperaban bajo el alero de una monarquía poderosa y un servicio civil ilustrado. De allí la centralidad del Estado para el concepto rankeano de la historia. Es muy

[6] "On the Character of Historical Science", en ibíd., 11.
[7] En ibíd., 13-15.
[8] "The Great Powers", en ibíd., 52.
[9] "A Dialogue on Politics", en ibíd., 66.
[10] Véase Ranke, "On the Relation and Distinction of History and Politics", ibíd., 75-82.

difícil entender la nueva ciencia de la historia, como la entendía Ranke, sin tomar en cuenta el contexto político y religioso desde el cual surgía. Lo que al principio parecía ser una paradoja, es decir la profesionalización de los estudios históricos con su exigencia de objetividad estricta, por una parte, y el papel político y cultural del historiador, por la otra, terminaba no siendo una paradoja en absoluto.

Ranke fue en último término el modelo para el cultivo profesional de la disciplina en el siglo XIX. Antes de 1848, sin embargo, no era el historiador más representativo de la historiografía alemana, y mucho menos de la internacional. La tradición ilustrada de la historia cultural estaba aún en pleno auge en los escritos de Heeren, Schlosser, Gervinus y otros que adoptaron posiciones políticas incluso más abiertamente, y que además estaban muy conscientes de la necesidad de los métodos filológicos críticos, sin por ello transformarlos en un objeto de fetichismo. El intenso interés generado en Europa por la historia desembocó en proyectos de gran escala con el fin de editar y publicar las fuentes de las historias nacionales. Ya en el siglo XVIII, Ludovico Muratori había lanzado en Italia un proyecto de esta naturaleza, el *Rerum italicarum scriptores.* En Alemania, el *Monumenta Germaniae Historica* comenzó en 1819 como una vastísima colección de fuentes de la historia medieval alemana. La *Collection de documents inédits sur l'histoire de France,* y las *Chronicles and Memorials of Great Britain and Ireland During the Middle Ages* hicieron algo parecido para Francia y las islas británicas. En 1821, la École des Chartes se fundó en París para entrenar a los historiadores y a los funcionarios de los archivos en el examen crítico de las fuentes. Aun cuando esto pudiera sugerir una forma algo estrecha de entender la erudición, las principales obras históricas en Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos, como lo muestran los nombres de Jules Michelet, Thomas Babington Macaulay y George Bancroft, estaban dirigidas a un público amplio.

Vista desde la perspectiva del papel de los historiadores en la vida pública, la historia era quizás más valorada en Francia que en Alemania. François Guizot, Jules Michelet, Louis Blanc, Alfonso de Lamartine, Alexis de Tocqueville, Hipólito Taine y Adolfo Thiers, todos ellos ocupaban puestos significativos en la política francesa, lo cual no tenía un equivalente en Alemania. Esto pudo haber sido así porque los estudios históricos en Francia estaban menos profesionalizados y por lo tanto menos apartados de un público educado general de lo que estaban en Alemania, donde los historiadores se encontraban cada vez más instalados en universidades y sujetos a las demandas específicas de la vida académica. La diferencia entre la cultura política de Francia y Alemania podría explicar, al menos en parte, la mayor apertura de los historiadores franceses como Guizot, Thierry, Blanc, Tocqueville y Michelet hacia los temas sociales, en contraste con la mayor concentración de los historiadores alemanes en la historia política y diplomática.

Después de 1848 en Alemania, y antes de 1870 en la mayoría de los países europeos, Estados Unidos y Japón –y un poco después en el caso de Gran Bretaña y los Países Bajos–, los estudios históricos experimentaron un proceso de profesionalización. El modelo alemán fue generalmente adoptado: en Estados Unidos con la inauguración del programa doctoral en Johns Hopkins en 1872, en Francia ya en 1868 con la fundación del École Pratique des Hautes Etudes en París, que se caracterizaba por su énfasis en la investigación. El seminario empezó a reemplazar, o al menos a complementar, las clases dictadas. Se crearon varias revistas especializadas que propagaban los nuevos métodos de investigación científica. Así, la publicación del *Historische Zeitschrift* (1859) fue seguida por el *Revue Historique* (1876), la *Rivista Storica Italiana* (1884), el *English Historical Review* (1886), el *American Historical Review* (1895) y otras publicaciones similares en diversos países. Muy significativamente, el primer número del *English Historical*

Review partía con un artículo de Lord Acton sobre "Las escuelas históricas alemanas".[11] El *American Historical Association* (Asociación de Historiadores Estadounidenses), fundado en 1884, eligió a Ranke, "padre fundador de la ciencia histórica",[12] como su primer miembro honorario. Generalmente, la adopción del modelo alemán implicó una retirada respecto de la historia cultural más amplia, y una tendencia hacia una historia más enfocada en la política. La tensión que observamos en Ranke entre la exigencia de que la investigación rigurosa evitara los juicios valóricos y el compromiso real de la historiografía con los valores sociales y políticos, también se reflejó en la nueva historia profesional. De hecho, el enorme aumento de la investigación histórica en el siglo XIX estaba estrechamente ligado a un contexto social y político específico. No sólo en Alemania sino también en Francia, los estudios históricos se llevaban a cabo en universidades e institutos patrocinados por el Estado. Y a pesar de la libertad académica de la que gozaba el profesorado, el proceso de reclutamiento, en el que el Estado jugaba un papel *importante, implicaba un alto nivel de conformidad.*[13]

El consenso dominante era claramente diferente en Alemania y en Francia, lo que reflejaba sus diferentes culturas políticas, aunque ambas estaban profundamente enraizados en los valores de las clases medias establecidas, es decir, el *Bürgertum*

[11] Lord Acton, "German Schools of History", *English Historical Review* I (1886), 7-42.

[12] Herbert B. Adams utilizó esta expresión en "New Methods of Study in History", en Johns Hopkins University, *Studies in History and Political Science* II (1884), 65; véase también Adams, "Leopold von Ranke", American Historical Association *Papers*, III (1888), 104-105.

[13] Sobre el reclutamiento de los historiadores en Alemania, véase Wolfgang Weber, *Priester der Klio: Historisch-sozialwissenschaftliche Studien zur Herkunft und Karriere deutscher Historiker und zur Geschichte der Geschichtswissenschaft 1800-1970* (Frankfurt am Main, 1984). Desde una perspectiva comparada, Christian Simon, *Staat und Gesellschaft in Frankreich und Deutschland, 1871-1914: Situation und Werk von Geschichtsprofessoren an den Universitäten Berlin, München, París,* 2 tomos (Berna, 1988).

la burguesía. En los dos países, la historiografía apoyaba consistentemente las posiciones liberales que diferían del conservadurismo de Ranke. En Francia, este liberalismo se identificaba, especialmente después de 1871, con la tradición republicana. Era laico y anticlerical, y se enfrentaba al catolicismo de los realistas.[14] En Alemania, luego de la derrota de la Revolución de 1848, se intentó lograr objetivos sociales y económicos liberales desde dentro de la monarquía semiautocrática de los Hohenzollern. De esta manera, surgió un mito del pasado nacional muy diferente en las historias de Michelet y Lavisse en Francia, que en las de Sybel y Treitschke en Alemania. Lo que impresiona es que la profesionalización, con su desarrollo del ethos científico y las prácticas científicas que lo acompañaban, llevaron en todas partes a un aumento de la ideologización de las obras históricas. Los historiadores iban a los archivos en búsqueda de la evidencia que les permitiera justificar sus prejuicios nacionalistas y de clase, y así darles un halo de autoridad científica.

En general, la nueva perspectiva histórica, a la que más tarde se denominó con frecuencia con el término historicismo (*Historismus*),[15] fue bienvenida como un progreso en el ámbito intelectual. El historicismo era más que una teoría de la historia, ya que involucraba una filosofía completa de la vida, una

[14] Véase William Keylor, *Academy and Community: The Foundation of the French Historical Profession* (Cambridge, Mass., 1975).

[15] Véase Georg G. Iggers, "Historicism: The History and the Meaning of the Term", *Journal of the History of Ideas* 56 (1995), 129-151. Evito consistentemente el uso del término "historicismo" porque tiene frecuentemente significados contradictorios. Preferiría usar el término "historismo" (*Historismus*), que connota más cercanamente la perspectiva y la praxis de los historiadores alemanes del siglo XIX y de la primera mitad del XX que hemos discutido en este libro. Pero el término "historismo" ha prácticamente desaparecido, al menos en inglés, después de que los escritos de Croce se hicieron conocidos en traducción en las décadas de 1920 y 1930. Croce utilizaba *storicismo* en lugar del término más antiguo *istorismo*, que correspondía más cercanamente al uso alemán.

combinación especial del concepto de ciencia, especialmente de las ciencias humanas o culturales, y un concepto del orden social y político. Suponía, como lo expresó José Ortega y Gasset, que "el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene… historia".[16] Pero también creía firmemente que la historia revelaba un significado, y que el significado se revelaba a sí mismo solamente en la historia. Vista de esta manera, la historia era el único vehículo para estudiar los asuntos humanos. Historiadores y filósofos sociales como Ernst Troeltsch y Friedrich Meinecke usaron el término *historicismo* para identificar la visión de mundo dominante no sólo en los medios académicos alemanes del siglo XIX, sino que también dentro del sólido *Bürgertum*. Meinecke en 1936 se refería al historicismo como "el punto más alto en la comprensión de los asuntos humanos".[17] En teoría, este enfoque abriría todas las esferas de la actividad humana al estudio histórico.

En los hechos, este enfoque amplió a la vez que restringió la perspectiva histórica. Es importante recordar que la investigación histórica alemana adquirió su forma moderna en los dos primeros tercios del siglo XIX, esto es, antes de la industrialización o democratización de la sociedad alemana, y que llevaba el sello de ese tiempo. Sus principales supuestos permanecían aún inalterados después de 1870, probablemente por tres razones: el gran prestigio que la investigación histórica alemana había logrado para entonces, las particulares condiciones políticas en Alemania luego de la fracasada revolución de 1848-49, y el curso posterior de la unificación bajo Bismarck, que impidió el surgimiento de un ethos democrático en Alemania. Sin embargo, como hemos visto, el patrón alemán de la ciencia histórica

[16] José Ortega y Gasset, *Historia como sistema y otros ensayos de filosofía* (Madrid, 2008), 48. Este ensayo fue publicado originalmente en Madrid en 1941.

[17] Friedrich Meinecke, *Die Entstehung des Historismus*, en *Werke* III (Múnich, 1965), 4. En castellano, *El historicismo y su génesis* (México D.F., 1943).

llegó a ser el modelo de los estudios profesionales en otras latitudes, bajo condiciones muy diferentes a las prevalecientes en Alemania. De modo que los historiadores no alemanes adoptaron elementos importantes de las prácticas académicas alemanas sin comprender, o querer comprender, las convicciones filosóficas y políticas básicas que estas conllevaban. Por ejemplo, Ranke era frecuentemente mal entendido como un positivista "dispuesto a adherir estrictamente a los hechos, a no predicar sermón alguno, a apuntar hacia algún fin o adornar la historia, sino simplemente a decir la verdad histórica".[18]

La teoría del historicismo mantenía la visión de Ranke de que "toda época es inmediata a Dios".[19] Sin embargo, no todas las épocas fueron consideradas por Ranke, quien aún tenía una amplia perspectiva europea, como de igual interés para el historiador. Ranke aspiraba a escribir una historia mundial, pero para él la historia mundial era sinónimo de los pueblos germánicos y latinos de la Europa central y occidental. "India y China", señaló, "tienen una larga cronología", pero en el mejor de los casos sólo tenían una "historia natural"[20] y no una historia en el sentido en que él la entendía. Después de Ranke, el enfoque de los historiadores se restringió aún más al examen de las naciones y a la vida política de estas. Los historiadores asistían obligadamente a los archivos, que contenían no sólo los documentos oficiales del Estado sino que también mucha información de carácter administrativo, económico y social, que por lo general desdeñaban. Y mientras que hubo algunas mujeres historiadoras antes del siglo XIX, se encontraban

[18] Herbert Adams, "Leopold von Ranke", 104-105. Véase también Georg G. Iggers, "The Image of Ranke in American and German Historical Thought", *History and Theory* 2 (1962), 17-40; también Novick, *Ese noble sueño*.

[19] Leopold von Ranke, "On Progress in History", en *The Theory and Practice of History*, 21.

[20] Ranke, "On the Character of Historical Science", en ibíd., 16.

ahora casi completamente fuera de una profesión que no les daba lugar.

Para comienzos del siglo XX, Ernst Troeltsch hablaba de una "crisis del historicismo".[21] Le dio voz a la opinión cada vez *más difundida de que los estudios históricos habían* demostrado la relatividad de todos los valores y revelado la falta de sentido de la existencia. La "crisis del historicismo",[22] cada vez más popular como tema de discusión en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial, era vista primordialmente como el resultado de un desarrollo intelectual. Esta "crisis" se sentía más profundamente en Alemania porque allí los supuestos filosóficos de principios y mediados del siglo XIX estaban más claramente fuera de sintonía con las realidades del siglo XX. En riesgo estaban no sólo el historicismo como visión de mundo arraigada en el Idealismo de la cultura clásica alemana, sino que toda la cultura del *Bürgertum* alemán y su ideal de *Bildung*. Cada vez más la investigación histórica, que fue tan central en la formación de una identidad nacional y social en el siglo XIX, iba perdiendo su relevancia en la vida pública. La creciente institucionalización de la enseñanza y de la investigación, y la presión por instaurar la especialización que la acompañaba, fue por tanto disolviendo gradualmente la cercana relación entre el *Wissenschaft* y el *Bildung* que había caracterizado a la gran historiografía política del siglo XIX.

[21] Ernst Troeltsch, "Die Krisis des Historismus", *Die Neue Rundschau* 33 (1922), I, 572-590; *Der Historismus und seine Probleme, Gesammelte Schriften* (Aalen, 1961), tomo 4.

[22] Véase Karl Heussi, *Die Krisis des Historismus* (Tübingen, 1932), y Karl Mannheim, "Historismus", en Kurt H. Wolf, ed., *Wissenssoziologie: Auswahl aus dem Werk* (Neuwied, 1970).

CAPÍTULO 2

LA CRISIS DEL HISTORICISMO CLÁSICO

Hacia fines del siglo XIX, los estudios históricos revelaban un estado de profunda inquietud. Casi simultáneamente en toda Europa y en Estados Unidos, tuvo lugar un examen crítico de los supuestos en los que descansaba la historiografía establecida en las universidades. No surgió ningún concepto de cómo debían realizarse los estudios históricos en la edad moderna, pero sí existía la convicción de que la temática de la historia debía expandirse y dar mayor espacio al papel de la sociedad, la economía y la cultura. Además, la preferencia por una narrativa histórica predominantemente política, centrada en eventos y grandes personalidades, fue desafiada y surgió también la exigencia de que la historia se vinculara más estrechamente con las ciencias sociales empíricas. Sin embargo, en ningún momento esta reacción crítica ante la historia, tal como se investigaba y enseñaba en todo el mundo, cuestionó los supuestos básicos de la historiografía anterior, a saber, 1) que la historia debía ser una disciplina profesional y 2) que la historia debía concebirse a sí misma como una ciencia. Por el contrario, había una fuerte presión para hacer el cultivo de la historia aún más profesional y más científico.

En Alemania esta discusión adquirió gran intensidad por la controversia que generó la obra de Karl Lamprecht, *Deutsche Geschichte* (Historia Alemana), cuyo primer tomo fue publicado

en 1891.[23] Lamprecht cuestionó dos principios fundamentales de la investigación histórica convencional: el papel central asignado al Estado y la concentración en personas y eventos. En las ciencias naturales, afirmó, la época en la cual el método científico se restringía a la descripción de fenómenos aislados había quedado obsoleto mucho tiempo atrás. La investigación histórica, también, tendría que reemplazar el método descriptivo por uno más integrador. Debido a su gran cobertura, que incluía la cultura, la sociedad y la política, además de su atractiva redacción, el *Deutsche Geschichte* fue recibido muy positivamente por un público amplio. Pero también encontró una oposición muy vehemente por parte de la mayoría de los historiadores profesionales. La crítica se justificaba en dos sentidos: en primer lugar, la obra cometía varios errores e imprecisiones, dando lugar a la sospecha de que había sido escrita de una manera apresurada y descuidada, pero sin llegar a invalidar sus tesis centrales. En segundo lugar, estas tesis eran criticables porque utilizaban conceptos de psicología colectiva altamente especulativos para demostrar que la historia alemana desde la antigüedad había seguido leyes predeterminadas de desarrollo histórico. El concepto de ley era también central en la idea de Lamprecht sobre la ciencia. En sus escritos programáticos, distinguía entre "las viejas tendencias de la ciencia histórica" –el intento de establecer los hechos por medio de una investigación rigurosa de las fuentes, pero sin un método "científico" para explicar la conducta histórica– y las "nuevas" –el enfoque consciente sobre un tema de investigación, a través de preguntas teóricas y principios metodológicos, como se hacía en todas

[23] Karl Lamprecht, *Deutsche Geschichte*, 12 tomos (Berlín, 1891-1909). El mejor examen crítico de la controversia en torno a Lamprecht, y de este como persona, estudioso y figura política, es el de Roger Chickering, *Karl Lamprecht: A German Academic Life (1856-1915)* (Atlantic Highlands, NJ., 1993).

las demás ciencias.[24] De acuerdo a Lamprecht, el viejo concepto de investigación científica o erudita de la historia descansaba en el supuesto metafísico de que, tras las apariencias observadas por el historiador, existían grandes fuerzas históricas, o "ideas", que le daban coherencia a la historia. La "nueva ciencia histórica" buscaba alinear la historia con las ciencias sociales sistemáticas; sin embargo, el concepto clave de Lamprecht en el *Deutsche Geschichte* era el de *Volksseele*, un espíritu nacional que se mantenía constante a través de las épocas, el cual tenía sus raíces en la filosofía romántica alemana más que en la ciencia social rigurosa. Esto llevó a Max Weber, quien claramente defendía un enfoque científico-social para los estudios históricos, a considerar el *Deutsche Geschichte* de Lamprecht como una especulación sin sentido, y a acusarlo de "dañar por décadas" una "buena cosa, a saber, el esfuerzo por guiar la labor histórica en la dirección de una mayor conceptualización".[25]

La motivaciones políticas también jugaron un papel importante en la oposición a Lamprecht. Para los principales representantes de la profesión, los estudios históricos, tal como se habían desarrollado en las universidades alemanas del siglo XIX, y la concepción de historia y ciencia en la que descansaban, estaban estrechamente ligadas al orden político que había surgido con la unificación alemana bajo el liderazgo de Bismarck.[26] Varios años después de que irrumpiera la controversia en torno a Lamprecht, hubo una fuerte disputa entre Dietrich Schäfer,[27] quien representaba la perspectiva dominante de la profesión,

24 Véase Karl Lamprecht, *Alte und neue Richtungen in der Geschichtswissenschaft* (Berlín, 1896); ídem, *What is History? Five Lectures on the Modern Science of History* (Nueva York, 1905).

25 Citado en Susan D. Schultz, "History as a Moral Force Against Individualism: Karl Lamprecht and the Methodological Controversies in the German Human Sciences", tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1984, 282.

26 Sobre el contexto político, véase Chickering, *Karl Lamprecht*.

27 Dietrich Schäfer, "Das eigentliche Arbeitsgebiet der Geschichte", en *Aufsätze, Vorträge und Reden*, tomo I (Jena, 1913), 264-290.

y Eberhard Gothein,[28] quien defendía la idea de ampliar el estudio de la historia para incluir aspectos económicos, sociales y culturales. Para Schäfer, el Estado ocupaba un lugar central en la historia; concebía al Estado alemán creado por Bismarck como el prototipo del Estado moderno. Sostenía que si no se ubicaba al Estado en el centro de los sucesos, no habría relato histórico coherente posible. Pero dado que veía al Estado como una concentración del poder y por lo tanto entendía a la política exterior como el elemento determinante de la política en general, Schäfer rechazaba cualquier intento de analizar la política desde la perspectiva de las fuerzas sociales o intereses domésticos. Lamprecht era ciertamente de todo menos revolucionario. Definitivamente, no se oponía ni al orden monárquico existente ni a los propósitos globales del *Reich* alemán. Como muchos de sus contemporáneos, más bien quería fortalecer y modernizar al país como poder mundial a través de la plena integración de los trabajadores a la nación. A pesar de ello, decían sus críticos, el *Deutsche Geschichte* contenía elementos afines a los conceptos materialistas, e incluso marxistas,[29] que cuestionaban el papel central del Estado y por lo tanto el orden social y político del Reich alemán.

El casi total rechazo a Lamprecht y a la historia social y cultural en general tenía sin duda bastante que ver con la homogeneidad de la profesión histórica alemana. Los mecanismos de reclutamiento, que incluían una larga y tediosa segunda tesis (*Habilitation*) que podía ser rechazada por tan sólo un voto negativo secreto por parte de los profesores titulares, hacía virtualmente imposible que los inconformistas pudieran

[28] Eberhard Gothein, *Die Aufgabe der Kulturgeschichte* (Leipzig, 1889).

[29] Sobre el supuesto materialismo de Lamprecht, véase Felix Rachfahl, "Deutsche Geschichte vom wirtschaftlichen Standpunkt", *Preußische Jahrbücher* 83 (1895), 48-96; también Georg von Below, "Die neue historische Methode", *Historische Zeitschrift* 81 (1896), 265; sobre si era marxista o no, véase ibíd., 265-266.

obtener puestos universitarios. El resultado de esto fue no solamente que Lamprecht quedara aislado como historiador, sino que los intentos de incorporar a la historia social fueron frenados por largo tiempo.[30] Fue en las disciplinas vecinas a la historia, como la economía, y en la década de 1920, la sociología, que se realizó un trabajo importante en historia social. A largo plazo, la influencia de Lamprecht fue más importante en la historia local y regional (*Landesgeschichte*), puesto que esta estaba menos directamente relacionada con la política nacional y por lo tanto más inclinada a ocuparse de aspectos sociales y culturales.

En Francia y Estados Unidos, los historiadores probaron estar más dispuestos a establecer relaciones estrechas entre la historiografía y las ciencias sociales. Es indudable que el ambiente político de estos países, tan diferente en varios sentidos, tuvo algo que ver con esto. En tanto que en Alemania la historia social fue empujada a una posición defensiva, en Francia fue la sociología la que lideró la lucha contra la investigación histórica tradicional que se practicaba en las universidades. En su "Curso de ciencia social" (1888),[31] Emile Durkheim negó a la historia el rango de una ciencia dado que esta se encargaba de lo particular y por lo tanto no buscaba acuñar juicios generales susceptibles de validación empírica, que constituían el eje central del pensamiento y los procedimientos científicos. En el mejor de los casos, la historia podía ser una ciencia auxiliar que proporcionaba información a la sociología, la que, contrariamente a la historia, tenía la capacidad de llegar a ser una

30 Sobre el interés en la historia social en vísperas de la controversia en torno a Lamprecht, véase Gerhard Oestreich, "Die Fachhistorie un die Anfänge der sozialgeschichtlichen Forschung in Deutschland", *Historische Zeitschrift* 208 (1969), 320-363.

31 Emile Durkheim, "Cours de science sociale, leçon d'ouverture", *Revue internationale de l'enseignement* 15 (1888), 23-48; véase también su *Las reglas del método sociológico* (Buenos Aires, 2003).

ciencia rigurosa. De acuerdo al economista François Simiand,[32] quien estaba fuertemente influido por Durkheim, la historia económica era una subdivisión de la historia y resultaba compatible con la ciencia social porque trabajaba con cifras y modelos. Esto no era posible para las formas convencionales de la historia narrativa.

Mientras que en la campaña en contra de Lamprecht en Alemania jugó un papel importante el temor a la democratización, en Estados Unidos los "Nuevos Historiadores", que también se autodenominaban "Historiadores Progresistas"[33] y se identificaban con los objetivos de la "era progresista" de comienzos del siglo XX, se abocaron a redactar una historia para la sociedad democrática moderna. En una sesión especial sobre "la ciencia histórica" en la Exposición Mundial de Saint Louis en 1904, los historiadores europeos, específicamente Karl Lamprecht y J. H. Bury, se sumaron a Frederick Jackson Turner, James Harvey Robinson y Woodrow Wilson para llegar a un acuerdo sobre la reforma de los estudios históricos en un sentido interdisciplinario.[34]

Si bien el nuevo interés surgió de la historia social y de las ciencias sociales, no llegó a formar un paradigma. Como veremos, las nuevas preocupaciones de la historia social siguieron diferentes rumbos, variando de acuerdo a las fronteras nacionales y reflejando diferentes perspectivas ideológicas. Pero, a pesar de las diferencias, las nuevas preocupaciones compartían

[32] François Simiand, "Méthode historique et sciences sociales", *Revue de Synthèse Historique* 6 (1903), 1-22.

[33] See Richard Hofstadter, *The Progressive Historians: Turner, Beard, Parrington* (Nueva York, 1968) y Ernst Breisach, *American Progressive History: An Experiment in Modernization* (Chicago, 1993).

[34] Véase la sección "Historical Science" en la que presentaron sus ensayos Woodrow Wilson, Frederick Jackson Turner, William Milligan Sloane, James Harvey Robinson, J. B. Bury y Karl Lamprecht, en *Congress of Arts and Sciences: Universal Exposition, St. Louis, 1904*, tomo 2 (Boston, 1906). Max Weber, Ernst Troeltsch y Adolf Harnack estaban también presentes en St. Louis y presentaron ponencias en otras secciones.

varios supuestos fundamentales con las orientaciones anteriores. Como ya hemos mencionado, una de las características importantes que compartían era el identificarse como historiadores profesionales. Los Nuevos Historiadores también estaban instalados en instituciones académicas, ya fuese en departamentos o institutos de historia. Esto significaba que la expectativa de estas instituciones era que estos historiadores tuvieran las mismas credenciales y cumplieran con requisitos de actividad académicas similares a los de sus colegas más tradicionales de antaño. Y sin que importara su manera diferente de concebir la tarea histórica, estaban de acuerdo en que la historia era una empresa científica que procedía de acuerdo a reglas metodológicas rigurosas.

Los Nuevos Historiadores continuaron siendo tan fieles como sus anteriores colegas al supuesto de que la escritura científica e informada de la historia requería una rigurosa evaluación y examen crítico de las fuentes. Los estudiosos continuaron recibiendo un entrenamiento en técnicas de investigación muy similar al de los historiadores de otras generaciones. En muchos sentidos, su concepción del ethos del historiador permanecía siendo la misma, y compartían iguales supuestos acerca del transcurso de la historia. Como la escuela anterior, estaban firmemente convencidos respecto de las cualidades de la civilización moderna. Veían también la historia como un proceso unívoco que, al margen de si apoyaban o no una teoría explícita del progreso, apuntaba hacia una dirección ascendente. Y a pesar de su compromiso con los valores democráticos, los Nuevos Historiadores como Frederick Jackson Turner, en línea con la tendencia imperialista dominante, compartían el prejuicio sobre las responsabilidades del hombre blanco y excluían a los negros de su concepción de la democracia estadounidense.

En los próximos capítulos examinaremos cuatro direcciones diferentes de la historia científico-social en el siglo XX: la

tradición alemana de historia económica y social, y más adelante sociología; las variedades de la historia científico-social principalmente en Estados Unidos; la escuela francesa de los *Annales*; y finalmente la reconstitución de la historia social en Alemania después de la Segunda Guerra Mundial. Esta clasificación es obviamente selectiva y representa sólo un segmento de la historia escrita durante el período. Sin embargo, estas orientaciones proporcionan ejemplos importantes del pensamiento histórico en el siglo XX.

Capítulo 3
LA HISTORIA ECONÓMICA Y SOCIAL EN ALEMANIA Y LOS INICIOS DE LA SOCIOLOGÍA HISTÓRICA

Un intento inicial por abordar históricamente los problemas creados por la industrialización fue llevado a cabo por la denominada Joven Escuela Histórica de Economía Nacional en Alemania, cuyo representante más importante fue Gustav von Schmoller. Esta escuela se ubicaba firmemente en la tradición del historicismo clásico al afirmar que la economía no estaba determinada por leyes estrictas, universalmente válidas y susceptibles de formulación matemática, como sostenía la economía política clásica inglesa y escocesa, y también el teórico vienés de economía Carl Menger. Más bien, sostenía que sólo podía ser comprendida históricamente en el contexto de los valores e instituciones de un pueblo o nación (*Volk*). La escuela de Schmoller compartía dos supuestos adicionales con el historicismo alemán clásico: el énfasis en el papel central del Estado y la insistencia en que el estudio histórico debía basarse en las fuentes de archivo. Se identificaba con la dinastía Hohenzollern y el orden político creado por Bismarck durante el proceso de unificación germana, pero también argumentaba a favor de la posibilidad y necesidad de la reforma, particularmente la integración de los trabajadores al Estado-nación alemán. De esta escuela surgieron las primeras grandes investigaciones empíricas acerca de las condiciones de vida de los obreros industriales como también sobre el estatus y la cultura de los artesanos de la Edad Media. Independientemente de esta escuela,

pero compartiendo sus métodos y supuestos fundamentales, Lamprecht redactó en la década de 1880 su historia económica del Valle de Moselle en la Edad Media tardía,[35] intentando reconstruir tanto las estructuras como las mentalidades de esa región. Muy significativamente, Lamprecht hizo un llamado en el subtítulo de la obra al estudio de la "cultura material". Como aporte a la historia económica y social, esta obra basada en un cuidadoso examen de fuentes económicas, políticas y sociales, tenía una significación mayor y más duradera que la de su *Deutsche Geschichte,* el cual por su carácter controvertido y amplia cobertura atrajo mayor atención en su tiempo, pero representaba una investigación menos sólida.

Ausente del trabajo empírico de la escuela de Schmoller estaba cualquier consideración a fondo de los supuestos teóricos y metodológicos en los que descansaban sus investigaciones. Esta carencia de reflexión en torno al trabajo histórico, que suponía que cada relato histórico contenía su propia explicación, no logró satisfacer a un creciente número de historiadores sociales. Para fines del siglo, varios filósofos neokantianos importantes, entre los que se destacaban Wilhelm Dilthey, Wilhelm Windelband y Heinrich Rickert, desarrollaron una metodología más clara para lo que ellos llamaban las ciencias humanas o culturales (*Geisteswissenschaften, Kulturwissenschaften*) y que contrastaban con las ciencias naturales.[36] Las metodologías de ambas requerían conceptualizaciones claras si querían reclamar el estatus de ciencias. Pero mientras que el objetivo de estas era lograr formulaciones generalizadoras, o "nomotéticas" que "explicaran" en términos abstractos el patrón legítimo y

[35] Karl Lamprecht, *Deutsches Wirtschaftsleben im Mittelalter: Untersuchungen über die Entwicklung der materiellen Kultur des platten Landes auf Grund der Quellen zunächst des Mosellandes,* 3 tomos (Leipzig, 1885-86).

[36] Sobre Dilthey, véase Jacob Owensby, *Dilthey and the Narrative of History* (Ithaca, 1994).

recurrente de la naturaleza, aquellas aplicaban métodos "ideográficos" (individualizadores) como un medio de aprehender y "entender" el significado de las acciones humanas en contextos culturales, sociales e históricos concretos. La pregunta todavía persistía acerca de cómo las ciencias humanas o culturales, tales como el estudio e investigación históricos, podían proceder desde fenómenos específicos a contextos sociales e históricos más amplios. En este sentido, ni Dilthey, Windelband o Rickert proporcionaban orientaciones más allá de las sugeridas anteriormente por Ranke y Droysen: imbuirse en la temática estudiada, proceso que Ranke denominaba "*Einfühlung*" (empatía) y que Dilthey describía como "*Erlebnis*" (experiencia).

Esta forma intuitiva, que constituía el eje del concepto historicista de ciencia, fue desafiado por una cantidad de pensadores muy diversos que argüían que incluso las ciencias humanas necesitaban de métodos más estrictos. Lamprecht, como hemos visto, había afirmado que la historia debía aplicar categorías analíticas rigurosas, aunque no tuvo éxito utilizándolas en su propio trabajo. Ya en 1884, el economista vienés Carl Menger, en su polémica obra *Die Irrtümer des Historismus in der deutschen Nationalökonomie* (Los errores del historicismo en la economía nacional alemana), había declarado que Schmoller y la Escuela Histórica de Economía Política, debido a su confianza en la presentación descriptiva de los hechos, habían fracasado en formular los conceptos claros que eran necesarios para un enfoque científico. Tanto Otto Hintze, quien en sus estudios sobre la industria prusiana de la seda y sobre la administración prusiana provenía de la escuela de Schmoller, como Max Weber, quien inició su carrera como estudiante de leyes y como economista antes de dedicarse a la sociología, intentaron introducir el rigor conceptual en la investigación empírica, que hacía falta en la obra de la escuela de Schmoller. En un importante artículo sobre Lamprecht en el *Historische Zeitschrift* en 1897, Otto Hintze tomó una posición mediadora

en la controversia.[37] Mientras que los críticos del *Deutsche Geschichte* de Lamprecht se referían frecuentemente a la distinción de Wilhelm Windelband entre los conceptos individualizantes de las ciencias humanas y los generalizantes de las ciencias naturales, Hintze insistía en que la historia se ocupaba tanto de los fenómenos individuales como de los colectivos y en que estos últimos requerían de conceptos abstractos y analíticos para ser comprendidos. En un importante ensayo de 1904,[38] Max Weber criticó a Karl Knies, Wilhelm Roscher y Schmoller, representantes de la Escuela Histórica de Economía Nacional, por proceder descriptivamente y sin un conjunto de conceptos claramente definidos que guiaran sus indagaciones. Hintze y Weber, sin embargo, estaban de acuerdo con el historicismo clásico en que cada sociedad se mantenía unida gracias a un conjunto de actitudes y valores que debían ser entendidos para comprender lo más característico de aquella sociedad. De aquí que Weber llamara a un "*verstehende Soziologie*", una sociología que intentara "comprender" la sociedad y la cultura estudiadas. Pero para Weber comprender no significaba lo mismo que para Ranke, Droysen y Dilthey, es decir, primordialmente un acto de empatía o experiencia directa, sino un proceso altamente racional. La "comprensión" (*Verstehen*) de ninguna manera excluía la "explicación" (*Erklärung*) o análisis.

Para Weber, como también para Hintze, la diferencia entre la sociología y la historia no era tan grande como en el caso del historicismo clásico. En sus comienzos en Francia y Estados Unidos, la sociología operaba con tipologías ahistóricas, mientras que la historia prefería una forma narrativa de discurso que reducía las abstracciones a un nivel mínimo. Hintze y

[37] Otto Hintze, "Über individualistische und kollektivitische Geschichtsauffassung", *Historische Zeitschrift* 78 (1897), 60-67.

[38] Max Weber, "Roscher und Knies und die logischen Probleme der historischen Nationalökonomie", en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre* (Tübingen, 1968), 1-145.

Weber entendían a la sociología más históricamente que Durkheim, pero al mismo tiempo entendían a la historia mucho más sociológicamente que la mayoría de los historiadores. En sus grandes ensayos de la década de 1920 sobre el feudalismo y el capitalismo como categorías históricas,[39] Hintze intentó formular conceptos abstractos, que consideraba como un requisito del pensamiento científico, pero les dio contenidos históricos concretos. En contraste con la escuela histórica alemana, incluyendo no sólo a Ranke sino también a los economistas históricos como Schmoller, Hintze refutaba la noción tan atesorada por la tradición alemana según la cual el Estado constituía una entidad "moral" o "espiritual". Él veía en cambio al Estado en términos empíricos y como una más entre varias instituciones (*Anstalt*) sin mayor derecho a dignidad especial alguna. De una manera similar, Max Weber rechazaba la apoteosis del Estado e insistía en una ciencia "valóricamente libre". La ciencia social podía analizar científicamente los supuestos valóricos y prácticas de una sociedad, pero no podía refrendar la validez de tales valores.

Para Weber, las preguntas que planteaba un cientista social reflejaban sus propios valores; pero en sus propias investigaciones y hallazgos, el estudioso debía buscar la objetividad y la distancia crítica. Sin embargo, la ciencia tenía que ocuparse no sólo de la distancia crítica sino también de la explicación causal. En la línea de la tradición neokantiana, Weber negaba que la causalidad estuviera arraigada en la realidad objetiva, ubicándola más bien en las categorías del pensamiento científico. El elemento crucial del trabajo científico se encontraba

39 Otto Hintze, "Wesen und Verbreitung des Feudalismus", en *Staat und Verfassung* (Göttingen, 1962), 84-119; "Der moderne Kapitalismus als historisches Individuum", en *Soziologie und Geschichte* (Göttingen, 1964), 3[illegible]-426. Una versión del ensayo sobre el capitalismo y el ensayo sobre los enfoques individualistas y colectivistas en historia, que Hintze aportó a la controversia sobre Lamprecht, se incluyen en la edición en inglés de sus escritos, *The Historical Essays of Otto Hintze* (Oxford, 1975).

por lo tanto en sus métodos. Aunque cada ciencia habitaba en una cultura específica, sus métodos poseían un grado de validez y objetividad que trascendía las limitaciones de una sociedad o cultura en particular. Por lo mismo, señalaba que "es y seguirá siendo verdad que una prueba metodológicamente correcta en ciencias sociales, para que logre su propósito, debe ser reconocida como tal incluso por un chino, quien por su parte puede ser completamente sordo ante nuestra concepción del imperativo ético".[40] Aunque Weber rechazaba la perspectiva de Hegel y Marx sobre la historia como un proceso que conducía a una sociedad racional, él todavía pensaba que, al menos la historia del mundo occidental desde la antigüedad griega y hebrea, estaba marcada por un ineluctable proceso de "intelectualización" y "racionalización". El quiebre con la fe historicista en la continuidad y coherencia de la historia terminaba entonces no siendo un quiebre en absoluto, incluso si se repudiaba la fe optimista de Condorcet, Hegel o Marx de que la historia conducía a una consumación, o la de Ranke y Droysen en que la historia creaba un orden a través del cual los seres humanos podían vivir razonablemente. Por ello, a pesar de su pesimismo y escepticismo, Weber mantuvo ciertas nociones decimonónicas centrales a propósito de la coherencia que caracterizaba a la historia, o al menos a la historia occidental. Y aunque para él la ciencia o la ciencia social no debían plantear preguntas filosóficas o éticas, continuaba creyendo en la posibilidad de un carácter "objetivo" para la investigación científica o científico-social que siguiera una lógica de validez transcultural.

[40] Max Weber, "Die 'Objektivität' sozialpolitischer Erkenntnis", en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, 155. Fue traducido al castellano como *La "objetividad" del conocimiento en la ciencia social y en la política social* (Madrid, 2009). Fue publicado originalmente en 1904.

CAPÍTULO 4
LAS TRADICIONES ESTADOUNIDENSES DE HISTORIA SOCIAL

Aunque Marx y Weber cuestionaban los supuestos idealistas del historicismo clásico alemán, junto a sus implicaciones para los estudios históricos y las ciencias sociales, ambos mantenían la creencia historicista en que las ciencias sociales debían proceder históricamente, y que la historia, a pesar de las rupturas, constituía un proceso continuo con un alto grado de coherencia. El concepto evolucionista de la historia y la sociedad, además, predominaba en gran parte del pensamiento del mundo angloparlante. No obstante, allí los estudios históricos descansaban en tradiciones intelectuales que reflejaban un orden social diferente al de los países de la Europa continental. A pesar del alto grado de industrialización en Inglaterra y Estados Unidos, al menos en el sector público la burocratización estaba mucho menos avanzada que en el continente europeo. La "sociedad civil", como ha sido llamada desde los tiempos de los filósofos morales escoceses,[41] era mucho más independiente del Estado en el pensamiento inglés o estadounidense que en los conceptos de Hegel y Ranke sobre el ámbito social. Esta apertura se reflejaba en una menor inclinación por buscar explicaciones totalizantes sobre los sucesos por parte de los historiadores y cientistas sociales ingleses y estadounidenses, de lo que era el caso entre sus colegas en Francia y en Alemania.

41 Véase Adam Ferguson, *Essay on the History of Civil Society* (Edimburgo, 1767).

Como vimos, tanto en Estados Unidos como en Francia, y en el caso de Lamprecht en Alemania, la discusión metodológica de principios del siglo XX suponía que la ciencia histórica tradicional cultivada en las universidades ya no cumplía con los requisitos de una sociedad moderna, democrática e industrial. Quienes participaban en esa discusión concluían de aquí que los estudios históricos, hasta entonces concentrados en la política, debían expandir su cobertura a una historia más amplia de la sociedad. Esto también ocurría, a partir de 1870, en las universidades estadounidenses. En Alemania, partiendo con Wilhelm Riehl a mediados del siglo XIX, un *Kulturgeschichte* etnográficamente orientado y cultivado en su mayoría en sociedades históricas locales al margen de la profesión histórica, se había enfocado en la vida cotidiana y en las costumbres de la gente común. Pero a pesar de las similitudes superficiales, la "Nueva Historia" en Estados Unidos difería fundamentalmente del tipo de historia cultural de Riehl. Mientras que este último miraba con nostalgia una sociedad agraria premoderna e idealizada en la que no existían conflictos sociales significativos, la primera reafirmaba la modernidad y con ella un orden social democrático. Mientras que la antigua "Escuela Científica" estadounidense, que en su admiración por el modelo alemán de investigación, buscaba las raíces de la América anglosajona en un pasado germánico primigenio, los Nuevos Historiadores enfatizaban el abismo que los separaba del pasado europeo premoderno. Para ellos, Estados Unidos era un país de inmigrantes, quienes definían el carácter tanto de la "frontera" rural en el Oeste como el de las populosas ciudades del Este. Una historia política estrecha ya no era suficiente. Las ciencias que interesaban a los Nuevos Historiadores eran aquellas que se ocupaban de la sociedad moderna, primordialmente la economía y la sociología, pero también la psicología. La fe en un consenso estadounidense, que había sido tan importante para la historiografía anterior, era reemplazada ahora por una nueva

perspectiva que era más consciente de las diferencias que dividían a la población, sin por ello pasar por alto los elementos que contribuían a un sentido de comunidad nacional.

Es difícil reducir la Nueva Historia a un denominador común. Charles Beard veía los conflictos económicos y sociales como los factores decisivos en la historia estadounidense. James H. Robinson, Vernon Parrington y Carl Becker enfatizaban el papel de las ideas, mientras que Perry Miller lo hacía con el de la religión. Una narrativa carente de reflexión ya no era suficiente. Por una parte, Turner, en su discurso ante la American Historical Association (1893), "El significado de la frontera en la historia estadounidense",[42] y Beard, en su *Economic Interpretations of the American Constitution* (1913) plantearon conscientemente un problema histórico que presuponía un marco teórico. Por otra parte, aunque los Nuevos Historiadores elegían selectivamente algunos aspectos de las ciencias sociales, no querían transformar la historia en una ciencia social sistemática, como sí lo deseaban Durkheim y Simiand en Francia y Marx, Lamprecht y Max Weber en Alemania. Su relación con las ciencias sociales era poco cercana y ecléctica, como también ocurre con Henri Berr en Francia y Henri Pirenne[43] en Bélgica. Los Nuevos Historiadores eran bastante optimistas respecto de la evolución de la sociedad hacia metas democráticas, pero, como Berr y Pirenne, no buscaban descubrir leyes de progreso irreversible.

En las dos primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial, los fundamentos políticos y científicos de los "Historiadores Progresistas", como se autodenominaban los Nuevos Historiadores, fueron finalmente desafiados. Los historiadores

42 Frederick Jackson Turner, "The Significance of the Frontier in American History", reimpreso en Turner, *The Frontier in American History* (Nueva York, 1920), 1-38.

43 Bryce Lyon, *Henri Pirenne. A Biographical and Intellectual Study* (Gante, 1974).

descubrieron un nuevo consenso nacional durante la Guerra Fría.[44] Para ellos, Estados Unidos era, en contraste con Europa, una sociedad genuinamente sin clases, libre de divisiones ideológicas que, con excepción de la Guerra Civil, estaba libre de conflictos graves. Y la Guerra Civil, sostuvieron, podría haberse evitado si los abolicionistas y sus opositores más extremos no hubieran inyectado un fervor ideológico tan fuerte en sus argumentos. Creían que la creciente economía capitalista de mercado había eliminado los últimos resabios de conflicto social. En 1960, Daniel Bell proclamó "el fin de la ideología".[45] En esos años iniciales de la Guerra Fría, la historia y la sociedad estadounidenses eran proclamadas como modelo para un "mundo libre". Desde su perspectiva, una sociedad que había logrado la eficiencia industrial y creado un mercado masivo de consumo requería una historia y una ciencia social adecuada a las realidades del mundo moderno. Para tales efectos, el computador apareció justo a tiempo. Cada vez más, los métodos cuantitativos eran utilizados por la investigación histórica no sólo en Estados Unidos, sino también en Inglaterra, Francia, Escandinavia y otras regiones, incluyendo al mundo socialista. La cuantificación fortaleció la pretensión de las ciencias sociales de ser consideradas como disciplinas científicas.

La aplicación de los métodos cuantitativos a los fenómenos sociales no implica, sin embargo, una transición hacia una ciencia social analítica y sistemática. Muy frecuentemente, la cuantificación no es más que una forma de apoyar los argumentos con evidencia estadística. Con el desarrollo de la tecnología computacional, los estudios cuantitativos se multiplicaron en la década de 1950 en Estados Unidos, pero también en otras partes y en varios campos de investigación. En la historia

[44] John Higham, "Beyond Consensus: The Historian as Moral Critic", *American Historical Review* 67 (1961-62), 609-625.

[45] Daniel Bell, *The End of Ideology: On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties* (Nueva York, 1960).

política, los patrones de conducta electoral fueron correlacionados con otras variables sociales. La demografía histórica se estableció como una disciplina cuantitativa, especialmente en Francia e Inglaterra. En Estados Unidos, la movilidad social fue examinada con la ayuda de los censos que se vienen realizando cada diez años desde 1790. Finalmente, los métodos cuantitativos prestaron más y más ayuda al análisis de los procesos económicos, aunque también podían ser utilizados para explorar aspectos culturales, visiones de mundo, actitudes y patrones de conducta. Particularmente en Francia e Inglaterra, los archivos parroquiales fueron analizados con la ayuda de computadores para revelar información sobre la constitución de las familias, los nacimientos, casamientos, defunciones y temas de propiedad, es decir, métodos que proporcionaban las bases de la demografía histórica. Los datos sobre la edad de contraer matrimonio y los nacimientos ilegítimos suministraron información sobre la conducta sexual y con ello perspectivas sobre las ideas de moralidad por parte de aquella población incluida en los registros. En Francia, el examen de miles de testamentos proporcionó información importante sobre las cambiantes actitudes en torno a la muerte y la religión y, por lo tanto, respecto del nivel de secularización de la sociedad.

No resulta sorprendente que los estudios cuantitativos encontraran un arraigo más fuerte en la historia económica. Tanto Marx como Weber habían utilizado un concepto de ciencia social que, por una parte, insistía en el uso de conceptos claramente definidos y, por la otra, tomaba en consideración el hecho de que, en las ciencias sociales, en contraste con las naturales, estos conceptos debían tomar en cuenta tanto la particularidad como también los elementos comparables de las sociedades, proporcionando así medios para explorar la red de significados y valores que le daba coherencia a estas sociedades. Además reconocieron que las ciencias naturales eran también productos de la cultura humana y que podían entenderse

sólo indirectamente por medio de categorías socialmente determinadas. En último término, las ciencias sociales versaban sobre las relaciones humanas, que debían ser entendidas cualitativamente, aunque los datos cuantitativos podían ser útiles para definir el contexto empírico de esas relaciones.

La investigación marcadamente cuantitativa que jugó un papel tan importante en los estudios históricos de la década de 1970, especialmente en Estados Unidos y Francia, sin embargo, suponía frecuentemente un concepto de ciencia que los estudios históricos podían satisfacer sólo si formulaban sus conclusiones en lenguaje cuantitativo. En 1973, Emmanuel Le Roy Ladurie comentó que "la historia que no es cuantificable no tiene derecho a llamarse científica".[46] Esta perspectiva adquirió importancia en las décadas de 1960 y 1970 gracias a los adelantos en tecnología computacional y la concurrente transformación de la economía. En un informe preparado para la UNESCO en 1979 sobre las nuevas tendencias en la historia, Geoffrey Barraclough afirmó que "la búsqueda de la cuantificación es sin lugar a dudas la tendencia más poderosa en historia, el factor que por sobre todos los demás distingue los enfoques históricos de la década de 1970, de aquellos de la década de 1930".[47] Como he sugerido, debemos distinguir aquí entre, por una parte, la aplicación ocasional de los métodos cuantitativos que ha sido común en la historia social, y especialmente económica, por varias décadas y, por otra, el concepto de historia como una ciencia dura que opera con modelos matemáticos. Entre estos dos polos ha surgido una tendencia en Estados Unidos, y también en Francia y en Escandinavia, que se autodenomina "ciencia social histórica". Un ejemplo de procesamiento electrónico masivo de datos fue el gigantesco

[46] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien* (París, 1973). La referencia proviene de la edición en inglés, *The Territory of the Historian* (Chicago, 1979), 15.

[47] Geoffrey Barraclough, *Main Trends in History* (Nueva York, 1979), 89.

Philadelphia Social History Project", cuyo propósito era estudiar a toda la población de Filadelfia a partir de los censos del siglo XIX para obtener información precisa sobre movilidad social. Un enfoque no muy diferente de historia social fue el de la *histoire sérielle* en Francia, que examinó por medio de datos masivos, que cubrían largos períodos de tiempo, las continuidades y cambios no sólo en las relaciones económicas y sociales, sino también, como veremos, en el estudio de las mentalidades.

Quizás los defensores más importantes de una historiografía que tomaba como modelo a las ciencias duras eran quienes se agrupaban bajo el rótulo de la "Nueva Historia Económica" en Estados Unidos. Partiendo de los supuestos de la economía clásica, los Nuevos Historiadores Económicos trabajaban con modelos de crecimiento económico aislados de la política y la sociedad. De aquí que en su famoso estudio contrafactual, *Railroads and American Economic Growth*,[48] Robert Fogel y Douglass North, utilizando datos exclusivamente económicos, plantearon la pregunta de cómo habría sido la economía de Estados Unidos si no se hubiera desarrollado el sistema ferroviario. La Nueva Historia Económica operaba con cuatro supuestos fundamentales: 1) que hay leyes válidas generales que gobiernan la conducta económica y que corresponden esencialmente a las formuladas por Adam Smith y David Ricardo. Estas leyes operan sin obstáculos, puesto que las fuerzas políticas, ideológicas y religiosas, así como otras, impiden que esto ocurra. Sin embargo, ellas representan un modelo teórico de cómo debe funcionar la economía en condiciones ideales de libre mercado. 2) La economía capitalista se caracteriza por su crecimiento constante, el cual, como postuló Walt Rostow en su *Las etapas*

[48] Robert Fogel y Douglass North, *Railroads and American Economic Growth* (Baltimore, 1964).

del crecimiento económico: un manifiesto no comunista,[49] adopta formas similares en todas las sociedades modernas o modernizantes. Por eso la fórmula de Marx, "el país industrialmente más desarrollado le muestra al que lo es menos una imagen de su propio futuro",[50] también se aplica a Rostow. (En contra de este supuesto, Alexander Gerschenkron[51] argumentó que otros países iniciaron su industrialización más tarde y bajo condiciones políticas y sociales muy diferentes a las de Inglaterra y por lo tanto no son completamente comparables). 3) El proceso de modernización económica necesariamente conlleva la modernización política, esto es, conduce a una sociedad de mercado y a una democracia liberal parlamentaria, como lo demuestran las naciones industriales occidentales después de la Segunda Guerra Mundial. 4) El método cuantitativo es aplicable no sólo a los procesos económicos, sino también a los políticos.

En 1974 se publicó el estudio de Fogel y Stanley Engerman basado en datos computacionales sobre la esclavitud en el sur de Estados Unidos.[52] Como afirmaron en el prefacio, los autores querían contestar de una vez por todas la controvertida pregunta en torno a la rentabilidad de la esclavitud, pero sobre la base de fuentes cuantificables que proporcionaran información irrefutable sobre la calidad material de la vida de los esclavos, como también sobre su vida familiar y su ética laboral. El libro, que al principio fue aclamado por la prensa estadounidense como un trabajo científico convincente, fue muy pronto sometido a una crítica devastadora tanto por parte de los historiadores sociales convencionales como por parte de los historiadores económicos, quienes entendían cuán difícil resulta transformar

[49] Walt Rostow, *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista* (México D.F., 1961).

[50] Karl Marx, "Preface" a *Capital*, tomo I (Nueva York, 1977).

[51] Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective* (Cambridge, Mass., 1962).

[52] Robert Fogel y Stanley Engerman, *Time on the Cross*, 2 tomos (Nueva York, 1974).

la evidencia cualitativa en formulaciones cuantitativas.[53] Esto no impidió que Fogel fuera contratado por Harvard para ocupar una prestigiosa cátedra y, en 1994, junto a Douglass North, recibir el Premio Nobel de economía. La ciencia histórica que Fogel rechazaba se distinguía, a su juicio, de otras ciencias sociales por su continua dependencia en una forma de discurso libre de lenguaje técnico y por lo tanto más accesible a un público lector educado. Para Fogel, esto no era compatible con la verdadera ciencia; los historiadores, como todos los científicos, debían ser especialistas con entrenamiento técnico que se comunicaran con otros especialistas mediante el lenguaje de la ciencia formal.[54] Fogel, a pesar de su insistencia en el carácter objetivo y valóricamente libre de la ciencia histórica –en este sentido no muy diferente a Ranke, quien también enfatizaba la imparcialidad y objetividad del historiador– procedía a partir de supuestos que no eran, de manera alguna, valóricamente libres. En el caso de Fogel, su identificación con una economía orientada al crecimiento y al consumo le hacían desestimar los peligros inherentes a este modelo.

[53] Herbert Gutman, *Slavery and the Numbers Game: A Critique of Time on the Cross* (Urbana, 1975).

[54] Véase Robert Fogel y Geoffrey Elton, *Which Road to the Past? Two Views of History* (Nueva York, 1983).

PARTE II

LA FASE INTERMEDIA: EL DESAFÍO DE LAS CIENCIAS SOCIALES

CAPÍTULO 5
FRANCIA: LA ESCUELA DE LOS *ANNALES*

Annales, la escuela francesa de historiadores que se congregó en torno a la revista *Annales*, ocupa un lugar distinguido en la historiografía del siglo XX. Por una parte, sus representantes comparten la confianza de otros historiadores, también inclinados hacia las ciencias sociales, en cuanto a la posibilidad de realizar un estudio científico de la historia; por otra parte, están conscientes de los límites de tal enfoque. En el curso de más de ocho décadas, han cambiado profundamente sus concepciones en torno a qué constituye y quién hace la historia. Han ofrecido un concepto de tiempo histórico muy diferente al que sostenía la mayoría de los historiadores en los siglos XIX y XX. Prácticamente todos los historiadores desde Ranke, Marx y Weber, y después de ellos los historiadores norteamericanos de orientación científico-social, habían concebido a la historia como desenvolviéndose a través de un tiempo unidimensional que iba desde el pasado hasta el futuro. Los historiadores de los *Annales* cambiaron radicalmente este concepto al enfatizar la relatividad y la multiplicidad de niveles que hay en el tiempo.

Los historiadores de los *Annales* han insistido en que no representan una "escuela", aunque se los ha identificado como miembros de tal, sino más bien una actitud caracterizada por la apertura hacia los nuevos métodos y enfoques en la investigación histórica.[1] En muchos sentidos esto es verdad. Las

[1] Sobre la historia de los *Annales*, véase Peter Burke, *La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales, 1929-1989* (Barcelona, 1999); también Troian Stoianovich, *French Historical Method: The Annales*

publicaciones de sus miembros reflejan intereses y enfoques muy diferentes. Además, no han formulado una teoría o filosofía explícita de la historia; de hecho, para ellos la investigación siempre ha sido más importante que la reflexión teórica. Sin embargo, sus textos históricos demuestran que sí parten de ciertos supuestos teóricos.

A pesar de insistir en que no se trata de una escuela, desde fines de la Segunda Guerra Mundial los *Annales* han tenido una firme base institucional. Y a pesar de algunos cambios fundamentales a lo largo del tiempo, han habido continuidades en el lenguaje usado y en los conceptos que han empleado desde los primeros trabajos de sus fundadores, Lucien Febvre y Marc Bloch.[2] Las discusiones en torno a los métodos que a partir de 1900 tuvieron lugar en la revista de Henri Berr, *Revue de synthèse historique*, mencionadas anteriormente, son parte de la prehistoria de los *Annales*. El libro de Lucien Febvre acerca del Franco Condado, también mencionado anteriormente, demuestra una transición hacia una nueva forma de ciencia histórica. En ella, las entidades que hasta ese momento habían jugado un papel tan importante –el Estado, como también la economía, la religión, el derecho, la literatura y las artes– perdieron su autonomía y pasaron a ser parte de una amplísima cultura. La cultura ya no era entendida como el dominio privilegiado, intelectual y estético de la elite, sino más bien como la manera en que una población entera experimentaba y vivía la vida.

Lucien Febvre y especialmente Marc Bloch, quienes estudiaron en Leipzig y Berlín entre 1908 y 1909, siguieron cercanamente el trabajo que se realizaba entonces en historia social y económica en Alemania. Existen paralelos entre el libro de

---

Paradigm (Ithaca, 1976); André Burguière, *The Annales School: An Intellectual History* (Ithaca, 2009).

[2] Sobre Bloch, véase la biografía de Carol Fink, *Marc Bloch* (Cambridge, 1989); también, Ulrich Raulff, *Ein Historiker im 20 Jahrhundert: Marc Bloch* (Frankfurt am Main, 1995).

Febvre sobre el Franco Condado y el de Lamprecht sobre la historia económica del valle de la Moselle en la Edad Media, aunque probablemente no una influencia directa. Mientras que la historia social y económica en Alemania se enfocaba en aspectos administrativos y constitucionales, Lamprecht y Febvre se ocupaban de los cercanos lazos entre las estructuras sociales, económicas y políticas, y de los patrones de pensamiento y conducta en una región geográfica y cultural específica. Los intereses de Febvre reflejaban un entrenamiento diferente al de la mayoría de los historiadores germanos. En Alemania, de los 141 catedráticos de historia que se desempeñaban entre 1850 a 1900, 87 habían estudiado filología como su segundo campo, y de ellos 72 se habían especializado en filología clásica; 23 habían estudiado teología o filosofía, y sólo 10 economía y 12 geografía. En Francia, en contraste, la geografía era una parte integral de la *agrégation*, el examen requerido para la carrera universitaria.[3] Además, la orientación de la geografía, que había surgido en Francia como disciplina académica a fines del siglo XIX bajo la dirección de Paul Vidal de la Blache (quien había sido profundamente influido por Carl Ritter y la tradición alemana de geografía), era fundamentalmente histórica y cultural. La *géographie humaine* de Vidal de la Blache, que evitaba el determinismo geográfico de su contemporáneo Friedrich Ratzel en Alemania, influyó profundamente en toda la tradición de historiadores de los *Annales* desde Febvre en adelante. Además de la geografía, estaba presente el enfoque sociológico de Durkheim, interpretado para los historiadores de los *Annales* por quien fue su pupilo, François Simiand. Durkheim, por una parte, quería transformar la sociología en una ciencia estricta, lo que para Simiand implicaba su formulación en

[3] Véase Lutz Raphael, "Historikerkontroversen im Spannungsfeld zwischen Berufshabitus, Fächerkonkurrenz und sozialen Deutungsmustern, Lamprecht-Streit und französischer Methodenstreit der Jahrhundertwende in vergleichender Perspektive", *Historische Zeitschrift* 251 (1990), 352.

términos matemáticos.[4] Por otra, la conciencia, percibida como conciencia colectiva, era para Durkheim el tema central de la ciencia de la sociedad, para la cual las normas, las costumbres y la religión eran elementos importantes. La aceptación de estos enfoques de estudio reflejan las cercanas relaciones entre la geografía, la economía y la antropología en la historiografía francesa, en contraste con el énfasis en el Estado, la administración y la jurisprudencia en la tradición alemana que incluía a Max Weber. En este sentido, la gran importancia que Febvre y Bloch otorgaban a las estructuras anónimas resulta entendible, como también la atención que le prestaron a los aspectos de experiencia y sentimientos que eran parte de la mentalidad colectiva que constituye el eje de atención para la antropología histórica.

Las bases intelectuales de los *Annales* fueron establecidas por Febvre y Bloch mucho antes de que fundaran la revista. El libro de Febvre, P*hilippe II et la Franche-Comté* (1911) y el de Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos* (1924)[5] sobre las artes mágicas de curación de los reyes franceses e ingleses en la Edad Media, aparecieron con anterioridad a la aparición de la revista en 1929. Este también es el caso del libro de Febvre, *Martín Lutero: un destino*.[6] En ningún momento, la revista *Annales* representó una doctrina dogmáticamente definida. Derivando en parte su nombre de la *Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*, la antigua y todavía muy respetada revista en el campo, la nueva revista se había llamado originalmente *Annales d'histoire économique et sociale*; eso sí que desde el comienzo se concibió a sí misma como muy diferente a la

[4] François Simiand, "Méthode historique et sciences sociales", *Revue de Synthèse Historique* 6 (1903), 1-22.

[5] Marc Bloch, *Los reyes taumaturgos* (México D.F., 1988). Título original, *Les Rois thaumaturges* (París, 1924).

[6] Lucien Febvre, *Martin Lutero: un destino* (México D.F., 1956).

Vierteljahrschrift.[7] A partir de 1946, el título fue reemplazado por *Annales. Economies. Sociétés. Civilisations*, para destacar más enfáticamente su carácter interdisciplinario. Para los historiadores de los *Annales*, la historia ocupaba un lugar entre las ciencias dedicadas al hombre, pero de una manera diferente a la que caracterizaba al historicismo clásico. Mientras que este último había elevado al Estado al nivel de una institución primordial, a la que estaban subordinados todos los demás aspectos de la sociedad y la cultura, los historiadores de los *Annales* eliminaron las fronteras entre las disciplinas tradicionales para integrarlas a las "ciencias del hombre" (*sciences de l'homme*). El plural fue usado intencionalmente, para así enfatizar la pluralidad de las ciencias. Los *Annales*, al no seguir los modelos proporcionados por los pronunciamientos dogmáticos, fragmentariamente en el caso de Ranke y sistemáticamente en el de Droysen,[8] no formularon una teoría de la historia o de la historiografía, ni siquiera en *Apología para la historia o el oficio del historiador*[9] de Bloch —las notas que redactó en el frente en 1940. El propósito de los *Annales*, como explicaron Bloch y Febvre en la introducción del primer número de la revista, era proporcionar un foro para las nuevas tendencias y los nuevos enfoques.[10]

[7] En una carta al historiador holandés Jan Huizinga, fechada 2 de octubre de 1933, Lucien Febvre explicó que los *Annales* habían asumido el lugar del *Vierteljahrschrift*, que se había transformado en una revista casi exclusivamente alemana, con un enfoque sobre la historia social muy diferente al de los *Annales*. Véase Jan Huizinga, *Briefwisseling*, tomo 2 (Utrecht, 1990), 484.

[8] Un libro sobre Droysen en inglés es el de Robert Southard, *Droysen and the Prussian School of History* (Lexington, Kentucky, 1995), pero se concentra más en la relevancia política del pensamiento de Droysen. Su teoría de la historia se encuentra mejor discutida por Jörn Rüsen, *Begriffene Geschichte: Genesis und Begründung der Geschichtsstheorie J. G. Droysens* (Paderborn, 1969).

[9] Marc Bloch, *Introducción a la historia* (México D.F., 1990). Título original *Apologie pour l'histoire: Le métier de l'historien* (París, 1949), publicado póstumamente.

[10] "A nos lecteurs", *Annales d'histoire économique et sociale* I (1929), 1-2.

Tampoco hay un común denominador político en los *Annales.* Si bien sus autores eran mayoritariamente patriotas franceses y republicanos, eran mucho menos ideológicos que la mayoría de los historiadores germanos, quienes concebían como función principal de sus estudios la justificación de las metas nacionales alemanas y de las instituciones políticas y sociales de la Alemania imperial. Resulta importante, no obstante, comprender el compromiso político de los fundadores de los *Annales*, y recordar que Marc Bloch, de descendencia judía, fue torturado y asesinado por los alemanes en 1944 por ser miembro de la resistencia francesa. En cuanto al papel de los *Annales* en el ámbito académico francés, hay que señalar que antes de ser llamados a París en 1933 y 1936, respectivamente,[11] Febvre y Bloch trabajaban en la Universidad de Estrasburgo, desde donde se enfrentaron con Charles Seignobos y con los historiadores políticos tradicionales de La Sorbonne. Después, las cosas fueron muy diferentes. Si bien ocupaban una posición un tanto marginal en la década de 1930, Febvre y los *Annales* pasaron a ser centrales después de la Segunda Guerra, cuando surgió un nuevo interés por la historia social y cultural, y tuvo también lugar una reconsideración crítica de las actitudes que Bloch, en su *La extraña derrota*[12] sindicó como responsables de la catástrofe de 1940.

En 1946, la escuela de los *Annales* adquirió una firme base institucional en la recientemente formada Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Etudes. Como se ha señalado, la École fue fundada en 1868 como un centro de investigación que se identificaba con el modelo alemán. Sin dictar cursos regulares, se dedicaba exclusivamente a la investigación y al

[11] Febvre fue al Collège de France y Bloch a la Sorbonne como sucesor de Henri Hause en la cátedra de historia económica y social.

[12] Publicado póstumamente con el título de *L'Etrange defaite* (París, 1946). En castellano fue publicado en Barcelona por la editorial Crítica en 2003.

entrenamiento de los investigadores. En la Cuarta Sección, dedicada a los estudios históricos, se introdujeron los seminarios que seguían el modelo de Ranke. La Sexta Sección, reorganizada en 1972 bajo el nombre de École des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), se comprometió con la tarea de integrar la historia y las ciencias sociales dentro de una amplia "ciencia del hombre" (*science de l'homme*), que incluiría no sólo a las ciencias sociales tradicionales que eran tan importantes en los primeros años de los *Annales*, a saber la economía, la sociología y la antropología, sino también la lingüística, la semiótica, las ciencias literarias y artísticas y el psicoanálisis. Gracias al financiamiento que recibió tanto del Consejo Nacional Francés de Investigación Científica (CNRS) como de fundaciones estadounidenses, la École pudo influir de manera importante en la investigación en Francia.

Tal institucionalización tuvo resultados dispares. Favoreció a la investigación interdisciplinaria y gracias a ello, con frecuencia, a una nueva actitud de apertura; también hizo posible el trabajo en equipo, coordinando múltiples proyectos que utilizaban cada vez más las nuevas tecnologías para el procesamiento de datos. De aquí que, en las décadas de 1960 y 1970, surgieran por una parte las grandes síntesis de Fernand Braudel, Pierre Goubert, Jacques Le Goff, Georges Duby, Emmanuel Le Roy Ladurie y Robert Mandrou publicadas en los *Annales*; y por otra, los aportes altamente especializados que con frecuencia estaban redactados con un lenguaje incomprensible para los no iniciados.

A pesar de la gran variedad de enfoques metodológicos y conceptuales que han surgido en el siglo transcurrido desde la publicación del libro de Febvre sobre el Franco Condado, las obras de los historiadores de los *Annales* tienen bastante en común. Para ilustrarlo, podemos reseñar brevemente varios de los trabajos importantes publicados entre 1911 y la década de 1980: Febvre, *Philippe II et la Franche Comté* (1911); Bloch, *La*

sociedad feudal (1939-1940);[13] Febvre, *El problema de la incredulidad en el s. XVI: la religión de Rabelais* (1947),[14] Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949);[15] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc* (1966)[16] y *Montaillou* (1975),[17] y finalmente Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII* (1979-1987)[18] y *La identidad de Francia* (1986)[19].

Impresiona que en ninguna de estas obras haya una institución central que sirva como hilo conductor de una narrativa histórica en que las acciones de las personas jueguen un papel decisivo. Esto no significa que el papel de la política sea ignorado. En el examen de Bloch de la sociedad feudal ella juega un papel esencial, aunque diferente del que tiene en los estudios alemanes. Mientras que estos últimos se concentran en los aspectos formales del feudalismo, en las instituciones políticas, eclesiásticas y jurídicas, Bloch se aproxima al feudalismo antropológicamente, es decir, como un complejo de relaciones interpersonales. Al usar el término "complejo" busco intencionalmente evitar la palabra "sistema" que es muy raramente utilizada por los historiadores de los *Annales*, y que incluso la ven como una manera de cosificar y reificar excesivamente la conducta humana. Por la misma razón es necesario ser cuidadoso con el uso del concepto de "estructura", que sí es utilizado por los historiadores de los *Annales*. Es cierto que su énfasis es en las estructuras: los individuos, que ocupan un lugar clave en la

[13] Marc Bloch, *La sociedad feudal*, 2 tomos (México D.F., 1958).

[14] Lucien Febvre, *El problema de la incredulidad en el siglo XVI: la religión de Rabelais* (México D.F., 1959).

[15] Fernand Braudel, *El mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, 2 tomos, segunda edición (México D.F., 1976).

[16] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc* (París, 1968).

[17] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Montaillou: aldea occitana de 1294 a 1324* (Madrid, 1981).

[18] Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, 3 tomos (Madrid, 1984).

[19] Fernand Braudel, *La identidad de Francia* (Barcelona, 1993).

historiografía del siglo XIX, se mencionan raramente, o nunca, en estas obras. En el *Sociedad feudal* de Bloch, por ejemplo, los reyes aparecen infrecuentemente y sólo de una manera marginal. En el libro de Braudel sobre el Mediterráneo, son relegados a una sección aparte sobre la historia política de la región, sin una relación orgánica significativa con las dos secciones precedentes que se ocupan del contexto geográfico casi atemporal de la región mediterránea y su lenta transformación de las estructuras económicas y sociales. Los individuos reaparecen en Le Roy Ladurie en la aldea de herejes del siglo XIV, *Montaillou*, como resultado de un enfoque de historia antropológica en el que un conjunto de narrativas retratan a hombres y mujeres insertos en una antigua cultura popular.

Como he señalado, los historiadores de los *Annales* introdujeron un nuevo concepto de tiempo histórico. Sus estudios, incluyendo los de Febvre, *Philippe II et la Franche Comté* y *El problema de la incredulidad en el s. XVI: la religión de Rabelais*; de Bloch, *La sociedad feudal*; el libro de Braudel sobre el Mediterráneo, y de Ladurie, *Montaillou*, se preocupaban de estudiar una cultura o una época como aparte del curso de la historia, más que de relatar un proceso de cambio a través de eras sucesivas. Los historiadores que hemos discutido prácticamente abandonaron la idea de una historia lineal y dirigida a una meta que había caracterizado gran parte del pensamiento histórico desde el período que Reinhart Koselleck ha descrito como la transición, entre aproximadamente 1750 y 1850, desde el tiempo premoderno al moderno.[20] Michel Foucault considera la idea de *una* historia como una invención de los tiempos modernos, que ya llegó a su fin. La mayoría de los historiadores de los *Annales* estaría de acuerdo. En lugar de un tiempo histórico, ven una pluralidad de tiempos que coexisten,

[20] Véase Reinhard Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona, 1993).

no sólo entre diferentes civilizaciones sino que también dentro de cada civilización. Esta idea está más claramente desarrollada en la estructura del libro de Braudel sobre el Mediterráneo, que distingue tres tiempos diferentes, cada uno con su propia velocidad: el tiempo casi estacionario del Mediterráneo como un espacio geográfico (*longue durée*), el tiempo de cambios lentos en las estructuras sociales y económicas (*conjonctures*) y el tiempo veloz de los sucesos políticos (*événements*). Es sobre esta base que Jacques Le Goff escribió su clásico ensayo "El tiempo de los comerciantes y el tiempo de la Iglesia en la Edad Media".[21]

Con el abandono del concepto lineal del tiempo, se rompió la confianza en el progreso y con ello la fe en la superioridad de la cultura occidental. Ya no existe un concepto de desarrollo histórico unitario en el cual pueda basarse una gran narrativa sobre la historia del hombre. Además, la narrativa histórica debe encontrar nuevas formas de expresión para estas nuevas condiciones. Así como en la novela, en la historia también desaparece el relato con una trama central, en donde los individuos tienen un papel como agentes libres. Y la nación, que proporcionaba un sentido de identidad para amplios segmentos de la población en los siglos XIX y XX, está prácticamente ausente en estas obras. Con pocas excepciones, la historiografía de los *Annales* es regional o supranacional. Las regiones adquieren una cierta unidad, no sólo en el libro de Febvre sobre el Franco Condado, sino también en varios estudios publicados en la década de 1960 que se basan principalmente en datos demográficos.[22] El libro de Braudel sobre el Mediterráneo se ocupa de todo aquel mundo, incluyendo el cristiano y el musulmán.

[21] Incluido en Jacques Le Goff, *Por un autre moyen* (París, 1977).

[22] Por ejemplo, Pierre Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis de 1660 à 1730* (París, 1960); René Baehrel, *Une Croissance: La Basse-Provence rurale fin XVIe siècle-1789* (París, 1961); Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les Paysans de Languedoc.*

Su *Les Structures du Quotidien* (1967)[23] está dedicado a los aspectos materiales de la vida –el surgimiento de las instituciones capitalistas y también varios aspectos tangibles que van desde la salud hasta la alimentación y la vestimenta– durante el período desde 1500 hasta 1800, enfocándose en Europa, pero viéndola en un amplio contexto comparativo que abarca al mundo entero. La última gran obra de Braudel, *La identidad de Francia* (1986) vuelve a la historia nacional pero define a Francia no desde un centro en París sino que en términos de una pluralidad de regiones cuyas identidades particulares han permanecido estables a lo largo de los siglos. Una vez más, el énfasis no se pone en el cambio sino que en la larga duración (*longue durée*), es decir, en la persistencia de una cultura y mentalidad campesinas hasta entrado el siglo XX.

Estos comentarios no deberían dar la impresión de que la perspectiva de los *Annales* ha permanecido constante por más de ocho décadas, aunque es cierto que hay una continuidad entre las primeras obras de Febvre y Bloch y las de historiadores posteriores. Ellas reflejan las transformaciones más importantes del pensamiento histórico en el siglo XX, pero le han dado a estas su propio carácter. Dado que han ejercido influencias importantes en la historiografía a nivel internacional, han contribuido además a algunos cambios en la perspectiva histórica. Es posible distinguir hasta cuatro fases en la historiografía de los *Annales*, que reflejan las obras de cuatro generaciones de historiadores que han transcurrido desde la obra temprana de Febvre. Pero debe tenerse en cuenta que los historiadores de cada generación han experimentado cambios de perspectiva que a su vez reflejan los cambios del ambiente intelectual en el que han estado insertos. De aquí que la obra temprana de

[23] Fernand Braudel, *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible* (Madrid, 1984), que constituye el primer tomo de *Civilización material, economía y capitalismo.*

Febvre muestre similitudes con los intentos franceses y alemanes de escribir una historia social y económica integral, sobre una región geográfica e histórica, que no soslaye los aspectos políticos. La geografía constituye un segmento importante de la historiografía de los *Annales*, pero es siempre una "geografía humana" consciente de la interacción entre la cultura y el espacio físico. La obra de Bloch, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (1931),[24] por ejemplo, en la que busca reconstruir los patrones de utilización de la tierra en la Edad Media y sus consecuencias culturales, puestos en evidencia por el desarrollo de la fotografía aérea, introducen un enfoque en los factores materiales. Es destacable que en muchas obras de los *Annales* la atención gire en torno a los fenómenos religiosos, vistos, una vez más, antropológicamente, como parte de una mentalidad colectiva. El interés por los pensadores religiosos de principios de la edad moderna es particularmente pronunciado en el estudio de Febvre sobre las creencias de Lutero y la supuesta incredulidad de Rabelais. La tradición francesa de antropología cultural desde Marcel Mauss y Lévy-Bruhl hasta Lévi-Strauss jugó un papel importante en el pensamiento de Febvre, junto a los nuevos enfoques lingüísticos y semióticos. La pregunta sobre la incredulidad en el siglo XVI no era para Febvre primordialmente sobre las ideas de Rabelais y otros individuos, sino sobre las "herramientas mentales" con las que trabajaban, entre las cuales el lenguaje era la principal. El estudio de Febvre adquiere así aspectos arqueológicos. En este caso, el lenguaje no es tanto una creación consciente de los hombres y mujeres que lo hablan, sino un sistema interrelacionado de significados que modela los procesos de pensamiento de cada nueva generación.

En este sentido, el lenguaje es también parte del mundo material. Pero el materialismo de Febvre y Bloch está muy

[24] Marc Bloch, *La historia rural francesa* (Barcelona, 1978).

lejos del concebido por Marx. La filosofía de la historia de Marx todavía comparte los aspectos especulativos de buena parte de la filosofía decimonónica de la historia. Cuando Bloch se preocupa de la tecnología, ya sea de molinos o arados,[25] ve las herramientas con las que la gente trabaja en una sociedad determinada como claves para entender sus formas de pensar y de vivir. La semiótica es más importante que la economía para el análisis de la sociedad o la cultura, puesto que, como mostró Bloch en *Los reyes taumaturgos* y en *Sociedad feudal*, y Febvre en su libro sobre Rabelais, cada cultura es un sistema de significados que se expresa a través del lenguaje y del simbolismo. Febvre mismo reflejaba los cambios experimentados por el ambiente intelectual durante su vida. Su libro sobre Rabelais, con su fuerte orientación semiótica, no podría haber aparecido tres décadas antes, cuando publicó su obra sobre el Franco Condado en 1911, trabajo que todavía reflejaba el mundo mucho más transparente de la historia social y económica de comienzos del siglo XX.

La obra de Braudel, comparada con la de Bloch y Febvre, parece mucho menos sutil. La idea de que el mundo externo, entendido como el clima, la biología y la tecnología imponen límites estrictos a lo que pueden hacer los hombres y las mujeres, es más prevalente en su obra que en la de Febvre y Bloch. El significado básico de la *longue durée* es que hay muy poco cambio a través del tiempo en aquellos aspectos de la vida que realmente importan. Por supuesto, Braudel no niega el impacto de los gustos, las ideas y las actitudes. De aquí su interés en la vivienda, la vestimenta y la alimentación como elementos no sólo de subsistencia sino también de cultura material, tal como se expresa en la arquitectura, la decoración interior, la moda y la gastronomía. Braudel abrió el camino para la historia

[25] "The Advent and the Triumph of the Watermill", en Marc Bloch, *Land and Work in Medieval Europe: Selected Papers* (Berkeley, 1967), 136-168.

cuantitativa de las décadas de 1960 y 1970 sin transformarse él mismo en un cuantificador. En su historia económica de Francia, que escribió junto al historiador económico Ernest Labrousse,[26] se interesó por los grandes y recurrentes ciclos que determinan la actividad económica por décadas y siglos. La economía, así, se transforma en una ciencia dura, más cercana a la de los economistas políticos clásicos que a la de la escuela alemana, pero sin la creencia de aquella en la persistencia y los beneficios del crecimiento económico.

En la década de 1960, la fascinación generalizada en el ámbito de las ciencias sociales por la cuantificación afectó también a la escuela de los *Annales*, cuyos historiadores aspiraban a ser como los científicos. Frecuentemente llamaban a sus institutos "laboratorios" y hablaban de la historia como una ciencia, social si se quiere, pero ciencia al fin y al cabo que, como repetían, debía operar cuantitativamente si quería ser científica.[27] Un amplio segmento de la historia social francesa en la década de 1960 dependía fuertemente de la cuantificación, como por ejemplo en el caso de los estudios demográficos ya mencionados, los que sobre la base de datos demográficos masivos buscaban ofrecer una "historia total" (*histoire totale*) de una región. Partiendo de los datos estadísticos reconstruidos a partir de los archivos parroquiales sobre la conducta reproductiva, estos estudios planteaban preguntas más amplias sobre las actitudes frente a la sexualidad. Quizás el estudio cuantitativo más ambicioso de la década de 1960 sea *Les paysans de Languedoc* de Le Roy Ladurie (1966). Por largos trechos, esta era una "his-

[26] Ernest Labrousse, *Histoire économique et sociale de la France*, 4 tomos (París, 1970-1980).

[27] Véase Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien* (París, 1973); también François Furet, "Quantitative History", en Felix Gilbert, *Historical Studies Today* (Nueva York, 1972); Pierre Chaunu, *Historia cuantitativa, historia serial* (México D.F., 1987).

toria sin gente",[28] un análisis estadístico sobre la interrelación entre largos ciclos de crecimiento poblacional y los precios de la alimentación, basado en supuestos malthusianos. Se publicó el mismo año que su historia del clima desde el año 1000,[29] la que fue reconstruida en parte con la evidencia material dura proporcionada por el examen de los anillos de los árboles.

No obstante, *Les Paysans de Languedoc* estaba también, y paradójicamente, marcado por un distanciamiento respecto de la "historia sin gente" (en la formulación de Le Roy Ladurie), que apuntaba a una nueva historia de la conciencia. Esta historia siempre había ocupado un lugar importante en los escritos de los *Annales*. El libro *Sociedad feudal* también había sido en un sentido básico una historia de la conciencia, en la que el sistema social era analizado a partir de las formas en que se expresaba tanto en las actitudes como en las mentalidades. Philippe Ariès, en su *L'Enfant et la vie familiale* (1960)[30] y en *El hombre ante la muerte* (1977),[31] exploró la historia de las mentalidades en la edad moderna temprana, utilizando fuentes literarias y artísticas. Así, una historia de las mentalidades fue impulsada por los historiadores de la tercera generación de los *Annales*, principalmente Robert Mandrou, Jacques Le Goff y Georges Duby, quienes exploraron las actitudes del pueblo en un contexto social y económico. Mientras Mandrou se ocupó de la brujería en la mentalidad capitalista temprana de los Fuggers,[32] Le Goff[33]

[28] Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien*. Referencia tomada de la versión inglesa, *The Territory of the Historian*, 285.

[29] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Histoire du climat depuis l'an 1000* (París, 1967). En inglés, *Times of Feast, Times of Famine* (Nueva York, 1971).

[30] Philippe Ariès, *L'enfant et la vie familiale sous l'Ancien Regime* (París, 1960).

[31] Philippe Ariès, *El hombre ante la muerte* (Madrid, 1987).

[32] Robert Mandrou, *Magistrats et sorciers en France du XVIIe siècle* (París, 1968); *Les Fuggers, propriétaire fonciers en Souabes 1500-1618: Etude de comportements socio-économique a la fin du XVI siècle* (París, 1968).

[33] Jacques Le Goff, *Pour un autre moyen âge: temps, travail et culture en Occident* (París, 1977); *La naissance du purgatoire* (París, 1981).

y Duby[34] se ocuparon de amplios segmentos de la vida religiosa, comercial y militar medieval. De una manera similar, el arte y la literatura eran fuentes importantes para la reconstrucción de las mentalidades del pasado, como lo habían sido para Bloch. La fascinación por la computación transformó el estudio de las mentalidades. En verdad, la "historia de las mentalidades" estudiada por Pierre Chaunu)[35] y Michel Vovelle[36] procedían a partir del supuesto de que la reconstrucción de las mentalidades era posible sólo sobre la base del análisis de enormes cantidades de datos extraídos de documentos como los testamentos, que arrojaban información sobre las perspectivas en torno a la muerte y la religión. En su giro hacia la cuantificación, los historiadores de los *Annales* no apuntaban hacia nuevas direcciones, sino más bien se sumaban a lo que había llegado a ser un amplio movimiento en la investigación histórica científico-social. La cuantificación no nació de los *Annales*, pero tenía una fuerte base en aquellas de sus tradiciones que enfatizaban las bases materiales de la cultura. Esas mismas tradiciones, sin embargo, por su enfoque antropológico, también apuntaban en la dirección de una historia de la conciencia, que estaba abierta a los aspectos existenciales y a las experiencias de vida. El *Paysans de Languedoc* representó el punto más alto de la historia cuantitativa basada en modelos teóricos. Al mismo tiempo contenía una dramática reconstrucción narrativa de la masacre de los católicos por parte de los protestantes durante el Carnaval de Romanos en 1580. Esta era explicada en parte

[34] Por ejemplo, Georges Duby, *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal* (Madrid, 1992); *Los tres órdenes o lo imaginado del feudalismo* (Barcelona, 1980); sobre la batalla de Bouvines y su lugar en la memoria histórica francesa, véase *El domingo de Bouvines, 27 de julio de 1214* (Madrid, 1988).

[35] Véase Pierre Chaunu et al., *La Morte à Paris* (París, 1978); también su *Historia cuantitativa, historia serial.*

[36] Michel Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation* (París, 1973); véase también *Ideologías y mentalidades* (Barcelona, 1985).

por las presiones demográficas y económicas que redundaban en tensiones entre una clase burguesa protestante y unas clases campesinas y artesanales empobrecidas, pero que se llevó a cabo mediante acciones simbólicas altamente agresivas, con connotaciones sexuales que sólo podían entenderse mediante herramientas psicoanalíticas. La demografía y la economía fueron reemplazadas, o al menos complementadas, por la semiótica y la psicología profunda. La presión por una historia de las experiencias existenciales de seres humanos concretos, como también una actitud critica respecto de una historia científico-social que se concentraba en estructuras y procesos, encontró expresión en el descubrimiento, por parte de los historiadores de los *Annales*, de la historia de la vida cotidiana. El *Paysans de Languedoc* de Le Roy Ladurie fue seguido nueve años después por *Montaillou* (1975), obra basada en el testimonio de los campesinos de una aldea del sur de Francia a principios del siglo XIV, quienes fueron investigados por la Inquisición por sospechas de herejía. La obra se esforzó por reconstruir los detalles más íntimos y personales del pensamiento de la gente común.

La tercera generación de historiadores de los *Annales*, en gran medida ya jubilada, fue parte del entusiasmo generalizado por la ciencia social cuantitativa dura, y luego, como en el caso de Le Roy Ladurie, se abocó a la antropología histórica. Una cuarta generación, que incluye a Jacques Revel, André Burguière y Bernard Lepetit, ha notado la disolución de una orientación específica de los *Annales* para derivar en una historiografía que toma una variedad de direcciones. Una señal de este cambio fue el reemplazo del título de la revista en 1994, en donde el antiguo subtítulo, *Economies. Sociétés. Civilisation*, pasó a llamarse *Histoire, Sciences Sociales*. Si bien el anterior subtítulo enfatizaba los aspectos más globales entre los intereses de los *Annales*, reflejaba también un prejuicio en contra de la historia política. Tal prejuicio también incluía una preferencia por estudiar sociedades premodernas más simples, en las que

los métodos etnológicos eran más fácilmente aplicables que en las complejas sociedades industriales o postindustriales.

De hecho, se ha criticado con frecuencia a los *Annales* por no haber estudiado los tiempos modernos. Sin duda que el enfoque de la historiografía de los *Annales* ha sido sobre la Edad Media y el antiguo régimen, pero no ha dejado enteramente de lado el estudio del período moderno. En la década de 1930, esta historiografía dedicó bastante espacio a los problemas de la sociedad industrial moderna en las grandes ciudades tanto del mundo desarrollado como del mundo todavía colonial.[37] Algunos ensayos se ocuparon del fascismo, del bolchevismo y del Nuevo Trato, pero sorprendemente no del nazismo. El *La extraña derrota* de Bloch representó una aproximación crítica a la Tercera República. Varios estudios importantes sobre la sociedad francesa del siglo XIX aparecieron en las décadas de 1950 y 1960, incluyendo *La Bourgeoisie parisienne de 1815-1848*[38] de Adeline Daumard, *Crédit Lyonnais de 1863 à 1882*[39] de Jean Bouvier, *El apogeo de la burguesía*[40] de Charles Morazé y *Classes labourieuses et classes dangéreuses à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle*[41] de Louis Chevalier, aunque este último estuviera más bien fuera del círculo de los *Annales*. La predominancia de las categorías económicas y sociológicas en estas obras fue reemplazada por los enfoques fuertemente antropológicos de Maurice Agulhon[42] y Mona Ozouf,[43]

[37] Véase Lutz Raphael, "The Present as a Challenge to the Historian: The Contemporary World in the *Annales d'histoire economique et sociale*", *Storia della Storiografia* 21 (1992), 25-44.

[38] Adeline Daumard, *La Bourgeoisie parisienne de 1815-1848* (París, 1963).

[39] Jean Bouvier, *Crédit Lyonnais de 1863 à 1882* (París, 1963).

[40] Charles Morazé, *El apogeo de la burguesía: siglo XIX* (Barcelona, 1965). Originalmente publicado como *Les Bourgeoisie conquérants* (París, 1957).

[41] Louis Chevalier, *Classes labourieuses et classes dangereuse à Paris pendant la première moitié du XIXe siècle* (París, 1958).

[42] Maurice Agulhon, *La République au village* (París, 1970). Sobre el simbolismo político, véase también su *Marianne au Combat* (París, 1979).

[43] Mona Ozouf, *La Fête révolutionnaire, 1789-1799* (París, 1976).

quienes examinaron las tradiciones republicanas de la Francia decimonónica a través de sus símbolos. En un período de varias décadas, Marc Ferro se dedicó al siglo XX en sus estudios de la Primera Guerra Mundial[44] y de la Rusia bolchevique.[45] A partir de mediados de la década de 1970, François Furet se ha volcado a una historia de la Revolución Francesa que rechaza las categorías marxistas de clase y enfatiza la política, las ideas y la cultura.[46]

Lo que permanece como algo distintivo en los escritos de los *Annales* sobre el mundo moderno y contemporáneo es su enfoque en la cultura y en los símbolos para hacer comprensibles las tradiciones políticas modernas, como es el caso de los tomos de *Les Lieux des mémoires* (1984-1986),[47] un esfuerzo colaborativo que versa sobre los símbolos, monumentos y altares que forman la conciencia nacional francesa moderna. Aunque el de los *Annales* se ha mantenido como un movimiento profundamente arraigado en las tradiciones francesas de investigación, no hay quizás un movimiento del siglo XX que haya tenido el mismo impacto internacional como modelo para las nuevas rutas de investigación histórica de la cultura y la sociedad. Su influencia llegó incluso a los países socialistas, donde los historiadores entendieron que los *Annales* ofrecían un mejor acceso a la cultura material y a la vida cotidiana de la gente común del que proporcionaba el marxismo dogmático. Así fue que apareció en 1971, en la Unión Soviética, la síntesis de Aaron Gurevich, *Categories of Medieval Culture*,[48] que evitaba el lenguaje y los esquemas históricos marxistas y más bien

[44] Marc Ferro, *La gran guerra, 1914-1918* (Barcelona, 1997).

[45] Marc Ferro, *La revolución rusa* (Barcelona, 1985).

[46] Por ejemplo, François Furet, *Interpreting the French Revolution* (Cambridge, 1981).

[47] Pierre Nora, ed., *Les Lieux des mémoire*, 3 tomos (París, 1984-1992). Una versión en castellano se titula *Pierre Nora en Les lieux de mémoire*, traducido por Laura Masello (Santiago, 2009).

[48] Aaron Gurevich, *Categories of Medieval Culture* (Londres, 1985).

elaboraba a partir de la tradición de Marc Bloch. Gurevich no era el único; en la década de 1980 surgió en la Unión Soviética un pequeño pero significativo círculo de historiadores en la línea de los *Annales*. En Polonia, donde las obras fundamentales de Bloch, Febvre y Braudel se tradujeron ya en la década de 1970, el impacto de esta escuela fue aún mayor.[49] La revista *Annales* a su vez publicó aportes de los historiadores económicos y culturales polacos más importantes. Lo que sin duda contribuyó a su gran influencia fue el hecho de que los historiadores de los *Annales* estaban comprometidos, por una parte, con lo que entendían como el enfoque científico del pasado histórico y, por otra, que trabajaban con conceptos de la historia y la sociedad que eran mucho más amplios y abiertos que aquellos de la historiografía científico-social en Occidente, o del marxismo oficial en el Este.

La complejidad y el pluralismo de sus enfoques, no obstante, también dio lugar a serias contradicciones en la práctica. Así, como hemos visto, especialmente durante las tres décadas que siguieron al fin de la Segunda Guerra Mundial, varios historiadores del círculo de los *Annales* estaban fascinados con aquellos enfoques de la ciencia social que prometían un conocimiento firme y objetivo. El énfasis de Braudel en las estructuras duraderas y en los fundamentos materiales de la cultura no estaba libre de este tipo de cientificismo. Sin embargo, como también hemos visto, había una tradición firmemente establecida, desde Bloch y Febvre hasta Le Goff, Duby y hasta el presente, que se basaba en fuentes provenientes del arte, del folclor y de las costumbres, y de esta manera daban lugar a maneras de pensar más sutiles y cualitativas. Las obras de estos historiadores permitieron cerrar la brecha entre la historia y la literatura. Su tono fuertemente antropológico impidió

[49] Véase Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography*, segunda ed. (Middletown, Conn., 1984), 138-142.

que las corrientes principales de la historiografía de los *Annales* sucumbieran ante el cientificismo que caracterizaba a buena parte del pensamiento científico social. Los *Annales*, a través de toda su historia, han estado excepcionalmente libres de una confianza excesiva en las cualidades superiores de una civilización occidental construida a partir de las habilidades científicas y tecnológicas, y libre también de los conceptos de modernización que son centrales todavía en la teoría de las ciencias sociales. Por el contrario, se han enfocado intensamente en el mundo premoderno. Quizás esto ayude a explicar el súbito interés internacional en los *Annales* después de 1970, cuando los supuestos básicos de la historia científico-social comenzaron a ser cuestionados.

CAPÍTULO 6

TEORÍA CRÍTICA E HISTORIA SOCIAL: LA "CIENCIA SOCIAL HISTÓRICA" EN LA REPÚBLICA FEDERAL DE ALEMANIA

La distinción tajante de Lawrence Stone, proclamada en 1978,[50] entre una ciencia social analítica que busca explicaciones coherentes y una historia narrativa que busca comprender las intenciones y las acciones de hombres y mujeres inscribiéndolos en un relato, es mucho menos aplicable a la historiografía de la Europa continental. También allí observamos el surgimiento de una orientación científico-social en las décadas de 1950 y 1960, pero las concepciones de la ciencia social permanecieron más preocupadas de la cultura que de los modelos económicos. Este sigue siendo el caso y, como veremos, también en la historiografía marxista reciente. Quizás en ninguna época desde la Ilustración las discusiones históricas hayan cruzado las fronteras nacionales tanto como en las últimas décadas; ni tampoco los historiadores de varios países occidentales han estado tan conscientes de sus respectivas obras. No obstante, a pesar de su carácter internacional, estas discusiones reflejan diferencias importantes tanto al interior de las culturas nacionales como dentro de las tradiciones historiográficas.

Los estudios históricos en Alemania en la década de 1960 no son comprensibles sin tomar en cuenta dos factores: 1) el legado intelectual del pensamiento alemán en las ciencias sociales, con sus raíces en la cultura alemana clásica y en la filosofía

[50] Véase más abajo, p. 161.

idealista; y 2) el curso catastrófico de la política alemana en la primera mitad del siglo XX. Como en otros países, los historiadores germanos, o al menos de la parte occidental de Alemania, en las décadas de 1960 y 1970 recurrieron con frecuencia a los modelos científico-sociales y en la de 1980 comenzaron a abandonarlos. Pero había diferencias significativas entre los países. Mientras que en Francia, Estados Unidos, Italia, Polonia y otros países la importancia de las ciencias sociales para la investigación histórica se encontraba bien establecida para la década de 1960, varios historiadores alemanes todavía se aferraban a tradiciones antiguas de investigación y modos de pensamiento histórico que resistían la innovación. Las razones para ello residían en parte en la historia política alemana, especialmente en su dolorosa y tardía democratización. Además, como ya hemos señalado, la historia se había transformado en una disciplina profesional en Alemania en la primera mitad del siglo XIX, es decir, antes de que se sintieran las consecuencias sociales de la industrialización. Los patrones de pensamiento histórico que reflejaban las realidades de una era preindustrial y predemocrática permanecían firmemente establecidas en las instituciones académicas alemanas del último tercio de siglo, en circunstancias de que la disciplina moderna de la historia ya estaba siendo introducida en otros países. El curso de la historia alemana después del fracaso de la revolución de 1848, y el posterior abandono de las convicciones liberales por parte de los historiadores alemanes durante el proceso de unificación bajo Bismarck, reforzaron su énfasis en la centralidad del Estado y en las relaciones internacionales a expensas de la historia de la sociedad. Como hemos visto, la historia social era considerada con sospecha en Alemania y a menudo se la identificaba con el marxismo. Es por eso que cuando a comienzos del siglo XX los historiadores en Francia, Bélgica, Estados Unidos y otros países estaban aproximándose a las ciencias sociales para ampliar su comprensión histórica de una sociedad moderna, industrial y

democrática –en Estados Unidos, particularmente a la economía, la sociología y la psicología; en Francia, a estas mismas disciplinas, pero también a la geografía humana y la antropología–, la profesión histórica alemana casi en su totalidad se resistió a la innovación. La historia social quedó confinada en los departamentos de economía, que en Alemania mantenían un enfoque histórico más fuerte que en los países angloparlantes o que en Austria. Esta oposición a la historia social y a las ciencias sociales persistió durante la República de Weimar, cuando los historiadores, que habían sido entrenados y socializados políticamente antes de 1914, miraban con nostalgia los años de la monarquía Hohenzollern[51] y la oposición continuó hasta entrada la década de 1960.

El intenso interés por las ciencias sociales en la Alemania occidental de la década de 1960 estaba ligado al deseo, por parte de una nueva generación de historiadores nacidos hacia fines de la República de Weimar, o incluso después de 1933, pero entrenados académicamente después de 1945, de enfrentar críticamente el pasado alemán y también el compromiso para instaurar una sociedad democrática. Para ellos, la pregunta acerca de cómo había sido posible la dictadura nazi, con toda su barbarie, era central para comprender la historia alemana moderna. En contraste con Francia, en donde los historiadores preferían concentrarse, como en la tradición de los *Annales*, en un mundo premoderno y preindustrial, frecuentemente despolitizado, la nueva generación de historiadores sociales alemanes puso la política en el centro de sus estudios. Sin embargo, estos historiadores se diferenciaban de sus colegas anteriores en que vinculaban la política con las fuerzas sociales y los problemas de la modernización. También trabajaban dentro

[51] Véase Berndt Faulenbach, *Ideologie des deutschen Weges: Die deutsche Geschichte in der Historiographie zwischen Kaiserreich und Nationalsozialismus* (Múnich, 1980).

de una tradición científico-social que estaba profundamente influida por la sociología política de Max Weber, y a través de Weber por Marx, y era sensible a la cercana relación entre la política y la sociedad.

Un punto de partida importante para las discusiones críticas del pasado alemán en la República Federal fue la obra de Fritz Fischer, *Germany's War Aims in the First War*,[52] publicado en 1961. Nacido en 1908, Fischer pertenecía a una generación entrenada durante la República de Weimar que se había enfocado en los temas históricos tradicionales. De hecho, como joven investigador, había escrito para el *Reichsinstitut für Geschichte des Neuen Deutschlands*, la institución nazi de Walter Frank.[53] No obstante, el libro de Fischer constituía un quiebre radical con la interpretación convencional de la historia alemana moderna. Aunque su dependencia en las fuentes gubernamentales era metodológicamente convencional, sus conclusiones no lo eran. A partir de esas fuentes, Fischer llegó a la conclusión de que en el verano de 1914 el gobierno imperial se había arriesgado deliberadamente a llevar a cabo una guerra preventiva. El gobierno había cedido ante un amplio consenso entre grupos económicos de interés, desde la industria y la agricultura hasta los sindicatos, que favorecían la extensión de la hegemonía política y económica alemana sobre gran parte de Europa, particularmente la del Este, y querían suplantar a Gran Bretaña y Francia como uno los grandes poderes coloniales. Fischer estaba consciente de que, para validar su argumento acerca de la estrecha relación entre los grupos económicos de presión y el liderazgo político, la investigación posterior debía extenderse más allá de los archivos que documentaban las tomas de decisión, cosa que ya había hecho, para examinar más

[52] Fritz Fischer, *Griff nach der Weltmacht* (Düsseldorf, 1961).

[53] Una historia del instituto se encuentra en Helmut Heiber, *Walter Frank und sein Reichsinstitut für Geschichte des Neuen Deutschlands* (Stuttgart, 1966).

ampliamente el contexto estructural en que esas decisiones se habían tomado. Fischer planteó la pregunta en torno a la continuidad entre las políticas expansionistas alemanas desde el período guillermino al nazi, lo que a su vez planteó otra pregunta: ¿hasta qué punto se debía entender el imperialismo alemán en el contexto de las instituciones alemanas procedentes del siglo XIX?

Fischer no era el único en hacerse estas preguntas. Historiadores como Arthur Rosenberg, Hans Rosenberg y Hajo Holborn, quienes habían iniciado sus carreras en la República de Weimar y habían sido forzados a emigrar después de 1933, las habían planteado antes. Una nueva generación replanteó estas preguntas en la década de 1960. Muy importante para esta discusión fue la publicación de los ensayos de Eckart Kehr, de finales del período Weimar,[54] por parte de Hans Ulrich Wehler en 1965 y la reimpresión, en 1966, de la tesis doctoral de Kehr, *Schlachtflottenbau und Parteipolitik 1894-1901: Versuch eines Querschnitts durch die innenpolitischen, sozialen und ideologischen Voraussetzungen des deutschen Imperialismus*[55] publicada originalmente en 1930. En su tesis, Kehr había argumentado que la decisión del gobierno imperial, en la década de 1890, de iniciar una carrera armamentista naval estaba motivada, no por consideraciones de seguridad nacional, sino por presiones políticas y sociales domésticas que buscaban mantener la base de poder de las elites industriales y agrarias para así frenar la democratización y las reformas sociales. Tanto Kehr como Wehler veían a la industrialización alemana como moldeada por el contexto autoritario de la Alemania imperial dentro de la cual se había desarrollado, y cuyos ideales y valores pertenecían a una sociedad y cultura preindustrial de larga data.

[54] Eckart Kehr, *Der Primat der Innenpolitik*, ed. Hans Ulrich Wehler (Berlín, 1965).

[55] Eckart Kehr, *Schlachtflottenbau und Parteipolitik 1894-1901* (Berlín, 1930, 1966).

De allí pasaron a argumentar que las políticas alemanas que condujeron a la Primera Guerra Mundial eran el resultado de las contradicciones entre la modernización social y económica por una parte, y el atraso político, por la otra.

Tanto para Kehr como para Wehler los estudios históricos proporcionaban los medios para examinar críticamente el pasado nacional alemán. Los escritos de Wehler de finales de la década de 1960 y aquellos de la década de 1970, en los que buscaba establecer los fundamentos de una "Ciencia Social Histórica", desarrollaron una concepción de la ciencia social estrechamente ligada a la "Teoría Crítica" de la Escuela de Frankfurt (representada por Max Horkheimer y Theodor Adorno), endeudada con Marx pero libre de los aspectos especulativos y autoritarios de la doctrina marxista. Wehler desafió a Max Weber y su imperativo de neutralidad valórica para las ciencias sociales, postulado que Weber mismo, en tanto investigador altamente político, violaba en la práctica. Aunque Wehler, en contraste con Kehr, se distanció enfáticamente de Marx, supuso que el desarrollo de la sociedad alemana estaba determinado por la persistencia de las desigualdades estructurales y sociales. Sin embargo, rechazó junto a Kehr la noción de Marx sobre la primacía de las fuerzas económicas y la reemplazó con el concepto weberiano tripartita de "política [*Herrschaft*], economía y cultura" que daba mejor cuenta de las fuerzas interrelacionadas que determinaban a toda sociedad.[56]

En fuerte contraste con la crítica de la modernidad que imperaba en la historiografía occidental de la década de 1960, Wehler interpretaba positivamente el proceso de modernización, que consideraba irreversible, y lo hizo con más esperanza que Weber, quien estaba muy consciente de la naturaleza contradictoria de tal proceso. Para Wehler, el curso catastrófico

[56] Véase el "Einleitung" de Wehler al tomo I, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* (Múnich, 1987-2008), 6-31. Hasta el momento se han publicado 5 tomos.

de la historia alemana moderna tenía sus raíces en la modernización incompleta del país; por lo tanto, afirmó que su evaluación de esta historia descansaba en el supuesto de que "la modernización económica progresiva de la sociedad alemana debió estar acompañada por la modernización de las relaciones sociales y de la política. La industrialización, con su revolución tecnológica permanente, debió traer consigo una orientación hacia el desarrollo de una sociedad de ciudadanos libres en lo legal y políticamente responsables, capaces de tomar sus propias decisiones", lo que claramente no había ocurrido en el caso alemán.[57]

Esta concepción de un "camino [alemán] especial" (*Sonderweg*) a la modernidad fue severamente criticada[58] por sus detractores porque no sólo simplificaba los desarrollos políticos y sociales de Occidente en general, y de Alemania en particular, sino que además fracasaba en entender que había más de un camino hacia la modernidad. El elemento crucial en el concepto de Wehler de la modernización, empero, se encuentra en su mensaje político, es decir, en su repudio de las tradiciones autocráticas alemanas y en su afirmación del legado democrático occidental asumido por la Alemania Federal después de 1945 y, específicamente, de una socialdemocracia que combinara la democracia política con un sentido profundo de responsabilidad social.

La investigación de Wehler y la de los historiadores sociales cercanos a su postura, la así denominada "Escuela de Bielefeld" —no exactamente una escuela sino más bien un círculo de historiadores afines, varios de los cuales pertenecían a la

57 Hans Ulrich Wehler, *Das Deutsche Kaisserreich* (Göttingen, 1973), 17. En inglés, *The German Empire, 1871-1918* (Leamington Spa, 1985).

58 Véase Geoff Eley y David Blackbourn, *The Peculiarities of German History: Bourgeois Culture in 19th-Century Germany* (Oxford, 1984); también Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1800-1866* (Múnich, 1983) y *Deutsche Geschichte 1866-1918*, 2 tomos (Múnich, 1993).

Universidad de Bielefeld– procedía a partir de dos supuestos centrales. El primero es que la historia debe adoptar la forma de una ciencia social, pero de una ciencia social histórica (*Historische Sozialwissenschaft*), como la llama Wehler,[59] la que, contrariamente a las ciencias sociales conductuales de la tradición norteamericana, se aproxima a la sociedad con preguntas claramente formuladas acerca del cambio social. El segundo es que existe una estrecha conexión entre la investigación científica y la práctica social. El concepto de ciencia social histórica de Wehler toma de Weber la expansión del concepto marxista de formaciones sociales, por la cual es posible entender una sociedad y una época como una totalidad determinada por factores tanto políticos y socioculturales como económicos. También toma de Marx el supuesto de que la historia de Occidente puede entenderse como un proceso unitario y continuo desde sus orígenes prehistóricos. La historia social o, como prefiere llamarla Wehler, la ciencia social histórica, comprende así tanto los fenómenos sociales, políticos y económicos, como también los socioculturales e intelectuales en el sentido más amplio. El tema central de los estudios históricos es la transformación progresiva de las estructuras sociales.

Al mismo tiempo, Wehler piensa que el historiador tiene una responsabilidad política y ve esta responsabilidad a través de las categorías de la Teoría Crítica, tal como la interpretan Max Horkheimer y más recientemente Jürgen Habermas; esto es, la piensa en términos de una sociedad a la cual deben ir dirigidos nuestros esfuerzos intelectuales, y que debería ser organizada de acuerdo a criterios humanitarios razonables (*vernünftig*) que permitan vivir con dignidad a seres humanos autónomos y capaces de forjar sus propios destinos. Este ideal, con sus raíces en la Ilustración, le sirve a Wehler como criterio para el

[59] Véase Hans Ulrich Wehler, *Historische Sozialwissenschaft und Geschichtsschreibung* (Göttingen, 1980).

examen crítico de las sociedades pasadas y presentes. Su idea de modernización es por lo tanto normativa en su base: la historia debe no sólo ser una ciencia social, sino también una ciencia social crítica. Reafirma a la modernización como un proceso en permanente transformación en el que la ciencia y la tecnología se desarrollan al mismo tiempo que la mayor libertad, madurez política y responsabilidad por parte de los miembros de la sociedad. Para Wehler la principal tarea de los historiadores sociales alemanes es preguntarse por qué la modernización ocurrió en Alemania de una manera tan diferente a la de otros países de Europa occidental, o Estados Unidos, llevando a las desastrosas consecuencias del período que va desde 1933 hasta 1945.

Así, mientras los valores de una sociedad moderna que combina la sociedad industrial con la democracia social estaban siendo sometidos a un fuerte escrutinio en Occidente, esos mismos valores estaban siendo reafirmados por una cantidad considerable de historiadores jóvenes en la República Federal, por razones que tenían mucho que ver con su percepción del pasado alemán reciente. Esta percepción involucraba un enfrentamiento crítico con el modo en que la profesión histórica alemana había interpretado y escrito sobre su historia nacional.[60] Si bien los historiadores que representaban un enfoque tradicional respecto de la historia y la política alemana todavía predominaban en las universidades germanas en la década de 1950, su monopolio se rompió en la década de 1960, cuando empezaron a jubilarse y en momentos en que las universidades alemanas continuaban su proceso de expansión, que siguió hasta comienzos de la década de 1970.[61] En 1971, la

[60] Véase Georg G. Iggers, *The German Conception of History: The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, segunda edición (Middletown, Conn., 1983).

[61] Véase Georg G. Iggers, *The Social History of Politics: Critical Perspectives in West German Historical Writing Since 1945* (Leamington Spa, 1985), sobre todo la Introducción, 1-48.

Universidad de Bielefeld fue fundada como una institución en donde los estudios interdisciplinarios recibieron una atención especial, en la forma de un Centro de Investigaciones Interdisciplinarias. Wehler fue nombrado catedrático de historia en 1971, y en 1972 se sumó Jürgen Kocha. La historia social crítica adquirió de esta manera una firme base institucional. En 1972 se inauguró una serie monográfica titulada Estudios Críticos de Ciencia Histórica, en la que se han publicado más de cien tomos y en 1975 se fundó la revista *Geschichte und Gesellschaft* (Historia y Sociedad),[62] que pasó a ocupar un lugar en la investigación alemana parecido al de los *Annales* en Francia y *Past and Present* en Gran Bretaña.

En contraste con la mayoría de las publicaciones de los *Annales*, y buena parte de *Past and Present*, el enfoque del *Geschichte und Gesellschaft* y de la serie Estudios Críticos no era sobre la Edad Media o el período moderno temprano, sino sobre los procesos de transformación en las sociedades industriales modernas. Además, se ponía un fuerte énfasis en la interrelación entre política y sociedad. La nueva historia social alemana estaba dispuesta a utilizar métodos cuantitativos, pero más cautelosamente que la "Nueva Historia Social" estadounidense o la *"histoire sérielle"* francesa. Los precursores intelectuales de la Ciencia Social Histórica en Alemania no eran los cientistas sociales estadounidenses o los historiadores franceses de los *Annales*, sino que alemanes: Marx mediado por Max Weber, y Max Weber mismo; los historiadores anteriormente nombrados que estudiaron durante la República de Weimar y que habían sido forzados a emigrar después de 1933 –Arthur Rosenberg, marxista, y Hans Rosenberg y Hajo Holborn, estudiantes de Friedrich Meinecke; Eckart Kehr, quien estaba en Estados Unidos con una beca de la Fundación Rockefeller cuando falleció

[62] El subtítulo de la revista es *Zeitschrift für Historische Sozialwissenschaft* (Revista de Ciencia Social Histórica).

la edad de 30 años en marzo de 1933; y finalmente los filósofos-sociólogos de la Escuela de Frankfurt, particularmente Max Horkheimer. Estas influencias dieron a los historiadores de Bielefeld características muy diferentes respecto de las principales corrientes de estudios históricos y sociológicos en Francia o en Estados Unidos, y desembocaron en una mayor concentración en las ideas y valores que forman la cultura política. Lograron también influir en los nuevos historiadores para que utilizaran los enfoques hermenéuticos ya sea como integrales o complementarios a sus análisis empíricos.

Aunque en sus declaraciones teóricas Wehler le asigna a la cultura el mismo rango de la economía y la política para la definición de una sociedad, y aunque interpreta la cultura antropológicamente como un complejo de interacciones simbólicas, se le ha acusado sin embargo de pasar por alto la dimensión cultural de la historia. Los críticos han comentado que en su historia social los individuos desaparecen dentro de unas estructuras totalizadoras y que la cultura es discutida exclusivamente en sus expresiones institucionalizadas como las iglesias, las escuelas, las universidades y otras organizaciones formales. La vida cotidiana, de hecho, recibe muy poca atención. En su *Deutsche Gesellschaftsgeschichte,* Wehler se ocupa de la condición de las mujeres sólo en términos de su estatus legal y económico. De hecho, dedica menos espacio a las mujeres y a la vida cotidiana que Thomas Nipperdey, cuyos tres tomos sobre historia alemana de 1800 a 1918[63] retornaron a la historia política narrativa, por una parte, e incluían amplias secciones sobre la vida cotidiana, incluyendo temas de género, por la otra.

Jürgen Kocka surgió en la década de 1970 como uno de los principales expositores del enfoque crítico y teórico de la

[63] Thomas Nipperdey, *Deutsche Geschichte 1800-1866* (Múnich, 1983) y *Deutsche Geschichte 1866-1918*, 2 tomos (Múnich, 1990-1992).

historia social o ciencia social histórica. Ya en su tesis doctoral de 1969 había aplicado modelos teóricos al análisis del cambio social.[64] Después, tomando como ejemplo a la gigantesca compañía Siemens, desde sus inicios en 1847 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, Kocka evaluó la aplicabilidad del tipo weberiano ideal de burocracia al surgimiento de un gran cuerpo de empleados en el sector privado en Alemania y en Estados Unidos entre 1890 y 1940.[65] Examinando la susceptibilidad de los empleados alemanes ante el nacionalsocialismo, Kocka intentó ir más allá de las estructuras y procesos objetivos para comprender la conciencia política de quienes eran parte de estos. En estudios posteriores se ocupó de la formación de la clase obrera desde una perspectiva muy diferente a la de E. P. Thompson, de quien hablaremos más adelante. Para Kocka, las fuerzas principales en la creación de una clase obrera moderna seguían siendo estructurales y económicas. En su gran obra sobre la formación de clases en el siglo XIX (1990),[66] Kocka utilizó un concepto de modernización para explicar el desarrollo de la clase trabajadora moderna como el resultado del papel del salario en tanto parte de un proceso de industrialización capitalista. Paralelamente al trabajo de Kocka, otros historiadores sociales alemanes prestaron más atención a las condiciones sociales que acompañaban al proceso de industrialización.

Es necesario considerar que las obras de Wehler tenían una intención de síntesis, en tanto historia social (*Gesellschaftsgeschichte*) y no historia social empírica. Sin embargo, el concepto de Wehler de una historia social crítica dio impulso a una

[64] *Unternehmensverwaltung und Angestelltenschaft am Beispiel Siemens 1847-1914: Zum Verhältnis von Kapitalismus und Bürokratie in der deutschen Industrialisierung* (Stuttgart, 1969).

[65] Jürgen Kocka, *White Collar Workers in America: A Social-Political History in International Perspective* (Londres, 1980).

[66] *Weder Stand noch Klasse: Unterschichten um 1800* (Bonn, 1990). Este es el primer tomo del *Geschichte der Arbeiter und der Arbeiterbewegung seit dem Ende des 18. Jahrhunderts.*

multitud de investigaciones empíricas de historia social centradas en el proceso de industrialización y sus consecuencias para la estratificación social de artesanos, trabajadores industriales, empleados y clases burguesas. El interés por las consecuencias de la industrialización en Alemania no era nuevo: era central en el Taller de Historia Social Moderna fundado por Werner Conze en Heidelberg en 1957, que atrajo a varios historiadores sociales críticos jóvenes y publicó sus trabajos. Lo que estos historiadores aportaron a las investigaciones anteriores fue un mayor énfasis teórico para explicar el proceso de transformación social que acompañó a la industrialización en el contexto político alemán.

Gran parte de la historia social de las décadas de 1970 y 1980 en Alemania y en Europa occidental, y más tarde en la del Este, cambió su énfasis en los factores económicos para ponerlo en los culturales. Estos enfoques no eran necesariamente excluyentes. La historia de la clase obrera en Alemania ha pasado por varias etapas desde la década de 1950, lo que también ha ocurrido en otras partes de Europa occidental y en Norteamérica. Las obras salidas del Taller de Werner Conze se concentraban particularmente en el papel de los movimientos obreros surgidos durante el proceso de industrialización en la cultura política de los siglos XIX y principios del XX en Alemania, y también en la integración, o falta de integración de estos movimientos a un consenso nacional.

En los estudios sobre las condiciones de vida de los trabajadores de Dieter Langewiesche,[67] Franz-Josef Brüggemeier[68] y

67 Dieter Langewiesche y Klaus Schoenhorn, eds., *Arbeiter in Deutschland: Studien zur Lebensweise der Arbeiterschaft im Zeitalter der Industrialisierung* (Paderborn, 1981).

68 Franz-Josef Brüggemeier, *Leben vor Ort. Ruhrbergleute und Ruhrbergbau 1889-1919* (Múnich, 1983). Sobre los aspectos medioambientales, véase del mismo autor *Blauer Himmel über der Ruhr: Geschichte der Umwelt im Ruhrgebiet, 1840-1990* (Essen, 1992).

Klaus Tenfelde[69] el énfasis en la política pasó a un lugar secundario. Estos estudios difieren tanto del enfoque culturalista de Thompson sobre los trabajadores como de las perspectivas más pronunciadamente antropológicas de Michelle Perrot[70] y William Sewell,[71] que estudian los aspectos rituales y simbólicos de las protestas obreras. Las fuentes principales de Langewiesche, Brüggemeier y Tenfelde continuaron siendo datos empíricos duros antes que fuentes literarias, artísticas o folclóricas. El contexto es el proceso de industrialización y su consecuente formación de una clase proletaria. Los tres estudian a los mineros del valle del Ruhr y describen cuidadosamente la transformación de las condiciones de trabajo en las minas, el reclutamiento de los trabajadores (principalmente inmigrantes polacos), las relaciones entre trabajadores y empleadores, y el conflicto social y económico. Brüggemeier, en particular, estudia las condiciones de la vivienda en cuanto afecta las condiciones sociales –por ejemplo, el impacto de los allegados nocturnos en la vida familiar de una comunidad empobrecida. Las enfermedades industriales son rigurosamente detalladas. Esto no implica que los obreros sean sólo víctimas; en gran medida reaccionaban y se defendían repetidamente a través de paros, pero generalmente de manera menos dramática en clubes de bebedores (*Schnapskasinos*) –no siempre tolerados por la policía– que eran más baratos que las tabernas en las que por lo demás no eran bienvenidos. Una cultura étnica arraigada en la vida y la religiosidad polaca apartaba a estos obreros de sus pares alemanes, no sólo en sus lugares de trabajo, sino también en las horas de esparcimiento, lo que redundaba en una falta de solidaridad frente a las huelgas.

[69] Véase, por ejemplo, Klaus Tenfelde y Gerald D. Feldman, eds., *Workers, Owners, and Politics in Coal Mining: An International Comparison of Industrial Relations* (Nueva York, 1990).

[70] Michelle Perrot, *Workers on Strike: France, 1871-1890* (Nueva York, 1987).

[71] Véase más abajo, p. 209.

Brüggemeier se preocupa primero de las condiciones que afectan a las poblaciones anónimas, examinando la cultura cotidiana en el contexto de estructuras políticas, aspectos autoritarios del Imperio alemán, y el temor de las clases establecidas ante la amenaza política y cultural a los valores y moralidad dominantes. A continuación, se ocupa de las biografías individuales de los mineros e intenta reconstruir sus sueños y esperanzas. A veces ocurre que la adquisición de simples artículos de vestir y calzado otorgan un sentido de estatus y prestigio. Así, el "honor" en el sentido de Weber, o el "capital simbólico", en el de Bourdieu, ocupa su lugar en la autodefinición de hombres modestos cuyo sentido de dignidad se encuentra constantemente amenazado. Utilizo el término "hombres" porque en el mundo descrito por Brüggemeier los hombres constituyen la inmensa mayoría de la fuerza de trabajo. Las mujeres que se encuentran en el trasfondo son parte del cálculo económico de los empleadores. Ellas proporcionan el alojamiento barato para los allegados sin una remuneración significativa por el trabajo involucrado. Estas biografías proporcionan una dimensión humana a lo que de otra manera sería un destino colectivo e impersonal. Y proporcionan además el impulso para la historia oral, como es el caso de Lutz Niethammer y sus colegas, quienes llevaron a cabo entrevistas cualitativas a los trabajadores y a sus esposas que vivían en la región minera del Ruhr en la década de 1930.[72] Lo realmente importante en estas entrevistas no es tanto la reconstrucción de lo que fue, sino lo que la gente recordaba. No importaba tanto que estos recuerdos fueran correctos o no; más bien lo era la forma en que estos hombres y mujeres experimentaban sus pasados.

72 Lutz Niethammer, *Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet 1930 bis 1960*, 2 tomos (Berlín, 1983); una investigación paralela fue realizada por Niethammer, Alexander von Plato y Dorothee Wierling, *Die volkseigne Erfahrung: Eine Archäologie des Lebens in der Industrieprovinz der DDR. 30 biographische Eröffnungen* (Berlín, 1990).

El tránsito desde la historia de los movimientos obreros a la historia social del trabajo con un énfasis en las experiencias de vida no se restringe a la investigación alemana occidental. Refleja tendencias generales en la historia social no sólo en otras partes de Occidente sino también en los países llamados socialistas, en donde este tránsito fue más lento. En el Este socialista, paradójicamente, la historia del trabajo tendió al elitismo por ser escrita desde el punto de vista de los movimientos obreros organizados o de los partidos socialdemócrata y, después de 1917, comunista. Un ejemplo se encuentra en la historia del movimiento obrero alemán publicada en ocho tomos en Berlín del Este en 1966.[73] Pero incluso en la Alemania del Este, hacia la década de 1970, los historiadores estaban conscientes de la necesidad de prestar más atención a la vida cotidiana de los trabajadores. En 1981, Jürgen Kuczynski lanzó los cinco tomos de su *Geschichte des Alltags des Deutschen Volkes 1600-1945* (Historia de la vida cotidiana del pueblo alemán, 1600-1945)[74] con un llamado a los historiadores marxistas para que aprendieran de la historia social de los historiadores no socialistas de Occidente. Partiendo de los conceptos marxistas clásicos de clase, Hartmut Zwahr publicó en 1978 un estudio sobre la formación del proletariado en Leipzig, que examinaba el modo en que el proceso de industrialización y de formación de clases se manifestaba en las relaciones interpersonales como los lazos

[73] *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung in acht Bänden*, publicada por el Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central del Partido de Unidad Socialista, 8 tomos (Berlín, 1966).

[74] Jürgen Kuczynski, *Geschichte des Alltags des Deutschen Volkes, 1600-1945* (Berlín, 1981-1982). Una discusión sobre la historia social en la República Democrática Alemana en la década de 1980 se encuentra en Georg G. Iggers, ed., *Marxist Historiography in Transformation: East German Social History in the 1980s* (Nueva York, 1991), especialmente la introducción. El tomo incluye ensayos escritos en Alemania del Este a partir de la década de 1980, y contiene una selección de la introducción de Kuczynski a su *Alltagsgeschichte.*

familiares y las amistades, y también en la conciencia social.[75] En una sección particularmente interesante, que utilizaba materiales biográficos provenientes de los archivos personales de los trabajadores y de datos vitales obtenidos en las oficinas de estadísticas, Kuczynski analizó la selección de padrinos entre los trabajadores. Para mediados de la década de 1980, un grupo de etnógrafos de Alemania del Este inició una colaboración con estudiosos de Austria y de la Alemania occidental para escribir sobre el uso del tiempo libre entre los trabajadores berlineses de comienzos del siglo XX.

Una variante austriaca de la ciencia social histórica crítica se encuentra en la obra de Michael Mitterauer (y sus colegas) luego de ser contratado por la Universidad de Viena en 1971 como profesor de historia social y económica. En la línea de la Escuela de Bielefeld, Mitterauer y sus colegas han combinado el estudio de las estructuras sociales y de los procesos sociales con los de la cultura y los patrones de vida. Hay una mayor concentración en la familia, la sexualidad y la adolescencia entre sus obras que en las de sus colegas en Alemania. Al mismo tiempo, hacen un uso bastante más extensivo de los métodos cuantitativos y muestran una mayor apertura respecto de los estudios ingleses y franceses en el área de demografía histórica y reconstitución familiar. Pero mientras que en Inglaterra los estudios del Grupo de Cambridge para el Estudio de la Población y la Estructura Social, y los del círculo de demógrafos históricos alrededor de Louis Henry, en Francia, se han concentrado en las sociedades premodernas y preindustriales, el grupo de Viena se ha dedicado más intensamente a la historia de la familia y a los problemas de la pubertad y la adolescencia en sociedades que experimentan un proceso de industrialización

75 Hartmut Zwahr, *Zur Konstituierung des Proletariats als Klasse: Strukturuntersuchungen über das Leipziger Proletariat während der industriellen Revolution* (Berlín, 1978).

y modernización. Una importancia considerable ha sido otorgada a la historia oral y a la reconstrucción de las biografías individuales.[76]

El desarrollo de la historia de los trabajadores tiene algunos paralelos con la historia de las mujeres. Esta última historia también empezó, en Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Alemania y otros países, a comienzos del siglo XX, como la historia del movimiento organizado de mujeres y frecuentemente sobre temas específicos como el sufragio. En las décadas de 1960 y 1970 se podía constatar una concentración en el papel de las mujeres en el proceso de industrialización. Gradualmente, se prestó mayor atención a los aspectos más existenciales de la vida de las mujeres. Esto último, como discutiremos después, ha requerido una reconsideración de los conceptos y métodos de las ciencias sociales.[77] Un ejemplo interesante del intento de combinar los conceptos y métodos de las ciencias sociales históricas con el análisis de las experiencias vitales de mujeres individuales es el estudio de Dorothee Wierling, publicado en 1987, sobre el servicio doméstico en los hogares alemanes de clase media, en las ciudades más grandes, a comienzos del siglo XX.[78] En esa obra, la profesión de empleada doméstica es vista como un fenómeno de la sociedad que experimenta los cambios relacionados con la industrialización y la modernización. En esta transición, las empleadas domésticas jugaron un papel importante en la formación de un estilo "burgués" de vida; sin ellas, tal estilo no habría sido posible. Al mismo tiempo, las empleadas domésticas adoptaron valores de la clase media y los transmitieron a la clase obrera al interior de la cual contraían

[76] Véase Georg G. Iggers, *Marxist Historiography in Transformation: New Orientations in Recent East German History* (Nueva York, 1991).

[77] Véase Joan W. Scott, "Women's History", en Peter Burke, *New Perspectives on Historical Writing* (State College, Penn., 1991), 42-66.

[78] Dorothee Wierling, *Mädchen für alles: Arbeitstag und Lebensgeschichte städtischer Dienstmädchen um die Jahrhundertwende* (Berlín, 1987).

matrimonio. El estudio de Wierling descansa en una enorme base de datos cuantitativos; sin embargo, al utilizar material autobiográfico, como también cartas y, allí donde fue posible, entrevistas orales, la historiadora buscó reconstruir los aspectos cualitativos de situaciones reales experimentadas y recordadas por las empleadas domésticas. Así, el estudio pertenece a la tradición alemana de ciencia social histórica y al mismo tiempo va más allá de ella.

CAPÍTULO 7
LA CIENCIA HISTÓRICA MARXISTA DESDE EL MATERIALISMO HISTÓRICO A LA ANTROPOLOGÍA CRÍTICA

La historiografía marxista y el pensamiento marxista en general han perdido gran parte de su credibilidad y prestigio luego del colapso de la Unión Soviética y de sus Estados satélites en Europa del Este, que se consideraban a sí mismos como la encarnación de las ideas marxistas o marxistas-leninistas. Sin embargo, la medida en que estos eventos fueron responsables de la crisis del pensamiento marxista no debe exagerarse. La filosofía marxista oficial de los partidos comunistas internacionales estaba desacreditada desde mucho tiempo antes del colapso. Debemos distinguir entre esta manifestación del marxismo y el pensamiento marxista tal como se desarrolló independientemente de las restricciones partidistas más allá de bloque soviético. Si bien el llamado marxismo occidental también experimentó una crisis, especialmente luego de las rebeliones estudiantiles de la década de 1960, las razones de esta crisis fueron muy diferentes. Las ideas marxistas contribuyeron a una crítica, tanto de las sociedades capitalistas modernas como de la cultura moderna, que fue considerada seriamente por un amplio espectro de opinión. Empero, este marxismo crítico también perdió gran parte de su credibilidad porque los supuestos en los que se basaba estaban demasiado arraigados en el siglo XIX para responder a las inquietudes de la era postindustrial.

No por ello debemos subestimar los aportes del marxismo a la ciencia histórica moderna. Sin Marx, una buena parte de

la teoría moderna de la ciencia social, que se definió en oposición a Marx, como también a la obra de Max Weber, sería impensable. No debemos ver al marxismo, sin embargo, como un movimiento unitario. Esto se observa en las enseñanzas de Marx y Engels, seguidas por un siglo y medio de interpretaciones respecto de sus escritos. Y, como veremos, la doctrina misma de Marx está repleta de ambivalencias y ambigüedades. Marx era un pensador muy dogmático, pero de ninguna manera sistemático o consistente. Por ello es que operaba con dos conceptos de ciencia tan diferentes entre sí que ni él ni sus seguidores pudieron conciliar. Una de estas perspectivas sobre la ciencia era esencialmente positivista, compartiendo varios de los supuestos del período que va desde aproximadamente 1850 a 1890, y que es muy mecanicista en su concepción de la realidad. Dos conceptos eran fundamentales para esta perspectiva: 1) que el conocimiento científico objetivo es posible y 2) que el conocimiento científico se expresa en declaraciones generales respecto de las leyes que gobiernan a los fenómenos. En cuanto a la historia esto significaba que para obtener el rango de ciencia debía descubrir y formular leyes de desarrollo histórico. Marx difería en este sentido de los positivistas como Thomas Henry Buckle e Hipólito Taine al concebir como fuente principal de un desarrollo histórico regido por leyes discernibles al conflicto social proveniente de la desigualdad económica. El motor principal detrás de la historia no era el mundo de las ideas sino las fuerzas productivas, como Marx lo expresó concisamente en el prefacio de su *Una contribución a la crítica de la economía política.*[79] Estas fuerzas, en el curso de

[79] En Robert C. Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader*, segunda edición (Nueva York, 1978), 3-6. Sobre las discusiones recientes en torno a la teoría marxista de la historia, véase Chris Wickham, ed., *Marxist History-Writing for the Twentieth-First Century* (Oxford, 2007); Paul Blackledge, *Reflections on the Marxist Theory of History* (Manchester, 2006); también Kevin Anderson, *Marx at the Margins: On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies* (Chicago, 2010). Sobre el marxismo británico

su desarrollo, entraban en conflicto con las condiciones sociales que ellas mismas habían creado y en contra de las cuales se rebelaban cada vez que se transformaban en un obstáculo para el completo desenvolvimiento de las fuerzas productivas. Con la misma inevitabilidad de una ley de la naturaleza, la humanidad era impulsada desde las condiciones primitivas del comunismo originario de una sociedad nómada de cazadores, pasando por los estadios de la antigüedad, el feudalismo y la formación social burguesa, hasta una sociedad comunista en la que se superaban los antagonismos inherentes en todas las sociedades anteriores. Es significativo que para Marx, como para la mayoría de sus contemporáneos, el progreso de la humanidad se centraba en el mundo occidental, que era el único dinámico, mientras que Asia y África (y en esto estaba de acuerdo con Hegel) eran mundos estáticos.

Esta perspectiva de la ciencia y de la historia se encontraba profundamente arraigada en las corrientes principales del pensamiento occidental en el siglo XIX, diferenciándose de estas solo en sus propósitos revolucionarios. Durante toda su vida, sin embargo, Marx tuvo también una concepción muy diferente de la realidad y del conocimiento, que llegó a jugar un papel muy importante en la historiografía y en el pensamiento marxista del siglo XX, especialmente más allá del bloque soviético. El término "dialéctica", que se usa con frecuencia para referirse a esta concepción alternativa, debe ser utilizado con cuidado, puesto que también contiene una contradicción interna. Por una parte, la dialéctica repudia la noción positivista de la preponderancia del mundo fenoménico en la ciencia, porque

---

Véase Harvey Kaye, *The British Marxist Historians* (Cambridge, 1984). De próxima publicación, es el número especial editado por Q. Edward Wang, significativamente titulado "Marxist Perspectives in Historical Writing at the Beginning of the Twentieth-First Century Seen Globally", que aparecerá en *Storia della Storiografia*; también Eric Hobsbawm, *How to Change the World: Reflections on Marx and Marxism* (Londres, 2011).

sostiene que todas las manifestaciones visibles son problemáticas y deben ser entendidas en el contexto más amplio de las fuerzas en conflicto. Durante la fase juvenil de Marx en 1844 como también en el *Grundrisse* de 1857-58 y en el primer capítulo del tomo I del *Das Kapital* de 1867, generalmente considerado como una expresión del Marx más maduro, se cuestiona el supuesto de la economía política clásica según el cual el mundo de la economía puede entenderse en términos de las fuerzas económicas que en él operan, y exige que se las mida a partir de las necesidades humanas. Lejos de plantear la preponderancia de las fuerzas materiales generalmente asociadas con su materialismo histórico, esta perspectiva dialéctica, a pesar del discurso materialista de Marx, repudia el concepto que pone a las fuerzas materiales por sobre las humanas. De aquí proviene la noción de trabajo enajenado presente en los manuscritos de 1844[80] y la observación de Marx en *Das Kapital* de que la economía política del capital pertenece a "un estado de la sociedad en que el proceso de producción controla al hombre en lugar de ser controlado por este".[81] A partir de Sócrates, la dialéctica como método filosófico ha sido una forma de razonamiento que procede apuntando a las contradicciones intrínsecas de un argumento, forzando de esta manera una reformulación, para luego examinar las contradicciones de esta nueva formulación. El método dialéctico proporciona así la base de la teoría crítica que examina las irracionalidades, en este caso las violaciones de la dignidad humana, que forman parte de toda formación social. Pero, por otra parte, Marx fusiona su crítica del positivismo con su concepción esencialmente positivista sobre un proceso gobernado por leyes, en que la dialéctica adquiere una forma materialista que conduce a la consumación de la historia en una sociedad comunista.

[80] En Tucker, 66-125.

[81] Karl Marx, *Capital, A Critique of Political Economy* (Nueva York 1967), tomo I, 81.

Esta percepción dogmática y esencialmente positivista de la dialéctica proporcionó la base de la doctrina marxista, o más bien marxista-leninista, oficial de los partidos comunistas establecidos, tanto dentro como fuera del bloque soviético. El leninismo introdujo un elemento nuevo en la doctrina marxista que no estaba presente en los escritos de Marx. Este suponía que la dirección general del proceso histórico ya estaba definida, aunque su forma concreta estaría determinada por la acción política, saliendo así de la esfera de la libertad. No obstante, las revoluciones ocurrían solamente después de que el desarrollo histórico había preparado el camino. En palabras de Marx, "no hay orden social que perezca antes de que todas las fuerzas productivas para las cuales hay espacio en él se hayan desarrollado".[82] Lenín modificó esta noción mediante un voluntarismo que enfatizaba la centralidad del partido. De aquí la subordinación de la investigación histórica a las estrategias cambiantes del partido.

Debemos preocuparnos de no dar una imagen demasiado simplista de los estudios históricos en la Unión Soviética y en el bloque de países del Este. Todos los Estados bajo el control soviético eran dictaduras que ejercían un alto nivel de control sobre la escritura y la enseñanza de la historia para utilizarlas con fines políticos. Pero también había diferencias considerables entre los Estados incorporados en este sistema, como asimismo al interior de los Estados individuales. La doctrina oficial era el marxismo-leninismo, cuya parte central era el materialismo histórico y dialéctico con su concepción de la lucha de clases y el reemplazo de una formación social por otra más avanzada. En todos los países de la esfera soviética, el comité central del partido y los congresos del partido establecían los lineamientos para los estudios históricos. Dentro de este esquema, sin embargo, había un diversidad considerable.

82. Del "Prefacio" a *Critique of Political Economy*, en Tucker, 5.

Quizás podamos distinguir las áreas de estudio histórico en donde los controles ideológicos funcionaban de manera diferente. Para el partido, la historiografía ideal estaba muy lejos de la perspectiva de Marx sobre la sociedad y la historia y en su lugar prefería aquella que cumpliera con sus intereses políticos coyunturales. Especialmente en el área de historia contemporánea, es decir, la historia del partido desde 1917 y el conflicto entre la Unión Soviética y los Estados capitalistas, el interés inmediato era polémico y oportunista más que científico: atacar toda forma de desviación política. En un segundo nivel macrohistórico, la fraseología y el esquema histórico marxista fueron impuestos a los procesos históricos; el análisis en términos de conflicto de clases fue también exigido para la reconstrucción de las crisis o sucesos revolucionarios específicos. No obstante, mientras más apartado estuviera el tema de investigación histórica de las temáticas concretas de la política presente, mayor era la libertad del historiador, especialmente en las áreas de historia clásica, bizantina y medieval, y también, como veremos, en las de historia social y cultural. Es cierto que las citas de Marx, Engels y Lenín, y de Stalin antes de 1956, eran obligadas, pero eran utilizadas superficialmente y no de manera central en la investigación basada en el examen cuidadoso de los archivos. Una debilidad de mucha, pero no de toda esa investigación, es que se limitaba con frecuencia a una acumulación de datos relativamente carentes de reflexión. Si por una parte las obras de síntesis acusaban el impacto de teorías grandiosas pero fallidas, por otra las investigaciones de archivo carecían de la consideración y sofisticación teórica que le diera un valor más allá del anticuario. Aun así, dentro de este contexto restringido se llevó a cabo un trabajo serio y creativo, aunque con mayor dificultad en la Unión Soviética que en la Alemania del Este.[83]

[83] Véase Georg G. Iggers, *Marxist Historiography in Transfor*[illegible] especialmente la introducción, 1-37; también el equilibrado y co[illegible]

que el control estricto se combinaba con un grado inusitado de docilidad por parte de los historiadores. En Polonia,[84] después de 1956, el año del discurso de Nikita Krushchov ante el vigésimo congreso del Partido Comunista en la Unión Soviética, como también de las manifestaciones de Poznan en Polonia, los historiadores lograron desembarazarse en gran medida de los lineamientos ideológicos. Sólo cuando sus estudios tocaban algún tema de interés inmediato para el partido, o de las relaciones con la Unión Soviética, como por ejemplo la masacre de Katyn, se imponía una censura estricta. Antes de la guerra había surgido una escuela de historiadores económicos y sociales cuyos representantes más destacados eran Franciszek Bujak y Jan Rutkowski, quienes habían tenido un contacto estrecho con Bloch y Febvre. En 1926 se fundó una revista con orientaciones muy similares a las de los *Annales d'histoire économique et sociale,* fundada tres años después y con un título similar, *Roczniki Dziejow Spolecznych i Gospodarczych* (Anales de historia social y económica). En 1956, estos intereses en historia económica y social en la tradición de Bujak y Rutkowski fueron retomados y los contactos con los *Annales* fueron reanudados.

Hubo algunas áreas en que los enfoques marxistas y de los *Annales* eran muy compatibles. De allí que la investigación realizada en el nuevo Instituto para la Historia de la Cultura Material en Polonia fuera afín al interés de los *Annales* por la cultura popular. La obra de Witold Kula, *Teoría económica del sistema feudal,*[85] fue rápidamente traducido al francés con una introducción de Fernand Braudel. Los historiadores polacos

examen de Andreas Dorpalen de los estudios históricos en la República Democrática Alemana, *German History in Marxist Perspective: The East German Approach* (Detroit, 1985).

[84] Véase Georg G. Iggers, *New Directions in European Historiography,* 138-42.

[85] Witold Kula, *Teoría econòmica del sistema feudal* (Valencia, 2009). En inglés *Economic Theory of the Feudal System: Towards a Model of the Polish Economy, 1500-1800* (Londres, 1976).

contribuían frecuentemente en las páginas de los *Annales*. En su obra *Las medidas y los hombres*,[86] Kula exploró el significado simbólico de las pesas a lo largo de la historia occidental. Jerzy Topolski, en su revista *Studia Metodologiczne* y en la publicación en inglés *Poznan Studies in the Social Sciences*, inició un diálogo con los historiadores no marxistas sobre temas de teoría y métodos. La historiografía en Hungría siguió líneas semejantes. En Checoslovaquia, los intentos de reanudar los contactos con la investigación histórica internacional fueron seriamente restringidos luego de la invasión soviética de ese país en 1968. Pero también aparecieron en la Unión Soviética trabajos importantes que no calzaban estrictamente en los estrechos confines de la filosofía y la teología de la historia marxistas-leninistas ortodoxas. El duradero aporte de Mikhail Bakhtin a la antropología histórica y a la semiótica en la década de 1930 es un ejemplo de ello,[87] pero también es necesario notar que le valió una severa persecución durante la época de Stalin. Otro ejemplo que ya hemos mencionado es el aporte de Aaron Gurevich en Moscú, tanto a través de su *Las categorías de la cultura medieval* en 1971[88] como en trabajos posteriores en los que estableció las bases de una historia no marxista de las mentalidades en la Unión Soviética.

A pesar de su rigidez y esterilidad, la teoría marxista oficial podía plantear preguntas muy enriquecedoras para la historia social. Ya hemos mencionado el interés de los historiadores del bloque soviético por los temas de la cultura material. Un proyecto de gran escala en Alemania del Este, que empezó a fines de la década de 1970, realizó un estudio interdisciplinario muy completo de la cultura de la planicie de Magdeburg durante los siglos XVIII y principios del XIX, un período de creciente c-

[86] Witold Kula, *Las medidas y los hombres* (Madrid, 1980).

[87] Véase Mikhail M. Bakhtin, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: el contexto de François Rabelais* (México D.F., 1993).

[88] Aaron Gurevich, *The Categories of Medieval Culture* (Boston, 19[illegible]).

ización y comercialización agrícola.[89] En su determinación por proceder desde una base social y económica a los aspectos de cultura, alimentación, moda, arquitectura, festivales, etc., estos estudios se asemejaban a los de los *Annales* en su búsqueda de una *histoire totalle* de una región específica. El énfasis en la población trabajadora por parte de la doctrina marxista debió estimular los estudios sobre la vida cotidiana de los obreros, pero al menos en la Unión Soviética y en Alemania del Este, la historia del trabajo no fue más allá de una historia del movimiento obrero organizado, de los socialdemócratas hasta 1917, y de los comunistas después de esa fecha. Una importante porción de esta historia era una historia política sobre el papel del proletariado en situaciones revolucionarias específicas. Y a pesar de las declaraciones al contrario, era generalmente una historia elitista elaborada desde arriba. Un buen ejemplo, ya mencionado, es la historia en ocho tomos de la clase obrera alemana publicada por el comité central del Partido Socialista Unido en Alemania del Este en 1966, que identificaba con orgullo sus fuentes como los clásicos marxistas y "las resoluciones del partido de la clase obrera y los discursos y ensayos de los funcionarios del movimiento obrero alemán".[90] Jürgen Kuczynski, el decano de los historiadores económicos de la Alemania del Este, se quejaba en su historia de la vida cotidiana[91] de que los historiadores marxistas no habían logrado escribir una historia de las experiencias cotidianas reales de la gente común, sugiriendo a sus colegas que buscaran modelos en la historiografía occidental no marxista, particularmente en la de los *Annales*.

89 Véase Iggers, *Marxist Historiography in Transformation.*

90 Institut für Marxismus-Leninismus beim Zentralkomitee der SED, *Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung* (Berlín, 1966), tomo I, 7.

91 Jürgen Kuczynski, *Geschichte des Alltags des deutschen Volkes, 1600-1945*, 5 tomos (Berlín, 1981-1982). Véase la traducción de algunos fragmentos del "Prefacio" de Kuczynski en Iggers, *Marxist Historiography in Transformation*, 38-42.

Así, para el momento del colapso del sistema soviético en 1989, varios historiadores en Europa del Este y la Unión Soviética estaban conscientes de las deficiencias de la teoría marxista-leninista ortodoxa. Sin embargo, un examen serio de la tradición marxista desde una perspectiva marxista y a la luz de las condiciones cambiantes de la vida y el pensamiento en el siglo XX, se llevó a cabo en Europa occidental, es decir, fuera de la Unión Soviética. Es cierto que resulta difícil a veces definir lo que significa marxismo en países en donde no es una ideología oficial. Cuando hablamos en esta sección de historiografía marxista nos referimos a historiadores que se consideraban a sí mismos como marxistas, y a quienes en algún momento u otro, especialmente al comienzo de sus carreras, pertenecieron a los partidos comunistas. En Gran Bretaña, por ejemplo, existió entre 1947 y 1956 un "Grupo de Historiadores del Partido Comunista" formalmente organizado al que pertenecían varios historiadores de gran eminencia posterior como Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric Hobsbawm y Edward P. Thompson.[92] Un segmento importante de los historiadores marxistas rompió con el Partido Comunista en 1956 por la invasión de Hungría y después del discurso de Krushchov ante el Veinteavo Congreso del Partido Comunista Soviético como protesta ante las prácticas represivas de la Unión Soviética. No obstante, en algunos casos, como el de Thompson, los historiadores que dejaron el partido continuaron identificándose con una crítica marxista de la sociedad.

En los primeros años después de la Segunda Guerra Mundial, las discusiones marxistas en el mundo occidental se realizaron principalmente en el contexto de las concepciones marxistas ortodoxas sobre el proceso histórico. De allí que Maurice Dobb

[92] Véase Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians* (Cambridge, 1984). También Eric Hobsbawm, "The Historian's Group of the Communist Party", en M. Cornforth, ed., *Rebels and their Causes* (Londres, 1978), 21-48.

y Paul Sweezy se trenzaran en un debate a propósito de la transición del feudalismo al capitalismo.[93] El asunto era si, como argumentaba Dobb, el feudalismo había colapsado debido a sus propias contradicciones económicas internas o si, como sostenía Sweezy, el surgimiento del comercio constituía el factor externo decisivo de su caída. Debates paralelos se llevaron a cabo entre los historiadores marxistas en Francia, Italia, Polonia y otros países. Por sí mismos estos debates deberían haber sido de interés sólo para un pequeño círculo de creyentes muy comprometidos, pero en realidad generaron un considerable interés más allá de ese grupo. Las interpretaciones marxistas representaron un desafío para la historiografía no marxista no tanto por razones políticas como por el hecho de que cuestionaban el modelo de historia tradicional enfocada en individuos y sucesos, y llamaban a prestar mayor atención al contexto y al cambio social. Lo que interesaba a los historiadores no marxistas no era tanto las respuestas frecuentemente dogmáticas de los marxistas comprometidos, sino las preguntas que hacían. Por ello, la revista *Past and Present*, fundada por historiadores marxistas británicos en 1952 pero no sometidos al control del partido,[94] pronto pasó a ser un foro importante de discusiones entre historiadores marxistas y connotados no marxistas como Lawrence Stone, T. S. Ashton, John Elliott y Geoffrey Elton. Debido a este amplio interés por la sociedad y la cultura, *Past and Present* comenzó a ocupar un lugar en Gran Bretaña muy similar al de los *Annales* en Francia. Allí se llevaron a cabo las grandes controversias acerca de la crisis de la aristocracia y el papel de las clases en la Revolución Puritana. Discusiones paralelas que incluyeron a historiadores franceses, británicos y norteamericanos pueden observarse en los estudios históricos

[93] Véase Kaye, *The British Marxist Historians*, 42-50. Una parte importante de este debate se llevó a cabo en la revista estadounidense marxista *Science and Society*.

[94] Véase Kaye, *The British Marxist Historians*, 16.

en Francia, donde la tesis marxista de la Revolución Francesa como una revolución burguesa, propuesta por Albert Mathiez, Albert Soboul y, de una manera mucho más compleja, Georges Lefebvre, fue desafiada por Alfred Cobban, George Taylor y François Furet.

Empero, muy pronto los estudios marxistas sobre los grandes movimientos políticos en la historia moderna y sobre la Revolución Industrial trasladaron su énfasis en los procesos sociales anónimos a las formas que esos cambios adquirían en la conciencia de quienes los experimentaban. Marx no había logrado escribir una historia "desde abajo", pero Engels se había aproximado bastante en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y en *La guerra campesina en Alemania. El 18 Brumario de Luis Bonaparte* de Marx fue más allá del "Manifiesto comunista" al realizar un examen diferenciado del cambio político. Cuando lo escribió en 1852, Marx se había visto forzado a reconsiderar las predicciones que él y Engels habían hecho en enero de 1848 en el "Manifiesto", en el que habían predecido correctamente que la revolución era inminente, pero incorrectamente el que estas revoluciones, que consideraban burguesas, no sólo serían existosas sino que, al menos en Alemania, serían rápidamente acompañadas de una revolución proletaria. El transcurso de los eventos del que se ocupó en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* en Francia, y también en su obra con Engels, *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, probaron que las predicciones eran erróneas. Para explicar el fracaso de la revolución en Francia y el ascenso de Luis Bonaparte al poder, Marx proponía ahora un cuadro de la sociedad moderna que era mucho más complejo del que habían mostrado con Engels en el "Manifiesto comunista" y que reconocía las fuertes divisiones políticas y sociales al interior de la burguesía, como también el papel que tuvieron en la conciencia y la conducta política las fuerzas no económicas como las memorias y los símbolos patrióticos. Aunque Marx arguía que

los eventos políticos sólo podían entenderse en el contexto de intereses y conflictos de clase, creó una narrativa en la que los miembros de estas clases y el público más amplio quedaban excluidos mientras que las personalidades políticas ocupaban un lugar tan central como el de las historias políticas convencionales. Los trabajadores se encontraban sorprendentemente ausentes. En cuanto a los campesinos, que constituían la gran mayoría de la población francesa, Marx los retrató como una fuerza totalmente pasiva a la que comparó, en un pasaje digno de mención, con "un saco de patatas".[95] Y en contraste con Jules Michelet, en su *Historia de la Revolución Francesa,* las mujeres no aparecían en absoluto. Además, Marx manifestó su desprecio por los desfavorecidos, los sin casa, los adictos y los presos, a todos los cuales agrupaba como un *Lumpenproletariado*[96] sin la disciplina o la ética de trabajo que Marx asociaba con la clase obrera.

Por contraste, los estudios marxistas ingleses y franceses sobre los movimientos políticos y económicos en la Europa medieval y moderna se preocupaban de agregar una dimensión humana a la historia. George Lefebvre abrió el camino con su *El gran pánico de 1789: la Revolución Francesa y los campesinos,*[97] en donde estudió el pánico desatado en la campiña francesa que condujo a los levantamientos campesinos en el verano de 1789. Ronald Hilton hizo algo similar respecto de los levantamientos campesinos en la Inglaterra medieval,[98] Christopher Hill respecto de las clases populares en las revoluciones

[95] *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (Madrid, 1985). La cita está tomada de "The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte", en Robert C. Tucker, ed., *The Marx-Engels Reader,* primera edición (Nueva York, 1972), 515.

[96] Véase ibíd., 479.

[97] Georges Lefebvre, *El gran pánico de 1789: la Revolución Francesa y los campesinos* (Barcelona, 1986).

[98] Sobre Hilton, véase Kaye, *The British Marxist Historians.* También Hilton, *The Transition from Feudalism to Capitalism* (Londres, 1976).

inglesas del siglo XVII[99] y W. E. B. Du Bois, el activista afroamericano, sobre la población negra del sur durante el período de Reconstrucción al cabo de la Guerra Civil.[100] George Rudé[101] y Richard Cobb[102] utilizaron los archivos de la policía para determinar quiénes exactamente constituían las masas revolucionarias. En su análisis de los disturbios en Gran Bretaña y Francia en el siglo XVIII y principios del XIX, Rudé asignó un papel central al alza de precios de los alimentos. Pero ya E. P. Thompson, en su clásico ensayo "La economía moral del pueblo inglés en el siglo XVIII",[103] había enfatizado el papel de los factores no económicos tales como la idea de justo precio derivada de las concepciones tradicionales y precapitalistas de justicia económica. El conflicto entre los valores culturales tradicionales de las clases populares y la emergente economía capitalista, junto al Estado burocrático, representa el tema central del *Rebeldes primitivos* [104] de Eric Hobsbawm y de *Captain Swing*,[105] escrito en coautoría con Rudé. La similitud de estos estudios con aquellos de los *Annales* es notable por su énfasis en el mundo premoderno. Excepciones importantes son las grandes obras de síntesis de Hobsbawm, que cubren el mundo desde la Revolución Francesa hasta el colapso del

[99] Por ejemplo, Christopher Hill, *The World Turned Upside Down: Radical Ideas During the English Revolution* (Harmondsworth, 1975).

[100] W. E. B. Du Bois, *Black Reconstruction in America: An Essay on the Role which Black Folks Played in the Attempt to Reconstruct Democracy in America, 1860-1920* (Nueva York, 1935).

[101] George Rudé, *La multitud en la historia: Estudio de los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848* (Madrid, 1978).

[102] Entre una larga lista de títulos de Richard Cobb, véase *The Police and the People: French Popular Protest, 1789-1820* (Nueva York, 1975); *Death in Paris: The Records of the Baisse-Geole de la Seine, October 1795 to September 1801* (Oxford, 1978).

[103] E. P. Thompson, "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth-Century", *Past and Present* 50 (1971), 76-136.

[104] Eric Hobsbawm, *Rebeldes primitivos: estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX* (Barcelona, 1983).

[105] Hobsbawm y Rudé, *Captain Swing* (Nueva York, 1968).

comunismo.[106] Estas obras se concentran en las grandes líneas de desarrollo que han dado forma al mundo moderno, pero asignando un lugar subordinado a la cultura popular.

Quizás la obra histórica más importante de esta tendencia de historia marxista que enfatiza la cultura popular sea la de Edward P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera* (1963). El título ya anuncia la tesis de Thompson a propósito de que "la clase obrera no surgió, como el sol, a una hora prevista. Ella estuvo presente en su propia creación".[107] Tanto en este libro como en otras declaraciones teóricas posteriores, el autor se enfrentó con la ortodoxia marxista y con la defensa que de ella hicieron los filósofos franceses estructuralistas como Louis Althusser, que defendían los aspectos científicos del marxismo.[108] Para Thompson, los escritos de Marx no eran determinantes para la opinión marxista de mediados del siglo XX. Por eso distingue "entre el marxismo como algo cerrado y como una tradición, derivada de Marx, de investigación y crítica abiertas. La primera representa una tradición de teología. La segunda representa una tradición de razonamiento activo" que se ha liberado de "la noción verdaderamente escolástica de que los problemas de nuestro tiempo (y las experiencias de nuestro siglo) puedan ser entendidos mediante el escrutinio riguroso de un texto publicado ciento veinte años atrás".[109] Thompson toma de Marx el concepto de clase y la noción de que "la experiencia de clase está en gran medida determinada por las relaciones de producción en la que los hombres nacen –o entran

[106] Eric Hobsbawm, *Las revoluciones burguesas, 1789-1848* (Madrid, 1971); *The Age of Capital* (Londres, 1975); *The Age of Empire, 1875-1914* (Nueva York, 1987); *Historia del siglo XX: 1914-1991* (Barcelona, 1995).

[107] E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 tomos (Barcelona, 1989), Prefacio.

[108] Véase Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays* (Londres, 1978).

[109] Ibíd., 380, 383.

involuntariamente".[110] Pero la clase no debe verse como "una 'estructura' o incluso como una 'categoría', sino como algo que de hecho ocurre (y que puede demostrarse que ha ocurrido) en las relaciones humanas".[111] "La conciencia de clase [es esa conciencia] en la que estas experiencias son procesadas en términos culturales: como parte de las tradiciones, sistemas valóricos, ideas y formas institucionales".[112] De aquí que Thompson rechace la idea de una clase trabajadora "prototípica" y que se concentre en "una clase trabajadora inglesa concreta" surgida de un contexto histórico específico. El énfasis en la cultura representa un distanciamiento de los métodos científicos, que cosifican las relaciones humanas, para utilizar enfoques que proporcionan una comprensión de los elementos cualitativos que conforman la cultura: de aquí su uso de fuentes literarias, artísticas, folclóricas y simbólicas.

Thompson rechaza tres conceptos marxistas fundamentales: la preponderancia de las fuerzas económicas, la objetividad del método científico y la idea de progreso. Rechaza también la idea de que el pasado sea un peldaño hacia el futuro. Busca, por lo tanto, "rescatar al pobre tejedor de medias, al cosechador ludita, al operador 'obsoleto' de telares manuales, al artesano 'utópico', e incluso al seguidor iluso de Joanna Southcott, de la enorme condescendencia de la posteridad", por mucho que "su hostilidad respecto del nuevo industrialismo haya sido retrógrada".[113]

Hay, sin embargo, elementos de marxismo ortodoxo importantes que persisten en el enfoque de Thompson. En su estudio, si bien restringido a Inglaterra, Thompson defiende la noción de que existe una clase obrera en oposición a la idea de una población trabajadora marcada por diferentes tradiciones étnicas.

[110] *La formación de la clase obrera*, Prefacio.
[111] Ibíd.
[112] Ibíd., 10.
[113] Ibíd., 12-13.

religiosas y artesanales. Le otorga un halo de importancia a esta clase, viéndola, junto a Marx, como una aristocracia trabajadora. Pensadores importantes como Paine, Cobbett y Owen, además de *London Corresponding Society* y las tradiciones políticas del radicalismo inglés, juegan así un papel crucial en la formación de la clase trabajadora. En este sentido, *La formación histórica de la clase obrera* es más una historia de las ideas que de la experiencia concreta. El conflicto de clases juega un papel central en esta obra y, a pesar de sus componentes culturales, tal conflicto se encuentra arraigado en el sistema económico.[114] Si no fuera así, el vínculo con el marxismo sería muy tenue. Esto ha llevado a que los críticos noten acertadamente que otras formas de conflicto y explotación, incluyendo las involucradas en las relaciones de género, sean pasadas por alto.[115]

Entre los marxistas, el enfoque histórico de Thompson fue sometido a escrutinio crítico desde dos fuentes. Fue criticado, por una parte, desde la perspectiva del marxismo estructuralista del filósofo francés Louis Althusser, como una forma de "humanismo socialista" que "suprime los principales logros sustantivos de Marx –el análisis de las formas, tendencias y leyes del modo capitalista de producción".[116] Por otra parte, los marxistas culturalistas arguyen que Thompson no se ha emancipado aún lo suficiente de los supuestos ortodoxos que enfatizan excesivamente los aspectos objetivos de las relaciones económicas.[117] Incluso cuando ve la clase en términos de la cultura, declaran, esta cultura todavía se restringe a la clase obrera industrial, en la que aquellos que no están directamente relacionados con

[114] Véase también la reconstrucción que hace Thompson de la cultura plebeya en los ensayos publicados bajo el título de *Customs in Common* (Londres, 1991).

[115] Joan Wallach Scott, "Women in *The Making of the English Working Class*", en Scott, *Gender and the Politics of History* (Nueva York, 1988), 68-90.

[116] Louis Althusser, *For Marx* (Nueva York, 1969), 97.

[117] Gareth Stedman Jones, *Language of Class* (Cambridge, 1983), 101-102.

el proceso de trabajo industrial no tienen papel significativo alguno. A pesar del deseo de rescatar a Joanna Southcott de "la enorme condescendencia de la posteridad", lo mismo se podría decir de su omisión del papel de las mujeres, quienes después de todo no eran parte directa del proceso productivo tal como ha sido comúnmente entendido tanto por los socialistas como por los no socialistas.

El *History Workshop* fue fundado, según lo señala el subtítulo, como "una revista de historiadores socialistas", y aunque se inspiró en el enfoque de Thompson sobre la clase obrera, fue también más allá. La transformación de la revista desde su fundación en 1976 hasta 1995, cuando abandonó el subtítulo (que fue cambiado en 1982 a "Una revista de historiadores socialistas y feministas"), documenta los cambios fundamentales ocurridos en los enfoques marxistas de la historia tanto en Gran Bretaña como en otros países. El término *"workshop"* (taller) fue elegido deliberadamente para destacar la preocupación marxista por el trabajo y por el lugar en que se realiza, y también para crear una historia que pudiera ser escrita conjuntamente con historiadores provenientes del mundo obrero. Se ubicó dentro de una tradición de investigación socialista y radical que en Gran Bretaña llegaba hasta los Hammonds y los Webbs, incluía a los escritores del Grupo de Historiadores del Partido Comunista, y recibió un "ímpetu enorme" por parte de E. P. Thompson. Reconoció al *Past and Present*, fundado en 1952 por un grupo de historiadores "con una perspectiva política distintivamente izquierdista", como "la mejor revista histórica en lengua inglesa"[118] y se propuso tanto complementar como dar una nueva dirección a su aporte.

Pero lo que realmente distingue al *History Workshop* de otras revistas históricas no es su compromiso socialista –compartido por muchos colaboradores originales de *Past and Present*,

[118] "The Attack", *History Workshop* 4 (otoño 1977), 1-4.

de cuyo comité editorial la mitad había pertenecido al Partido Comunista– sino que su declarada intención de romper con los estrechos confines de la historia profesional para "lograr y también servir a una amplia audiencia democrática más allá de un círculo cerrado de pares académicos".[119] A largo plazo, esta meta se logró sólo parcialmente. La página editorial del primer número comenzó con una arenga contra la profesionalización de los estudios históricos por haberlos conducido a su "creciente fragmentación",[120] a su irrelevancia política y social, a su pérdida de autonomía y a la esclerosis de una academia inserta en una sociedad capitalista. La revista misma era el producto de diez años de cercana cooperación entre hombres y mujeres que se congregaron en torno a un "taller" en Ruskins College, la institución para trabajadores relacionada con la Universidad de Oxford. Resulta importante que tanto el comité editorial fuese concebido como un colectivo en el cual las decisiones eran efectivamente colectivas, aunque se destacaban en particular Gareth Stedman Jones, Raphael Samuel y Tim Mason, todos los cuales ya habían hecho aportes importantes a la historia social académica, como que las mujeres estuvieran bien representadas entre los editores y los colaboradores. Las editoriales del primer número manifestaban un compromiso por la "historia feminista". Señalaban que no sólo la historia política establecida sino también la historia social y laboral se caracterizaban por una "definición antifeminista" porque las mujeres, aunque su trabajo en tanto "reproductoras del poder laboral" constituía una parte integral del proceso de trabajo en una economía capitalista,[121] eran prácticamente invisibles en estas historias debido a su falta de visibilidad en los lugares públicos de trabajo.

[119] Ibíd., 4.
[120] "History Workshop Journal", *History Workshop* I (primavera 1976), 1.
[121] Ibíd., 4-6.

Este énfasis en el papel de las mujeres contribuyó tanto a la ampliación de la temática de la revista como a la exploración de nuevos enfoques metodológicos. Para empezar, el *History Workshop* estaba comprometido con un concepto de "historia socialista", que estaba estrechamente ligado con la "historia de los trabajadores" en una sociedad industrial capitalista. A pesar de su reorientación, desde la historia marxista hacia el énfasis en la cultura, los editores se comprometían de una manera similar a la de Thompson con nociones marxistas ortodoxas sobre el proceso histórico. Se aferraron a una teleología que veía a la historia como una transformación paulatina desde el feudalismo al capitalismo y a la superación del capitalismo en una sociedad socialista. Por ello es ilustrativo que el primer artículo de la revista fuera el de Ronald Hilton, "El feudalismo y los orígenes del capitalismo".[122] La sociedad moderna se caracterizaba, para la revista, por la producción industrial capitalista enfrentada a una clase trabajadora con conciencia de clase. Se prestó atención a las formas en que los obreros experimentaban el trabajo bajo tales condiciones, pero los trabajadores eran casi todos obreros industriales en la Gran Bretaña del siglo XIX y principios del siglo XX. La experiencia de las mujeres también fue examinada en ese contexto. Sin embargo, muy pronto el editor Raphael Samuel comenzó a cuestionar la identificación del industrialismo con el capitalismo y a reconocer tanto el papel jugado por el trabajo no mecánico y del artesanado tradicional en la economía capitalista del siglo XIX, como el papel del capitalismo en los sectores no industriales de la economía, principalmente la agricultura.[123]

En "Diez años después" (1985),[124] los editores del *History Workshop*, en un editorial firmado por Raphael Samuel y Gareth

[122] Ibíd., 9-25.

[123] "Workshop on the World: Steam Power and Hand Technology in Mid-Victorian Britain", *History Workshop* 10 (primavera 1977), 6-72.

[124] *History Workshop* 20 (otoño 1985), 1-4.

Stedman Jones, reconocieron haber cometido algunos errores de juicio. "Nuestro centro no declarado de interés era la clase obrera industrial, y la cima de nuestra ambición (como fue expresada en el manifiesto original) era el estudio del capitalismo como un 'modo de producción'". "El feminismo", agregaron, "ha cuestionado esta teleología". La teleología se había vuelto más problemática aún a raíz de los cambios estructurales del capitalismo que se hacían cada vez más evidentes a partir de la década anterior a 1985 –cambios que revelaban que las relaciones de clase eran diferentes y mucho más complejas de lo que se suponía. De hecho, el estudio sobre las mujeres había variado desde el énfasis, en los primeros números de la revista, en el lugar de trabajo industrial a la esfera privada doméstica y se ocupaba cada vez más de la sexualidad. La explotación de las mujeres fue estudiada en el contexto más amplio de las relaciones de género. Se examinaron tanto las diferencias en las actividades de esparcimiento –o la ausencia de ellas para las mujeres– como también el papel de la violencia en la definición de la identidad masculina.

A partir de 1980, la revista dedicó un mayor espacio al papel del lenguaje como factor constitutivo de la experiencia social. Si bien rechazaron la posición más radical de la lingüística estructural representada por Lacan, Foucault y Derrida, para quienes "no hay una realidad externa a la que se refiera el lenguaje; y por lo tanto no hay tensión dialéctica o principio de cambio", los editores sin embargo afirmaron que "el lenguaje del socialismo... precede al surgimiento del movimiento socialista"[125] y de hecho ha contribuido sustancialmente a la formación de ese movimiento. "Lejos de existir en su propio mundo sintácticamente estructurado", como han insistido los lingüistas estructuralistas, el lenguaje, como arguyó Pierre Achard en "La historia

[125] "Language and History", *History Workshop* 10 (otoño 1980), 1-5.

y la política del lenguaje en Francia",[126] "ha sido un lugar más o menos constante de la lucha política e ideológica". Observando el lenguaje desde una perspectiva antropológica general, Maurice Godelier sostuvo que "sus significados nunca han residido exclusivamente en sistemas de lenguaje o textos, sino que han sido condicionados por las transformaciones de los procesos laborales, los sistemas de parentesco, las jerarquías de estatus y todo el ensamblaje de formas simbólicas y materiales de una sociedad".[127] Además, la revista manifestaba su acuerdo con las teorías feministas en cuanto a que el género no es un hecho naturalmente dado sino más bien una construcción cultural incrustada en el lenguaje. Al mismo tiempo, consideraba al lenguaje como reflejando y a la vez actuando sobre la sociedad. Hasta la década de 1990, su centro de atención era la Europa industrial y Norteamérica. El mundo no occidental aparecía en los primeros números principalmente a la sombra de un imperialismo en expansión; después, en los ensayos de esa década, América Latina, Africa y la Australia aborigen recibieron una mayor atención individual.

El thatcherismo y, a pesar de su rechazo del leninismo, el colapso de la Unión Soviética y de los sistemas socialistas de Europa del Este, remecieron en sus bases las convicciones marxistas de los editores del *History Workshop*. Ya en 1985 aceptaron que "la existencia de un movimiento obrero como una de las certezas geológicas del paisaje", que había sido uno de los supuestos centrales de la revista en su período fundacional, "ya no se puede suponer sin más". Reconocieron también con dolor "la separación de las ideas socialistas de cualquier noción de voluntad popular".[128] En la primavera de 1995 abandonaron sin estruendo el subtítulo "una revista de historiadores socialistas y feministas" y señalaron que "las condiciones políticas

[126] Ibíd., 175-183.
[127] "Work and Its Representations: A Research Proposal", ibíd., 164-174.
[128] "Ten Years After", *History Workshop* 20 (otoño 1985), 1-4.

en que operamos han cambiado al punto de lo irreconocible en los catorce años [1981] desde que modificamos nuestro título" para incluir a "historiadores feministas". Las condiciones bajo las cuales los historiadores radicales podían identificarse como marxistas habían dejado de existir. Los desafíos del mundo contemporáneo –ambientales, étnicos, sexuales– eran tan complejos que los términos "socialista" y "feminista", con las connotaciones que tenían, ya no eran atingentes.[129]

La revista fue exitosa en su objetivo de superar las fronteras disciplinarias, lo cual ocurría también con revistas importantes como los *Annales, Past and Present, Quaderni Storici* y el *Journal of Interdisciplinary History*. No fue tan exitosa en acortar la brecha que separaba a los historiadores profesionales de los no académicos. Para mediados de la década de 1990, sus colaboradores pertenecían en su gran mayoría a universidades o centros de investigación. Cabe preguntarse, ¿qué permanece de la fe y del propósito original de la revista? No sólo la teleología marxista sino también el concepto de clase que era fundamental para su comprensión de la sociedad y de la práctica política quedaron irremediablemente afectados. No obstante, el compromiso con una historia cercana y comprensible para los hombres y mujeres comunes siguió en pie. Paradójicamente, en la medida en que la revista se deshacía de sus supuestos marxistas, pudo acercarse más a la experiencia de la gente común de lo que había sido el caso con su enfoque marxista en el trabajo y en los trabajadores. Finalmente, la revista mantuvo su posición crítica del marxismo y la dedicación para enfrentarse a todas las formas de explotación y dominación presentes en la sociedad. Pero, a diferencia del marxismo ortodoxo ya no las encontraba en el marco institucional de la economía y del Estado, sino que las buscaba en todos los aspectos de la vida, incluyendo la relación entre los sexos.

[129] "Change and Continuity", *History Workshop* (primavera 1995), iii-iv.

La importancia del *History Workshop* para la historiografía de las últimas décadas no se debe exagerar. Fue una de las tantas revistas internacionales que tomaron una dirección similar. Reconoció su deuda con *Past and Present*, pero desde los comienzos fue más allá que esta en la dirección de la historia y la cultura popular, e intentó, si bien con un éxito limitado, reclutar a la gente común. Como movimiento fue imitado en otras partes, particularmente en la República Federal de Alemania y en Suecia. Intereses similares se vieron reflejados en una variedad de otras revistas: *Social History* en Gran Bretaña, el *Journal of Social History* y el *Radical History Review* en Estados Unidos, y el *Quaderni Storici* en Italia, que trasladaban el énfasis en las instituciones para ubicarlo en las experiencias vitales de un amplio sector de la población, experiencias que establecían como el centro mismo del interés histórico. El *Historische Anthropologie*, fundado en Alemania y Austria en 1993, y *Odysseus*, establecido en Moscú en 1991, son otros ejemplos de revistas que mantuvieron ese énfasis en las últimas décadas.

El marxismo está muy lejos de una decadencia total.[130] Juega un papel muy importante en la historiografía de la India poscolonial, en Latinoamérica[131] y también en Occidente, como lo sugiere la colección de ensayos editado por Chris Wickham, *Marxist History Writing for the Twenty-First Century* (Oxford, 2007). Esto ocurre a pesar de que elementos importantes de la teoría marxista de la historia han sido abandonados, que su concepto de clase ha sido modificado, y que se ha puesto un mayor énfasis en los factores étnicos y de género. Los marxistas se preguntaban ahora por qué Marx

[130] Esta sección sobre las perspectivas historiográficas marxistas fue añadida por el autor a comienzos de la segunda década del siglo XXI (2011), quince años después de haber redactado este capítulo.

[131] Véase Jurandir Malerba, *La historia en América Latina: Ensayo de crítica historiográfica* (Rosario, 2010).

restó tan poca atención a la experiencia de las mujeres y de pueblos colonizados para otorgársela a la clase trabajadora ropea blanca y masculina".[132] Pero, a pesar de esto, la importancia de las perspectivas marxistas para la historiografía contemporánea fue destacada en el Congreso Internacional Ciencias Históricas celebrado en Ámsterdam en 2010, que incluía ponencias sobre el papel de las ideas marxistas en la historiografía de China, Japón, India, el mundo mediterráneo, América Latina, y también del mundo occidental, y que serían publicadas en un número especial de la revista internacional *ria della Storiografia*, incluyendo además artículos sobre sia y el África Negra.

Podemos discernir tres tendencias importantes en las discusiones teóricas marxistas que se ocupan de los cambios rridos a partir de 1990. La primera se encuentra muy bien representada por Perry Anderson, quien concede francamente derrota del paradigma marxista. Anderson ya había reconocido esta derrota en las importantes reflexiones incluidas en *siderations of Western Marxism* (1976). En el año 2000, derson concluyó en una editorial del *New Left Review*, de manera similar a la del *History Workshop*, que el ambiente en que se desempeñaba la revista había desaparecido casi por completo. La única alternativa para una izquierda sensata era reconocer lúcidamente la derrota histórica. "El capitalismo venido a quedarse; debemos hacer las paces con él" para rarse de la ilusión "de que el sistema se sigue moviendo una dirección progresista".[133] Por primera vez en su histo- afirmó en 2005, el capitalismo no tenía un rival, y mucho menos un contrincante serio.[134] Sin embargo, ni él ni la *New Review* estaban dispuestos a abandonar completamente la

132 Véase W. G. Runciman, "Introduction", en Chris Wickman, ed., *ist History-Writing for the Twenty-first Century* (Oxford, 2007), 3.

133 "Editorial. Renewals", *New Left Review*, (enero-febrero 2000), 13-15.

134 Perry Anderson, *Spectrum* (Londres, 2005), 132.

función crítica del marxismo. Su principal propósito ahora era denunciar las falencias del orden social y económico neoliberal, y combatir al imperialismo estadounidense. Criticó por lo tanto a los simpatizantes de izquierda como Jürgen Habermas, Norberto Bobbio y John Rawls, quienes apoyaron la intervención militar de la OTAN en Yugoslavia y después en Irak.

En suma, Anderson reconocía las limitaciones de la teoría y la práctica marxista pero mantenía su papel crítico. Una segunda reacción a la crisis del marxismo y de la historiografía marxista se reflejó en los intentos de los estudiosos marxistas angloparlantes por rescatar a Marx de las interpretaciones ortodoxas que veían el materialismo histórico como una forma ya sea de reduccionismo económico o de positivismo insípido,[135] y por creer en la aplicabilidad de la teoría marxista a las realidades del siglo XXI. Uno de los problemas que reconocían al leer a Marx era que muchos de sus escritos eran fragmentarios y contenían inconsistencias, de modo que Marx podía ser leído de maneras muy diferentes y ser malinterpretado.[136] Pero como arguyó Paul Blackledge en *Reflections on the Marxist Theory of History* (2006), "jamás encontraremos en Marx categorías económicas que sean categorías puramente económicas".[137] Esto es sin duda correcto si reemplazamos la palabra 'jamás' por 'generalmente no'. Como Engels ya había enfatizado, tanto para Marx como para él "la situación económica es el elemento más determinante en la historia", pero varios elementos de la superestructura, como "teorías políticas, jurídicas y filosóficas, perspectivas religiosas ejercen también su influencia en el curso de las luchas históricas".[138] En sus escritos sobre eventos del pasado y también sobre los más recientes de su tiempo, Marx

[135] Blackledge, 16.
[136] Cf. Musto, "The Rediscovery of Marx"; Blackledge, 20.
[137] Blackledge, 22.
[138] Friedrich Engels a Joseph Bloch, Londres, 21-22 de septiembre, 1890, en Tucker, 760.

tomó en cuenta estos factores. Blackledge sostiene que Marx no era un determinista sino que enfatizaba el rol de la agencia en la historia, perspectiva que comparte con Thompson. Engels estaría de acuerdo: "la historia se hace de una manera en que el resultado final siempre surge de los conflictos entre muchas voluntades individuales".[139] No obstante, hay frases muy conocidas de Marx que dan sustento a la interpretación de que es en efecto un determinista, por ejemplo en el "Prefacio" a *Una contribución a la crítica de la economía política*, y en el "Prefacio" a la primera edición alemana del *Capital*, en donde se refiere a "las leyes naturales de la producción capitalista", y a "tendencias que conducen con una necesidad férrea a resultados inevitables".[140] Kevin Anderson acepta las conclusiones de Blackledge, pero en su *Marx at the Margins* (2010) va un paso más allá en el intento de alinear a Marx con los enfoques historiográficos actuales. Sostiene, como lo sugiere el subtítulo de su libro, *On Nationalism, Ethnicity, and Non-Western Societies*, que en los hechos Marx prestó atención a todos los temas listados en el subtítulo. También rechaza la noción comúnmente aceptada de que Marx tenía un concepto eurocéntrico y unilineal de la historia. Esto ha llevado a críticos como Edward Said a acusar a Marx de "orientalismo"[141] y a Dipesh Chakrabarty[142] a enfatizar el carácter eurocéntrico del concepto de Marx que plantea un proceso uniforme del desarrollo histórico y que rechaza reconocer que la modernización puede tomar formas muy diferentes en culturas diversas. Se ha sostenido en la literatura marxista reciente que Marx entendía que este proceso sólo se aplicaba a los países de la Europa central y occidental, y

[139] Véase el capítulo 5 de Blackledge, "Structure, Agency, and the Struggle for Freedom", 153-199; Engels a Bloch, 21-22 de septiembre, 1890, Tucker, 761.

[140] Tucker, 296.

[141] Kevin Anderson, 17.

[142] Chakrabarty, *Provincializing Europe*.

a Norteamérica, pero no a países como Rusia, India, Indonesia o China, en los que el capitalismo industrial se encontraba en la infancia. Anderson acepta que esta perspectiva eurocéntrica está presente en los primeros escritos de Marx, como también en algunos de sus artículos para el *New York Times* en 1853, pero después reconoció la excepcionalidad de las culturas no occidentales y la diversidad de los desarrollos históricos, como lo demuestra su conocida respuesta a Vera Zazulich en 1881,[143] en la que aceptó que la Rusia rural podía seguir un camino muy diferente al del socialismo en Europa. Es en la correspondencia y las notas aún inéditas de Marx que Anderson descubre su preocupación por las etnias no caucásicas, incluyendo el papel que la esclavitud negra, por ejemplo en las plantaciones de algodón, jugó en el desarrollo del capitalismo industrial, como también su enfoque en los irlandeses en cuanto parte de la fuerza de trabajo británica. Sin embargo, hay algunos problemas con su reevaluación del concepto de historia de Marx. Aparte de algunos párrafos cortos en el *Grundisse* a los que se refiere Anderson, que no se publicaron hasta avanzado el siglo XX, y de unas breves menciones en el prefacio de la edición francesa del primer tomo del *Capital*, estas supuestas reorientaciones del pensamiento de Marx eran muy poco conocidas como para tener un impacto en la aceptación de sus teorías. Además, su concepto evidentemente eurocéntrico y unilineal de la historia ocupa un lugar central en 1859 en el "Prefacio" a *Una contribución a la crítica de la economía política* (1859) y en la famosa frase del prefacio a la primera edición del *Capital* (1867): "El país más desarrollado industrialmente (Inglaterra) muestra al menos desarrollado una imagen de su propio futuro".[144] Anderson sugiere que Marx comparó

[143] Respuesta de Marx a Vera Zazulich, 8 de marzo de 1881, Tucker, 675; K. Anderson, 229-236.

[144] "Prefacio" a la primera edición alemana, *Capital*, tomo 1, Tucker, 296.

la situación de Inglaterra con la de Europa continental, especialmente con Alemania, sin mencionar a ninguna sociedad no europea.[145]

Una tercera tendencia se encuentra en la contundente antología *Über Marx hinaus* (Más allá de Marx) editada en 2009 por el historiador laboral holandés Marcel van der Linden y su colega alemán Karl Heinz Roth[146] con aportes de estudiosos provenientes de varios países europeos, Norteamérica, Australia e India. Ellos no arguyen como Blackledge y Kevin Anderson que Marx ha sido malentendido y que sus teorías, cuando se entienden correctamente, encajan muy bien con las preocupaciones actuales. Al contrario, ellos hablan francamente de lo que consideran como el fracaso de la teoría marxista y llaman, como lo sugiere el subtítulo, a ir más allá de Marx. Como Perry Anderson, estarían de acuerdo en que Marx, quien esperaba que la revolución ocurriera durante su propia vida, no entendió cabalmente la durabilidad (*Langlebigkeit*) del capitalismo. Un elemento clave de su crítica es el concepto de Marx del proletariado industrial como una clase revolucionaria, que los eventos posteriores probaron ser erróneo. Pero resultaba inadecuado incluso en su propio tiempo. La población trabajadora es actualmente, como lo era entonces, mucho más diversa e inclusiva de lo que permitía el concepto desarrollado por Marx sobre el proletariado. Además, Marx prestó muy poca atención a las condiciones reales en las que vivían los trabajadores. Y aunque haya podido predecir la globalización del capital, su eurocentrismo resulta inaplicable a las realidades del mundo actual. Quizás por escribir durante la crisis financiera global que comenzó en 2008, los autores de la antología están menos convencidos que Perry Anderson del triunfo del capitalismo y

[145] K. Anderson, 177.

[146] Van der Linden y Roth, *Über Marx hinaus*; véase también Gerhard Volker, ed., *Marxismus: Versuch einer Bilanz* (Magdeburg, 2001).

ven la necesidad de un análisis crítico de sus falencias. En este sentido, la crítica de Marx de la economía política, en la que es central la dependencia del capital respecto de la explotación del trabajo, es todavía aplicable tanto a la escritura de la historia como a la acción política.

En conclusión, ¿qué permanece de la teoría de la historia de Marx para la historiografía marxista actual? El intento de modernizar a Marx por parte de varios teóricos que se consideran marxistas resulta sólo parcialmente convincente.[147] Otros que también se aproximan a Marx desde una perspectiva de izquierda ven francamente las limitaciones de su análisis de la sociedad, muy arraigado en el siglo XIX pero aún entonces reflejando una comprensión deficiente de las condiciones sociales y económicas de su tiempo. También reconocen que las inconsistencias de la postura política de Marx sirvieron para que sus perspectivas afianzaran dictaduras despiadadas que proclamaban ser socialistas. Sin embargo, no están dispuestos a abandonar completamente el marxismo. Gran parte de *la historia social crítica de izquierda se inspira todavía en el* marxismo, aun cuando los historiadores de esa corriente no se identifiquen como marxistas. En último término, al documentar la resistencia a la opresión y a la explotación relacionada con el capitalismo, la historiografía marxista continúa viéndose a sí misma como parte del esfuerzo por construir un mundo socialmente más justo, como lo hizo en su momento el *History Workshop*, luego de reconocer las insuficiencias de los supuestos teóricos de Marx.

[147] Por ejemplo, Blackledge y K. Anderson.

PARTE III

LA HISTORIA Y EL DESAFÍO DEL POSMODERNISMO

CAPÍTULO 8
LAWRENCE STONE Y "EL RENACER DE LA NARRATIVA"

En 1979 apareció en *Past and Present*, la revista que desde su fundación en 1952 proporcionaba el foro más importante para la discusión de temas históricos y de ciencias sociales en Gran Bretaña, el ensayo de Lawrence Stone "El renacer de la narrativa: reflexiones sobre una nueva vieja historia".[1] En este ya famoso artículo, Stone señaló que en la década de 1970 se llevó a cabo una transformación fundamental en la forma en que la historia se percibía y redactaba. La creencia central de la historia científico-social de que era posible "una explicación científica coherente sobre el cambio en el pasado"[2] había sido ampliamente rechazada. En su lugar, había surgido un renovado interés por los aspectos más variados de la existencia humana, acompañados por la convicción de que "la cultura de un grupo, e incluso la voluntad de un individuo, son potencialmente agentes causales de cambio tan importantes como las fuerzas impersonales de producción material y crecimiento demográfico".[3] Este énfasis renovado en la experiencia de los seres humanos concretos condujo al retorno de las formas narrativas de la historia.

[1] Lawrence Stone, "The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present* 85 (noviembre 1979), 3-24. El ensayo apareció en castellano en *Debats*, N° 4 (1983).

[2] Ibíd., 19.

[3] Ibíd., 9.

El vuelco hacia la experiencia implicó un reexamen crítico de la racionalidad científica. La historia de orientación científico-social presuponía la existencia de una relación positiva con un mundo industrial moderno y en expansión en el que la ciencia y la tecnología aportaban al crecimiento y al desarrollo. Pero esta fe en el progreso y en la civilización del mundo moderno experimentó un severo cuestionamiento en la década de 1960. Los historiadores y cientistas sociales de la década anterior todavía hablaban complacientemente de un "consenso" nacional y de una sociedad verdaderamente sin clases, libre de conflictos sociales profundos, que distinguía a Estados Unidos, tanto en el pasado como en el presente, de Europa. John Kenneth Galbraith publicó, en 1958, su *The Affluent Society*.[4] Como ya hemos mencionado, el libro de Daniel Bell, *The End of Ideology*,[5] apareció en 1960, y a continuación, en 1962, el de Michael Harrington, *The Other America*,[6] obra esta última que se enfocaba en aquellos segmentos de la sociedad estadounidenses, los desposeídos blancos y negros, que habían quedado excluidos de la afluencia y no participaban del consenso. En Estados Unidos las tensiones previamente ocultas de la sociedad pasaron a primer plano con el movimiento de desobediencia civil de principios de la década de 1960 y los violentos levantamientos en los guetos en la segunda mitad de esa década. La guerra de Vietnam dividió a los estadounidenses tan profundamente como lo hizo Argelia entre los franceses algunos años antes. Pero la oposición a la guerra iba más allá de los asuntos puramente políticos. Los conflictos de la segunda mitad de la década de 1960, desatados en Estados Unidos por los conflictos en torno a los derechos civiles y la guerra de Vietnam, se

[4] John Kenneth Galbraith, *La sociedad opulenta* (Barcelona, 1960).

[5] Daniel Bell, *El fin de las ideologías* (Madrid, 1964).

[6] Michael Harrington, *La cultura de la pobreza en los Estados Unidos* (México D.F., 1963).

enfocaron no sólo en la crítica de las condiciones políticas y sociales existentes, sino también en la calidad de vida en una sociedad altamente industrializada. La fe en el progreso y en la ciencia, que estaba en la base tanto de la Nueva Historia Económica cuantitativa como en el marxismo, fue problematizada a la luz de los peligros y de la brutalidad con que la tecnología transformaba a los países industriales y afectaba a las naciones en desarrollo.

Es importante tener en cuenta que el movimiento estudiantil de fines de la década de 1960 en Berkeley, París, Berlín y Praga atacó simultáneamente al capitalismo en Occidente y al marxismo soviético. Esto es importante para el desarrollo de la historiografía cuando se busca entender por qué ni el modelo científico-social ni el materialismo histórico tenían ya poder alguno de persuasión. Ambos parten de conceptos macrohistóricos y macrosociales para los que el Estado, el mercado, o en el caso del marxismo la clase, son conceptos centrales. En ambos, la firme creencia en la posibilidad y conveniencia de un desarrollo dirigido científicamente se encuentra más allá de todo cuestionamiento. El enfoque en las estructuras y en los procesos sociales, compartidos por la ciencia social y el marxismo ortodoxo, dejaban poco lugar para aquellos segmentos de la población que habían sido previamente olvidados y que ahora exigían una identidad y una historia propias. Además, tanto la ciencia social como la historiografía marxista mostraban poco interés en los aspectos existenciales de la vida cotidiana –su dimensión material, pero también emocional, con sus esperanzas y temores.

Una perspectiva pesimista respecto del curso y la calidad de la civilización moderna occidental es la que caracteriza centralmente buena parte de la "Nueva Historia Cultural". Esta nueva historia tenía una relación paradójica con el marxismo. Compartía la perspectiva marxista en torno a la función

emancipadora de la historiografía, pero entendía las restricciones respecto de las cuales los hombres y las mujeres debían emanciparse de una manera muy diferente a la del marxismo clásico. Las fuentes de explotación y dominación no estaban primordialmente en las estructuras institucionales, en la política o en la economía, sino más bien, y de una manera más importante, en las variadas relaciones interpersonales en las que unos seres humanos ejercían poder sobre otros. El género adquirió así un papel nuevo y significativo. En un sentido importante, Foucault reemplazó a Marx como el analista del poder y de su relación con el conocimiento.

Una pregunta clave planteada por Stone era si, y de qué manera, la historia podía o debía entenderse a sí misma como una ciencia. No sólo la historiografía científico-social, sino también la tradición anterior de investigación histórica crítica desarrollada por Ranke en las universidades del siglo XIX, entendían a la historia como una ciencia. No obstante, para esta última la ciencia tenía un significado diferente. Involucraba un repudio del positivismo de las ciencias sociales analíticas y enfatizaba la distinción entre las ciencias humanas o culturales (*Geisteswissenschaften*) y las ciencias naturales. Pero igual adhería a un concepto de ciencia y entendía a la historia como una disciplina científica. De aquí que en Alemania el término *Geschichtswissenschaft* (ciencia histórica) reemplazara al término *Geschichtsschreibung* (escritura de la historia) para describir lo que hacían los historiadores profesionales. El concepto de *ciencia* aquí implicaba la centralidad de una lógica de indagación que establecía reglas metodológicas rigurosas para lograr el conocimiento objetivo. Aunque enfatizaba el papel de la empatía en la comprensión histórica, lo que implicaba la subjetividad del historiador, esta escuela de investigación histórica establecía, sin embargo, una clara distinción entre la investigación histórica y la literatura imaginativa. Empero, debe enfatizarse que esta distinción entre análisis y narración no era

mantenida rigurosamente. Georges Duby en su *El domingo de Bouvines*[7] y Jacques Le Goff en su biografía de San Luis,[8] como veremos más adelante, demostraron que la narración ocupaba un lugar muy importante en la tradición de los *Annales.*

Aunque Stone rechazaba enfáticamente la ilusión de una "explicación científica coherente" en la historia, en ninguna parte sugirió que la narrativa histórica, a pesar de su forma necesariamente literaria, renunciaba a la indagación racional y a la reconstrucción realista del pasado. Pero, como vimos en la introducción, una cantidad de teóricos en Francia y Estados Unidos, en su mayoría provenientes de la crítica literaria, como Roland Barthes, Paul De Man, Hayden White, Jacques Derrida y Jean-François Lyotard,[9] frecuentemente identificados como posmodernistas –apelativo que varios de ellos rechazaron con vigor– exigían esta renuncia y cuestionaban la distinción entre hecho y ficción e historia y poesía. Rechazaban el que la historia tuviera referencia a realidad alguna fuera de los textos. Pero como veremos, los historiadores raramente fueron tan lejos. No hubo un corte radical entre la anterior historia científico-social y la nueva historia cultural, pero los temas y con ellos los métodos de la nueva historiografía cambiaron en la medida en que el centro de gravedad se desplazaba desde las estructuras y procesos a las culturas y las experiencias existenciales en la vida de la gente común. Si bien esto involucraba un escepticismo mayor respecto de las afirmaciones de la ciencia social tradicional, no significó una fuga hacia lo imaginario. Los historiadores no solamente continuaron trabajando crítica y

[7] El título en francés, *Le dimanche de Bouvines: 27 juillet 1214*, enfatizaba tanto los eventos de un día, el 27 de julio de 1214, como su proyección en la conciencia histórica. En castellano, *El domingo de Bouvines, 27 de julio de 1214.*

[8] Jacques Le Goff, *St. Louis* (París, 1996).

[9] Véase Art Berman, *From the New Criticism to Deconstruction* (Urbana, 1988).

concienzudamente con las fuentes, sino que, como veremos en los capítulos posteriores, también adoptaron métodos y datos de las ciencias sociales. Es por eso que no abandonaron la convicción de que el historiador debía hacer uso de métodos racionales para obtener una verdadera comprensión del pasado.

CAPÍTULO 9

DESDE LA MACRO A LA MICROHISTORIA: LA HISTORIA DE LA VIDA COTIDIANA

Cada vez más, en las décadas de 1970 y 1980, los historiadores tanto de Occidente como en algunos casos también de los países de la Europa del Este, cuestionaron los supuestos de la historia científico-social. El eje de esta historia, según los críticos, era la fe en la modernización como una fuerza positiva. En su versión más radical, esta fe fue expresada por Francis Fukuyama en su ensayo de 1989, "The end of history",[10] que sostenía que una sociedad tecnológica moderna basada en principios de libremercado capitalista, acompañados por instituciones parlamentarias representativas, representaba el logro de un orden de cosas racional que era la culminación del desarrollo histórico. En una vena bastante menos optimista, otros historiadores de orientación científico-social, como Jürgen Kocka, que estaban conscientes de los aspectos destructivos de las sociedades modernas, manifestaban, no obstante, su confianza en el carácter positivo global de la modernización, en donde la economía de mercado y una tecnología altamente desarrollada estarían acompañadas de instituciones políticas democráticas que garantizarían las libertades civiles, la justicia social y el pluralismo cultural.[11] Para Kocka, el colapso del nazismo y de

[10] Francis Fukuyama, "The End of History?", *The National Interest*, tomo 9 (verano 1989), 3-18.

[11] Jürgen Kocka, *Vereinigungskrise: Zue Geschichte der Gegenwart* (Göttingen, 1995).

los sistemas marxistas de la Europa del Este y la Unión Soviética parecía confirmar el punto. Una función clave de la historia científico-social crítica, bajo esta perspectiva, era identificar los aspectos atávicos de los órdenes sociales del siglo XX que presentaban obstáculos para la consecución de una sociedad verdaderamente moderna, como él y Wehler lo habían hecho en su análisis de la sociedad alemana previa a 1945.

Para Carlo Ginzburg y Carlo Poni, dos de los representantes más importantes de la microhistoria en Italia, la razón principal del declive de las concepciones macrohistóricas, y con ellas los enfoques científico-sociales de la historia, residía en la pérdida de fe en esta visión optimista sobre los beneficios sociales y los frutos políticos del progreso tecnológico.[12] Los argumentos hechos en contra de los enfoques científico-sociales macrohistóricos, que incluían al marxismo, se apoyaban en criterios políticos y éticos más que en los metodológicos, a pesar de que, como veremos, la escuela italiana en particular sometió a los supuestos centrales de la historia científico-social a una severa crítica metodológica. Una objeción central a la concepción científico-social del proceso histórico mundial caracterizado por la modernización era, desde esta perspectiva, su costo en términos humanos. Tal proceso, argüían, había desatado no sólo inmensas fuerzas productivas sino también devastadoras energías destructivas que estaban inseparablemente unidas a ellas. Además, se había instalado, por así decir, a espaldas de la gente, sobre todo de la "gente pequeña", quienes habían sido olvidados por la historia científico-social y por la historia política convencional, que se enfocaba en los poderosos y bien situados. La historia debía enfocarse en las condiciones de la vida cotidiana tal como la experimentaba la gente común. Sin embargo, para ellos el modelo de historia de la vida cotidiana

[12] Véase Edward Muir y Guido Ruggiero, eds., *Microhistory and the Lost Peoples of Europe* (Baltimore, 1991).

que Braudel había ofrecido en la década de 1960 y 1970 en el primer tomo de su *Civilización material, economía y capitalismo,*[13] erraba al preocuparse de las condiciones materiales sin examinar cómo los seres humanos concretos experimentaban tales condiciones.

Ya hemos mencionado el papel que jugaron las posiciones políticas en los estudios de la antigua escuela de historiografía política y en las formas más recientes de historia social y, por supuesto, en el marxismo. Ellas jugaron el mismo papel, y quizás aún más obviamente, en los nuevos estudios microhistóricos de la vida cotidiana. No era coincidencia que en Italia varios historiadores, como sus colegas británicos, comenzaran como marxistas profesos y luego emigraran a posturas que cuestionaban los conceptos macrohistóricos centrales del marxismo. La temática de los estudios históricos se trasladó, para los historiadores de la vida cotidiana, desde lo que denominaban el "centro" del poder a los "márgenes", es decir, hacia las mayorías, y para ellos las mayorías eran principalmente los destituidos y los explotados. El énfasis en la destitución y en la explotación distingue a esta historiografía de las tradiciones románticas más antiguas sobre el mundo popular que se observa, por ejemplo, en la etnología decimonónica de Wilhelm Riehl.[14] Mientras que Riehl miraba con nostalgia a una idílica sociedad popular libre de conflictos internos, los historiadores de la vida cotidiana enfatizaban la falta de armonía.

La mayoría, empero, era entendida por estos historiadores no como parte de una masa sino como individuos que no debían perderse de vista, ya sea dentro de procesos históricos mundiales o de masas anónimas. Edward Thompson ya había

[13] Fernand Braudel, *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible* (Madrid, 1984), que constituye el primer tomo de *Civilización material, economía y capitalismo.*

[14] Wilhelm Riehl, *Die Naturgeschichte des Volkes als Grundlage einer deutschen Social-Politik* (Stuttgart, 1856).

aclarado la motivación de su historia cuando proclamó que el objetivo de su *La formación de la clase obrera* era "rescatar al pobre tejedor de medias [...] al operador 'obsoleto' de telares manuales [...] de la enorme condescendencia de la posteridad".[15] Pero para rescatar a los desconocidos de tal olvido resultaba necesario desarrollar un nuevo enfoque conceptual y metodológico respecto de la historia, que ya no la concibiera como un proceso unificado o una gran narrativa en la que los individuos quedaban sumergidos, sino como un curso multifacético con muchos centros individuales. Lo que importaba ahora no era la historia, sino las historias, o más bien, los relatos. Y si la preocupación era sobre la vida individual de las mayorías, se hacía necesaria una epistemología adecuada a las experiencias de estas mayorías que permitiera un conocimiento concreto y no abstracto.

Para la década de 1970, una historia que anclaba a la cultura en un firme contexto político, social y económico había sido realizada en las grandes obras de Georges Duby sobre el matrimonio, la perpetuación de los mitos nacionales y la estructura social del feudalismo,[16] y en las obras de Jacques Le Goff sobre intelectuales y clérigos y las concepciones y patrones de trabajo en el medioevo.[17] Le Goff y Duby también habían tenido éxito al redactar una historia social y cultural en la que la narrativa y los individuos ocupaban una posición central, como en la obra de Duby sobre la Batalla de Bouvines el domingo 27 de julio de 1214, evento histórico que se transformó en un mito nacional (1973)[18] y más recientemente en la biografía de San Luis de Le

[15] E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, 2 tomos (Barcelona, 1989). La cita está tomada de la edición en inglés, *The Making of the English Working Class* (Nueva York, 1966), 12.

[16] Georges Duby, *El caballero, la mujer y el cura: el matrimonio en la Francia feudal* (Madrid, 1992); *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* (Barcelona, 1980).

[17] Jacques Le Goff, *Los intelectuales en la Edad Media* (Barcelona, 1986).

[18] Georges Duby, *El domingo de Bouvines, 27 de julio de 1214.*

Goff, en 1996.[19] En el curso de la década de 1970, los estudios de cultura popular se hicieron más frecuentes en el mundo angloparlante y en el italiano, como lo demuestran *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in 16th and 17th Century Europe* (1971) de Keith Thomas,[20] *Popular Culture in Early Modern Europe* (1978), de Peter Burke,[21] *Society and Culture in Early Modern France* (1975) de Natalie Z. Davis[22] y *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI* (1975) de Carlo Ginzburg,[23] en todos los cuales la religión ocupa un lugar importante y, en el caso de Davis, tiene un fuerte enfoque en temas de género.

No hay razón para que una historia que se ocupe de las grandes transformaciones sociales no pueda coexistir o complementarse con una que se centre en las existencias individuales. La tarea del historiador debería ser precisamente la de explorar las conexiones entre ambos niveles de la experiencia histórica. Sin embargo, un fuerte debate tuvo lugar en Alemania en la década de 1980 entre los defensores de una historia científico-social, quienes exigían lineamientos conceptuales y analíticos estrictos, y los partidarios de la historia de lo cotidiano, para quienes tales lineamientos significaban el principio del fin de la experiencia vivida y para los cuales esta experiencia debía ser el verdadero tema de la historia.[24] En un ensayo crucial,

[19] Jacques Le Goff, *St. Louis* (París, 1996).

[20] Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in 16th and 17th Century Europe* (Londres, 1971).

[21] Peter Burke, *La cultura popular en la Europa moderna* (Madrid, 1996).

[22] Natalie Z. Davis, *Society and Culture in Early Modern France* (Nueva York, 1975).

[23] Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI* (Barcelona, 2008). El original se titula *Il formaggio e i vermi: il cosmo di un mugnaio del '500* (Turín, 1976).

[24] Véase Jürgen Kocka, *Sozialgeschichte, Begriff, Entwicklung, Probleme*, segunda edición (Göttingen, 1986), 162-174.

"Misioneros en el bote de remos" (1984),[25] Hans Medick quiso demarcar las posiciones fundamentales de la historia de lo cotidiano. Para esta historia, la antropología cultural representada en las décadas de 1970 y 1980 por Clifford Geertz servía de modelo para la investigación histórica. Este enfoque semiótico estaba presente en el concepto geertziano de "descripción densa",[26] es decir, el enfrentamiento inmediato con un otro. Implicaba también que no debemos imponer nuestras propias preconcepciones en ese otro, sino que aprehenderlo tal como es. No obstante, en este punto Geertz y Medick quedaron atrapados en una contradicción obvia, puesto que la descripción densa que buscaban no proporcionaba acceso a un individuo sino que a la cultura en la que él o ella se encontraban insertos. Así, el "pobre tejedor de medias" cuya dignidad individual Thompson quería rescatar de las fuerzas impersonales de la historia, perdía de nuevo su individualidad ante la cultura desde el momento en que sólo éramos capaces de saber algo sobre el individuo a través de la cultura que lo amoldaba. Ni el etnólogo ni el historiador, de acuerdo a Geertz y a Medick, tenían un acceso inmediato a la experiencia de los otros. Por lo tanto, debían continuar descifrando estas experiencias indirectamente a través de actos simbólicos y rituales que, procediendo bajo la superficie de la inmediatez de las intenciones y acciones individuales, formaban un texto que hacía posible el acceso a esa otra cultura.

Kocka criticó el enfoque de Medick, al que describió como un "neohistoricismo" (que no debe ser confundido con el Nuevo Historicismo en Estados Unidos discutido anteriormente).

[25] Hans Medick, "Missionaries in the Row Boat", *Comparative Studies in Society and History* 29 (1987), 76-98.

[26] Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*. La cita está tomada del original en inglés, "Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture", cap. I en Geertz, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1973), 3-30.

desde dos ángulos: como en el caso del historicismo anterior, su enfática renuncia a la teoría y su insistencia en la experiencia inmediata conducía, en opinión de Kocka, a un irracionalismo metodológico. No se puede tener una perspectiva coherente de la realidad si es que no se procede a partir de preguntas explícitas que ayuden a encontrar lo que buscamos entre una inmensa multitud de experiencias. Para Medick, el enfoque mismo en una temática a través de preguntas cuidadosamente formuladas prejuiciaba lo que se iba a encontrar; para Kocka, la ausencia de estas preguntas hacía imposible un conocimiento válido. Además, para Kocka la concentración en los "pequeños" aspectos de la historia, aislados de contextos más amplios, hacía que el conocimiento histórico fuera imposible y conducía a la trivialización de la historia. Existía por lo tanto el peligro de que la historia de la vida cotidiana se diluyera entre lo anecdótico y lo anticuario.

Ahora bien, el que para Medick "lo pequeño [sea] lindo" de ninguna manera implicaba una historia anecdótica separada de contextos más amplios. De hecho, Medick insistía en que la historia debía cambiar su enfoque desde las instituciones "centrales" a los márgenes donde se encontraban los individuos que no calzaban con las normas establecidas.[27] No obstante, lo individual sólo podía entenderse como parte de un marco cultural más amplio. Así, la microhistoria que él estudiaba no podía existir sin un contexto macrosocial. No sólo el *Alltagsgeschichte* (historia cotidiana) que Medick representaba en Alemania, sino también la microhistoria cultivada por sus defensores italianos, a quienes encontraremos más adelante, suponían la existencia de una amplia cultura popular. De aquí el giro desde la antropología histórica con su enfoque semiótico a

[27] Hans Medick, "Entlegene Geschichte? Sozialgeschichte im Blickfeld der Kulturanthropologie", en Konrad Jarausch et al., eds., *Geschichtswissenschaft vor 2000: Persspektiven der Historiographiegeschichte,* Festschrift für Georg G. Iggers zum 65. Geburtstag (Hagen, 1991), 360-369.

las expresiones simbólicas de la cultura. Para los italianos, esta era una cultura, sobre todo campesina, que había perdurado desde tiempos primigenios.

Este es el momento de mencionar el proyecto de protoindustrialización que inauguró el Instituto Max Planck de Historia a comienzos de la década de 1970. El énfasis se ponía en una unidad pequeña, la vivienda familiar campesina. Franklin Mendels, un belga-estadounidense que acuñó el término "protoindustrialización" en 1972,[28] estudió la interacción de las fuerzas económicas y las prácticas reproductivas en estas viviendas. De acuerdo a Mendels, durante un período de creciente demanda por textiles, los talleres artesanales condujeron a una forma temprana de industrialización que conllevó un aumento de la población, con matrimonios celebrados a cada vez menor edad y con más hijos para poder cumplir con la mayor demanda de trabajadores. Estudios importantes en esta línea se realizaron en Gran Bretaña y otros países a principios de la década de 1970,[29] los que ayudaron a inspirar el proyecto alemán, que resultó en la publicación en 1979 de un tomo colaborativo titulado *Industrialization before industrialization*[30] que se concentraba en el desarrollo de la industria doméstica campesina antes de la Revolución Industrial. A pesar de las reservas manifestadas por estos historiadores a propósito de las ciencias sociales sistemáticas, que dejaban muy poco lugar a su juicio a la iniciativa humana, ellos hacían uso extensivo de las ciencias sociales duras, especialmente la economía y la demografía histórica. Utilizaban conceptos de diferenciación social

[28] Franklin Mendels, "Proto-Industrialization: The First Phase of the Industrialization Process", *Journal of Economic History* 32 (1972), 241-261.

[29] Para una discusión de la bibliografía, véase Richard L. Rudolph, ed., *The European Peasant Family and Society: Historical Studies* (Liverpool, 1995).

[30] Peter Kriedte, Hans Medick, Jürgen Schlumbohm, eds., *Industrialization Before Industrialization* (Cambridge, 1981).

y de economía de mercado derivados de la economía política clásica. En este sentido, trabajaban con una estructura conceptual muy similar a la del ya mencionado análisis de Emmanuel Le Roy Ladurie sobre la interrelación entre los precios de los alimentos y las presiones poblacionales. Pero el énfasis en la familia como unidad clave en el proceso productivo significó que el análisis se abriera a nuevos enfoques. Partiendo del marco de una demografía cuantitativa, nos trasladamos al marco mucho más concreto de familias en las que la protoindustrialización implicaba cambios en los patrones reproductivos, como matrimonios tempranos e hijos, en la medida en que cambiaban las relaciones de propiedad. Los patrones de trabajo también cambian. Los estudios demuestran cómo el gasto, el ahorro y el trabajo se encontraban determinados no sólo por presiones económicas sino que por consideraciones de estatus y honor manifestados mediante un consumo conspicuo.[31] De modo que para comprender la naturaleza de una comunidad rural protoindustrial era necesario ir más allá del análisis económico y demográfico y entrar en consideraciones culturales.

En la década de 1980, los principales miembros del proyecto de protoindustrialización en el Instituto Max Planck de Historia, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm, a los que se sumó el estadounidense David Sabean (que entonces se encontraba en el Instituto), procedieron de los estudios más generales de protoindustrialización a un examen de este proceso en una localidad específica. En el caso de Medick[32] y Sabean,[33] en dos aldeas de Suabia (Laichingen y Neckarhausen), y en el caso de

[31] Hans Medick, "Plebeian Culture in the Transition to Capitalism", en Ralph Samuel y Gareth Stedman Jones, eds., *Culture, Ideology, and Politics: Essays for Eric Hobsbawm*, History Workshop Series (Londres, 1982), 84-112.

[32] Hans Medick, *Weben und Überleben in Laichingen 1650-1900: Lokalgeschichte als Allgemeine Geschichte* (Göttingen, 1996).

[33] David Sabean, *Property, Production and Family in Neckarhausen 1700-1870*, tomo I (Cambridge, 1990).

Schlumbohm[34] en la parroquia de Belms en Westfalia. En un nivel, esto representa una continuación de formas previas de investigación científico-social. Una cantidad enorme de datos es ingresada al computador, particularmente relacionados con inventarios de propiedad en el momento del matrimonio o la muerte, como también estadísticas vitales, querellas, datos de alfabetismo, etc. El resultado es una cantidad de información relacionada con la cultura. Los inventarios, por ejemplo, proporcionan información sobre la posesión de libros. Los estudios se enfocan en una aldea o localidad por un período de aproximadamente doscientos años, desde el antiguo régimen hasta la segunda mitad del siglo XIX. Pero a pesar del homenaje que le rinden a Geertz, su enfoque es muy distinto. En lugar de la descripción densa, ellos trabajan con datos duros sociales y materiales, que luego interpretan. El concepto Geertziano de una cultura como un sistema semiótico integrado –no enteramente diferente de la noción romántica de comunidad aldeana que encontramos en los etnólogos decimonónicos como Wilhelm Riehl, nostálgicos de una cultura popular más simple y armoniosa– es reemplazado por una concepción que destaca la diferenciación y el conflicto. Además, la historia de las localidades transcurre en un contexto de grandes cambios políticos, económicos y sociales en la transición de una sociedad premoderna a una moderna. Aunque no tienen mayor aprecio por el concepto de modernización, estos historiadores lo utilizan, pero conscientes de sus "costos". Están por lo tanto más cerca de la historia científico-social tradicional y mucho más lejos de la antropología histórica de lo que admiten.

Hay grandes similitudes pero también diferencias fundamentales entre los historiadores antropológicos y microhistóricos recién discutidos de Alemania y los practicantes italianos

[34] Jürgen Schlumbohm, *Lebensläufe. Familien. Höfe. Die Bauern und Eigentumslosen des Osnabrückischen Kirchspiels Belm in proto-industrieller Zeit 1650-1860* (Göttingen, 1994).

de la *microstoria.* A pesar de las similitudes en el terreno político, provienen de dos tradiciones distintas. Los representantes principales de la tradición italiana, Carlo Ginzburg, Carlo Poni, Giovanni Levi y Edoardo Grendi,[35] reaccionaron en contra de las doctrinas marxistas desde dos ángulos: uno era el rechazo de los aspectos autoritarios de los partidos comunistas establecidos. El otro, que mencionaban repetidamente, era su pérdida de fe en las concepciones macrohistóricas que el marxismo compartía con las concepciones no marxistas del crecimiento económico. Querían darle a la historia una faz humana, lo que les llevó a reaccionar no sólo en contra del marxismo tradicional, sino también en contra de las ciencias sociales analíticas y aquella representada por los *Annales.* Si bien esta última escuela evitó la estrechez del marxismo y de las ciencias sociales analíticas, el edificio histórico de Braudel, como señaló Levi, tenía muchas habitaciones que permitían una variedad de perspectivas y enfoques –pero no había gente que habitara en ellas.[36]

Los que practican la *microstoria,* como sus colegas alemanes, quieren retornar a las experiencias de vida de los seres humanos concretos. Mantienen tres supuestos de la orientación histórica marxista, dos de los cuales comparten con los alemanes: el primero es que la desigualdad social es una característica central de todas las sociedades en la historia. El segundo es el papel que juegan la producción y la reproducción en la formación de las culturas. Las fuerzas económicas, insisten, no

[35] Sobre los microhistoriadores italianos, véase Giovanni Levi, "On Microhistory", en Peter Burke, ed., *New Perspectives in Historical Writing* (University Park, Penn., 1991), 93-113; y Edward Muir y Guido Ruggiero, *Microhistory and the Lost People of Europe: Selections from the Quaderni Storici* (Baltimore, 1991).

[36] Giovanni Levi, *La herencia inmaterial: la historia de un exorcista piamontés del siglo XVII* (Madrid, 1990). Originalmente pulicado con el título de *L'eredità immateriale: carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento* (Turín, 1985).

explican los aspectos sociales y culturales de la vida, pero sí la penetran. Ellas constituyen causas significativas de desigualdad social sin las cuales no puede comprenderse la historia, aunque la desigualdad adquiere formas que van más allá de lo político, económico y social de lo que se concibe convencionalmente sobre todo en la tradición marxista. El tercero es que el estudio histórico debe basarse en métodos rigurosos de análisis empírico. Aunque son críticos de los enfoques marxistas y científico-sociales tradicionales, evitan la creencia expresada por Geertz, y tomada muy seriamente por Medick en su ensayo sobre los misioneros, de que la historia encuentra muchas de sus revelaciones en la poesía. Tal idea ha sido también sostenida por Hayden White y adoptada por historiadores culturales estadounidenses como Natalie Davis,[37] para los cuales, al menos en sus declaraciones metodológicas, hay bastante fluidez en la frontera entre la realidad y la ficción. Para quienes practican la *microstoria*, esa frontera es bastante menos fluida, puesto que insisten en que el historiador trabaja con una temática real. Su crítica de los enfoques científico-sociales tradicionales no es en torno a que la ciencia social sea posible o deseable, sino a que los cientistas sociales han hecho generalizaciones que no se sostienen cuando se las examina a la luz de la realidad concreta de la vida a pequeña escala que ellos pretenden explicar. Hay, sin embargo, una cierta contradicción entre la teoría y la práctica en los escritos tanto alemanes como italianos. Mientras que los italianos permanecen escépticos respecto de lo que consideran el irracionalismo metodológico de Geertz, ellos también, y particularmente Carlo Ginzburg, se acercan en sus narrativas históricas a una posición parecida a la descripción densa de Geertz. Por su parte, los alemanes desde un principio han

[37] Natalie Davis, *Fiction in the Archives: Pardon Tales and their Tellers in Sixteenth-Century France* (Stanford, 1987).

trabajado con métodos de ciencia social que involucran análisis computacionales de largas series estadísticas.

En contraste con los microhistoriadores alemanes, los italianos han tenido una firme base institucional gracias a la revista *Quaderni Storici*, que desde su fundación en 1966 ha ocupado en Italia, en tanto foro para la discusión de un amplio espectro de enfoques históricos, un lugar no muy diferente al de los *Annales* en Francia o *Past and Present* en Gran Bretaña. En Alemania, el *Geschichte und Gesellschaft* jugó tal papel, pero con una orientación científico social bastante más fuerte. Solamente con la publicación del *Historische Anthropologie* en 1993 surgió una revista que representaba las perspectivas de la microhistoria y la antropología histórica.

De manera significativa, la nueva revista publicó en su primer tomo un artículo de Carlo Ginzburg sobre la tradición italiana de *microstoria*.[38] El artículo reiteraba esencialmente las ideas que Ginzburg y Poni habían planteado inicialmente en *Quaderni Storici* en 1979 y en otras declaraciones programáticas en lugares diversos. Ellos apuntaban a la crisis de la macrohistoria como parte de una creciente desilusión con las grandes narrativas durante la década de 1970. Los estudios científico-sociales de gran escala, basados en una masa de datos computarizados cuantitativos fueron cuestionados, no tanto porque el enfoque científico social fuese inaplicable cuanto porque las generalizaciones a gran escala distorsionaban la realidad en su base. Un compromiso con la *microstoria*, de acuerdo a sus difusores, implicaba "abrir la historia a la gente que sería marginada usando otros métodos" y "dilucidar la causalidad histórica al nivel de los pequeños grupos en donde transcurre la mayor parte de la vida".[39]

[38] "Mikro-Historie: Zwei oder drei Dinge, die ich von ihr weiβ", *Historische Anthropologie. Kultur, Gesellschaft. Alltag* I (1993), 169-192.

[39] Edward Muir, "Introduction: Observing Trifles", en Muir y Ruggiero, eds., *Microhistory and the Lost Peoples of Europe*, xxi.

Existen afinidades, pero también marcadas diferencias, entre las posiciones teóricas y metodológicas manifestadas por los defensores de la *microstoria* y las de Foucault y Geertz. Como Foucault, ellos quieren mostrar que "las instituciones hegemónicas han excluido ciertas formas de pensar calificándolas de demoníacas, irracionales, heréticas o criminales",[40] como lo plantean Ginzburg en el caso de Menocchio, su molinero filósofo y cosmólogo,[41] y Levi en el caso del cura parroquial Giovan Battista Chiesa.[42] Como en el caso de Geertz, su propósito es un estudio "interpretativo" de la cultura que debe ser abordado "a través de señales singulares, aparentemente insignificantes, antes que a través de la aplicación de leyes derivadas de observaciones repetibles y cuantificables".[43] En palabras de Levi, "el enfoque microhistórico responde al problema de cómo logramos acceso al conocimiento del pasado mediante claves, señales y síntomas".[44] Sin embargo, insisten en que hay una realidad externa a los textos históricos que puede ser conocida. Reconocen que el conocimiento está mediatizado y por ello el método microhistórico "rompe con el discurso tradicional asertivo y autoritario adoptado por los historiadores que presentan a la realidad como si fuera objetiva".[45] Retornando a una forma de presentación que antecede a la de la historiografía profesionalizada, la *microstoria* introduce una narrativa en la que el historiador transmite sus hallazgos pero también revela sus procedimientos. "En la microhistoria, el punto de vista del investigador es parte intrínseca del relato".[46] La narrativa es importante para la presentación de los resultados del historiador porque permite comunicar elementos que no pueden

[40] Ibíd., 13.
[41] Ginzburg, *El queso y los gusanos.*
[42] Giovanni Levi, *La herencia inmaterial.*
[43] Muir, "Introduction", xvi.
[44] Levi, "On Microhistory", 106.
[45] Ibíd.
[46] Ibíd.

plantearse de una forma abstracta y porque muestra los procesos por los cuales el historiador llega a sus conclusiones.

No obstante, y a pesar de estas limitaciones respecto de la objetividad, la *microstoria* comparte varios supuestos centrales con la ciencia social precedente que sirven para distinguirla de los enfoques de Foucault y Geertz. Para Foucault, como señala Edward Muir, "las teorías no pueden ser verificadas porque los estándares de verificación provienen de una disciplina científica moderna que modela el pasado en términos del presente. La corrección significa conformidad con un orden de cosas que ha sido definida por una disciplina o una institución".[47] Para Ginzburg y Levi esto representa "una evasión. La corrección debe ser determinada por la evidencia real, física y concreta, que el pasado nos entrega".[48] La *microstoria* no rechaza a las ciencias sociales empíricas en su totalidad, pero enfatiza la necesidad metodológica de probar sus instrumentos a la luz de la realidad existente a nivel de pequeña escala. A pesar de la declaración de Geertz acerca de que él se ocupa del mundo precisamente a esa escala, adhiere a una concepción macrosocial de la cultura como un sistema integrado o totalidad. Como indica Levi, "me parece que una de las diferencias principales de perspectiva entre la microhistoria y la antropología interpretativa es que esta última observa un significado homogéneo en las señales y símbolos públicos mientras que la microhistoria busca definirlos y medirlos con referencia a la multiplicidad de representaciones que ellos producen".[49] El resultado es una sociedad marcada por la "diferenciación social".[50] En este sentido, las consideraciones sobre la hegemonía y la desigualdad social, que eran las preocupaciones principales de la historiografía marxista, definen la concepción histórica de los microhistoriadores.

[47] Muir, "Introduction", xiii.
[48] Ibíd.
[49] Ibíd., 103.
[50] Ibíd., 105.

Debemos examinar, aunque sea brevemente, dos de las obras más representativas de la tradición de *microstoria*, *El queso y los gusanos: el cosmos según un molinero del siglo XVI*, de Carlo Ginzburg, y *La herencia inmaterial: la historia de un exorcista piamontés del siglo XVI* (1985) de Giovanni Levi. Estos libros tienen bastante en común pero son al mismo tiempo muy diferentes en sus enfoques conceptuales y narrativos. El libro de Ginzburg se ha transformado en un clásico, quizás en parte porque se lee muy bien y porque nos presenta a un individuo muy interesante. El exorcista de Levi está mucho más inserto en las estructuras sociales y el texto es más analítico. Ambas obras comparten las características generales de la *microstoria*, como el enfoque en un individuo de una localidad específica, junto al intento de enfatizar la diferencia entre lo local con lo que pudiera ser una norma más general. En ambas se encuentra una cuidadosa reconstrucción del marco social y político, con un acento nuevamente en lo local antes que en un nivel transregional más amplio. Sin embargo, la mirada de Ginzburg hacia su protagonista, Menocchio, es mucho más hermenéutica que la de Levi. El enfoque principal es en el mundo mental de Menocchio. Y el acceso a su mente es a través de los textos que lee. La lectura no es un proceso impersonal a través del cual se comunican los significados; más bien, los escritos provenientes de las mentes de la elite entran en la de un molinero campesino que las filtra a través del prisma de la cultura popular. A su vez, la propia imaginación de Ginzburg es crucial para la reconstrucción de los procesos mentales de Menocchio. La narrativa se interrumpe para dar lugar a las estrategias investigativas del autor. En el caso de Levi, la preocupación es de una naturaleza científico-social, la de probar o corregir hipótesis establecidas. Hay pasajes frecuentes en que se especifican las hipótesis que han de ser confirmadas. Una preocupación central es sobre los patrones en las relaciones de poder dentro de la aldea. Estos no pueden

entenderse mediante factores económicos o instituciones políticas formales. Levi cuestiona la medida en que las fuerzas impersonales del mercado y del desarrollo de una maquinaria estatal moderna determinan estas relaciones de poder. Arguye que el elemento decisivo para comprender el mundo campesino es "la preservación o transmisión de bienes intangibles o simbólicos, como el poder y el prestigio".[51] Para establecer este punto, Levi recurre a las fuentes y métodos utilizados por la historia social más tradicional: una prosopografía basada en registros parroquiales, actas notariales, datos extraídos de los catastros de impuestos territoriales y otros documentos administrativos que le permiten reconstruir las vidas de las personas exorcizadas por Chiesa en su marco social. También relaciona los datos de la venta de tierras con los de la constitución de las familias y de las herencias para demostrar que en lugar del mercado ciego de la economía clásica, en la aldea operaba un mercado complejo en que las relaciones sociales y personales, que involucraban estrategias familiares, jugaban un papel determinante al momento de establecer los niveles de precios. La comunidad campesina de la aldea de Santena es así no meramente el objeto pasivo de cambios macrosociales sino que aporta elementos distintivos. La imagen idílica de una sociedad campesina altamente cohesionada y libre de conflictos, finalmente colapsa ante este análisis.

Vemos nuevamente en la obra de los microhistoriadores italianos, particularmente en la de Levi, lo que observamos en el grupo de Göttingen, es decir, que la microhistoria es una extensión y no un repudio de la historia científico-social precedente, un redescubrimiento de la cultura y de la individualidad de las personas y de los grupos pequeños como agentes del cambio histórico. Sin embargo, las sociedades y culturas para las cuales resultan aplicables los enfoques microhistóricos

[51] Levi, *La herencia inmaterial.*

parecen tener límites tanto espaciales como temporales. La crítica con respecto a que los microhistoriadores estudian comunidades minúsculas sin mayor o ninguna relación con un contexto más amplio no resulta justificada, o al menos no en las obras recién examinadas. No obstante, no hay trabajos históricos comparables de comunidades urbanas modernas, aunque sí existe algún trabajo de antropología urbana. Todos las obras que hemos discutido versan sobre el mundo preindustrial o sobre la transición desde este mundo a los primeros estadios de la industrialización. En parte era posible estudiar aldeas como Neckarhausen[52] o Santena porque eran relativamente autocontenidas y autosuficientes, aun cuando no podían evadir completamente el impacto de la administración del Estado o del mercado. Hoy, Neckarhausen es primordialmente una especie de pueblo-dormitorio cuya población viaja diariamente a sus empleos o negocios en los grandes centros circundantes de población.

Existe un conflicto obvio entre ciertas declaraciones teóricas de los microhistoriadores y sus estudios e investigaciones concretas. Ellos enfatizan con justicia las discontinuidades de la historia y deducen de ellas que no es posible una gran narrativa. Pero ellos operan con una evaluación fundamentalmente negativa de la modernización. Aunque reconocen la existencia de conflictos y divisiones en las comunidades premodernas que estudian, consideran su desaparición con un cierto grado de nostalgia. Es decir, estudian las comunidades microhistóricas no simplemente porque las fuentes existen para estudiarlas microhistóricamente, sino por una cierta actitud de rechazo hacia el mundo moderno. Es posible que varios historiadores de los *Annales* hayan estado similarmente motivados al estudiar el mundo medieval o la edad moderna temprana. Algunas obras de orientación antropológica, como la de Eric Wolf, *Europa y la*

[52] David Sabean, *Property, Production, and Family in Neckarhausen 1700-1870*, tomo I (Cambridge, 1990).

gente sin historia[53] y la de Sidney Mintz, *Sweetness and Power: Sugar in Modern History*,[54] que estudian la expansión de Europa en el mundo no occidental, tienen como hilo conductor una modernización interpretada como fuerza destructiva. Este es con frecuencia también el caso de los estudios medievales, como el famoso ensayo ya mencionado de Le Goff, "Tiempo, trabajo y cultura en la Edad Media" acerca de los orígenes del concepto moderno de tiempo. Aunque Foucault ha subrayado que la historia no tiene unidad y que está marcada por "rupturas", sus obras sobre la locura, las clínicas y prisiones supone que el curso de la historia se caracteriza por un creciente disciplinamiento de la vida cotidiana. Esta es también la idea central en las obras de Robert Muchembled, quien, como Foucault, vincula el desarrollo del Estado burocrático en la Francia moderna temprana con la exclusión de los grupos inconformistas y marginales. Este es también el tema de la obra esencialmente macrohistórica, *El proceso de la civilización*, de Norbert Elias,[55] que fue originalmente publicada en el exilio en 1939, aunque sólo fue conocida cuando se reimprimió en 1969, y que traza el disciplinamiento de las costumbres. Elías propone la tesis de que, comenzando con el absolutismo, se desarrolló una cultura cortesana que sometió a las funciones corporales como comer, digerir y hacer el amor, que eran relativamente poco inhibidas, a nuevas y más estrictas reglas al mismo tiempo que las relegaba a la esfera privada. Si bien es cierto que la disciplina ha adquirido formas administrativamente organizadas en el mundo moderno, es dudoso que estuviera menos presente en un mundo premoderno, que estos autores tienden a observar con un prisma romántico.

[53] Eric R. Wolf, *Europa y la gente sin historia* (México D.F., 1987). El original en inglés se publicó en 1982.

[54] Sidney Mintz, *Sweetness and Power: Sugar in Modern History* (Nueva York, 1985).

[55] Norbert Elias, *El proceso de la civilización* (Madrid, 2010).

Varias críticas se han planteado repetidamente en contra de los microhistoriadores: 1) que sus métodos, con su concentración en la historia de pequeña escala, han reducido el campo a un nivel anecdótico y anticuario; 2) que han hecho una lectura romántica de las culturas del pasado; 3) que al trabajar, como ya se ha sugerido, sobre culturas relativamente estables, son incapaces de abordar un mundo moderno o contemporáneo marcado por la velocidad del cambio; y 4) que, relacionado con lo anterior, son incapaces de abordar la política.

Sin embargo, han habido serios intentos de utilizar enfoques microhistóricos para estudiar conflictos políticos en el siglo XX. Lo que vincula a la historia de la vida cotidiana (*alltagsgeschichte*)[56] en los períodos moderno y contemporáneo con la microhistoria dedicada a la sociedad preindustrial es el compromiso por ir más allá de las estructuras y procesos sociales impersonales para entender las experiencias vitales concretas de los seres humanos. Lutz Niethammer, cuya principal preocupación es la de explorar el mundo cotidiano de los trabajadores, que incluye a las mujeres trabajadoras, ha cuestionado qué tanto valor tienen las estadísticas de precios y salarios, o los informes gubernamentales para entender las condiciones en que debe funcionar el pueblo. Aquí nuevamente vemos que la microhistoria no es presentada como una alternativa ante los análisis de procesos sociales y políticos de gran escala, sino como un necesario complemento. Hombres y mujeres que han sido olvidados en las fuentes tradicionales pasan a ser el centro de las investigaciones microhistóricas. Las biografías y memorias juegan un importante papel en la reconstrucción de sus vidas, pero es obvio que en la mayoría de los casos tales fuentes no están disponibles. También aquí la historia oral puede hacer un aporte. Este tipo de historia ha

[56] Véase Alf Lüdtke, ed., *The History of Everyday Life: Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life* (Princeton, 1995).

sido utilizado particularmente en estudios sobre las víctimas, y más recientemente sobre los perpetradores del Holocausto, como es también el caso más reciente de las víctimas y perpetradores de las persecuciones y masacres estalinistas. Las entrevistas pueden ser claramente problemáticas, particularmente aquellas realizadas con décadas de distancia, cuando la memoria de los entrevistados se ha visto afectada por eventos y experiencias posteriores. Empero, las entrevistas pueden ser examinadas a la luz de otros tipos de evidencia y otras entrevistas que permitan la corroboración. Grupos de historia local han usado con frecuencia métodos de historia oral para comunicar las experiencias de la gente común en aras de su valor intrínseco, pero en Alemania particularmente, y luego en la ex Unión Soviética, estos métodos han sido utilizados como parte de la reconstrucción de la historia reciente.

*Hay preguntas que resultan difíciles de responder median*te los métodos tradicionales de análisis social y político. Alf Lüdtke, quien estaba cercanamente relacionado con el grupo de microhistoriadores del Instituto Max Planck de Historia en Göttingen, se preguntó por qué las catástrofes históricas de Alemania en el siglo XX habían sido posibles. ¿Cómo se puede explicar que las clases trabajadoras, organizadas dentro de un movimiento socialdemócrata supuestamente opuesto a las políticas alemanas que conducían a la guerra, en su mayoría la apoyaron en 1914 o, en verdad, que en 1933 no hubo mayor resistencia abierta por parte de los trabajadores en contra de los nazis, sino al contrario, amplio apoyo?[57] Las categorías sociológicas de clase requirieron de un cuidadoso escrutinio y modificación. Entrevistas llevadas a cabo cuidadosa y profundamente pueden aclarar las complejidades de las actitudes

[57] Alf Lüdtke, "'Coming to Terms with the Past': Illusions of Remembering Ways of Forgetting Nazism in West Germany", *Journal of Modern History* 65 (1993), 542-572.

sociales y políticas. De este modo, los trabajadores con una ética de trabajo y un orgullo en los estándares manufactureros alemanes se desempeñaron eficientemente en las industrias de guerra, al margen de sus posiciones políticas. Entre los polos de oposición y apoyo político había un amplio espectro de resistencia en los lugares de trabajo, el que asumía una variedad de formas. Dos grandes proyectos de historia oral organizados por Lutz Niethammer sobre los obreros industriales, el primero en la región del Ruhr[58] y el segundo en la Alemania del Este durante los últimos días de la República Democrática Alemana,[59] indagaron sobre los recuerdos personales en torno al Tercer Reich y la posguerra. En la Unión Soviética, a partir de la Perestroika, los historiadores orales asociados con el grupo "Memoriales" llevaron a cabo extensas entrevistas con los sobrevivientes de la época de Stalin.

Algunos críticos del *Alltagsgeschichte* practicado en Alemania han expresado "el temor de que este normaliza la imagen del régimen nazi al concentrarse en aquellos aspectos cotidianos triviales de la vida que permanecieron relativamente intactos".[60] Esta no era realmente la intención del equipo de Niethammer. Un ejemplo de la función crítica de la historia oral, *Ordinary men: reserve police battalion 101 and the final solution in Poland* (1993), de Christopher Browning,[61] se basa en los interrogatorios realizados en la década de 1960 por parte de la fiscalía estatal de Hamburgo a 210 miembros de aquel

[58] Lutz Niethammer, ed., *Lebensgeschichte und Sozialkultur im Ruhrgebiet 1930 bis 1960*, 2 tomos (Berlín, 1983).

[59] Lutz Niethammer, Alexander von Plato y Dorothee Wierling, eds., *Die volkseigene Erfahrung: Eine Archäologie des Lebens in der Industrieprovinz der DDR* (Berlín, 1990).

[60] Christopher R. Browning, "German Memory, Judicial Interrogation, and Historical Reconstruction: Writing Perpetrator History From Postwar Testimony", en Saul Friedlander, ed., *Probing the Limits of Representation: Nazism and the "Final Solution"* (Cambridge, Mass., 1992), 35.

[61] Christopher R. Browning, *Ordinary Men: Reserve Battalion 101 and the Final Solution in Poland* (Nueva York, 1992).

batallón que estuvieron involucrados en las ejecuciones masivas de civiles judíos en Polonia. El estudio de Browning agrega una nueva perspectiva sobre la historia de los perpetradores del Holocausto. Hasta entonces, el Holocausto había sido visto como un vasto y complejo proceso administrativo, como lo describió Raoul Hilberg,[62] conducido desde los despachos de burócratas como Adolf Eichmann, quien, para Hannah Arendt, encarnaba "la banalidad del mal".[63] Browning se enfocó por su parte en el papel de los funcionarios más insignificantes de la jerarquía de aquella "maquinaria de destrucción", quienes personalmente llevaron a cabo millones de ejecuciones. Su recuento del Batallón 101 de Policías Reservistas mostró cómo policías hamburgueses de edad madura, muchos de ellos de orígenes modestos, sin abiertos sentimientos antisemitas, se involucraron en ejecuciones masivas en Polonia. "No hay nada inherente en la metodología del *Alltagsgeschichte*", señaló Browning, "que disminuya necesariamente la centralidad del Holocausto en la historia de la Alemania nazi. Por el contrario, argüiría, es el mejor método para revelar cuán profundamente inserto se encontraba el asesinato masivo en las vidas del personal alemán destinado a las zonas ocupadas de Europa del Este".[64]

Esto nos lleva una vez más a las preguntas metodológicas planteadas por los estudiosos de la microhistoria. Su argumento clave en contra de los enfoques de historia científico-social es que tal historia privaba al pasado de sus aspectos cualitativos y lo dejaba sin una faz humana. La pregunta era cómo recobrar los aspectos humanos y personales de la historia. Como vimos, Hans Medick encontró el modelo para esta historia en la "descripción densa" de la antropología cultural de Clifford

[62] Raoul Hilberg, *The Destruction of the European Jews* (Chicago, 1961).
[63] Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal* (Barcelona, 1967).
[64] Browning, "German Memory", en Friedlander, ed., *Probing the Limits of Representation*, 350.

Geertz. La historia, como la antropología, era una ciencia interpretativa y no sistemática. El frío análisis era reemplazado por una inmediatez difícil de expresar en palabras. Me parece, sin embargo, que la epistemología de la descripción densa contiene una contradicción irresoluble. Ve al sujeto de estudio como algo totalmente diferente del observador. Hace bien en advertir que el observador no debe proyectar sus procesos mentales en lo observado. La descripción densa debe hacer que el "otro" aparezca ante el observador en toda su "otredad". Esto permite que el sujeto de la observación adquiera un elemento de *objetividad* y lo hace aparecer como un objeto inserto en la realidad. Pero, al mismo tiempo, este enfoque antropológico desafía la objetividad del mundo. Ve al otro como un texto que necesita ser leído tal como uno leería un texto literario. Un texto, empero, puede ser leído en una variedad de formas. La consecuencia lógica de este enfoque sería la eliminación de la frontera entre el hecho y la ficción.

No obstante, en realidad esta no era la intención de los microhistoriadores. En el esfuerzo por restaurar la subjetividad y la individualidad de los hombres y mujeres que estudiaban rechazaron la concentración de las ciencias sociales en las estructuras y procesos anónimos; pero en su trabajo como historiadores ellos también suponían estar abordando una temática real. En el esfuerzo por acercarse a esta temática, estaban dispuestos a utilizar los instrumentos de las ciencias sociales. Es impactante constatar que, particularmente en Alemania, los microhistoriadores utilizaban las técnicas computacionales, si bien con la intención no tanto de establecer generalizaciones sino de descubrir excepciones a estas generalizaciones. Y aunque los italianos que discutimos anteriormente reflejaban un enfoque antropológico más enfático que el de sus colegas alemanes y dependían mucho menos del computador, ellos rechazaban lo que consideraban como el relativismo de la antropología cultural en su versión geertziana. En último término,

la microhistoria no parece ser una negación de la historia de horizontes sociales amplios, sino más bien un complemento de ella. Han agregado un sentido de lo concreto al estudio del pasado. Mediante el uso de los métodos microhistóricos, Christopher Browning en su *Ordinary Men* hizo mucho más que detallar eventos del Holocausto; mediante su enfoque en los perpetradores logró agregar una dimensión a la conducta de estos victimarios que no hubiera sido revelada por generalizaciones más amplias. El Holocausto, para Browning, no es una abstracción, ni tampoco sus narrativas, como sugirió Hayden White, son primordialmente construcciones del historiador.[65] Más bien, como señala Browning, "Hay una interacción dialéctica constante entre lo que el historiador aporta a la investigación y la forma en que la investigación afecta al historiador".[66]

[65] Hayden White, "Historical Emplotment and the Problem of Truth", en Friedlander, ed., *Probing the Limits of Representation*, 37-53.

[66] Browning, "German Memory", ibíd., 31.

CAPÍTULO 10

EL "GIRO LINGÜÍSTICO": ¿EL FIN DE LA HISTORIA COMO DISCIPLINA ACADÉMICA?

Ya me he referido a las teorías posmodernas de la historia que plantean la pregunta acerca de la posibilidad o imposibilidad del conocimiento histórico y de las formas que la escritura de la historia debería asumir en la era posmoderna. En este capítulo pretendo preguntar sobre la forma y medida en que las teorías posmodernas sobre la historia y el lenguaje han servido de base para los escritos históricos. Estas teorías parten de la convicción, para citar una vez más a Lawrence Stone, "de que una explicación científica coherente del cambio en el pasado"[67] ya no es posible. Pero las teorías posmodernas van más allá de la formulación de Stone al afirmar que toda coherencia resulta sospechosa. La idea básica de la teoría posmoderna de la historiografía es la de negar que la escritura histórica se refiera a un pasado histórico real. Por ello es que Roland Barthes[68] y Hayden White afirmaron que la historiografía no es diferente de la ficción y más bien una parte de ella. De acuerdo con esto, Hayden White trató de demostrar en su *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973), mediante el ejemplo de cuatro historiadores (Michelet, Tocqueville, Ranke y Burckhardt) y cuatro filósofos (Hegel, Marx, Nietzsche y

[67] Lawrence Stone, "The Revival of Narrative", *Past and Present* 85 (noviembre 1979), 19.

[68] Roland Barthes, "The Discourse of History", *Comparative Criticism: A Yearbook*, tomo 3 (1981), 3-28.

Croce), que no hay un criterio de verdad en las narrativas históricas. Por lo tanto, argumentó que no hay una diferencia esencial entre la escritura y la filosofía de la historia. Si bien es cierto que el estudio crítico filológico de las fuentes puede revelar hechos, cualquier paso más allá en dirección a la construcción de un relato histórico está determinado, según White, por consideraciones estéticas y éticas antes que científicas. La forma y el contenido, plantea, no pueden ser separados en la escritura de la historia. Los historiadores, continúa, tienen a su disposición una cantidad limitada de posibilidades retóricas que predeterminan la forma y hasta cierto punto el contenido de su relato, de modo que, como hemos visto, "las narrativas históricas son ficciones verbales cuyos contenidos son más *inventados* que *descubiertos* y cuyas formas tienen más en común con sus contrapartidas literarias que con las científicas".[69]

En este punto, Hayden White va mucho más allá de la tradición de pensamiento histórico que, desde Heródoto hasta Natalie Davis, ha reconocido tanto los aspectos literarios de los relatos históricos como el papel de la imaginación en construirlos. Sin embargo, esta tradición ha mantenido una fe en que estos relatos revelan un pasado real que incluye a seres humanos reales. Natalie Davis reconoció con franqueza que la invención ocupaba un lugar crucial en la reconstrucción del pasado, pero insistió al mismo tiempo en que esta invención no era una creación arbitraria del historiador sino que se guiaba por "las voces del pasado" que nos hablaban a través de las fuentes.[70] Ranke reconoció de manera similar el papel de la imaginación en la reconstrucción de los procesos mentales de sus personalidades históricas.

[69] Hayden White, "Historical Texts as Literary Artifact", en *Tropes of Discourse* (Baltimore, 1978), 82.

[70] Natalie Davis, *El regreso de Martin Guerre* (Barcelona, 1984). Originalmente publicado en inglés en 1983.

Hay por lo tanto una diferencia entre una teoría que niega la existencia de la realidad en los relatos históricos y una historiografía que es completamente consciente de la complejidad del conocimiento en el campo de la historia, aunque sin por ello dejar de asumir que gente real del pasado tuvo pensamientos y sentimientos reales que condujeron a acciones reales que, dentro de ciertos límites, pueden ser conocidas y reconstruidas. Quizás es cierto que, como lo ha expresado Patrick Bahners, la ciencia desde Kant en adelante no ha poseído "criterios materiales de verdad".[71] Pero Kant y el pensamiento científico y científico-social posterior, incluyendo a Max Weber, han asumido que existe una lógica de la indagación científica que puede ser comunicada y que, aun cuando no ofrezca criterios materiales, sí ofrece estándares materiales para el examen del mundo natural y humano. Sin embargo, incluso estos criterios han sido cuestionados por algunos teóricos contemporáneos de la ciencia.

Entre los teóricos modernos y contemporáneos de la ciencia que han desafiado la noción de que la investigación científica conduce a una comprensión progresiva de la realidad, es necesario distinguir entre los escépticos más radicales como Gastón Bachelard[72] y Paul Feyerabend,[73] por una parte, y los relativistas históricos como Thomas Kuhn, por otra. Bachelard y Feyerabend entienden la ciencia como una actividad poética para la que no hay una lógica o método de indagación consistente. En su *La estructura de las revoluciones científicas* (1960),[74] Kuhn argumentó que la ciencia no puede entenderse como el

[71] Patrick Bahners, "Die Ordnung der Geschichte: Über Hayden White", *Merkur* 46 (1992), *Heft* 6 (1992), 313.

[72] Gaston Bachelard, *La formación del espíritu científico* (México D.F., 1991).

[73] Paul K. Feyerabend, *Contra el método: esquema de una teoría anarquista del conocimiento* (Barcelona, 1974).

[74] Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas* (México D.F. 2007).

reflejo de un mundo objetivo. No la consideró como una ficción, empero, sino como un discurso histórica y culturalmente condicionado entre personas que están de acuerdo en las reglas que gobiernan ese discurso. Para él, la ciencia es una forma institucionalizada de indagación científica, una manera de ver la realidad en una comunidad científica cuyos miembros están de acuerdo a propósito de las estrategias de investigación y explicación. Por ello, Kuhn cuestiona la relación entre ciencia y realidad, pero no cuestiona, como lo hacen Bachelard y Feyerabend, la posibilidad de un discurso científico racional.

La pregunta sobre la relación entre el conocimiento y la realidad también juega un papel central en la teoría lingüística. La ciencia moderna ha entendido el lenguaje como un vehículo para la transmisión de un conocimiento significativo. El positivismo lógico, desde sus orígenes en el círculo de Viena en la década de 1930 y que después jugó un papel importante en la filosofía analítica de habla inglesa, buscó un lenguaje libre de toda contradicción o ambigüedad culturalmente condicionada, capaz de comunicar tanto conceptos lógicos como los resultados de la investigación científica. El estructuralismo cuestionó posteriormente precisamente esta función referencial del lenguaje.

Para la teoría del lenguaje formulada por el lingüista suizo Ferdinand de Saussure en su *Curso de lingüística general*[75] publicado póstumamente en 1916, hay dos ideas relacionadas que son centrales: el lenguaje forma un sistema cerrado autónomo que posee una estructura sintáctica. Además, el lenguaje no es un medio para comunicar significados o unidades de significado sino al contrario, el significado es una función del lenguaje. O, para decirlo de otra manera, el hombre no usa el lenguaje para transmitir sus pensamientos, sino que lo que el hombre

[75] Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general* (Buenos Aires, 1971).

piensa está determinado por el lenguaje. Aquí llegamos a una idea central de la concepción estructuralista de la sociedad y la historia: el hombre se mueve dentro de un contexto de estructuras –en este caso estructuras lingüísticas– que él no determina, sino que lo determinan a él. Esta concepción jugó un papel importante en la teoría literaria en las décadas de 1950 y 1960 con la "Nueva Crítica" en Estados Unidos y, separadamente, en las discusiones iniciadas en Francia por Roland Barthes que desembocaron en el método deconstruccionista de Jacques Derrida.[76] Desde la perspectiva de la teoría del lenguaje, el texto no tiene referencia a una realidad externa, sino que se contiene a sí mismo. Esto es verdad no sólo en el caso de los textos literarios sino también en el de los historiográficos. Dado que los textos no se refieren a la realidad, argumenta Barthes, no hay diferencia entre la verdad y la ficción.[77] El texto, además, es visto no sólo independientemente de su relación con el mundo externo sino también independientemente del autor. Lo que importa es exclusivamente el texto, no el contexto en el que se originó. El paso siguiente, tomado por Michel Foucault, es eliminar al autor como un factor relevante en la producción de textos. Y así como el autor desaparece, también desaparecen la intencionalidad y el significado del texto. Para Foucault, la historia pierde así su significación. Se trata de una invención tardía del hombre occidental en lo que él llama la fase "clásica" de la historia moderna, una fase ya superada. Resulta paradójico que gran parte de la obra de Foucault, principalmente sus trabajos sobre locura, clínicas, castigo y sexualidad, pero también sus grandes elaboraciones teóricas, como *La arqueología del conocimiento* y *El orden de las cosas*, reflejen, sin embargo, una perspectiva completamente histórica.

[76] Véase Art Berman, *From the New Criticism to Deconstruction* (Urbana, 1988).

[77] Barthes, "Discourse of History".

La crítica de Foucault y Derrida está dirigida contra los supuestos ideológicos ocultos en cada texto. El texto, argumentaban, debe ser liberado de su autor. Al mismo tiempo radicalizan el concepto de lenguaje de Saussure, ya que para este el lenguaje todavía posee una estructura; constituye un sistema. Todavía existe una unidad entre la palabra (significante) y aquello a lo que se refiere (significado). Para Derrida, no obstante, esta unidad ya no existe. En su lugar observa una cantidad infinita de significantes sin claros significados, puesto que no hay un punto arquimediano a partir del cual se pueda asignar un significado claro. Para la historiografía esto significa un mundo sin significado, sin actores humanos, sin voluntades o *intenciones humanas y totalmente carente de coherencia.*

Por lo tanto, si ha de escribirse historia en el futuro, esta debe asumir formas completamente diferentes. Este tema es abordado en las discusiones norteamericanas sobre la naturaleza de la prosa histórica. Para Hayden White, como vimos, la historiografía debe ser entendida primordialmente como un género literario regido por criterios literarios. En 1985, Dominick La Capra hizo un llamado a la historiografía para que retomara la calidad retórica que había atesorado desde la antigüedad clásica.[78] En el siglo XIX, cuando la historia se transformaba en una disciplina profesional y exigía ser vista como una ciencia rigurosa, los historiadores frecuentemente buscaron liberar la escritura histórica de sus elementos retóricos. Pasó a estar de moda proponer una simple dicotomía entre la ciencia y la retórica sin comprender que todo lenguaje, incluyendo el de la ciencia, tiene una dimensión retórica. Para citar a La Capra, "esta tendencia, que define a la ciencia como el adversario o la antítesis de la retórica, ha estado frecuentemente unida a la defensa de un 'estilo llano' que depende o pretende ser enteramente

[78] Dominick La Capra, "Rhetoric and History", en *History and Criticism* (Ithaca, 1985), 15-44.

transparente para su objeto".[79] Pero no existe tal "estilo llano". De hecho, la escritura histórica, incluso en los siglos XIX y XX (la era del estudio histórico profesionalizado), no perdió sus cualidades retóricas o literarias. Y los grandes historiadores lo reconocieron. Por ello es que Ranke enfatizó que la historia era no sólo una ciencia sino también un arte y que ambos eran inseparables.[80] Es digno de señalar que Theodor Mommsen recibió el Premio Nobel de literatura la segunda vez que fue otorgado, en 1902. Aparte de los trabajos aislados de historia cuantitativa, hay pocos ejemplos de una historiografía que no tenga un componente retórico o literario significativo, incluyendo el estudio cliométrico de Robert Fogel y Stanley Engerman sobre la esclavitud estadounidense, *Time on the Cross*, el que a pesar de su inmenso aparato cuantitativo cuenta una historia cuyo objetivo es persuadir al lector de que la esclavitud era humanitaria y eficiente financieramente. La retórica, por supuesto, juega un papel importante incluso en los documentos con los que trabaja el historiador. Las fuentes, o al menos los documentos que sirven de fuentes, son ellas mismas construcciones lingüísticas, textos que al menos que consistan en puros datos, usan estrategias retóricas para destacar sus puntos. Los datos estadísticos también son seleccionados y construidos.

Un amplio segmento del pensamiento histórico ha tomado seriamente las concepciones de lenguaje y textualidad mencionadas más arriba. El aporte francés a estas discusiones ha impactado profundamente a la crítica y la teoría literarias en Estados Unidos. El impacto de la teoría lingüística en los estudios históricos ha sido mayor en Estados Unidos que en Francia y, dentro de Estados Unidos, marcadamente mayor en la historiografía europea que en la estadounidense. En las páginas que

[79] Ibíd., 42.

[80] Véase "On the Character of Historical Science", en Leopold von Ranke, *Theory and Practice of History*, 8.

siguen nuestro principal, pero de ninguna manera exclusivo, énfasis estará puesto en las discusiones estadounidenses, porque allí se inventó el concepto de un "giro lingüístico".[81] El elemento central de este "giro" consiste en el reconocimiento de la importancia del lenguaje o discurso en la constitución de las sociedades. Las estructuras y procesos sociales, que eran vistas como determinantes de una sociedad y cultura, son cada vez más entendidas como productos de la cultura en tanto comunidad comunicativa. El énfasis en la centralidad del lenguaje ha penetrado en buena parte de los estudios de historia política, social, cultural e intelectual. Pero mientras ciertos escritores sacaron conclusiones muy radicales a partir de la teoría lingüística y redujeron la historia a la semiótica, en donde la sociedad era vista como cultura y la cultura como una "red de significados" semejante a un texto literario y que resistía la reducción a una realidad más allá del texto, otros historiadores han entendido el lenguaje como un instrumento para comprender la realidad social y cultural.

El antropólogo cultural Clifford Geertz ha dado al pensamiento histórico quizás el impulso más importante para el enfoque semiótico de la cultura. "Pensando como Max Weber", señaló, "que el hombre es un animal suspendido en redes de significado que él mismo ha tejido, yo entiendo a la cultura como esas redes y el análisis de ella por lo tanto no como una ciencia experimental en búsqueda de leyes sino como una

[81] Véase J. E. Toews, "Intellectual History After the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", *American Historical Review* 92 (1987), 879-907; Martin Jay, "Should Intellectual History Take a Linguistic Turn? Reflections on the Habermas-Gadamer Debate", en Dominick La Capra y Steven Kaplan, eds., *Modern European Intellectual History. Reappraisals and New Perspectives* (Ithaca, 1982), 86-110; Richard Rorty, ed., *The Linguistic Turn: Recent Essays in Philosophic Method* (Chicago, 1967). Más recientemente, Gabrielle M. Spiegel, ed., *Practicing History: New Directions in Historical Writing after the Linguistic Turn* (Nueva York, 2005).

ciencia interpretativa en busca de significados".[82] Pero Geertz da al concepto de "redes de significado" una connotación muy diferente a la de Weber. Para este último ellas constituyen un repudio del método positivista, que se restringe a la observación empírica de la realidad. La realidad, y en esto Weber está de acuerdo con Kant, es accesible sólo a través de la mediación de las categorías lógicas del entendimiento. Pero para él esto no significa el repudio de una lógica rigurosa para la indagación científico-social. De hecho, para Weber la "objetividad" constituye el pilar fundamental del estudio científico-social.[83] La objetividad aquí no se refiere a un "objeto" en el mundo externo sino que a la metodología de las ciencias sociales con la cual se estudia este mundo. La lógica de tal metodología tiene sus raíces en la historia intelectual del mundo occidental desde la antigüedad griega; su validez, sin embargo, se extiende al pensamiento racional en todas las culturas. Ya hemos citado su afirmación respecto de que la argumentación lógica de las ciencias sociales debe ser convincente tanto para la mentalidad china como para la occidental. La noción weberiana de un "tipo ideal" no niega sino que supone la noción de que existen estructuras y procesos sociales reales que forman la temática de la investigación científico-social. Reconoce que un enfoque puramente empírico no es posible; no obstante, supone que es posible aproximarse a la realidad social mediante un examen de los "tipos ideales" a la luz de la evidencia empírica. Para Weber, además, la ciencia social estudia las estructuras y procesos macrohistóricos y macrosociales que forman las sociedades. Este énfasis en conceptos claros y teorías explícitas,

[82] Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas* (Barcelona, 1997). La cita está tomada del original inglés, "Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture" en su *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1983), 5.

[83] Véase "'Objectivity' in Social Science and Social Policy", en Edward A. Shils y Henry A. Finch, eds., *Max Weber and the Methodology of the Social Sciences* (Glencoe, Ill., 1949).

como vimos, forma la base de gran parte del pensamiento de orientación científico-social, incluyendo la escuela alemana de "Ciencia Social Histórica" de Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka, que los historiadores culturales han rechazado como objetivista.

A pesar de invocar a Weber, Geertz se mueve en una dirección totalmente diferente. Lo que hacen los antropólogos, nos dice, "no es un asunto de métodos" sino de "descripción densa". La descripción densa como una alternativa al método descansa en una concepción de la cultura que Geertz define como "semiótica".[84] Desde esta perspectiva, una cultura posee las características de un lenguaje y, como tal lenguaje, constituye un "sistema". Esto hace posible la interpretación porque cada acto y cada expresión tiene un valor simbólico que refleja la totalidad de la cultura. La descripción densa involucra la confrontación directa con las expresiones simbólicas de la cultura, libre de cualquier tipo de preguntas influidas por la teoría que, mediante abstracciones, amenazan con privar a las manifestaciones culturales de toda su vitalidad. Superficialmente, entonces, pareciera haber una similitud entre la confrontación antropológica con el tema de estudio a través de la descripción densa y el enfoque hermenéutico del historicismo clásico, que busca "entender" su temática sin abstracciones. Pero esta similitud es engañosa. La hermenéutica supone que hay un territorio común entre el observador y lo observado que hace posible la comprensión. Geertz, por el contrario, ve al tema que estudia como algo totalmente diferente. Reducir un tema a términos que podamos comprender significa distorsionarlo y no aprehenderlo en su otredad.

En el capítulo anterior discutí el impacto de Geertz en la historia de la vida cotidiana y en la microhistoria. Aquí estamos interesados en el enfoque semiótico de la historia cultural. La

[84] Geertz, "Thick Description", 5.

perspectiva de Geertz, tan frecuentemente citada en la historia cultural, presenta una gran cantidad de problemas para la historia crítica. Geertz no sólo no es un historiador sino que comprende muy poco de historia. Su famoso ensayo sobre "La riña de gallos en Bali"[85] es un buen ejemplo de su enfoque. Las reacciones de la audiencia ante el torneo refleja una cultura, vista como un sistema semiótico, integrada y estable que forma una totalidad. Geertz no ve a la cultura en un contexto de procesos sociales al interior de la sociedad balinesa; ni tampoco considera las divisiones y los conflictos sociales. Así, a pesar de su intención profesa de evitar la sistematización para concentrarse en una manifestación única de la conducta, hace uso de la misma concepción macrosocial que dice rechazar. Esto resulta en un irracionalismo metodológico. La interpretación de los símbolos no puede probarse empíricamente. El "significado" de una cultura foránea confronta directamente al antropólogo. Esto, para impedir la introducción de un prejuicio subjetivo, que supuestamente afecta el trabajo tanto de los científicos sociales analíticos que plantean preguntas teóricamente fundadas, como de los historiadores tradicionales que piensan poder entender el tema que estudian. Pero de hecho no hay mecanismos de control en la interpretación de Geertz sobre las culturas. El resultado es la reintroducción de la subjetividad o imaginación del antropólogo en el tema que estudia. En su estudio sobre la cultura Maghreb, el sociólogo francés Pierre Bourdieu ha propuesto una perspectiva de la cultura más diferenciada que la de Geertz. Su enfoque, que enfatiza el contexto social y económico de la cultura pero que reconoce el carácter simbólico de estas relaciones, refleja sus inicios en el pensamiento marxista y también su reinterpretación del marxismo. Está de acuerdo con Max Weber en que en último término los conceptos de honor

[85] Clifford Geertz, "Deep Play: Notes on the Balinese Cockfight", en *Interpretations of Cultures*, 412-453.

entran en las relaciones económicas para formar un substrato cultural. La cultura ya no es vista como un texto autocontenido, sino que en un contexto de cambio político, social y económico que debe ser abordado a través de sus símbolos.

Dos modificaciones del enfoque geertziano y su aplicación a un tema histórico pueden ser mencionadas aquí: el ensayo de Marshall Sahlin sobre la muerte del capitán Cook[86] y el libro de Robert Darnton *La gran matanza de gatos*.[87] Sahlin describe la interacción de dos culturas diferentes, la polinésica de Hawaii y la occidental de los exploradores británicos que la impacta, ambas dueñas de una lógica propia. Luego busca explicar el asesinato de Cook por parte de los hawaianos en términos del código religioso de la cultura hawaiana al mismo tiempo que lo ubica en el contexto de la expansión del capitalismo occidental. Así, el texto y el contexto, separados por Geertz, son reunificados. Pero la reconstrucción de la cultura hawaiana, como el estudio de Geertz sobre la cultura balinesa, carece de mecanismos de control empírico. Darnton, sobre la base del relato hecho por un aprendiz de imprenta treinta años después de los hechos, refiere la historia de la matanza ritual de gatos realizada como un acto simbólico de protesta por parte de los impresores en contra de su empleador y la esposa de este. De acuerdo a Chartier, Darnton comprende la cultura en los términos de Geertz como "un patrón de significados encarnados en símbolos históricamente transmitidos, un sistema de conceptos heredados expresado en forma simbólica a través de los cuales los hombres comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento y actitudes respecto de la vida".[88] De una for-

[86] "Captain James Cook; or the Dying God", en Marshall Sahlins, *Islands of History* (Chicago, 1987), 104-135.

[87] Publicado en México por el Fondo de Cultura Económica en 1987. En el original inglés, *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History* (Nueva York, 1984).

[88] Roger Chartier, "Texts, Symbols, and Frenchness", *Journal of Modern History* 57 (1985), 684.

ma similar a la de Le Roy Ladurie en *El carnaval de Romans*,[89] Darnton interpreta el ritualismo de la masacre en términos de agresión sexual, a través de la cual los explotados económica y socialmente enfrentan simbólicamente a sus superiores. Como lo hace Geertz en "La riña de gallos", Darnton intenta recobrar una cultura popular. Al mismo tiempo, ubica este texto en el contexto más amplio del conflicto que surgió a raíz de las transformaciones del rubro de imprenta bajo las presiones de la modernización capitalista. Pero la pregunta sigue abierta acerca de si a través de la descripción densa de la matanza de gatos, que recuerda la riña de gallos en Bali, es posible reconstruir una cultura en toda su complejidad.

Aunque el nombre de Geertz ha sido frecuentemente invocado por los historiadores culturales, de hecho ha probado tener un valor limitado para las obras de estos, aparte de contribuir a la separación de lo que él llama "una ciencia experimental en busca de leyes [respecto de] una ciencia interpretativa en busca de significados".[90] En esta búsqueda de significados, el lenguaje se transformó en una importante herramienta semiótica. De aquí que el "giro lingüístico" haya ocurrido en diversas areas de historia social y cultural, pero sin que se haya abandonado la creencia de que el lenguaje se refiere a la realidad, como ha sido en el caso de la reinterpretación de la teoría lingüística de Saussure por parte de Barthes, Derrida y Lyotard.

Debo examinar ahora brevemente varias orientaciones de historia social y cultural que asignan un lugar clave al lenguaje o discurso no como un sustituto de la realidad social sino más bien como su guía:

De estas, la más lejana a la antropología cultural y más cercana a las formas tradicionales de la historia intelectual es la

[89] Emmanuel Le Roy Ladurie, *Carnival in Romans* (Nueva York, 1979).

[90] Geertz, "Thick Description", 5; Véase también su definición de cultura "Religion as a Cultural System", ibíd., 89.

de los estudios de historia del pensamiento político de J. G. A. Pocock, Quentin Skinner y Reinhart Koselleck. En muchos sentidos se asemejan a las historias intelectuales tradicionales representadas por las clásicas historias de las ideas de Benedetto Croce, Friedrich Meinecke, R. G. Collingwood y Arthur Lovejoy. También ellos proceden hermenéuticamente al estudiar los textos de los grandes teóricos políticos. Ven estos textos como albergando las intenciones de sus autores y creen que la tarea del historiador, como en el caso de sus predecesores clásicos, es desentrañar los significados de estos textos. Dado que las ideas ya no pueden ser comprendidas primordialmente como las creaciones de grandes mentes, sino que deben ser vistas como parte del discurso de la comunidad intelectual dentro de la cual fueron gestadas, Pocock[91] y Skinner[92] van en busca de la continuidad del pensamiento occidental desde el humanismo florentino hasta el surgimiento de un concepto de sociedad civil en la Ilustración. Ambos usan el término "pensamiento político" en los títulos de sus obras. Se distinguen de la historia intelectual tradicional por su énfasis en las estructuras discursivas que persistieron por largos períodos de tiempo. Al estudiar los textos como vehículos para la comunicación de ideas conscientemente sostenidas, se diferencian de las concepciones posmodernas del lenguaje y del discurso. Las ideas, sostienen, continúan siendo concebidas y expresadas por seres humanos pensantes que están conscientes de lo que hacen, al mismo tiempo que reflejan y se expresan dentro del contexto del discurso de su comunidad. El discurso presupone una comunidad de actores relativamente autónomos que pueden

[91] J. G. A. Pocock, *El momento maquiavélico: el pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica* (Madrid, 2008), y *Politics, Language, and Time: Essays on Political Thought and History* (Chicago, 1989).

[92] Quentin Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought: The Renaissance*, 2 tomos (Cambridge, 1989).

comunicarse mutuamente porque hablan un lenguaje común a través del cual pueden influir en el mundo social y político. Esta concepción del discurso no es muy lejana a la teoría de la acción comunicativa de Jürgen Habermas.[93] El discurso aporta a la formación de la realidad política, la que a su vez impacta al discurso. Reinhart Koselleck[94] va más allá de Pocock y Skinner al utilizar el análisis del discurso como un medio de reconstruir no sólo la historia del pensamiento político sino también de las estructuras políticas y sociales. Junto a Werner Conze y Otto Brunner, dos de los historiadores sociales alemanes más importantes, en 1973 Koselleck publicó una enciclopedia de "Conceptos históricos básicos" en siete tomos.[95] En artículos extensos, algunos de ellos de más de cien páginas, los autores examinaron en profundidad el significado y transformación de los conceptos políticos y sociales clave en Alemania entre 1750 y 1850. El supuesto era que a través de un análisis del "lenguaje político-social" del período era posible comprender las transformaciones sociales y políticas de las instituciones y patrones de pensamiento premodernos hasta los modernos en este crucial espacio de tiempo.

Más cerca de un análisis de historia política que enfatiza los símbolos antes que los conceptos se encuentran las obras de Lynn Hunt, François Furet, Maurice Agulhon, Mona Ozouf y William Sewell sobre los cambios revolucionarios en Francia. Se deben mencionar aquí los análisis de Régine Robin[96] a principios de la década de 1970 sobre el lenguaje del *cahiers de doléances* en los primeros momentos de la Revolución Francesa y la semántica de los términos "nación", "*citoyen*" y "*seigneur*".

[93] Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa* (Madrid, 1989).

[94] Reinhart Koselleck, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* (Barcelona, 1993).

[95] *Geschichtliche Grundbegriffe* (Stuttgart, 1972-1997).

[96] Régine Robin, *La Société française en 1789: Semur-en-Anxois* (París, 1970) y *Histoire et linguistique* (París, 1973).

Como explica Lynn Hunt en la introducción de su *Politics, Culture and Class in the French Revolution* (1984), esta obra concebida en 1976 empezó como "una historia social de la política revolucionaria" pero "más y más se fue transformando en un análisis cultural en el que las estructuras políticas pasaron a ser sólo una parte de la historia".[97] Hunt no niega el papel que jugaron las estructuras y procesos sociales en precipitar la Revolución Francesa, pero en su opinión estas no son suficientes para explicar el fenómeno. La política de la Revolución no era un mero reflejo de intereses económicos y sociales subyacentes. Más bien, a través de su lenguaje, su imaginario y sus actividades políticas cotidianas, los revolucionarios participaron en la transformación de la sociedad. De este modo aportaron a la creación de nuevas condiciones sociales y políticas. El factor decisivo en la formación de la cultura política de la Revolución Francesa era para Hunt la combinación de gestos simbólicos, imágenes y retórica de los revolucionarios. En esto, ella hace explícita su deuda con Furet, Agulhon y Ozouf. Originalmente marxista, Furet promovió en la década de 1960 y principios de la de 1970 una orientación científico-social con un fuerte componente cuantitativo. En la década de 1970, como vimos, se enfrentó no sólo con el análisis marxista duro de la Revolución Francesa por parte de Albert Soboul[98] sino también con críticos de la posición marxista como Alfred Cobban[99] y George Taylor,[100] que consideraban la concepción de una revolución

[97] Lynn Hunt, *Politics, Culture, and Class in the French Revolution* (Berkeley, 1984), xi.

[98] François Furet, "Le Catéchisme révolutionnaire", *Annales. Economies, Sociétés. Civilisations* 26 (1971), 255-289.

[99] Alfred Cobban, *La interpretación social de la Revolución Francesa* (Madrid, 1971).

[100] George Taylor, "The Paris Bourse on the Eve of the Revolution, 1781-1789", *American Historical Review* 67 (1961-62), 951-977.

burgesa de Soboul[101] o de Lefebvre[102] como inadecuada, pero que continuaron intentando explicaciones económicas y sociales. Furet buscaba ahora ubicar a la Revolución en el contexto de una cultura política en la cual las ideas jugaban un papel significativo.[103] Tal concepto de cultura política fue desarrollado en los estudios de Agulhon[104] y de Ozouf[105] sobre los festivales, símbolos y retórica revolucionaria que crearon una conciencia republicana en amplios segmentos de la población.

De un modo similar, William Sewell, en su *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*,[106] se enfoca en el papel decisivo del lenguaje para moldear la conciencia revolucionaria de los trabajadores. Su tema es el movimiento revolucionario que condujo a los eventos de 1848 en Marsella. Sewell destaca el amplio consenso de los estudios recientes en ese momento acerca de que el impulso más importante para las huelgas y manifestaciones violentas en Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos en las primeras décadas de la industrialización no provenía de los obreros industriales, como suponían los marxistas, sino de los artesanos. La revolución de 1848, por lo tanto, tuvo lugar dentro de un contexto de percepciones profundamente arraigadas en un mundo preindustrial y corporatista. Por eso Sewell señala que "aunque obviamente no tenemos esperanzas de experimentar lo vivido por los trabajadores del siglo XIX, sí podemos, con algo de ingenio,

[101] Albert Soboul, *Compendio de la historia de la Revolución Francesa* (Madrid, 1966); *Los sans-culottes: movimiento popular y gobierno revolucionario* (Madrid, 1987).

[102] Georges Lefebvre, *La Revolución Francesa y el imperio* (México D.F., 1960) y *Quatre-vingt-neuf* (París, 1970).

[103] Véase F. Furet y Mona Ozouf, eds., *The Transformation of Political Culture, 1789-1843*, 3 tomos (Oxford, 1989).

[104] Maurice Agulhon, *La République au village* (París, 1976) y *Marianne au Combat* (París, 1979).

[105] Mona Ozouf, *La Fête révolutionnaire, 1789-1799* (París, 1976).

[106] William Sewell, *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848* (Cambridge, 1980).

buscar en las fuentes que han sobrevivido las formas simbólicas a través de las cuales ellos vivían la experiencia de su mundo". Y "dado que la comunicación no se limita al habla y la escritura, debemos también buscar las formas inteligibles de muchas otras actividades, sucesos e instituciones: las prácticas de las organizaciones artesanales, los rituales y ceremonias, el carácter de las manifestaciones políticas, los reglamentos jurídicos y los detalles de la organización de la producción", en los cuales se reflejan "el contenido simbólico y la coherencia conceptual de la experiencia de la clase trabajadora".[107]

En tanto que Sewell enfatiza el papel de los símbolos, Gareth Stedman Jones y Thomas Childers se concentran más directamente en el lenguaje. Stedman Jones enfatiza en particular la medida en que el lenguaje no sólo expresa sino que constituye la realidad social. Sin embargo, todos ellos aceptan la existencia de estructuras y procesos sociales reales, y ven el lenguaje como una herramienta para estudiarlos. Como Thompson, Stedman Jones estudia la constitución de la clase trabajadora inglesa. Reconoce los aportes de Thompson en liberar la idea de conciencia de clase de sus vínculos inmediatos con una base económica. Pero más específicamente que Thompson, encuentra los elementos esenciales de la conciencia de clase en el lenguaje de esa clase. El concepto de Thompson de la experiencia de los trabajadores debe ser revisado porque tal experiencia se encuentra inserta en un lenguaje que le da estructura.[108] Así, los conceptos convencionales que han interpretado al cartismo en términos de la conciencia de clase, resultan inadecuados si pasan por alto la medida en que este movimiento se encontraba inmerso no en las estructuras sociales sino en un lenguaje político

[107] Ibíd., 10-11.

[108] Gareth Stedman Jones, *Languages of Class: Studies in English Working Class History, 1832-1982* (Cambridge, 1983), 101. Véase también Bo Stråth, ed., *Language and the Construction of Class Identities* (Gothenburg, 1990).

determinado. El surgimiento y caída del cartismo, sugiere Stedman Jones, estaban determinados no tanto por la miseria económica o las transformaciones sociales ocasionadas por la Revolución Industrial, cuanto por el lenguaje político con el que los adherentes del cartismo interpretaron sus privaciones económicas y sociales. Esto no significa que las condiciones económicas y las transformaciones sociales deban dejarse de lado en el análisis del cartismo como un movimiento político, como tampoco lo hizo Sewell en su estudio del movimiento que condujo al levantamiento de 1848 en Marsella, sino que debe ser entendido en términos del lenguaje y del discurso que dieron forma a la conciencia política de los trabajadores.

El mismo punto de vista se encuentra presente en el ensayo de Thomas Childers, "El lenguaje social de la política en Alemania",[109] en el que relaciona sus ideas con las de Hunt, Stedman Jones, Sewell y Scott. Su preocupación inmediata en este ensayo es la cultura política de la República de Weimar, que culminó con el surgimiento de los nazis. Su punto de partida es la controversia entre los historiadores científico-sociales como Hans Ulrich Wehler y Jürgen Kocka, que explicaron el nazismo en términos de la tardía e incompleta democratización de Alemania en una época de industrialización, y sus críticos ingleses, como Geoff Eley y David Blackbourn, quienes cuestionaron la tesis de que la modernización en Alemania haya sido sustancialmente distinta de la de otros países. Ambas resultan inadecuadas para Childers porque dependen casi exclusivamente de factores sociales y económicos. Childers no niega la importancia de estos factores pero piensa que deben ser vistos en el contexto del lenguaje político empleado. Este lenguaje refleja distinciones sociales reales, pero también moldea la conciencia social y

[109] Thomas Childers, "The Social Language of Politics in Germany: The Sociology of Political Discourse in the Weimar Republic", *American Historical Review* 95 (1990), 331-358.

política de las clases que lo hablan y escuchan. Childers, por lo tanto, examina el vocabulario utilizado por los partidos políticos, los grupos de interés, las autoridades gubernamentales y los individuos para delinear la conciencia política de las fuerzas en pugna. Para esto analiza el lenguaje utilizado en "los escritos y actividades partidistas cotidianas –anuncios, panfletos, afiches, discursos y reuniones– durante cada campaña a nivel nacional, y algunas a nivel local, desde 1919 hasta el ascenso al poder de Adolf Hitler en enero de 1933",[110] para reconstruir el discurso político del período. Como Sewell y Stedman Jones, Childers desafía "la precedencia ontólogica de los hechos económicos", sin por ello dejar de lado las condiciones sociales y económicas.

En su intento por establecer las bases de una "lectura feminista de la historia", Joan Scott defiende en sus ensayos incluidos en *Género e historia,* al menos en sus formulaciones teóricas, una posición considerablemente más radical respecto de la importancia del lenguaje, que la de cualquiera de los historiadores que hemos discutido. Al contrario de estos historiadores, ella adopta explícitamente el concepto de lenguaje de Derrida y el concepto de poder de Foucault. Está de acuerdo con Derrida en que el lenguaje tradicional establece un orden jerárquico que consistentemente, a lo largo del tiempo, ha subyugado a las mujeres.[111] De forma similar, acepta la noción de Foucault de que el conocimiento constituye poder y dominación. Pero mientras que la postura de Derrida instala un determinismo lingüístico que deja poco lugar para un programa de acción política, Scott basa su política feminista en la teoría derrideana del lenguaje. Ella argumenta que el género en un sentido social y político, en contraste con uno biológico, no es un hecho dado de la naturaleza sino que

[110] Ibíd., 337.

[111] Véase Joan Scott, "Introduction" a su *Gender and the Politics of History* (Nueva York, 1988), 1-11. Existe edición de este libro en español (Fondo de Cultura Económica, 2009).

está "constituido" por el lenguaje. Critica entonces a Stedman Jones porque este "considera al lenguaje como un mero vehículo de comunicación de ideas antes que como un sistema de significados o un proceso de significación". Además, señala críticamente que "él recae en la noción de que el 'lenguaje' refleja una 'realidad' externa, y no que sea constitutivo de esa realidad".[112] Esto es lo que llevó a Sewell, en una reseña de otra manera bastante positiva de los ensayos, a señalar que "Scott ha aceptado el deconstruccionismo literario de Derrida sin crítica, y no ha considerado suficientemente los problemas inherentes en la apropiación de un vocabulario inicialmente desarrollado por la filosofía y la crítica literaria para aplicarlo al estudio de la historia". En ese sentido, "ella argumenta que toda distinción entre historia y literatura desaparece".[113] Cuando me comuniqué con Scott respecto de esta cuestión, ella contestó explicándome su posición: "Mi argumento no es que la realidad sea 'meramente' un texto, sino que la realidad sólo puede ser alcanzada a través del lenguaje. De modo que las estructuras sociales y políticas no son negadas, sino que deben ser estudiadas a través de su expresión lingüística. Y Derrida es muy útil para ese estudio".[114] Con la excepción de esta referencia a Derrida, esta es una perspectiva no muy diferente en lo esencial de aquella de Stedman Jones, a quien ella critica. De hecho, en sus estudios sobre el papel de mujeres destacadas que representaban una perspectiva feminista en los movimientos revolucionarios en Francia,[115] Scott asigna un papel al lenguaje muy similar al de Sewell y Stedman Jones.

[112] Joan Scott, "On Language, Gender, and Working Class History", ibíd., 53-67.

[113] William Sewell, ensayo-recensión de *Gender and the Politics of History*, de Joan Wallach Scott, en *History and Theory* 29 (1990), 79.

[114] Carta de Joan W. Scott a Georg G. Iggers, 14 de octubre de 1994.

[115] Por ejemplo, Joan W. Scott, "French Feminists and the Rights of 'Man': Olympes de Gouges' Declarations", *History Workshop* 28 (otoño 1989), 1-22.

En conclusión: la teoría lingüística, tal como ha sido desarrollada por la teoría literaria francesa desde Barthes a Derrida y Lyotard, contiene un elemento que en mi opinión debe ser considerado seriamente y que tiene aplicaciones al pensamiento histórico y a la historiografía. Los participantes en esta discusión han planteado con justicia el punto de que la historia considerada como una totalidad no tiene una unidad o coherencia inmanente, que toda concepción de la historia es una construcción constituida a través del lenguaje, que los seres humanos en tanto sujetos no tienen una personalidad libre de contradicciones y ambivalencias, y que todo texto puede ser leído e interpretado de diferentes maneras porque las intenciones que expresa no carecen de ambigüedad. Foucault y Derrida han señalado con justificación las implicaciones políticas del lenguaje y las relaciones de poder jerárquico que le son inherentes. Estas contradicciones, que empapan a toda la vida humana, obligan al observador a "deconstruir" todo texto para desnudar sus elementos ideológicos. Toda realidad es comunicada no sólo mediante el habla y el discurso sino que, de una manera fundamental, es también constituida por ellos.

Sin embargo, esta filosofía del lenguaje se presta mejor para la crítica literaria que para la escritura de la historia. Esto, porque los relatos históricos, incluso si utilizan formas narrativas estructuradas de acuerdo a modelos literarios, todavía buscan retratar un pasado real en una medida mayor de lo que es el caso con la literatura de ficción. A pesar de invocar la teoría lingüística posmoderna, como es el caso de Joan Scott y de Lynn Hunt en su *New Cultural History*,[116] los historiadores sociales y culturales se han movido en una dirección muy diferente. El

[116] Lynn Hunt, ed., *New Cultural History* (Berkeley, 1989).

"giro lingüístico" en los estudios históricos de décadas recientes ha sido parte de un esfuerzo por romper el determinismo inherente en los anteriores enfoques socioeconómicos y enfatizar el papel de los factores culturales, entre los cuales el lenguaje ocupa un lugar clave. Pero, como indica Stedman Jones, no basta con reemplazar una interpretación social con una lingüística, sino que importa examinar cómo ambas se relacionan.[117] El análisis lingüístico ha probado ser una herramienta complementaria útil para los estudios de historia política, social y cultural. No obstante, en general, aun cuando los historiadores de los que nos hemos ocupado han enfatizado el impacto del lenguaje, la retórica y la conducta simbólica sobre la conciencia y la acción política y social, la posición extrema de que "la realidad no existe" y que "sólo el lenguaje existe" (Foucault)[118] ha sido compartida por pocos. La mayoría de los historiadores estarían de acuerdo con Carroll Smith-Rosenberg de que "si bien las diferencias lingüísticas estructuran a la sociedad, las diferencias sociales estructuran al lenguaje".[119]

[117] Stedman Jones, *Languages of Class*, 95.

[118] Citado en Berman, *From the New Criticism*, 183.

[119] Carroll Smith-Rosenberg, "The Body Politic" en E. Weed, ed., *Feminism/Theory/Politics* (Nueva York, 1989), 101.

CAPÍTULO 11

DESDE LA PERSPECTIVA DE LA DÉCADA DE 1990

Lawrence Stone, en su ya famoso ensayo de 1979, "El renacer de la narrativa", planteó dudas respecto de la influencia del modelo científico-social para los estudios históricos y defendió la nueva orientación antropológica y semiótica. En una nota de 1991, "Historia y posmodernismo",[120] también en *Past and Present*, Stone manifestó su preocupación acerca de la dirección radical que el discurso histórico había tomado desde entonces. Como recordamos, en "El renacer de la narrativa" había anunciado "el fin del intento de proporcionar una explicación científica coherente sobre el cambio en el pasado". Veía ahora una triple amenaza a la historia por parte del posmodernismo, de la lingüística y la antropología cultural y simbólica, y del Nuevo Historicismo. Los tres enfoques coincidían en ver las prácticas políticas, institucionales y sociales como "conjuntos discursivos de sistemas o códigos simbólicos". "Los textos, por lo tanto, pasan a ser un mero pasillo de espejos que no reflejan nada que no sean ellos mismos, y no arrojan luz alguna sobre la 'verdad', la que de cualquier manera no existe." Según estas perspectivas, en último término, "lo real es tan imaginado como lo imaginario".[121]

[120] Lawrence Stone, "History and Post-Modernism", *Past and Present* 131 (agosto 1991), 217-218.

[121] Ibíd., 217.

La alarma de Stone fue pronto desafiada por el historiador social y cultural británico Patrick Joyce. Lo "real", reconoció, "puede decirse que no existe independientemente de nuestras representaciones", pero insistió en que "la historia nunca se nos presenta de otro modo que en su forma discursiva". El gran adelanto representado por el posmodernismo, a su juicio, era el reconocimiento de que "no hay una coherencia omniabarcante en el sistema de gobierno, la economía o el sistema social" y que "no existe una estructura subyacente" a la que los textos, a partir de los cuales surge nuestra comprensión del contexto histórico, "puedan referirse".[122]

Pero desde la perspectiva de la década de 1990, la postura de Joyce parece mucho menos convincente que durante la década anterior. Por supuesto, ya en la década de 1980 el enfoque posmoderno, como había sido definido por Joyce, no tenía el monopolio de los estudios históricos. El "giro lingüístico", que tuvo ocupadas las páginas del *American Historical Review* y de otras revistas norteamericanas en la segunda mitad de la década de 1980, no tenía la misma fascinación para los historiadores fuera de Norteamérica, incluso en Francia, a pesar de que los conceptos en los cuales descansaba se habían originado en la teoría literaria francesa desde Barthes a Derrida. Ya hemos señalado el efecto limitado que tuvieron las teorías más radicales del determinismo lingüístico sobre la escritura de la historia, incluso en autores como Gareth Stedman Jones, William Sewell, Lynn Hunt y Thomas Childers, quienes veían en el discurso una clave importante para la comprensión histórica. Stone podía argumentar convincentemente que "es imposible pensar en una obra histórica mayor escrita desde una perspectiva totalmente posmodernista y que haya utilizado un

[122] Patrick Joyce, "History and Post-Modernism", *Past and Present* 133 (noviembre 1991), 208.

lenguaje y un vocabulario posmodernista".[123] Quizás Simon Schama en *Certezas absolutas: especulaciones sin garantía*[124] y Jonathan Spence en *The Question of Hu*[125] fueran más lejos en la dirección de una historiografía que disolvía conscientemente la frontera entre la historia especializada y la novela histórica.

En el umbral de las décadas de 1980 y 1990 tuvieron lugar los revolucionarios cambios en la Unión Soviética y Europa del Este. Es posible encontrar explicaciones mediante una lectura restrospectiva, pero en su momento estos cambios eran impredecibles. En varios sentidos minaron la autoconfianza de las ciencias sociales, que creían en la posibilidad de una explicación social coherente, y también de la historia cultural, que no daba importancia al contexto político de la cultura cotidiana. El colapso del comunismo parecía confirmar las predicciones de los defensores occidentales del capitalismo, quienes, como Francis Fukuyama, estaban convencidos de que las presiones de la modernización económica conducirían a la economía de mercado y a la democracia representativa. Estados Unidos sería, de acuerdo a esto, un modelo para el mundo, pero los eventos posteriores a 1989 terminaron refutando tales profecías. A pesar de las predicciones, pocos analistas anticipaban el colapso del sistema soviético. Si bien se esperaba que se introdujeran reformas en la Unión Soviética y en los Estados satélites de Europa del Este a raíz de la Perestroika de Gorbachov, se pensaba en general que estas ocurrirían en el contexto del sistema socialista y que dejarían intacto el orden internacional dominado por las dos superpotencias. Tampoco se esperaba que ocurriera la unificación de Alemania, o la disolución de la Unión Soviética. De hecho, se pensaba en general que las reformas al interior

[123] Lawrence Stone, "History and Post-Modernism III", *Past and Present* 135 (mayo 1992), 191.

[124] Simon Schama, *Dead Certainties: Unwarranted Speculations* (Nueva York, 1991).

[125] Jonathan Spence, *The Question of Hu* (Nueva York, 1988).

de los Estados del Este y de la Unión Soviética ayudarían a normalizar las relaciones entre los dos bloques mundiales. En lo que respecta a Alemania, se pensaba que esta normalización significaría que la unificación perdería su urgencia. No se esperaba que surgieran nuevas formas de violencia interna, y especialmente étnica, luego de los eventos ocurridos entre 1989 y 1991, no sólo en los Estados sucesores de la Unión Soviética y Yugoslavia, sino también en el mundo árabe y en el África Negra. Los cambios en el orden mundial plantearon preguntas importantes para el pensamiento y la práctica de la historia, que hacían difícil que la indagación histórica siguiera el mismo curso anterior.

La persistencia de las tradiciones culturales se hizo cada vez más obvia. Los conceptos de modernización, que habían dominado gran parte del pensamiento científico-social en las décadas de 1950 y 1960 y que continuaron jugando un papel importante después de esas fechas, eran difíciles de conciliar con el resurgimiento del fundamentalismo religioso y el particularismo étnico. Setenta años de dominio comunista no lograron eliminar las antiguas tradiciones religiosas. De manera similar, los fundamentalismos musulmanes, protestantes, judíos ortodoxos e hindúes parecían constituir una reacción en contra del impacto de la modernización sobre las costumbres y creencias tradicionales. Todo esto parecía dar mayor urgencia a los enfoques antropológicos en la historia. Pero, al mismo tiempo, el fracaso de los regímenes comunistas por mantenerse en sintonía con los cambios estructurales de las economías modernas contribuyeron indudablemente a su colapso. A partir de la década de 1960, la revolución técnico-científica se transformó en un tema de importancia mayor en las discusiones teóricas en el bloque del Este. Sin embargo, esta revolución, que en Occidente condujo a una economía posindustrial informática, no tuvo lugar en el bloque soviético. La Unión Soviética y sus Estados clientelares sufrieron el colapso en parte por su incapacidad

para enfrentar los desafíos de una sociedad en vías de modernización. Paradójicamente, los eventos de 1989-1991 no sólo desacreditaron los conceptos marxistas centrales y destruyeron su teleología sino que se prestaron muy bien para un análisis de corte marxista. Como ideología y como utopía, el marxismo terminó siendo una pesadilla. Pero de una manera significativa el colapso del sistema soviético, para usar los términos de Marx, demostró el gran poder de los cambios en los modos de producción sobre las condiciones anticuadas de producción. La ideología y la dictadura contribuyeron a la rigidez de un sistema que no fue capaz de responder ante las cambiantes exigencias de los tiempos. Si bien estas observaciones parecen justificar un enfoque estructural y cultural de la historia del pasado reciente, también plantean preguntas, muchas veces soslayadas por los estudios históricos, respecto del papel de la política. Es indudable que personalidades como Gorbachov y Yeltsin influyeron en el curso de los eventos, por mucho que lo hayan hecho dentro de límites estructurales definidos. Todo esto parece llamar no al abandono de los viejos patrones de historia social, cultural y política, sino a una ampliación de la perspectiva y los métodos de la indagación histórica.

Una mirada a las discusiones y publicaciones de la década de 1990 demuestra la existencia de continuidades y rupturas. Los temas que dominaban en la década de 1980 continuaron recibiendo atención. La desilusión respecto de la historia cuantitativa siguió su curso. El interés por la historia antropológica floreció, como lo demuestra la fundación de la revista alemana *Historische Anthropologie* en 1993. La revista italiana *Quaderni Storici* ha sido pionera en estos estudios. La revista rusa *Odysseus* refleja intereses similares. Tanto los programas de las reuniones anuales del *American Historical Association*, como los índices de las revistas más importantes en Estados Unidos, demuestran una fascinación por los temas de "clase, género y étnia", y reflejan presiones de carácter social y político

tanto en Estados Unidos como en otros países. No obstante, hay también una marcada retirada por parte de los estudios históricos respecto del pronunciado culturalismo de la década de 1980, y un mayor interés por el mundo moderno y contemporáneo, lejos ya del mundo europeo medieval y moderno temprano, que había sido el centro de buena parte de la nueva historia cultural.

La pronunciada reorientación de los *Annales* resulta indicativa del cambio de parecer propio de la década de 1990. Como ya he mencionado, en enero de 1994 la revista abandonó el subtítulo *Economies. Sociétés. Civilisations*, que había utilizado desde el término de la Segunda Guerra Mundial, y lo reemplazó por *Histoire, Sciences Sociales*. El cambio de nombre fue el resultado de intensas discusiones por parte de los editores desde fines de la década de 1980, y se reflejó concretamente en un editorial del número de enero-febrero de 1994, que anunciaba el cambio.[126] Un editorial importante de 1988 ya había sugerido que la historia y las ciencias sociales habían entrado en una crisis profunda.[127] El cambio de nombre, sin embargo, demostraba una conciencia de que las condiciones políticas y sociales habían cambiado fundamentalmente en años recientes. El subtítulo *Economies. Sociétés. Civilisations* había eliminado conscientemente a la política como una preocupación central de la historia y con ello prestaba menor atención al papel de las narrativas. Empero, luego de los grandes cambios ocurridos a fines de la década de 1980, la política fue redescubierta y con ella el papel de las personalidades. El nuevo título tenía la intención de incluir una vez más a la política. Y en el ámbito de la

[126] "Histoire, Sciences Sociales", *Annales* 49 (1994), 3-4. Estoy muy agradecido con Marc Ferro, por largo tiempo editor de los *Annales*, por una extensa entrevista que me concedió en abril de 1995 sobre las discusiones que condujeron al cambio de título.

[127] Véase "Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?", *Annales* 43 (1988), 291-293.

política, como lo mostraba el nuevo enfoque de François Furet sobre la Revolución Francesa, las ideas y las personas volvieron a jugar un papel decisivo. Al elegir un nuevo título para los *Annales*, de ninguna manera se buscó excluir a la sociedad y la cultura de la consideración histórica, sino, más bien, se buscó restablecer el contexto político en donde ellas residían. Se buscaba ahora prestar más atención a los problemas del presente. La cercana relación entre la historia y las ciencias sociales debía permanecer, pero la economía, la sociología y la ciencia política debían recuperar la posición que habían perdido en los *Annales* de la posguerra. Esto no significaba un retorno a la antigua historia diplomática ni a la economía que se basaba en modelos abstractos separados de su contexto social y político más amplio. Los ejemplares de los *Annales* en la década de 1990 reflejaban esta reorientación. Los problemas del mundo contemporáneo, que también habían tenido una figuración importante en la revista durante la década de 1930, volvieron a ser centrales. Los números de la década de 1990 se enfocaban en temas tan variados como la apertura de los archivos soviéticos, la organización del trabajo en Japón, el enfrentamiento del pasado en Vichy, la modernización de las sociedades tradicionales, los aspectos del desarrollo del capitalismo estadounidense, el sida y la política en Zaire, la violencia religiosa en India y Argelia, pero se enfocaban también en temas tradicionales del período medieval y moderno temprano, como la centralización del poder del Estado en las sociedades europeas y asiáticas, la sociabilidad urbana en la Edad Media, el desarrollo de las redes crediticias, financieras y la rendición de cuentas en una economía mercantil, la "enfermedad, la fe y el imaginario" en la Edad Media, las utopías en el imperio bizantino del siglo XII, y la vida comunitaria judía desde el siglo XVII al siglo XX.

El retorno de la politica y de las ciencias sociales a los *Annales* y otras publicaciones no representó un repudio de intereses y preocupaciones anteriores sino una mayor amplitud

en el espectro de los estudios históricos. Aspectos importantes de la crítica posmoderna a la razón histórica permanecieron en su lugar. La fe en las grandes narrativas que mostraban la modernización del mundo occidental como la culminación de un proceso histórico coherente se encuentra irremediablemente perdida. Reflexionando sobre la historia de los *Annales*, Jacques Revel, uno de los editores más antiguos y desde 1995 director de la École des Hautes Etudes en Sciences Sociales, sostuvo en un volumen publicado en 1995 (evaluando la situación de los estudios históricos), que la visión de una historia "total" o "global" que había caracterizado a tres generaciones de historiadores de los *Annales* se encontraba completamente abandonada.[128] Pero la historia no ha quedado reducida a una multiplicidad de entidades sin relación entre sí. Hemos visto cómo los microhistoriadores de Italia y Alemania, a pesar de concentrarse en lo local, nunca perdieron de vista los contextos históricos y políticos más amplios. De hecho, creían que la concentración en lo local, que siempre había sido diferente de lo "normal",[129] permitía someter las generalizaciones a prueba. Sin importar cuán fuertemente desafiaran a las concepciones marxistas, weberianas o rostownianas sobre la transformación del mundo moderno, los microhistoriadores no pudieron eludir una noción de modernización, vista ahora como una fuerza destructiva que tenía un impacto en la microescala de la historia local. De hecho, el tema principal de los estudios microhistóricos ha sido el impacto del Estado, la economía y la Iglesia sobre el campo en una era de modernización incipiente.

[128] Jacques Revel, "Histoire et sciences sociales: Une confrontation instable", en Jean Boutier y Dominique Julia, eds., *Passés recomposes: Champs et chantiers de l'Histoire* (París, 1995), 80.

[129] Véase la noción de Edoardo Grendi sobre "lo normal excepcional" citada en Giovanni Levi, "On Microhistory", en Peter Burke, ed., *New Perspectives in Historical Writing* (State University, Penn., 1991), 109, y Edward Muir y Guido Ruggiero, *Microhistory and the Lost People of Europe* (Baltimore, 1991), "Introduction", xiv.

Finalmente, el posmodernismo ha planteado importantes preguntas metodológicas que han cuestionado radicalmente la posibilidad del conocimiento objetivo. No sólo la coherencia de la historia fue puesta en entredicho, sino también la coherencia entre el autor y el texto. Además se negó la inmediatez del conocimiento histórico. Esto último, sin embargo, no es nada nuevo desde los tiempos de Kant. La afirmación de Hayden White de que la historia siempre suponía una narrativa y compartía por lo tanto las cualidades de los textos literarios, era generalmente aceptada, pero no asimismo la conclusión de que la historia, como toda literatura, es esencialmente una "operación creadora de ficciones". Roger Chartier comentó en 1993 que "incluso si el historiador escribe 'de forma literaria' no por ello produce literatura".[130] Su obra depende del trabajo de archivos y, aunque sus fuentes no se presenten de una forma carente de ambiguedad, están sujetas, no obstante, a criterios de fiabilidad. El historiador está siempre alerta ante la fabricación o la falsificación de la evidencia y por lo tanto opera con una noción de verdad, por muy complejo e incompleto que sea el camino que conduce a ella.

Todo esto apunta, no a un nuevo paradigma, pero sí a un pluralismo mayor. Es obvio que la "pérdida de la historia",[131] tan frecuentemente señalada después de la Segunda Guerra Mundial, no caracteriza a la actitud actual. En Alemania, este sentido de pérdida es atribuible al descrédito de las tradiciones nacionales; en otros lugares, a la creencia de que el mundo moderno traía consigo el fin de los valores y formas comunitarias tradicionales. Por un tiempo, a principios de la década de 1970, los cursos de historia en Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania occidental y otros países, aunque claramente

[130] "Le Temps des doutes", *Le Monde*, marzo 18, 1993, vi-vii.
[131] Por ejemplo, Alfred Heuss, *Der Verlust der Geschichte* (Göttingen, 1959).

no en Francia o en Polonia, habían sido reemplazados por los de ciencias sociales y, por lo menos en el caso del mundo angloparlante, tenían un acento frecuentemente ahistórico. La cantidad de estudiantes de historia decayó drásticamente en Estados Unidos. Sin embargo, esta tendencia fue revertida en la década de 1980. Los cursos universitarios de historia se diversificaron, particularmente en Estados Unidos, para incluir estudios de género y etnia, como también estudios sobre sociedades y culturas no occidentales.[132] Proliferaron las revistas, los libros y los programas televisivos de contenido histórico. Las conmemoraciones de los cincuenta años de la liberación de los campos de concentración y el fin de la Segunda Guerra Mundial son claros indicadores de una preocupación intensa por la historia. Así, los cambios cataclísmicos en Europa desde 1989 en adelante parecen haber fortalecido más que debilitado el interés por el pasado.

[132] Fieles reflejos de los debates son las publicaciones del National Center for History in the Schools (Los Angeles, 1995): *National Standards for United States History for Grades K-4; National Standards for United States History for Grades 5-12*, y *National Standards for World History.*

CONSIDERACIONES FINALES

1. ¿EL "FIN DE LA HISTORIA"?

Se ha expresado repetidamente en años recientes la opinión de que vivimos en una era poshistórica y que la historia tal como la conocemos ha llegado a su fin.[1] Con esto, obviamente no se quiere decir que el tiempo se ha detenido, sino que ya no existe la posibilidad de una gran narrativa que otorgue coherencia y significado a la historia. La idea que ha sido central en la fe judeocristiana desde la antigüedad bíblica ha sido cuestionada, es decir, la idea de que la historia tiene un propósito y una dirección que trasciende al mundo. La Ilustración secularizó esta fe y ubicó el clímax de la historia en el proceso mismo de la historia humana. Celebraba la civilización occidental moderna como la cima y la consumación que se aproximaba de un orden social anhelado en el que la libertad humana y la cultura estarían garantizadas. Más recientemente, Francis Fukuyama reiteró esta creencia optimista.[2]

El siglo XIX marcó el punto más alto de la confianza en el carácter benéfico del desarrollo histórico, pero al mismo tiempo marcó el inicio de una profunda incertidumbre acerca de la

[1] Véase Lutz Niethammer, *Posthistoire: Has History Come to an End?* (Londres, 1992).

[2] Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre* (Buenos Aires, 1992).

calidad de la cultura moderna. Las primeras críticas provinieron desde una inquietud respecto de las nociones mismas de racionalidad, progreso técnico y derechos humanos, que resultaban tan caras para la civilización del siglo XIX. Ellas incluían no sólo a pensadores nostálgicos por un mundo premoderno y preindustrial, sino también a aquellos que querían ir más allá de él. Esta crítica frecuentemente antidemocrática se lanzó en contra de una visión de mundo en la que la Ilustración liberaría a hombres y mujeres del antiguo calvario de la subordinación, las privaciones y la violencia. Lo que perturbaba a Kierkegaard, Nietzsche, Burckhardt, Dostoievsky y Baudelaire no era tanto la violencia y la injusticia inherentes al mundo europeo moderno, como ocurría con Alexander Herzen y otros pensadores, sino por lo que sentían como la vulgarización de los valores en el proceso de masificación y con ella la decadencia del heroísmo. En vísperas de las revoluciones de 1848, Kierkegaard lamentaba la pérdida de la capacidad humana para la violencia heroica.[3] Las viejas elites habían sido eliminadas por las transformaciones políticas y sociales que habían creado el mundo de producción y comercio del siglo XIX, sin que fueran reemplazadas por una nueva elite cultural creativa. La ciencia y la tecnología eran vistas por un segmento aún más amplio de pensadores como las consecuencias finales de un proceso de racionalización que había destruido los elementos míticos y poéticos que le daban significado a la vida y que ahora enfrentaban al hombre con la nadidad y el absurdo existencial. A partir de este pesimismo en torno a la civilización moderna, el pensamiento histórico se desplazó en dos direcciones contradictorias: una era conscientemente elitista y antidemocrática; representantes posteriores como Ernst Jünger y Carl Schmitt fantasearon acerca de la renovación de una comunidad nacional (*Volksgemeinshaft*) en medio de un mundo de

[3] Søren Kierkegaard, *La época presente* (Santiago, 2001).

guerra y violencia tecnológica. La otra incluía a los pensadores que después de 1945, si bien rechazaron esta actitud elitista, adoptaron varias de sus objeciones a la ciencia y la tecnología como parte de su crítica del capitalismo. Estos pensadores veían en la ciencia y la tecnología modernas los instrumentos para la destruccion de un mundo humanitario.

En este proceso perdieron credibilidad varias ideas centrales de la concepción moderna de la historia. La visión de la historia que surgió en el siglo XVIII y que llegó a ser dominante en el XIX se basaba en varios supuestos. Uno era la noción de que había una historia, *die Geschichte*, que permitía una narrativa continua del desarrollo histórico. En 1824, Ranke podía titular su primera obra con el plural *Historias de los pueblos latinos y germánicos*, pero de hecho aspiraba a una sola gran narrativa, que era el surgimiento del sistema moderno de Estados a principios del siglo XVI. Otro supuesto era que existían ciertas instituciones clave, primordialmente el Estado, que ocupaban un lugar central en la narrativa. J. G. Droysen podía, por tanto, distinguir entre "historia" (*die Geschichte*) y "transacciones" (*Geschäfte*),[4] concepto este último que incluía los variados aspectos de la vida cotidiana y a las muchas personas que eran consideradas irrelevantes para el gran curso de la historia. El supuesto final, como ya hemos señalado, era la firme creencia expresada por Hegel, Ranke, Comte, Marx y muchos otros, de que había sólo una cultura y sociedad verdaderamente histórica: la occidental.

Todas estas nociones sucumbieron ante la crítica del siglo XX. La idea de la unidad de la historia fue desafiada relativamente temprano en el siglo por parte de Oswald Spengler,[5] Arnold Toynbee[6] y otros que querían redactar una historia

[4] J. G. Droysen, *Outline of the Principles of History* (Boston, 1893).

[5] Oswald Spengler, *La decadencia de occidente*, 2 tomos (Madrid, 1966).

[6] Arnold Toynbee, *Estudio de la historia*, 21 tomos (Buenos Aires, 1951-1966).

comparada de las "altas culturas". Pero esta distinción entre pueblos "civilizados" y "primitivos" fue rechazada por la antropología cultural, como también lo fue la imagen de unos "Pueblos sin historia".[7] Aquellos segmentos de la población que habían sido soslayados por los historiadores exigían cada vez más un lugar en la historia. El alcance de la historia se expandió entonces para incluir no sólo a los centros de poder sino también a los márgenes de la sociedad, dando luz a la microhistoria y a una noción de historias múltiples. No obstante, el reconocimiento de que ya no es posible encontrar una gran narrativa que le dé dirección a la historia no significa que esta, como se ha lamentado frecuentemente, haya perdido todo significado. La historia continúa siendo un poderoso medio por medio del cual los grupos y las personas definen sus identidades. En lugar de *un* proceso significativo, ahora hay un pluralismo de narrativas que abarcan las experiencias vitales y existenciales de muchos grupos diferentes.

Aunque este libro ha argumentado en pro de la legitimidad de la microhistoria, también ha mostrado que esta no ha podido escapar del marco de las grandes estructuras y transformaciones en las que transcurre tal historia. Como hemos visto, la mayoría de los microhistoriadores han debido abordar los procesos de modernización a través del impacto que estos han tenido en las agrupaciones sociales pequeñas a las que ellos se han dedicado. El concepto de modernización ha perdido sus aspectos normativos, pero continúa denotando procesos que son operativos en el mundo moderno. El historiador está consciente de la medida en que la modernización no es un proceso unitario, sino un proceso que se expresa diferentemente en contextos sociales diversos y con diferentes tradiciones culturales. En el mejor de los casos, la modernización se transforma en un tipo ideal en donde los cambios concretos pueden

[7] Véase Eric Wolf, *Europa y la gente sin historia* (México D.F., 1987).

medirse a la luz de condiciones concretas. Sin embargo, el estado actual de la conciencia histórica, lejos de haber puesto un "fin" a la historia, ha conducido a una mayor sofisticación que permite que tanto el contexto más amplio como las diversidades individuales encuentren un lugar en el campo.

2. ¿EL FIN DE LA HISTORIA COMO CAMPO DE INVESTIGACIÓN?

Nuestra mirada a los estudios históricos en el siglo XX ha intentado mostrar que el desprestigio en que ha caído el "noble sueño"[8] de la objetividad histórica no significa que la indagación histórica seria haya declinado. Más bien ha llevado a una diversificación de los enfoques y frecuentemente a un aumento de la sofisticación investigativa. Algunos puntos se han hecho bastante obvios. La seguridad con la que los historiadores profesionales suponían que una inmersión en las fuentes garantizaba una percepción del pasado que correspondía a la realidad ha experimentado una fuerte modificación. Sin embargo, los historiadores no han abandonado su compromiso fundamental con la honestidad histórica que inspiró a Ranke y a sus colegas. En la medida en que los historiadores de épocas recientes han reconocido cada vez más los límites de la objetividad, se han hecho más conscientes de los prejuicios que pueden hacer dudosa su honestidad. Más conscientes, al menos, de lo que ocurría con la escuela "científica" de la tradición de Ranke, que obraba bajo la ilusión de que el conocimiento objetivo era posible. En muchos sentidos, la historia como actividad concreta ha mantenido varios de los procedimientos metodológicos en los que se basaba la historia anterior. El historiador todavía

[8] Véase Peter Novick, *Ese noble sueño: la objetividad y la historia profesional norteamericana*, 2 tomos (México D.F., 1997).

depende de sus fuentes y el aparato crítico con el que las estudia permanece en muchos sentidos siendo el mismo. No obstante, nosotros evaluamos ahora esas fuentes con mucha más cautela. Nos hemos hecho conscientes de la medida en que ellas no nos comunican la realidad directamente, sino que las consideramos como siendo ellas mismas artefactos narrativos que reconstruyen la realidad, no desordenadamente, sino que guiados por la evidencia y por un discurso especializado.

El ámbito de los estudios históricos se ha ampliado dramáticamente en las últimas décadas, no tanto en términos de los grupos o individuos que se estudian, como por los temas y preguntas que interesan al historiador. Los temas, que frecuentemente tocan aspectos existenciales de la vida, han requerido nuevas estrategias de estudio que, como hemos visto, han puesto nuevos énfasis en la interpretación de relaciones históricas significativas, las que pierden sus aspectos cualitativos cuando son sometidas a categorías analíticas impersonales. La imaginación y la empatía tienen un lugar, pero, como lo acentuó Natalie Davis, se trata de una imaginación guiada por "las voces del pasado".[9] La actitud crítica respecto de la racionalidad científica ha llevado a algunos historiadores a negar la existencia de una diferencia esencial entre la historia y la ficción. Varios autores han argumentado que la historia es indistinguible del mito y que el intento por parte de los historiadores, a partir de la profesionalización de los estudios históricos, de abandonar la retórica en aras de la indagación histórica es un error que debe corregirse.[10] Frank Ankersmit ha argumentado que los historiadores deben reconocer con franqueza que su discurso es metafórico y que la coherencia no tiene su base "en la realidad" sino "en el lenguaje que utilizamos para hablar de

[9] Natalie Z. Davis, *El regreso de Martin Guerre* (Barcelona, 1984).

[10] Véase la presentación de Hans Kellner ante el 18th International Congress of Historical Sciences, Montreal, 1995; también, su *Language and Historical Representation: Getting the Story Crooked* (Madison, 1989).

ella".[11] Peter Novick ha sostenido, correctamente en mi opinión, que la objetividad es inalcanzable en la historia; que el historiador a lo más puede aspirar a la plausibilidad.[12] Pero la plausibilidad obviamente no descansa en la invención arbitraria de un relato histórico, sino más bien involucra estrategias para determinar lo que de hecho es plausible. Se asume que un recuento histórico se relaciona con una realidad histórica, sin importar cuán complejo o indirecto sea el proceso por medio del cual el historiador se acerca a esa realidad. Por lo tanto, aunque varios historiadores han tomado seriamente las teorías lingüísticas, semióticas y literarias contemporáneas, en la práctica ellos no han aceptado la idea de que los textos con los cuales trabajan carezcan de una referencia a la realidad. Si bien todo relato histórico es un artefacto, este surge del diálogo entre el historiador y el pasado, diálogo que no ocurre en el vacío, sino dentro de una comunidad de mentes pensantes que comparten criterios de plausibilidad.

3. ¿EL FIN DE LA ILUSTRACIÓN?

La duda radical en el siglo XX acerca de la posibilidad de un estudio racional de la historia se encuentra, como ya hemos sugerido, cercanamente relacionada con una creciente incomodidad respecto de la sociedad y la cultura modernas. Tal sociedad ha sido considerada como heredera de la Ilustración. Esta fue entendida originalmente como el compromiso por liberar a los seres humanos de los constreñimientos arbitrarios mediante la reflexión racional, para permitir que cada individuo pudiera desarrollar libremente sus potencialidades. En la discusión

[11] F. A. Ankersmit, "Historicism: An Attempt at Synthesis", *History and Theory* 34 (1995), 155.

[12] Novick, *Ese noble sueño.*

crítico. Tal ha sido la intención de buena parte de la nueva historia social y cultural que hemos analizado en este libro. Por muy castigada que se encuentre, la alternativa a la Ilustración es la barbarie.

EPÍLOGO

Han transcurrido catorce años desde que se publicó la versión inglesa de este libro, y dieciocho desde que se publicó la primera edición en alemán.[1] Los grandes cambios que han ocurrido en el mundo con el fin de la Guerra Fría se han visto reflejados de una manera importante en los estudios históricos. En el último tercio del siglo XX, el giro que tomó la disciplina desde las ciencias sociales analíticas a los factores culturales continuó su curso, pero con un enfoque más diversificado debido al acelerado cambio del escenario mundial.

En la parte final de este libro se prestó una atención considerable a los desafíos posmodernos a la investigación histórica objetiva, pero en años recientes el posmodernismo ha recibido una menor atención.[2] De hecho, la posición posmoderna

[1] *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert: Ein kritischer Überblick im internationalen Zusammenhang* (Göttingen, 1993); primera edición en inglés, 1997.

[2] Ernst Breisach, *On the Future of History: The Postmodernist Challenge and Its Aftermath* (Chicago, 2003). Véase también Richard J. Evans, *In Defence of History,* nueva edición con una réplica a sus críticos (Londres, 2001); Gabrielle M. Spiegel, ed., *Practicing History: New Directions in Historical Writing After the Linguistic Turn* (Nueva York, 2005). Sobre el posmodernismo y su cercanamente relacionado giro lingüístico véase también Richard Rorty, ed., *The Linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method* (Chicago, 1967); John E. Toews, "Intellectual History after the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience", *The American Historical Review* 92 (octubre, 1987), 879-907; y Elizabeth A. Clark, *History, Theory, Text: Historians and the Linguistic Turn* (Cambridge, Mass, 2006).

más radical se encontraba restringida a Estados Unidos y en menor medida a Gran Bretaña –y, como veremos, India– por mucho que sus raíces intelectuales provinieran del postestructuralismo francés. Su premisa más fundamental –que el lenguaje es un sistema autorreferencial que no refleja sino que crea la realidad– negaba la posibilidad de reconstruir el pasado como había realmente ocurrido en la vida de los seres humanos, y eliminaba las fronteras entre las narrativas históricas y la ficción. Una formulación extrema de esta posición radical fue la de Keith Jenkins, quien, en 1997, afirmó que el concepto moderno de la historia en su totalidad (a saber, que el historiador es capaz de aprehender el pasado histórico) "aparece ahora como una expresión autorreferente y problemática de intereses, un discurso ideológico-interpretativo En verdad, la historia parece ser ahora nada más que una expresión interesada y sin fundamento en un mundo de otras expresiones interesadas y sin fundamento".[3]

Sin embargo, esto no se condice con los supuestos con los que operan los historiadores, incluso después del desafío posmoderno. La pregunta sobre cómo se recrea el pasado se ha vuelto considerablemente más compleja de lo que fue, ya sea para la antigua escuela política, o para la historiografía de orientación científico-social. El objetivismo de la antigua tradición de investigación histórica fue abandonado hace ya bastante tiempo. De hecho, nunca fue aceptado completamente por los historiadores serios. Ha habido una mayor conciencia en años recientes acerca de que los historiadores abordan sus temáticas con ciertas preguntas y que la manera de responderlas está influida por las herramientas lingüísticas y conceptuales con las

[3] Keith Jenkins, ed., *The Postmodern History Reader* (Londres, 1997), 6. Véase también la reacción de Perez Zagorin ante la obra de Jenkins, "History, the Referent, and Narrative: Reflections on Postmodernism Now", *History and Theory* 38 (1999), 1-24; y Jenkins, "A Postmodern Reply to Perez Zagorin", *History and Theory* 39 (2000), 181-200.

que los historiadores construyen sus relatos.[4] No obstante, la forma más radical del relativismo epistemológico posmoderno ha tenido poca influencia en los estudios y en la redacción de la historia. De cualquier manera, las ideas derivadas del pensamiento posmoderno y del "giro lingüístico" se reflejan hoy en buena parte de los escritos de historia, por mucho que estas ideas se hayan originado no tanto en el posmodernismo como a partir de otros desarrollos atingentes en el pensamiento y la praxis de la historia.

Es así que, indirectamente, ideas similares a las del posmodernismo continuaron ejerciendo una profunda influencia en la reorientación del pensamiento histórico. Esto involucra un cuestionamiento de la historia como un proceso de dirección lineal que conduce a la civilización occidental del presente. La conclusión radical que se extrae de esta redefinición de la historia –que la historia carece de toda coherencia– no logró arraigarse. No obstante, los historiadores se alejaron de la construcción de macrohistorias para prestar mayor atención a segmentos más reducidos: las vidas y, más significativamente, las experiencias de la gente común.

Todo esto tuvo relevancia para la manera en que los historiadores utilizaron las fuentes. El mayor impacto provino en este caso no tanto de las teorías posmodernas como de la antropología cultural,[5] la lingüística y la semiótica, las que aportaron a la transformación del ambiente intelectual de las últimas décadas del siglo XX y comienzos del XXI. Como ya hemos

[4] Robert Anchor, "The Quarrel Between Historians and Postmodernists", *History and Theory* 38 (1999), 111-21. Se trata de una reseña de la obra de Chris Lorenz, *Konstruktion der Vergangenheit: Eine Einführung in die Geschichtstheorie* (Colonia, 1997).

[5] Véase J. D. Faubion, "Anthropology and History", en *International Encyclopedia of the Social and Behavioral Sciences* (de aquí en adelante *IESBS*) (Amsterdam, 2001), 519-23; William M. Reddy, "Anthropology and the History of Culture", en Lloyd Kramar y Sarah Maza, eds., *A Companion to Western Historical Thought* (Londres, 2002), 277-296.

visto, a partir del "giro lingüístico" de la década de 1980 se prestó mayor atención al papel del lenguaje en la forma de discurso. Sin embargo, los historiadores difieren en torno a la importancia del lenguaje para la investigación histórica.[6] Mientras que Joan Scott[7] argumentaba que los textos con los que trabaja el historiador no tenían relación directa con un pasado real –que el lenguaje no reflejaba sino que creaba la realidad– muchos otros historiadores vieron el lenguaje y el discurso como herramientas importantes para la comprensión histórica, pero estaban muy conscientes de que este giro lingüístico ocurría en contextos sociohistóricos específicos.[8]

Al mismo tiempo, la convicción por parte de varios historiadores de orientación científico-social de que los eventos y cambios políticos podían ser mejor explicados en términos de factores sociales y económicos, continuó perdiendo credibilidad. Desde hace una veintena de años que han existido dos énfasis muy distintos en la manera de abordar la historia política.[9] La concepción de lo que constituye la esfera política se ha ampliado. Bastante de la historia política, incluyendo aquella escrita por historiadores científico-sociales, en las décadas de 1970 y 1980, se concentró en el Estado, generalmente en el Estado-nación, como si fuera el centro de la actividad política nacional e internacional. Esto se podía observar no solamente en los historiadores en Europa y en los países angloparlantes, sino también en China, Japón y Corea, donde la historia

[6] Véase Spiegel, *Practicing History: New Directions in Historical Writing After the Linguistic Turn* (Nueva York, 2005).

[7] Una formulación posterior de la posición de Scott se encuentra en "After History?", en Joan W. Scott y Debra Keates, eds., *Schools of Thought: Twenty-Five Years of Interpretive Social Science* (Princeton, 2001), 85-103.

[8] Carroll Smith-Rosenberg, "The Body Politic", 101. Véase también Gabrielle Spiegel, "History, Historicism, and the Social Logic of the Text in the Middle Ages", *Speculum*, 65 (1990), 59-86.

[9] Véase e.g. André Burguière, *The Annales School*, capítulo 10, "Return to the Political", 243-252; también, James Sheehan, "Political History (History of Politics)", en *IESBS*, 11667-11673.

nacional reemplazó a la historia dinástica a comienzos del siglo XX,[10] y en los Estados de Asia y África que se independizaron con posterioridad a 1945. Pero incluso en los Estados previamente coloniales, la idea de Estado-nación ha sido desafiada recientemente, especialmente en India, donde desde la década de 1980 los historiadores que gravitan en torno a los *Estudios Subalternos*[11] han enfatizado no sólo el que la idea occidental de Estado-nación es elitista, sino que además resulta inaplicable para la antigua historia de la India con toda su diversidad social y cultural. Al mismo tiempo, han aparecido nuevos enfoques –particularmente en Estados Unidos– que dan mayor énfasis a los factores sociales, étnicos y de género. La nación fue vista con menos frecuencia como una unidad orgánica con un sentido unificado de identidad, y más como un conglomerado de unidades subordinadas identificables. Una exposición en el Museo Histórico Nacional en Washington, D.C. en la década de 1990 planteó la noción de una nación multiétnica con tradiciones diferentes. Sin embargo, este multiculturalismo reformuló la identidad estadounidense sin llegar a disolverla.

Además, el concepto de clase –todavía muy popular en la historia social– experimentó un cambio. En su *La formación histórica de la clase obrera* (1963), E. P. Thompson entendió el concepto de clase no sólo en términos socioeconómicos sino que involucrando perspectivas y patrones de pensamiento –es decir, aspectos de la cultura. Empero, este enfoque, con sus raíces en el marxismo, aun cuando fuese un marxismo cultural,

[10] Véase Iggers, Wang y Mukherjee, *Global History of Modern Historiography*.

[11] Véase O. Chatterjee, "Subaltern History", *IESBS*, 15237-15241; Vinay Lal, "The Subaltern School and the Ascendancy of Indian History", en Q. Edward Wang y Georg Iggers, *Turning Points in Historiography: A Cross Cultural Perspective* (Rochester, 2002), 237-270; Prasenjit Duara, "Postcolonial History", en Lloyd Kramer y Sarah Maza, eds., *A Companion to Western Historical Thought* (Oxford, 2002), 417-431. Más recientemente, Supriya Mukherjee, "Indian Historical Writing Since 1945", en *The Oxford History of Historical Writing*, vol. 5 (Oxford, 2011), 515-538.

seguía entendiendo el concepto de clase como una unidad integradora e integrativa, lo que hoy nos parece obsoleto. Esto, porque fracasa en considerar el carácter bastante más complejo de las sociedades. Los factores étnicos, religiosos, ideológicos y de género, entre otros, han adquirido una mayor importancia para el análisis de la política y de las sociedades. En ocasiones, esto ha conducido a ciertas formas de historia cultural, al dar menor importancia a la configuración más amplia de factores económicos y políticos.

Por otro lado, el concepto de lo que constituye no solamente la esfera política sino también la social, se ha expandido de dos maneras. Una, que hemos mencionado recién, es la expansión de las esferas políticas y sociales para incluir diversos aspectos de la cultura; la otra involucra una comprensión de la esfera privada en términos de relaciones de poder que afectan a varios aspectos de la vida cotidiana. Michel Foucault ya había preparado el terreno para entender cómo operaban las relaciones de poder a nivel interpersonal. En tanto que el ejercicio del poder había sido entendido previamente en términos de poderosas instituciones centrales como el gobierno o la economía, ahora se enfatizó más la importancia de las formas extragubernamentales con las que el poder opera y penetra en todos los aspectos de la vida. Una vez más, el peligro reside en que los contextos sociopolíticos y económicos de la cultura sean dejados de lado.

Esto último nos conduce a la historia feminista reciente, en la que la concepción más amplia del poder juega un papel central. Una idea clave de la historia feminista es la subyugación de la mujer. La primera historia feminista había sido acusada de ser "demasiado blanca, demasiado clase media y demasiado heterosexual".[12] La historia feminista, más y más, fue cediendo

[12] K. Canning, "Gender History", en *IESBS*, 6822-6829; N. Hewitt, "Gender and Feminist Studies in History", *IESBS*, 5929-5933; Joan W. Scott, *Gender and the Politics of History* (Nueva York, 1988); Bonnie Smith, *The*

paso en la década de 1990 a los "estudios de género", es decir, a la relación de hombres y mujeres en un contexto histórico y social. En ellos se abordaban temas como la estratificación económica, la etnicidad, la orientación sexual, la legislación y las costumbres. Las ideas posmodernas jugaron un papel bastante más central en la teoría feminista que en otras áreas del pensamiento histórico. Para las teóricas feministas como Joan Scott, los patrones de dominación patriarcal estaban profundamente presentes en el lenguaje tradicional y en la tradición "logocéntrica" de la filosofía occidental desde la antigüedad clásica. Por ello, llamaba a la deconstrucción de todos los textos históricos, políticos y filosóficos occidentales. En un terreno más empírico, la investigación feminista estudió los medios a través de los cuales las mujeres y otros grupos subordinados o marginados buscaban cambiar el statu quo y también examinaron, desde una perspectiva feminista, aspectos cruciales de la historia como el surgimiento del capitalismo, la esclavitud y la emancipación, la reforma social en Norteamérica y Europa, los derechos civiles y los movimientos de liberación nacional en el mundo colonizado. A partir de mediados de la década de 1980, los estudios sobre las diferencias entre las mujeres han complementado aquellos sobre las diferencias entre hombres y mujeres. Quizás el desarrollo más importante de las últimas décadas sea la mayor integración de la historia de la mujer y de la historia de género a la historia en general.

Otra área que se ha visto impactada por ideas paralelas al posmodernismo, sin llegar a compartir su relativismo epistemológico, es el papel central que juega la memoria.[13] Gran

---

Gender of History: Men, Women, and Historical Practice (Cambridge, Mass., 1998); Julie Des Jardin, "Women's and Gender History", en *Oxford History of Historical Writing*, vol. 5 (Oxford, 2011), 136-158; también Natalie Z. Davis, "Women and the World of the Annales", *History Workshop Journal* 33 (1992), 121-137.

[13] A. Assmann, "History and Memory", en *IESBS*, 6822-6829; véase también *Oxford Handbook of Oral History* (Oxford, 2011); Alan Confino,

parte de la reconstrucción de la memoria histórica descansa en la historia oral, la que se encuentra bien establecida desde la década de 1980. Ya en la década de 1930 se había llevado a cabo un gran proyecto en Estados Unidos, con financiamiento público, a raíz del cual se entrevistó a los pocos ex esclavos que aún vivían a la fecha. Como se mencionó anteriormente, otro gran proyecto de historia oral, esta vez en Alemania en la década de 1980, exploró en cómo la gente común, especialmente los trabajadores industriales, vivió la experiencia del Tercer Reich. En los días finales de la Unión Soviética, el grupo de historia oral denominado "Memorial" intentó reconstruir, mediante entrevistas orales, la vida bajo el estalinismo.[14] Para la década de 1990 se estudiaba no solamente la experiencia de las víctimas del Holocausto nazi, sino también el testimonio de los perpetradores.[15] Aunque con bastante conciencia respecto de la falta de confiabilidad de los testimonios orales, el propósito de estas entrevistas era lograr una mejor comprensión del pasado real. Un segundo enfoque, pero muy diferente, de la memoria histórica fue el inaugurado por los editores franceses de la colección Lieux de Mémoire (Lugares de la memoria).[16] Los editores propusieron una alternativa a la historia académica establecida, que buscaba recrear el pasado a partir de la evidencia documental, proponiendo en cambio un enfoque histórico a partir de la memoria colectiva. En lugar de memorias individuales, estudiaba rastros concretos como los

---

"History and Memory", en *The Oxford History of Historical Writing,* vol. 5 (Oxford, 2011), 36-31. Véase también la revista *History and Memory,* fundada en 1989.

[14] Hasta el momento lo más completo que se ha publicado sobre el grupo Memorial en la Unión Soviética y desde entonces en Rusia, es un artículo publicado por Wikipedia.

[15] Chris Browning, *Ordinary Men: Reserve Battalion 101 and the Final Solution in Poland* (Nueva York, 1992).

[16] Pierre Nora, ed., *Les Lieux de Mémoire* (París, 1984-1992). Para una versión en castellano, *Pierre Nora en Les lieux de mémoire,* traducido por Laura Masello (Santiago, 2009).

monumentos, las efemérides nacionales y los lugares sagrados que conformaban la identidad colectiva. Para los editores de los Lieux de Mémoire esta era la identidad nacional, y específicamente la identidad francesa.[17] Un importante proyecto del Museo Histórico Alemán en Berlín exploró las formas en que el pueblo europeo, el estadounidense y el israelí recordaban el pasado, estudiando el papel clave de las leyendas y mitos en la invención de las identidades nacionales.[18] Más recientemente, la serie "Writing the nation: national historiographies and the making of nation-states in 19th and 20th century Europe", editada por Stefan Berger, Christoph Conrad y Guy Marchal, y patrocinada por la Fundación Científica Europea, ha examinado las historias nacionales como un componente crucial de la memoria colectiva de los pueblos de Europa.[19]

[17] Una obra paralela sobre el caso germano es la de Ettiene François y Hagen Schulze, *Deutsche Erinnerungsorte*, 3 tomos (Múnich, 2001).

[18] Monika Flacke, ed., *Mythen der Nationen, Ein europäisches Panorama* (Berlín, 1998); Monika Flacke, *Mythen der Nationen: 1945–Arena der Erinnerungen* (Berlín, 2004), publicados por el Deutsches Historisches Museums como material complementario para exposiciones. También es importante Joep Leerssen, *National Thought in Europe* (Amsterdam, 2006) y la serie de la European Science Foundation sobre las historias nacionales que se cita en la nota 19.

[19] Los tomos de la serie incluyen: tomo 1, Ilaria Porciani y Lutz Raphael, eds., *Atlas of European Historiography: The Making of a Profession, 1800-2005* (Londres, 2010); tomo 2, Ilaria Porciani y Jo Tollebeek, eds., *Setting the Standards: Institutions, Networks, and Communities of National Historiography* (Londres, 2011); tomo 3, Stefan Berger y Chris Lorenz, eds., *The Contested Nation: Ethnicity, Religion, Class, and National Histories* (Londres, 2008); tomo 4, Stefan Berger y Chris Lorenz, eds., *Nationalizing the Past: Historians as Nation Builders in Modern Europe* (Londres, 2010); tomo 5, Matthias Middell y Luis Roura, eds., *Transnational Challenges to National History Writing* (Londres, 2011); tomo 6, Tibor Frank y Frank Hadler, eds., *Disputed Territories and Shared Pasts: Overlapping National Histories in Modern Europe* (Londres, 2010); tomo 7, J. W. Evans y Guy Marchal, eds., *The Uses of the Middle Ages in Modern European States: History, Nationhood, and the Search for Origins* (Londres, 2010); tomo 8, Stefan Berger y Christoph Conrad, eds., *The Nation as History: National Identities and Historical Cultures in Modern Europe* (Londres, 2011).

Si bien por una parte la historiografía tendía a dejar los temas macro para enfocarse en los micro, como también los grandes procesos y estructuras para concentrarse en lo pequeño y local. las condiciones del mundo contemporáneo hicieron inevitables las investigaciones a gran escala sobre las transformaciones que vivían las sociedades del presente. Dos síntesis muy diferentes resultaron del cambio de condiciones luego del colapso de la Unión Soviética. Ya hemos mencionado brevemente la obra de Francis Fukuyama, *El fin de la historia*, publicada en 1992. "Todos los países que experimentan la modernización económica", afirmó, "se parecerán cada vez más los unos a los otros". Esto lo llevó a preguntar si "a fines del siglo XX tiene sentido para nosotros hablar una vez más de una Historia de la humanidad coherente y con una dirección que eventualmente conducirá a la mayor parte de la humanidad hacia la democracia liberal", pregunta a la que respondió afirmativamente. El principal impulso de todo esto era para Fukuyama la economía capitalista de mercado; el modelo que anunciaba tal futuro era Estados Unidos. Tenía plena confianza en que un mundo constituido por democracias liberales tendría pocos incentivos para embarcarse en guerras.[20] Sin embargo, la modernización económica en su forma capitalista no condujo necesariamente a la democracia en el sentido planteado por Fukuyama. De hecho, como vimos en el caso de China y en partes del Medio Oriente, esta ocurrió en el contexto de Estados autoritarios.

Esta concepción resultó ser una ilusión, como lo demostraron los eventos que siguieron al fin de la Guerra Fría. El período que comenzó en 1990 no experimentó un declive de la violencia. Este concepto descansaba en un modelo de modernización[21]

[20] Francis Fukuyama, *El fin de la historia y el último hombre* (Buenos Aires, 1992). Las citas están tomadas del original inglés, *The End of History and the Last Man* (Nueva York, 1992), xiv-xv, xii, xx.

[21] P. Nolte, "Modernization and Modernity in History", en *IESBS*, 9954-9961.

muy simplista, el que debió parecer poco adecuado para varios historiadores sociales y políticos que, incluso antes de 1989, ya estaban conscientes del papel de la cultura y de las divisiones culturales. También operaba con un concepto de democracia liberal y capitalista como ejemplo de sociedad armoniosa, lo que impedía una consideración apropiada del aumento de la desigualdad social y económica y del conflicto entre grupos de interés, ya fuesen económicos, ideológicos, religiosos, de género o etnia. Desde una perspectiva neoliberal, no fue capaz de predecir la crisis financiera de 2008 y sus consecuencias. Y también utilizó la situación de Occidente como la norma para las sociedades no occidentales.

En su *El choque de las civilizaciones* (1996), Samuel Huntington presentó un modelo contrario que enfatizaba el papel de la cultura y desperfilaba los factores económicos y sociales. "En el mundo pos Guerra Fría", afirmó, "las distinciones más importantes entre los pueblos no son ideológicas, políticas o económicas. Son culturales".[22] Como Spengler y Toynbee en las primeras décadas del siglo XX, identificó a varias civilizaciones como las unidades decisivas en el escenario mundial y predijo conflictos continuos entre estas civilizaciones, especialmente entre la Occidental, la Islámica y la China. Pero vio a estas culturas en términos esencialistas, como unidades orgánicas en las que las transformaciones en el tiempo y las divisiones internas no jugaban un papel de importancia. Abandonando toda esperanza de paz internacional, Huntington declaró que "la sobrevivencia de Occidente depende de que los estadounidenses reafirmen su identidad occidental y de que los occidentales acepten su civilización como algo único y no universal, y que se unan para renovarla y preservarla ante los desafíos de las sociedades no

[22] Samuel Huntington, *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (Barcelona, 1997). En el original inglés, *The Clash of Civilizations and the Remaking of the World Order* (Nueva York, 1996), 21.

occidentales".[23] Para él, esto también significaba que el multiculturalismo apoyado por los historiadores sociales y culturales era un cáncer que amenazaba con destruir a Occidente. Los movimientos democráticos que sacudieron al mundo islámico no pudieron ser explicados con el esquema de Huntington.

Los modelos de Fukuyama y de Huntington no han sido tomados seriamente en cuenta por los historiadores, no solamente por las implicaciones políticas de sus obras sino porque estos autores operan en un plano especulativo de historia global ajeno a los historiadores, quienes por lo general evitan tales esquemas en su trabajo empírico. Sin embargo, lo ocurrido a partir de 1990 muestra que ni el énfasis en la microhistoria ni los patrones anteriores de historia regional y nacional, han sido suficientes para abordar las transformaciones a escala global. Resulta importante volver a examinar el carácter de la modernización. Con el giro cultural en el pensamiento histórico a partir de la década de 1970, la noción misma de modernización ha perdido su popularidad. La modernización suponía el reemplazo progresivo de las perspectivas, las instituciones y las costumbres "tradicionales" por parte de las "modernas". Las principales fuerzas tras este fenómeno eran intelectuales, científicas, tecnológicas y, lo que es más importante, económicas. Sus raíces se encontraban en la cultura occidental, pero su alcance era universal. Suponía la interconexión entre "el surgimiento del capitalismo, la industrialización, el auge de las estructuras liberales democráticas, la construcción del Estado-nación, el surgimiento de la sociedad pluralista y las relaciones sociales basadas en la realización, el progreso científico, ciertas estructuras de personalidad, ciertos sistemas de creencias y [varios] estados anímicos".[24] La idea de modernización fue rechazada

[23] Ibíd., 20-21.

[24] Jürgen Kocka, "Multiple Modernities and Negotiated Universals", en Dominic Sachsenmaier, Jens Riedel y Shmuel N. Eisenstadt, *Reflections on Multiple Modernities: European, Chinese, and Other Interpretations*

desde dos puntos de vista: el primero, por su carácter macrohistórico. Es decir, que imponía una narrativa maestra de la historia, cuando la historia, argüían sus críticos, no era un proceso unidireccional o coherente. En cuanto al segundo, fue rechazado porque veía el desarrollo de la historia como algo normativo y deseable, no sólo para Occidente sino también para el mundo en general. Tal idea pasaba por alto los aspectos negativos del progreso y de la modernización, como lo demostraban las grandes catástrofes del siglo XX: guerras mundiales, genocidio, dictaduras fascistas y comunistas. Para varios de los críticos, la modernización estaba íntimamente relacionada con el imperialismo occidental en sus formas coloniales y poscoloniales, e involucraba la dominación política, económica y cultural de los países no occidentales. La crítica de la modernización y de la modernidad occidental, con sus raíces supuestamente ancladas en la Ilustración, que plantearon algunos intelectuales de la India, también adquirió características similares a las planteadas por los pensadores occidentales posmodernos.[25]

(Leyden, 2002), 120. Para un enfoque crítico respecto de las teorías de la modernización y que enfatizan una modernización diversificada, véase Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference* (Princeton, 2000).

[25] Véase Mukherjee, "Indian Historical Writing Since 1945"; también, Ashis Nandy, "History's Forgotten Doubles", en *History and Theory* (número temático) 34 (1995), 44-66. En cuanto al pensamiento poscolonialista en torno a la historia, véase Prajensit Duara, "Postcolonial History", en Lloyd Kramer y Sarah Maza, *A Companion to Western Historical Thought* (Londres, 2002), 417-431. También Mukherjee, "Indian Historical Writing Since 1945", en *The Oxford History of Historical Writing*, vol. 5 (Oxford, 2011), 515-538. Aquí se debe mencionar la influencia de la obra *Orientalism* (Nueva York, 1979), de Edward Said, en la crítica del Grupo Subalterno de Ciencia Occidental en lo que se relaciona con el estudio del mundo no occidental, u "oriental". Profundamente influido por Michel Foucault, Said identificó el conocimiento con el poder y entendió los estudios orientales, en la forma en que se estudiaban y practicaban en Occidente, como un instrumento de dominación imperialista del mundo no occidental. Esta validación de Said y con ella el rechazo de los valores intelectuales de la Ilustración llevaron a Sumit Sarkar a apartarse del Grupo Subalterno.

No obstante, está hoy fuera de disputa el que existen procesos de modernización desplegándose ante nosotros, y muy claramente en las esferas científica, tecnológica y, por supuesto, económica, y que en estas áreas la modernización, aunque su origen sea fundamentalmente occidental, ha transformado a las sociedades a nivel global. Esta modernización debe ser tomada seriamente a escala mundial. Los modelos más antiguos de modernización eran obviamente insuficientes cuando se aplicaban a las sociedades no occidentales, y en capítulos anteriores hemos visto que estos modelos también probaron ser inadecuados para el análisis de los sucesos en Occidente mismo. Como vimos anteriormente, los historiadores alemanes en las décadas de 1960 y 1970 trataron de explicar por qué el curso de la historia germana en el siglo XIX y primera mitad del XX se había desviado de lo que consideraban como el proceso normal de modernización representado por Gran Bretaña y Estados Unidos, en donde la industrialización iba acompañada de la democratización.[26] Estudios recientes han demostrado que no sólo hubo diferentes caminos hacia la modernización en Europa –el nacional-socialismo alemán, el fascismo italiano y el comunismo soviético también representaban formas de modernización, o al menos de modernidad–,[27] sino que el aplaudido modelo inglés no reflejaba las complejidades y contradicciones de la historia moderna británica, francesa o estadounidense.[28]

[26] Por ejemplo, Hans-Ulrich Wehler, *The German Empire, 1871-1918* (Leamington Spa, 1985).

[27] Por ejemplo, Jeffrey Herf, *Reactionary Modernism: Technology, Culture and Politics in Weimar and in the Third Reich* (Cambridge, 1987).

[28] Por ejemplo, Arnd Bauerkämper, "Geschichtsschreibung als Projektion: Die Revision der 'Whig Interpretation of History' und die Kritik am Paradigma vom 'deutschen Sonderweg' seit den 1970er Jahren", en Stefan Berger, Peter Lambert y Peter Schumann, eds., *Historikertage: Geschichte, Mythos und Gedächtnis im deutsch-britischen kulturellen Austausch 1750-2000* (Göttingen, 2003), 383-438. Trabajos anteriores que ya desafiaron la noción clásica de modernización incluyen: Arno Mayer, *Persistence of*

El modelo resultó ser incluso menos apropiado cuando se le aplicó al mundo no occidental. Una modernización considerable ha tenido lugar como parte de la globalización del capitalismo corporativo, con desarrollos paralelos en las esferas tecnológicas y económicas, en los patrones de consumo y en la cultura popular –aunque de manera diferente en sociedades diferentes. Hay por lo tanto elementos de homogeneización, pero en ninguna parte esta es completa. Varias sociedades han *adaptado* aspectos de la modernidad occidental, aunque sin *adoptarlas* completamente; más bien, las han ajustado a las culturas locales. En la serie de ensayos titulada *Provincializing Europe*, el destacado cientista social de la India Dipesh Chakrabarty intentó demostrar cuán provinciana era la visión occidental del desarrollo histórico como una sucesión de estadios hacia la modernidad, para la cual las culturas coloniales representaban formas arcaicas o premodernas destinadas a ceder el paso ante el proceso de modernización. Sin embargo, reconoció que las ciencias y la racionalidad científico-social occidental habían sido generalmente adoptadas en el mundo previamente colonizado, particularmente en el Sur asiático. Chakrabarty afirmó que "hoy, la así denominada tradición intelectual europea es la única vigente en los departamentos de ciencias sociales de la mayoría, y quizás de todas, las universidades [de la India]". De modo que son pocos, si en verdad hay alguno, los científicos sociales de la India que basan sus teorías en las tradiciones de pensamiento de su país. Uno de los resultados del colonialismo en India ha sido "que las tradiciones intelectuales anteriormente firmes y vigentes en sánscrito, persa o árabe están ahora 'verdaderamente

---

the Old Regime (Nueva York, 1981); Alexander Gerschenkron, *Economic Backwardness in Historical Perspective* (Cambridge, Mass., 1962); Barrington Moore, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia: el señor y el campesino en la formación del mundo moderno* (Barcelona, 2002).

muertas'".[29] Empero, en un nivel político y cultural, los patrones introducidos por los colonizadores no se instalaron sin un desafío. Por una parte, los movimientos coloniales y poscoloniales estaban fuertemente influidos por las nociones ilustradas de derechos humanos y democracia. Por otra parte, ellas coexistían con antiguas nociones de organización social y política en las que persistían las creencias religiosas hindúes que serían hoy consideradas supersticiosas e incompatibles con la democracia en la India. Estas ideas no eran precisamente premodernas sino que constituían una forma importante de modernidad. De modo que no hay una modernidad sino que varias modernidades; historiadores y sociólogos han hablado de "múltiples modernidades".[30] La modernidad en la India, de acuerdo con Chakrabarty, no puede entenderse sin referencia a sus raíces religiosas. No obstante, como él menciona, la modernidad que podría pensarse como una visión laica, es desafiada por los resurgimientos pentecostales en Estados Unidos y América Latina, como también por las formas más radicales del judaísmo ortodoxo, el islamismo y el hinduísmo que se basan no solamente en tradiciones nativas sino que en el uso antimoderno de los medios modernos de movilización de masas.

El estudio de las modernidades necesariamente conduce a los estudios globales comparativos. A partir de 1990 puede observarse una creciente expansión de los estudios históricos que van más allá de los temas nacionales y occidentales. No obstante, han habido numerosas discusiones acerca de la conveniencia de los estudios históricos globales y de las metodologías que estos requieren, pero muy poco trabajo concreto. Los historiadores profesionales se encuentran en desventaja si se los compara con los sociólogos históricos. Especialmente

[29] Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference* (Princeton, 2000), 5-6.
[30] Véase Sachsenmaier et al., *Reflections on Multiple Modernities.*

en Europa, los historiadores se han concentrado hasta el momento en sus historias nacionales;[31] en Estados Unidos, desde la Segunda Guerra Mundial, son relativamente más los historiadores que se han especializado en campos no occidentales, pero generalmente como expertos de una región específica. Los historiadores han sido entrenados para basar sus estudios en archivos y fuentes primarias. Por contraste, muchos sociólogos, economistas e incluso cientistas políticos ven su ciencia en términos macrohistóricos y nomotéticos, cuyo fin es obtener generalizaciones.[32] Los historiadores se ocupan crecientemente de los estudios comparativos interculturales. Hay más especialistas que hace diez años atrás en la historia del Este Asiático, del Asia del Sur, del Islam, del África Negra e incluso de Oceanía. Los estudios en estas áreas se han acercado más a las metodologías de las ciencias sociales, pero en muchos casos no han llegado a ser comparativas o interculturales. Existen hoy revistas como el *Journal of World History*, fundado en 1990, y el *Journal of Global History*, fundado en 2006. Estudios anteriores de historia global, como el de Immanuel Wallerstein, *The Modern World System* (1978-89) se enfocaban en la penetración del mundo no occidental por parte del capitalismo europeo, sin prestar mayor atención a los aspectos culturales, siguiendo así la teoría de la modernización, aunque desde una perspectiva marxista crítica.

La necesidad de una historia global es obvia en el presente,[33] pero hay una gran cantidad de problemas conceptuales y

[31] Véase, de Stefan Berger et al., la serie Writing the Nation.

[32] Jürgen Kocka, "History and the Social Sciences Today", en Hans Joas y Barbro Klein, eds., *The Benefit of Broad Horizons: Intellectual and Institutional Preconditions for a Global Social Science* (Leiden, 2010), 53-67; Kevin Passmore, "History and Social Science in the West", en *Oxford History of Historical Writing* (Oxford, 2011), 199-219.

[33] Bruce Mazlish y Ralph Buultjens, *Conceptualizing Global History* (Boulder 1993); consúltese también la variedad de ensayos sobre diversos aspectos de la globalización y la historia global en *IESBS*. También Jürgen Osterhammel, "World History", en *The Oxford History of Historical Writing*, vol. 5 (Oxford, 2011), 93-112.

metodológicos por resolver. Dadas las complejidades de las sociedades y de la cultura, los estudios comparativos –y esto es aún más el caso cuando las comparaciones operan en un plano intercultural global– requieren claras definiciones de lo que se ha de comparar y con cuáles métodos. En este sentido, el concepto weberiano de los "tipos ideales" no está obsoleto. No obstante, estamos hoy más conscientes de que la globalización, impulsada por las fuerzas del mercado, no ha resultado en una homogeneización de los niveles culturales, sociales, políticos e incluso económicos, sino más bien ha resultado en diversificaciones arraigadas en tradiciones nativas. Los historiadores y cientistas sociales que se ocupan de los estudios comparativos están más conscientes de las complejidades de la comparación intercultural e intersocietal, y también de que la globalización no es un proceso unidireccional por medio del cual se transfieren los patrones de los países capitalistas altamente desarrollados a los que no lo son. Por ello, han comenzado en los últimos años a hablar de "historias entramadas".[34] Es también evidente que los estudios globales no pueden ser llevados a cabo por historiadores individuales y aislados, sino que se requiere la cooperación coordinada de investigadores de varios campos como también de metodologías interdisciplinarias que fusionen la indagación histórica con las ciencias culturales y sociales y las humanidades. Todavía estamos muy en los albores de tales proyectos coordinados.

[34] Véase Jürgen Kocka, "Comparison and Beyond", *History and Theory* 42 (2003), 39-44; Chris Lorenz, "Comparative Historiography: Problems and Perspectives", *History and Theory* 38 (1999), 25-39. Véanse las discusiones recientes sobre las nuevas metodologías en historia internacional comparada y "entramada" de Michael Werner y Bénédicte Zimmermann, "Beyond Comparison: *Histoire Croisée* and the Challenge of Reflexibility", en *History and Theory* 45 (2006), 30-50; Heinz-Gerhard Haupt y Jürgen Kocka, *Comparative and Transnational History: Central European Perspectives and New Approaches* (Nueva York, 2009).

Hasta este momento nos hemos ocupado primordialmente de la historiografía occidental, y esto se remonta a la primera edición de este libro. Existe, sin embargo, una justificación para ello. El flujo del trabajo histórico, como también del científico social, ha sido fundamentalmente en una dirección, desde los países occidentales hacia fuera. Desde finales del siglo XIX, una cantidad enorme de obras occidentales se ha traducido al japonés, al chino, al coreano y, aunque en menor medida, al árabe y al farsi. Pero esto no ha ocurrido desde la dirección contraria. India es una excepción, pero sólo en las últimas tres décadas transcurridas desde la fundación de los *Estudios Subalternos*. Una razón para ello es que desde mediados del siglo XIX el inglés ha sido un lenguaje ampliamente utilizado en los medios académicos de la India. La educación secundaria y superior en ese país fue diseñada siguiendo el modelo británico. Además, no sólo ha habido una gran cantidad de estudiosos de la India que se formaron en Gran Bretaña, sino que recientemente muchos investigadores de ese país han obtenido cátedras en universidades prestigiosas de Estados Unidos y de Gran Bretaña. Es particularmente con la crítica posmoderna de la modernidad occidental que los autores de la India han participado en el discurso occidental. En el centro de esta crítica se encuentra, por supuesto, el trauma del colonialismo. Los *Estudios Subalternos* criticaron a la historiografía anticolonial establecida en India, la que había seguido patrones establecidos de historia política narrativa, como inaplicable al pasado del país y porque su enfoque en las elites políticas y sociales pasaba por alto a las clases subalternas. Así, estos estudiosos derivaron a una "historia desde abajo" al mismo tiempo que sus colegas occidentales. No obstante (y nuevamente tal como sus colegas occidentales) se dividieron en torno a la evaluación de las raíces ilustradas de la cultura moderna occidental. Ashis Nandy concibió a la totalidad de la tradición moderna de pensamiento científico como una estrategia para establecer la hegemonía colonial y

luego poscolonial sobre el mundo no occidental. Condenó "los vínculos de la idea de la historia con el Estado-nación moderno, la perspectiva laica, el concepto baconiano de racionalidad científica, las teorías decimonónicas del progreso y, en décadas recientes, del desarrollo, que es cómplice de muchas formas de violencia y explotación". Esta perspectiva reemplazó aquella de las culturas que dependían de los "mitos, leyendas y épicas" para definirse a sí mismas. Nandy hizo un llamado no a una historia alternativa sino a la negación de la historia.[35] Por otra parte, Sumit Sarkar, un destacado historiador social de la India que estuvo en algún momento relacionado con los *Estudios Subalternos*, conminó a sus compatriotas a que no aceptaran sin crítica el enfoque de Edward Said sobre "los discursos coloniales, a través de los cuales el racionalismo ilustrado estableció supuestamente la dominación cultural". Este es un análisis posmoderno que de acuerdo a Sarkar "corre el riesgo de soslayar precisamente las cosas que hacen a la soberbia occidental moderna tan excesivamente opresiva: su vínculo con formas muy materiales del poder imperialista económico y político". Para este autor la idealización romántica de Nandy de un pasado premoderno armonioso deja de lado las desigualdades y opresiones de la sociedad tradicional en India. En su lugar, argumenta, "una apropiación selectiva de los discursos occidentales en torno a los derechos liberales podría ser muy útil, como de verdad lo ha sido con respecto a la desigualdad de castas, la justicia en temas de género y la opresión clasista". Aunque reconoce los efectos positivos de la deconstrucción posmoderna y poscolonial al revelar las relaciones de poder inherentes en los discursos modernos, Sarkar advierte en contra de la inversión que realiza el giro lingüístico-literario respecto de la primacía tradicional de la lógica sobre la retórica.[36]

[35] Nandy, "History's Forgotten Doubles", 44.

[36] Sumit Sarkar, "Postmodernism and the Writing of History", *Studies in History* (Nueva Delhi) 15, 2 (1999), 293-322.

Una palabra final en torno a las historias recientes de la historiografía. Varios libros sobre la historia de la escritura histórica aparecieron en la década de 1990 en lenguas occidentales, pero todos ellos, incluyendo este, se han ocupado de autores europeos o norteamericanos.[37] No se ha hecho una historia comparativa intercultural del pensamiento histórico. Se han publicado algunas colecciones de ensayos que se ocupan de los enfoques históricos en culturas individuales, y que constituyen importantes precedentes para un enfoque comparativo más amplio.[38] Pero tal amplia perspectiva se encontraba ausente hasta hace poco. Los problemas que hemos mencionado que hacen difícil preparar una historia global se observan también en el caso del estudio intercultural y comparado de la historiografía. En los últimos años, y por primera vez, han aparecido varias historias comparadas de la historiografía. Una de ellas es *A Global History of Modern Historiography*,[39] de Georg G. Iggers, Q[ingjia] Edward Wang, quien recibió gran

[37] Mirjana Gross, *Von der Antike zur Postmoderne: Die zeitgenössische Geschichtsschreibung und ihre Wurzeln* (Wien, 1998); Michael Bentley, *Modern Historiography* (Londres, 1999); Anna Green y Kathleen Troup, eds., *The Houses of History: A Critical Reader in Twentieth-Century History and Theory* (Nueva York, 1999); Hans-Ulrich Wehler, *Historisches Denken am Ende des 20: Jahrhunderts* (Munich, 2001); Lloyd Kramer y Sarah Maza, *A Companion to Western Historical Thought* (Oxford, 2002); Joachim Eibach y Günther Lottes, eds., *Kompass der Geschichtswissenschaft* (Göttingen, 2002); Donald Kelley, *Fortunes of History* (New Haven, 2003); Lutz Raphael, *Geschichtswissenschaft im Zeitalter der Extreme, Theorien, Methoden, Tedenzen von 1900 bis zur Gegenwart* (Múnich, 2003). Esta obra incluye una breve cobertura del mundo no occidental. Un diccionario verdaderamente global es el de Daniel Woolf, ed., *A Global Encyclopedia of Historical Writing*, 2 tomos (Nueva York, 1998).

[38] Jörn Rüsen y Achim Mittag, eds., *Die Vielfalt der Kulturen* (1998); Jörn Rüsen, ed., *Western Historical Thinking: An Intercultural Debate* (Nueva York, 2002); Eckhardt Fuchs y Benedikt Stuchtey, eds., *Across Cultural Boundaries: Historiography in Global Perspective* (Londres, 2002); Q. Edward Wang y Georg G. Iggers., *Turning Points in Historiography: A Cross Cultural Perspective* (Rochester, 2002); Benedikt Stuchtey y Eckhardt Fuchs, *Writing World History, 1800-2000* (Oxford, 2003).

[39] Publicado en Harlow, Inglaterra, en 2008.

parte de su educación historiográfica en su China natal, y Supriya Mukherjee, de la India, quien estudió con Sumit Sarkar en Nueva Delhi y Georg Iggers en Estados Unidos. Este libro versa sobre la interacción de las historiografías occidentales y no occidentales a partir del siglo XVIII. Otras dos obras que cubren el amplio espectro del pensamiento histórico y de la escritura de la historia desde los comienzos de la civilización, son las de Daniel Woolf, *A Global History of History* [40] y el The Oxford History of Historical Writing, una serie de varios tomos editada por Daniel Woolf y en proceso de publicación.[41]

En conclusión, podemos observar tanto continuidades como rupturas en la historiografía actual. Si bien la fe en el pensamiento histórico, ya sea en el sentido rankeano o del positivismo científico social, ha sufrido un fuerte remezón, ha sido modificada antes que repudiada. Los historiadores todavía proceden bajo el supuesto de que estudian un pasado real, aun cuando entiendan lo complicado que resulta reconstruirlo. El rechazo extremo de Keith Jenkins de cualquier reconstrucción válida del pasado puesto que, en su opinión, "la historia parece ser ahora nada más que una expresión interesada y sin fundamento en un mundo de otras expresiones interesadas y sin fundamento",[42] tiene poca relación con lo que los historiadores hacen aun después del desafío del posmodernismo. Lo que ha ocurrido no es un repudio de la investigación seria, sino que una mayor sofisticación. Los aspectos literarios de la narración histórica han sido reconocidos, pero la historia no se ha reducido a una mera rama de la literatura como lo proponían Hayden White, Frank Ankersmit y Hans Kellner.[43]

[40] Daniel Woolf, *A Global History of History* (Cambridge, 2011).

[41] (Oxford). Los tomos 1 al 5 fueron publicados en mayo de 2011.

[42] Jenkins, *The Postmodern Reader*, 6.

[43] Véase Kellner, *Language and Historical Representation: Getting the Language Crooked* (Madison, 1989); también Kellner y Ankersmit, eds., *A New Philosophy of History* (Chicago, 1995).

Las complejidades de la investigación histórica, ya ampliamente reconocidas, han conducido a un aumento y a una mayor diversidad de interpretaciones; también al reconocimiento de que en la historia no hay respuestas finales sino que un diálogo continuo. Tal reconocimiento no significa que estas interpretaciones sean meros productos de la imaginación, por mucho que la imaginación sea parte del proceso de interpretación.[44] Los historiadores serios siguen una lógica de investigación que exige procesos racionales de pensamiento que, aunque no pueden establecer necesariamente la certeza de los hechos históricos, sí pueden descubrir errores que resultan de la insuficiencia de apoyo a partir de la evidencia. Por supuesto, no hay interpretación que sea completamente libre de aspectos ideológicos, pero todas ellas están sujetas a una lógica de indagación que requiere de honestidad intelectual. Las ideologías pueden dar curso a una variedad de perspectivas respecto de la historia, pero sus conclusiones deben resistir un examen crítico de la evidencia, que revelen diferentes aspectos del pasado sin distorsionarlos, y así contribuir al diálogo en curso que caracteriza el pensamiento histórico y su escritura.

[44] Davis, *El regreso de Martin Guerre* (Barcelona, 1984). La referencia se basa en la versión en inglés, *The Return of Martin Guerre* (Cambridge, Mass, 1983), 5.